

Victor
Serge

13 VIDA Y MUERTE DE LEON TROTSKY

VICTOR SERGE

vida y muerte
de **león**
trotsky



 **el Yunque**
editora

VIDA Y MUERTE DE TROTSKY

EDICIONES EL YUNQUE

- 1- LA REVOLUCION PERMANENTE
por León Trotsky
 - 2- LA JUVENTUD DE LENIN
por León Trotsky
 - 3- EN DEFENSA DEL MARXISMO
por León Trotsky
 - 4- LA DOCTRINA ECONOMICA DE CARLOS MARX
por Carlos Kautsky
 - 5- BOLCHEVISMO Y STALINISMO
por León Trotsky
 - 6- BOLIVIA: DE LA ASAMBLEA POPULAR AL
GOLPE FASCISTA
por Guillermo Lora
 - 7- EL ABC DEL COMUNISMO
por N. Bujarin
 - 8- LA REVOLUCION ESPAÑOLA
por León Trotsky
 - 9- LA REVOLUCION TRAICIONADA
por León Trotsky
 - 10- RESULTADOS Y PERSPECTIVAS
por León Trotsky
 - 11- STALIN, EL GRAN ORGANIZADOR DE DERRO-
TAS (LA III INTERNACIONAL DESPUES DE LE
NIN)
por León Trotsky
 - 12- ¿ADONDE VA INGLATERRA?
por León Trotsky
 - 13- VIDA Y MUERTE DE LEON TROTSKY
por Victor Serge
- Próximo a aparecer:*
- 14- LITERATURA Y REVOLUCION
por León Trotsky

VICTOR SERGE

VIDA Y MUERTE
DE TROTSKY

 **El Yunque**
editora

VICTOR SERGE

Hace catorce años, un agente de la policía política de Stalin asesinaba en Coyoacán a León Trotsky. Así desaparecía el más grande revolucionario de nuestro tiempo, al cabo de una lucha titánica por la preservación de la herencia ideológica del marxismo. Como un justiciero homenaje a su memoria, presentamos hoy al público de habla castellana "Vida y Muerte de Trotsky", por Víctor Serge. Esta obra del gran escritor ruso-belga prestará un buen servicio a la nueva generación, para la cual está dirigida. Víctor Serge nació en Bruselas en 1889. Sus padres eran rusos emigrados y desde su infancia Serge vivió en esa atmósfera de ideas que tan bien sabría evocar en sus "Memorias de un revolucionario", cuya publicación prepara esta Editorial. Desde muy joven participó en las luchas sociales de Europa: en el movimiento obrero belga, en los combates del proletariado catalán, jornadas de Barcelona que retrataría en su novela "El nacimiento de nuestra fuerza". Anarcosindicalista primero, al estallar la Revolución Rusa en 1917 Víctor Serge viajó al centro de los acontecimientos revolucionarios y su ingreso al Partido Bolchevique simbolizó el tránsito de muchos otros militantes anarquistas al campo del primer partido obrero triunfante. Dirigente de la Internacional Comunista, Serge no logró ser atrapado por el proceso de burocratización que se extendía en todo el Estado, el Partido y la propia Internacional. En el momento en que Trotsky y los cuadros veteranos del bolchevismo, con el apoyo de la juventud organiza la Oposición Comunista de Izquierda, Serge se destaca como un combatiente en esas filas. Muy pronto las medidas policiales de la burocracia stalinista habrían de alcanzarle: pasó varios años en las prisiones de la GPU, acusado de ser un trotskysta inquebrantable. La protesta de los intelectuales europeos obligó a Stalin a dejarle en libertad en 1935, limitándose a expulsarlo de Rusia. Murió en México en 1947, dejando numerosos libros de Memorias que testimonian la grandeza y la quiebra de su generación.

Hecho el depósito que marca la ley 11. 723
Impreso en la República Argentina

PRIMERA PARTE

LA JUVENTUD

I

León Davidovitch nació en el pueblo de Ianovka, a corta distancia de Kherson (Ucrania), cerca del mar Negro y del Nieper. Los Bronstein, campesinos judíos, vivían en las cercanías de los colonos alemanes. Su hogar era una "khata" (así se dice en Ucrania) baja, construida de madera, con techo de paja, rodeada de un jardín que en verano se llenaba de flores y follajes. Estos pueblos espacian sus casas entre jardines; allí se vive entre la tierra y los animales, de un trabajo estrictamente ordenado por las estaciones.

Desde su nacimiento conoció el niño las jornadas que comienzan con el alba y se llenan de ocupaciones hasta los límites de la noche. Los bosques, las nubes, la ribera de los ríos, los trabajos, la nieve y el barro, fueron para él una realidad inmediata, demasiado imperiosa como para que pudiera formarse de ella un panorama lírico. Le enseñaron más que nada la dureza de la vida.

Su padre, D. L. Bronstein, era un trabajador con iniciativa, mucho más activo e inteligente, según parece, que el término medio que lo rodeaba. En unos treinta años de trabajo adquirió tierras, hizo construir una buena casa, consiguió dar a sus hijos una instrucción superior. Pero la verdadera prosperidad sólo vino en vísperas de la primera guerra mundial, y de la revolución que debía arrebatarse todo... El viejo David Leontievitch tuvo que viajar a Alemania para hacer curar a su mujer, Ana, gravemente enferma. Pasó por Viena cuando ya su hijo se había convertido en una de las figuras prominentes de la revolución de 1905. Era alto, más bien desgarbado, voluntarioso, y traslucía visible seguridad. Conseguía orientarse fácilmente en las grandes ciudades occidentales. Ana le leía los diarios, feliz de su superioridad de mujer instruida. Cons-

tituían una pareja tradicional, estrechamente ligada por el hogar. Ana Bronstein igualaba a su marido en fuerza de carácter y sentido práctico. Murió hacia 1912.

Los Bronstein tuvieron ocho hijos, de los cuales cuatro murieron en edad temprana. Los cuatro restantes crecieron en el seno de una familia unida, absorbida en el trabajo. Los dos mayores conocieron el ambiente provincial de un imperio estable. Alejandro Bronstein llegó a ser propietario de una cervecería. Nada lo aproximaba a su hermano menor, el revolucionario; desconocemos sus pasos durante la revolución. Isabel Bronstein casó con un médico de Odesa y murió poco después de 1920. León Davidovitch era el tercero. Olga, como él, creció en el seno de una juventud a la que las ideas revolucionarias comenzaban a apasionar. Se afilió tempranamente al partido social- democrata y casó con León Rosenfeld que, bajo el nombre de Kamenev ("de piedra") era uno de los dirigentes del bolchevismo. Jamás compartió Olga las audacias de su hermano. Descendió diversas funciones en la administración soviética y dirigió durante algunos años la Sociedad de Relaciones Culturales con el Extranjero (VOKS). Aún cuando no perteneció a ninguno de los movimientos de oposición y estaba divorciada de Kamenev, después del destierro de su hermano y de la ejecución de su ex-marido, debe haber perecido o estará sufriendo a perpetuidad no se sabe qué cautiverio. Créese que en 1939 se encontraba en un campo de concentración de la Rusia central en el que se recluía a las mujeres y a los hijos de los comunistas fusilados. Reinaban allí condiciones de existencia (mejor dicho, de lenta extinción) verdaderamente espantosas.

II

Desde su infancia, León Davidovitch reveló su carácter. Las pequeñas injusticias abundaban en el pueblo. Ellas lo sublevaban al punto de enfrentarlo con su padre... Al cumplir 10 años lo enviaron a Odesa para seguir los cursos de un establecimiento de enseñanza media. Vivió en casa de Moisés Schpentzer, jefe de una familia judía liberal y culta, que poseía una buena biblioteca. Concluyó en Nikolayev sus estudios secundarios. A los diecinueve años, junto con otros jóvenes, participó en la fundación de la Unión Obrera del Sud de Rusia... Con su familia, no tuvo más que sólo un conflicto de cierta gravedad. Ocurrió cuando lo arrestaron mientras transportaba una valija llena de publicaciones subversivas. Sus padres recibieron el choque con desolación y cólera. Pero la madre visitó al detenido en la inmundicia prisión de Nikolayev, y la reconciliación fué completa.

León Davidovitch pasó una veintena de meses en diversas prisiones. En 1900 se casó en prisión con una joven militante del mismo grupo, Alejandra Sokolovskaya, condenada como él a cuatro años de deportación, con el fin de poder partir juntos para Siberia. Deportada a Oust-Kout, en Yakoutia, la joven pareja tuvo dos hijitas, Zenaida y Nina. En 1902, el despertar del movimiento obrero se hacía perceptible. Alejandra insistió en que León Davidovitch se evadiera, para reunirse a la emigración militante. Ella, por su parte, no podía pensar en acompañarlo ni en reunirse luego, por impedirse los niños, de los cuales uno apenas si tenía cuatro meses. León Davidovitch se evadió solo, pero la amistad afectuosa y la comunidad de pensamiento establecidos entre Alejandra y él, debían durar tanto como sus vidas... Hacia 1937 nos enteramos que Alejandra había sido arrestada en Leningrado desde donde la habían deportado a un rincón perdido del norte de Ienissei. Aunque vieja y enferma, jamás había disimulado su oposición irreductible a los métodos totalitarios.

Para León Davidovitch los años de prisión y deportación fueron años de estudio, durante los cuales se terminó de forjar su personalidad. Bajo el Imperio, ni la prisión ni la deportación eran tan terribles como hoy, bajo el régimen stalinista. La correspondencia con el extranjero resultaba fácil y legal. De todas partes llegaban publicaciones y literatura clandestina. Los deportados podían desplazarse por la región con bastante libertad. Mantenían entre ellos fecunda actividad intelectual. No abrigaban el temor de ser fusilados... Se beneficiaban con la activa simpatía de buena parte de la población. Finalmente, a pesar de las grandes extensiones que había que atravesar, al frío polar y a la vigilancia, las evasiones resultaban bastante fáciles y no era tampoco difícil atravesar las fronteras de Rusia zarista mediante pasaportes falsificados.

Desde el villorio helado, bajo el significativo seudónimo de "Antídoto", León Davidovitch comenzó a colaborar en la revista liberal de Irkoutsk, Vostotchnoé Obozrenié, "El Observador de Oriente". De más está decir que en sus artículos no podía abordar más que temas filosóficos y literarios. Recorriendo ahora sus escritos de los veintiún años, puede verse que ya estaba en posesión de su estilo y de su concepción sobre la vida. "El estilo es sarcástico; la frase densa y sin floripondios. Cierta título se enriquece con neologismos: "Los ideales penitenciarios y la filo-prisionsofia humanista...". El joven deportado lee a los clásicos rusos, Gogol, Herzen, Bielinski, Ouspenski, Gorki, Andreyev, Tolstoy; y a Taine, Nietzsche, Ibsen, Arturo Schnitzler, Emilio Zola... Odia en Taine su "mortal conservatismo", "su optimismo del pasado", porque, como re-

volucionario, profesa el "optimismo del porvenir". "Mientras respire, esperaré". Los dolores de Nietzsche, "más obscuro que profundo", se le presentan como el reflejo del sufrimiento del viajero solitario, "filósofo en poesía, poeta en filosofía..." Para él, la moral de los maestros no es más que pura antigüalla, y el Übermensch, el "Superhombre", un producto lírico del ambiente social, es decir, de la Europa capitalista. La crítica que Ibsen le merece es apenas menos severa. Ibsen pinta de manera vigorosa la asfixia de la vida burguesa. Pero al fundar su esperanza en una aristocracia del espíritu, desconoce el valor de la ciencia, ignora la sociología, y preconiza el individualismo estéril. Sólo "los partidos, esas inmensas fuerzas culturales de los tiempos presentes, pueden impulsar la sociedad en el sentido deseable...". En Ibsen, sin embargo, "el artista que niega sobrepasa muchísimo al simbolista y al profeta".

El dramaturgo vienés Arturo Schinitzler escribía que "nada cura el temor a la muerte"... El joven deportado de Oust Kout le responde en la modesta hoja de Irkoutsk: "Eso es cierto, cuando el hombre permanece encerrado en el sótano asfixiante de las emociones estomacales y sexuales; en la estética desprovista de ideas... Hay que abrir una amplia ventana hacia las mentalidades colectivas, hacia los problemas de las masas, hacia la lucha social, para sacudir la pesadilla del temor a la muerte". Sobre Leónidas Andreiev, que exploraba las tinieblas de lo inconsciente y parecía desembocar en un pesimismo trágico, "Antídoto" escribe: "Hasta ahora la tierra no ha creado mayor felicidad que la de trabajar por los hombres y morir por ellos...". León Davidovitch redacta estas últimas líneas poco tiempo antes de su evasión.

En Irkoutsk le dan un pasaporte y él mismo elige un nombre, el primero que se le ocurre, y lo pone. Da la casualidad que es el mismo de un carcelero: Trotzky. Suena bien en ruso, pero tal vez derive de la palabra alemana Trotz, que significa obstinación, resistencia.

III

"Fué durante mi adolescencia, dice Natalia Sedova-Trotzky, en los últimos años del siglo pasado, cuando conocí las "ideas revolucionarias", que a menudo eran, en la vieja Rusia imperial, aquellas del liberalismo occidental. Estaba internada en el liceo de Karkov. Organizábamos veladas estudiantiles, y en ellas encontré a jóvenes iniciados en la vida ideológica. Nos traían folletos ilegales que denunciaban los sufrimientos del pueblo ruso y anunciaban la conquista de la libertad..."

Concluidos mis estudios preparatorios, quise, como muchos otros, respirar el aire de los países libres, y viajé a Ginebra para seguir allí los cursos de la facultad de Ciencias Naturales... En realidad, el interés por la botánica cedió su puesto al problema social, especialmente cuando el suicidio en prisión de una estudiante, Viétrova, que se había quemado viva, hubo emocionado a la juventud estudiantil. Plejánov, el teórico marxista, tenía en Ginebra un círculo influyente, donde tuve la dicha de ser introducida por un joven militante del grupo Iskra (La Chispa), del que era Lenin uno de los animadores... La socialdemocracia rusa, que todavía no estaba dividida en mencheviques (minoría) y bolcheviques (mayoría), reunía en Ginebra, París, Londres y Bruselas a jóvenes estudiosos, entusiastas y fraternos.

"En 1902 vivía en París. Iba a comer a un departamento de la calle Lalande, en el cual, para mejor administrarlo, poníamos en común nuestro dinero. Julián Martov nos venía a visitar. Tenía veintinueve años y ya era conocido como uno de los fundadores de los primeros grupos socialdemócratas rusos, y veterano del terrible exilio siberiano de Touroukansk. El fué quien un día nos anunció en la mesa la llegada de un joven emigrado de Siberia... Y el mismo día de su llegada a París, León Davidovitch vino a la casa de la calle Lalande. Había pasado tres años en el exilio de Siberia Oriental. Su vitalidad, su vivacidad de espíritu, su capacidad de trabajo, preanunciaban ya en él una personalidad enérgica y formada. Esta vez París le interesó poco. "Es mejor Odesa", exclamó jactanciosamente. Por sobre todas las cosas quería familiarizarse con el movimiento socialista de los emigrados rusos. Pero ocurrió que una vez contemplamos juntos la tumba de Baudelaire que puede verse tras el muro del cementerio de Montparnasse... A partir de entonces mi vida no se separó ya de la de él. Vivimos en la calle Gassendi, en aquellos barrios espaciosos que la emigración amaba. Mensualmente recibía de mi familia unos veinte rublos, que equivalían a unos 50 francos. León Davidovitch ganaba otro tanto por sus colaboraciones periodísticas: como se ve, el presupuesto era extremadamente reducido; pero París era nuestro, la camaradería de los refugiados, el pensamiento incesantemente puesto en Rusia, las grandes ideas por las cuales vivíamos..."

IV

A los 18 años, entre los obreros y estudiantes del sur de Rusia, León Davidovitch había encontrado a hombres enérgicos y devotos. Los conoció del mismo temple en la prisión y

en Siberia. En Zurich, Ginebra, Viena, París, Londres, Bruselas, Lieja, se vinculó con una numerosa emigración revolucionaria, pobre, idealista, estudiosa, activa, es decir, un medio favorable compuesto por varios miles de jóvenes de su edad, y de "viejos" prestigiosos. Participó en ese movimiento de masas, al que también puede considerársele como movimiento de minorías selectas, cuyo origen se remonta a la sexta década del siglo anterior. La "intelligentzia" revolucionaria tenía un pasado de cuarenta años de lucha. Contaba con grandes escritores ya clásicos: Herzen, Chernichevsky, Lavrov, Mijailovski, Kropotkin; y con héroes rodeados por una justa leyenda: Bakunin, Netchaiev, Kalturin, Grinevitski, Jeliabov, Perovskaya, Kibaltchiche. La joven generación marxista se inspiraba en el socialismo europeo, por entonces ilustrado por Bebel en Alemania, Víctor Adler en Austria, Jaurés, Guesde y Vaillant en Francia; Plejanov era su maestro. Nueve años mayor que Trotzky, Lenin, tras un exilio en Siberia, se daba a conocer por sus notables trabajos. Todas las tendencias revolucionarias estaban animadas por la certidumbre interior, por la fe — damos a esta palabra su significado profundo — en la inevitable revolución que pronto liberaría a Rusia.

Multitud de nombres podríamos dar aquí, de los cuales la mayor parte han entrado en la historia. A muchos de ellos cita Trotzky en su autobiografía. En Siberia, alrededor de un fogón agreste, había conocido a un joven poeta polaco, Dzerjinski, que llegaría a ser el jefe de la Checa. Durante su evasión, trabó conocimiento con el economista Krijanovski, llamado a desempeñar importante papel en la planificación de Rusia Soviética.

En 1902 llamó en Londres a la puerta de Lenin. Vladimiro Ilitch y su compañera, Nadieja Krupskaya lo recibieron muy afectuosamente. Pese a los graves desacuerdos, el contacto amistoso que se estableció entre ellos, se mantuvo toda la vida.

En el primer círculo de amigos que Trotzky frecuentó durante la emigración, figuraban Martov, futuro adversario socialista del bolchevismo después de la revolución de 1917, Vera Sasulich y León Deutch. A los 19 años, en 1869, Vera Sasulich había participado en una conspiración; a los 28 había disparado contra el gobernador de Petersburgo, que acababa de hacer azotar a un estudiante. Absuelta por el jurado, participaba ahora, junto con León Deutch, en la redacción de la Iskra ("La Chispa") socialdemócrata. El libro de éste, "16 años en Siberia", ocupaba un lugar importante en la literatura socialista europea. A los 22 años, en 1877, León Deutch había intentado sublevar a los campesinos de Chiguirin, me-

dante la publicación de un falso decreto imperial que los instaba a ocupar las tierras. La amistad de estos dos veteranos y del viejo teórico marxista Pablo Axerold, resultó inestimable para el joven Trotzky.

Sus primeras conferencias revelaron en él tales dotes de orador, que pronto comenzó a realizar giras por Bélgica, Suiza y Alemania.

V

El segundo Congreso del Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia se reunió en la Casa del Pueblo de Bruselas, en 1903. Pero vigilado de cerca por la policía secreta rusa y por la policía belga, debió trasladarse a Londres. En él representó Trotzky a la Unión Siberiana. Asistió consternado a la brusca escisión que dividió al partido en minoría moderada y mayoría intransigente, mencheviques y bolcheviques. Martov dirigió la primera tendencia y Lenin la segunda. Tan dolorosa fué esa escisión, que Lenin sufrió un principio de conmoción nerviosa, en tanto que Trotzky escribía a su mujer cartas desesperadas. . . Puede decirse, sin ánimo de profundizar en el debate, que los mencheviques propugnaban una especie de colaboración con la burguesía liberal contra el antiguo régimen, mientras que los bolcheviques se inspiraban en la concepción leninista, pronto definida como "jacobinismo proletario". Trotzky permaneció al margen de ambas fracciones. Lenin comenzó a formar una organización rigurosamente centralizada, a la que se le asignaba como fin lograr la "hegemonía del proletariado" en el movimiento revolucionario. En un folleto hoy inencontrable, pero que dió que hablar en su tiempo, Trotzky combatía las fórmulas precedentes. Alegaba la incompatibilidad del jacobinismo con el socialismo, y afirmaba que la dictadura del proletariado, así concebida, no tardaría en transformarse en [dictadura sobre el proletariado] Se indignaba ante el autoritarismo de Lenin. "Pero, le dijo un día, lo que usted pretende equivale a una dictadura". "No hay otro camino", respondió Lenin.

"La revolución rusa de 1905 habría de reconciliarlos, sin eliminar las divergencias. Fué la consecuencia prevista de las derrotas del imperio en la guerra ruso-japonesa. Toda la emigración revolucionaria era derrotista. Reprobaba la expansión colonial del imperio. Esperaba que la derrota conmoviera la monarquía absoluta. Los acontecimientos del 22 de enero de 1905 nos sorprendieron en Ginebra. Fué Martov quien nos trajo la gran noticia. Peticionantes obreros de San Petersburgo, conducidos por el pope Gapón, desfilando tras los retratos

del Zar, habían sido tiroteados frente al Palacio de Invierno, y perseguidos por las cargas de caballería. Centenares de muertos y de heridos quedaron sobre la calle nevada. Al escuchar el relato, Trotzky palideció, sintió vértigos y estuvo a punto de desvanecerse... Con frecuencia, antes de tomar la palabra en las reuniones, su tensión nerviosa se traducía en malestares físicos”.

De inmediato decidió retornar clandestinamente a Rusia, lo que hizo con un pasaporte a nombre de Arbousov. Natalia le precedió, para encontrar alojamiento clandestino. Petersburg vivía jornadas de fiebre. Las reuniones obreras del primero de mayo se efectuaron en los bosques cercanos. Los cosacos irrumpieron en la que debía hablar Natalia. “Fuí bien tratada en la prisión. Aún oigo a la celadora que me dice con voz untuosa: “Señora Sedova, el baño le aguarda...”. Al cabo de algunos meses me exilaron a Tver (Kalinin). León Davidovitch se ocultaba en Finlandia. Poco tiempo después, la amnistía nos permitió reencontrarnos en Petrogrado. Vivíamos allí bajo el nombre de Vikentiev. León Davidovitch firmaba “León Trotzky” sus artículos. En el Soviet lo conocían como Yanovsky. No tenía una hora de respiro. Rusia entera parecía inflamarse. Los campesinos atacaban las residencias señoriales. Había motines que convulsionaban la flota y las guarniciones. Una huelga de tipógrafos de Moscú, al extenderse con admirable espontaneidad, se transformó en la huelga general de octubre de 1905 que rompió la resistencia del gabinete Witte. Hasta ese momento, el zar, sus ministros y la policía, habían respondido con represiones y progromos antisemitas a las reivindicaciones populares. El manifiesto imperial del 17 de octubre concedió al país las libertades democráticas, bajo el régimen constitucional. Pero las entusiastas “jornadas de la libertad” nos dejaron escépticos. No creíamos que la autocracia fuera capaz de una abdicación real”.

Respirábase en el aire la idea de constituir juntas obreras independientes de los partidos, destinadas a asumir el poder legislativo y ejecutivo. Trotzky fué uno de los promotores. De esa manera, compuesto por delegados de fábricas y de sindicatos, se constituyó el primer Consejo Obrero, o Soviet de Petrogrado.

VI

El día prefijado, el Soviet reunió a varias centenas de mandatarios obreros, invitados y periodistas. La prensa comentaba las deliberaciones de este “parlamento obrero”. Khrustalev-Nossar, primer presidente de la nueva asamblea, negociaba en

tal carácter con el gobierno. Cuando fué arrestado, el dirigente del Partido socialista-revolucionario, Víctor Chernov, propuso publicar el anuncio de que a cada represión gubernamental el Soviet respondería con un atentado terrorista. Trotzky y los suyos se opusieron a esa medida. El Soviet, decían, debe concentrar todas sus fuerzas en la preparación de la insurrección obrera. Yanovsky (Trotzky) fué elegido presidente del Soviet.

El Soviet reivindicaba la jornada de 8 horas. Se proclamaba solidario con los insurgentes polacos. Trotzky respondía a una delegación polaca, que la “solidaridad proletaria ignora las fronteras; abolirá la autocracia y fundará la república democrática”. Cuando se sintió el descenso de la combatividad revolucionaria del pueblo de la capital, y el Soviet hubo de considerar su pasaje a la clandestinidad, Trotzky hizo votar un llamamiento a los soldados y un documento que adquirió celebridad, titulado “Manifiesto sobre las Finanzas del Imperio”. El texto comenzaba con estas palabras:

“El Gobierno está al borde de la quiebra. Ha cubierto el país con ruinas sembradas de cadáveres... Nosotros decidimos: negarnos al pago de impuestos, tasas y demás sumas debidas al Estado. Exigir que todo salario y emolumento sea pagado en oro o en metal. Retirar los depósitos de las Cajas de Ahorro... No tolerar el reembolso de los empréstitos que el gobierno del Zar ha contraído durante la guerra abierta llevada contra el pueblo”.

A raíz de este manifiesto, 94 millones de rublos fueron retirados en un mes de las cajas del gobierno.

En 1º de diciembre, el Zar Nicolás II recibió en el palacio de Tsarkoé-Seló a las delegaciones monárquicas. Las ligas antisemitas denominadas “Unión del Pueblo Ruso” prometieron al monarca su apoyo incondicional. Los ocho diarios de la capital que habían publicado el Manifiesto sobre las finanzas fueron suspendidos. El 3 de diciembre, la tropa, compuesta por cosacos, policías, gendarmes, cercó el edificio de la “Libre Asociación Económica” donde deliberaba el Soviet, que por lo demás estaba informado de su inminente arresto. El Comité Ejecutivo sesionaba en el primer piso, bajo la presidencia de Trotzky. La Guardia Imperial clausuró las puertas. Desde la calle llegaba el rumor de los altercados. Trotzky se asomó al balcón y gritó: “¡Comaradas! ¡No pongáis resistencia!”. Invitó a los revolucionarios a inutilizar las armas antes de depone-las. Después volvió a su asiento en la mesa del Comité. Los soldados llenaban los corredores. Entró un oficial. Trotzky lo apostrofó: “¡Haga el favor de cerrar la puerta y no interrump-

pa nuestras tareas". Como la puerta permanecía abierta, el delegado del sindicato de empleados comenzó a arengar a la tropa. Entraron los gendarmes, tan grises como sus uniformes. Se colocaron tras los asientos de los asistentes. Trotzky exclamó: "Queda clausurada la sesión del Comité Ejecutivo".

Fin de diciembre de 1905; la insurrección de Moscú ha sido derrotada luego de 10 días de combates callejeros. Comenzaban los negros años de la reacción. Pero la primera revolución Rusa había conseguido remover las conciencias, y eso no solamente en Rusia. Trotzky, al igual que Lenin, veía en ella algo así como un "ensayo general" de la revolución de 1917. Consideraba que su influencia en el Oriente sería considerable. Movimientos populares surgían en Turquía, en Persia, en China.

"Trotzky fué aprisionado y conducido a la fortaleza de Pedro y Pablo, solitario edificio construido sobre una de las islas del Neva, en pleno corazón de Petersburgo. Lo llevaron después a la prisión de Kretsky, en la que encontró a su viejo amigo León Deutch, enteramente absorto en un proyecto de evasión colectiva... Trotzky sobrellevó muy bien la vida celular. Tras meses de actividad agotadora, el aislamiento le proporcionaba cierta distensión. En Kretsky, la multitud de detenidos políticos, entre los cuales abundaban los condenados a pena capital, mantenía un excelente estado de espíritu. Los revolucionarios destinados a la horca discutían con el mismo ardor que los otros... y como ellos jugaban al rango. El abogado Grousenberg, defensor de Trotzky, le trasmitía sus cartas y sus escritos; "un guardián de la prisión me traía sus mensajes".

El proceso de los 51 miembros del Soviet, en San Petersburgo, fué público. El acusado número 52 había sido fusilado. En la primera audiencia, acusados, defensa y público le rindieron homenaje, en medio de sables desnudos y de un inusitado despliegue de fuerzas. Los revolucionarios acusaron formalmente al gobierno de haber fomentado los pogromos, e impreso en la imprenta del Ministerio del Interior, volantes antisemitas. En la audiencia del 17 de octubre de 1906, Trotzky habló largamente ante los jueces. Defendió el derecho de las masas a la insurrección, denunció la mentira del manifiesto "constitucional" de Nicolás II, demostró que la única manera de inaugurar en Rusia una nueva época, consistía en convocar una Asamblea Constituyente: "Pero, dijo, conocemos bastante al antiguo régimen, como para crear un solo instante en él!"... "Se nos persigue en nombre del orden público... Si a los pogromos, a los asesinatos, a los incendios, a las vio-

lencias, los denomináis orden público, si todo cuanto ocurre expresa los métodos con que el Imperio gobierna a Rusia, convenga con la acusación en que hemos tomado las armas contra ese régimen!".

Junto con la mayoría de sus co-acusados, es condenado a la pérdida de los derechos civiles y a la deportación perpetua. "Esperábamos ser enviados a trabajos forzados", se limitó a comentar.

VII

Las cartas de viaje que Trotzky escribe a Natalia, describen bien la atmósfera reinante entre los deportados:

"Nos sentimos muy animados... después de 13 meses de prisión. Aunque las ventanas de los coches tienen barrotes, del otro lado nos viene la libertad, la vida, el movimiento... Si el oficial es obsequioso y cortés, ¿qué decir de los soldados? Casi todos han leído la versión de nuestros procesos y nos demuestran viva simpatía... Desconocían hasta el último instante a quienes debían conducir y hacia qué destino. A juzgar por las medidas de precaución con que la súbita partida fué rodeada cuando se los trasladó de Moscú a Petrogrado, creían que nos tendrían que conducir a Schlüsselburg, para nuestra ejecución. En el vestíbulo de la prisión, había observado que los hombres estaban muy emocionados, y demostraban singular amabilidad, como si se sintieran un poco culpables. Recién en el vagón me enteré del motivo... Los soldados se alegraron de saberse en presencia de "diputados obreros" solamente condenados a la deportación. Los gendarmes vigilan con especial cuidado a los soldados de la escolta. Esa es por lo menos nuestra opinión"...

"12 de enero 1906. En cada estación los gendarmes rodean el tren; en las de mayor importancia, la policía móvil refuerza la vigilancia. Los gendarmes, fusil en bandolera, empuñan el revólver y amenazan a quien se aproxima por azar o curiosidad. A sólo dos categorías de personas se las trata de este modo: a los "criminales de estado" y a los ministros más ilustres... Por un lado, la vigilancia más rigurosa; por el otro, un tratamiento cortés, dentro de los límites permitidos. En esto se percibe el genio constitucional de Stolypin... Tenemos el derecho de enorgullecernos: temen al Soviet aún después de muerto".

"16 de enero: Hemos aquí en un pueblo a veinte verstas

¹ Presidente del Consejo en el período de reacción que siguió a la Revolución de 1905.

de Tiumen. Es de noche. Una isba campesina. Habitación sucia y de techo bajo. El piso está enteramente ocupado por los diputados del Soviet, y no hay un intersticio libre... Se habla, se ríe... Han sorteado un banco y la fortuna me ha favorecido. La suerte me sonríe siempre... ¿Cuándo partiremos? ¿A dónde iremos? Todo esto permanece en el dominio de lo desconocido... Ocupamos 40 trineos. Los vehículos que marchan a la cabeza del convoy transportan los bagajes. Nosotros, los "diputados", marchamos detrás, a razón de dos por trineo, vigilados por los soldados. De cada trineo tira un solo caballo. En los vehículos de retaguardia sólo se ven soldados. El oficial y el comisario encabezan la columna en un trineo cubierto. Los caballos avanzan al paso... Al salir de Tiumen nos acompañaban unos treinta de a caballo... De todas estas medidas excepcionales tomadas por orden de Petersburgo, es necesario deducir que a todo precio quieren enviarnos a un rincón de los más alejados".

"Todos duermen. En la cocina de al lado, cuya puerta está abierta, los soldados velan. Los centinelas van y vienen bajo la ventana. La noche es magnífica, una noche de luna, enteramente azul y nevada. Qué extraño espectáculo el de estos cuerpos extendidos sobre el suelo, envueltos en pesado sueño; el de estos soldados junto a la puerta y frente a las ventanas... Pero como es el segundo viaje de esta clase, mis impresiones carecen de la frescura inicial...".

"Había en la prisión de Tiumen una multitud de detenidos políticos, la mayoría de ellos deportados por vía administrativa. Durante el paseo se agolparon bajo nuestras ventanas y comenzaron a cantar: llegaron a enarbolar una bandera roja, sobre la cual se leía: "¡Viva la Revolución!". Cantaban, y el coro no era de los malos. No cabe duda que viven aquí desde hace mucho, y eso les ha dado tiempo de acordar las voces... La escena era bastante imponente y si se quiere, emocionante. Por entre los postigos hemos dirigido a la multitud algunas palabras fraternales. Los presos comunes nos enviaron una larga súplica, en la que en prosa y verso nos rogaban que nosotros, "honorables revolucionarios de San Petersburgo", les tendiéramos una mano de ayuda".

"26 de enero, prisión de Tobolsk. El médico nos informa que todos seremos remitidos a Obdorsk. Recorreremos de cuarenta y cincuenta verstas por día (un poco más de 40 a 50 kms.). Por la ruta invernal, hay más de dos mil doscientas verstas de aquí a Obdorsk... En el mejor de los casos, nuestro viaje durará más de un mes... Al llegar al lugar de la deportación, cada uno de nosotros recibirá un rublo y ochenta

copecs mensuales (algo más de 5 francos, un dólar oro)... Se nos dice que de Berezovo a Obdorsk nuestros trineos serán tirados por renos. La noticia ha sido particularmente desagradable para aquellos que llevan consigo a sus familias... Las mujeres que voluntariamente acompañan a sus maridos han pedido autorización para salir de la prisión durante los tres días que pasaremos en Tobolsk. El gobernador la ha rechazado de plano... Redactamos una protesta, que por supuesto no servirá de nada. Las respuestas son invariables: instrucciones de S. Petersburgo".

"Aquí se sabe de Obdorsk tanto como en Petersburgo... Lo único cierto es que la localidad está situada en alguna parte dentro del círculo polar... ¿Habrá posibilidades de evasión, o tendremos que esperar, entre el Círculo Polar y el Polo Norte el desenvolvimiento de la revolución o un cambio de régimen? Bueno, esperaremos en Obdorsk. Y trabajaremos. No me envíes más que periódicos y libros, libros y periódicos... ¿Quién puede decir cuándo se justificarán nuestras previsiones? Tal vez el tiempo que nos toque vivir en Obdorsk sea un respiro que la historia nos otorga para poder completar nuestros estudios y preparar las armas".

VIII

"Un mes más tarde, recibí un extraño telegrama inconcluso. León Davidovitch, evadido, me daba cita en una estación perdida en el Este, cuyo nombre se omitía! La imprudencia me pareció rayana en la locura. (Yo vivía en Terioki, Finlandia, con nuestro primogénito León, nacido durante la prisión de su padre; también allí la policía política vigilaba). Me indicaba un "cruce de vías"... Partí en dirección a Viatka, sin saber a dónde iría... El vagón estaba lleno de gente rica, que llevaba para las fiestas de carnaval las provisiones más delicadas, vino francés, pescado ahumado, fiambres de calidad. Se atracaban con tales comidas y las alababan como concededores. Nunca había frecuentado ese mundo; recuerdo mi asombro al comprobar que, mientras nosotros concebíamos la vida como una lucha incesante por el porvenir de Rusia, tales gentes existían. Sin embargo, de pronto tuve que agradecerles, porque al hablar de un itinerario, mencionaron el nombre del pueblo que buscaba: Samino.

"Era una estación pequeña, rodeada de bosques cubiertos de nieve, y de llanuras blancas. León Davidovitch me esperaba allí, aún excitado por la alegría de la evasión... Se había escapado de Berezovo, a mitad de camino de Obdorsk, en un trineo tirado por renos, y conducido por un cochero

borracho. Mas de setecientos kilómetros a través de blancas planicies, en el desierto helado, le habían producido una suerte de exaltación... A duras penas pude impedirle correr a la oficina de correos para apostrofar al empleado ignorante que había omitido el nombre de la estación... Al tomar el tren, León Davidovitch creyó asfixiarse en el compartimiento y se precipitó a la plataforma desde la cual, de cara a la estepa, lanzó un fuerte grito de alegría.

"Sólo tenía 28 años. Era gallardo, de pelo castaño, abundante y rebelde, los bigotes pequeños. Rasgos marcados, el rostro más bien huesudo, la mirada de los ojos azules expresaba el ardor de la vida... Usaba gafas desde su adolescencia.

"Al principio, nos ocultamos en Petersburgo, luego en Finlandia, donde León Davidovitch retomó contacto con Lenin y Martov. Escribió un folleto relatando su evasión: "Ida y vuelta"... La prensa reaccionaria lo comentó enfurecida: ¡el presidente del Soviet consigue huir antes de llegar al lugar de deportación! Pero, ¿qué hacían los gendarmes? Los gendarmes tenían a toda Rusia, prisionera en revuelta, para vigilar. Y de un extremo al otro del país, los atentados terroristas, organizados en su mayoría por el Partido Socialista Revolucionario, los tenían sin aliento...

"El manuscrito de "Ida y Vuelta" nos suministró algún dinero... León Davidovitch se embarcó para Estocolmo, y de Estocolmo se dirigió a Londres para asistir al congreso clandestino del Partido Obrero Social Demócrata Ruso. Las formalidades del visado no existían... Tuvo en Occidente numerosos encuentros: Máximo Gorki, Victor Adler, Bebel, Hilferding, Liebknecht. Me reuní con él y fijamos residencia en Viena. Un importante diario liberal del Sur, la Kievskaya Mysl (El pensamiento de Kiev) publicaba regularmente las colaboraciones de Trotzky, que firmaba Antídoto, y las pagaba bastante bien. A pesar de ello, nos tocó vivir en Viena momentos sumamente duros. León Davidovitch tuvo que vender sus libros. Los fines de mes nos traían la constante inquietud del alquiler. Recibíamos el papel timbrado de los oficiales de justicia. Nuestro segundo hijo, Sergio, nació en Viena en 1908. Fué aquel un tiempo de buena actividad intelectual y de amistades. Trotzky se ligó con el Dr. Joffé, que más tarde debía desempeñar un papel relevante en la diplomacia soviética. Adolfo Joffé, de origen burgués, también conocía las prisiones rusas. Nervioso, débil de salud, su inteligencia erudita se animaba con un ferviente idealismo. Redactó junto con Trotzky la "Pravda" ("La Verdad"), que

conseguíamos introducir en Rusia gracias a algunos marinos

"Carecíamos de expansiones; algunos domingos explorábamos los vastos paisajes que rodean Viena. Anteriormente, habíamos realizado a pie una excursión de dos meses a través de la Alemania meridional, en compañía de un camarada evadido de Rusia, Parvus (Helfand), que parecía prometer mucho. Diez años mayor que Trotzky, Parvus era a la sazón uno de los jóvenes marxistas rusos más notable. Colaborador del "Vorwärts de Berlín, nunca dejaba de escribir su artículo diario, aunque tuviera que hacerlo en un mesón del camino. Espíritu científico, enteramente occidental, desplegaba la audacia de su pensamiento. Junto con Trotzky, formuló la teoría de la "revolución permanente", destinada a orientar la primera fase de la futura revolución rusa. Según esa concepción, la revolución burguesa rusa, lejos de estabilizarse, tendría que sobrepasar sus límites y transformarse en socialista, bajo la presión inevitable del proletariado y los campesinos, dando impulso a la revolución socialista en Europa central y occidental".

Más tarde, durante la primera guerra mundial, Parvus reveló cierta pericia en los negocios, ganó dinero en los abastecimientos bélicos a los imperios centrales. En 1918, pidió a Lenin autorización para volver a Rusia. Lenin respondió: "No se hace la revolución con las manos sucias"... Parvus murió en 1924, en Alemania.

Ampliábase el círculo de las amistades revolucionarias de Trotzky. Había conocido en Rusia al ingeniero Leónidas Krasin, que dirigía la organización bolchevique del Cáucaso. Reencontró a Carlos Radek, mordaz publicista de la izquierda social-demócrata alemana. Conoció a Franz Mehring, biógrafo de Marx, a Carlos Kautsky, a Rosa Luxemburgo. Ligóse con los socialistas austriacos Otto Bauer, Alfredo Adler, Víctor y Federico Adler, a quienes los sábados por la noche veía en el Café Central, sobre la estrecha Herrengasse. Los marxistas austriacos le parecían aburguesados... De tiempo atrás conocía a Riazanov, Lunatcharski y a Zinoviev y Kamenev, colaboradores de Lenin. Kamenev fué a verlo a Viena, por encargo de Lenin.

Entre 1906 y 1914, Rusia atravesó los duros años de la reacción; luego entra en un período de renacimiento del movimiento obrero, de acumulación de fuerzas y de incierta esperanza. La emigración revolucionaria sufre la influencia de estos cambios. La derrota de 1905 origina en ella una ola de desmoralización, de luchas internas, de tanteos llenos de amargura. De pronto se desata la plaga terrible de la provo-

cación policial en los partidos... Los escritores rusos desembocan en el misticismo. Otros oscilan entre la desesperación y el desenfreno sexual. El partido social-demócrata reconstituye su unidad formal, pero permanece profundamente dividido interiormente. Una de las tendencias marxistas preconiza la liquidación de las organizaciones clandestinas... Trotzky, independiente de las fracciones bolchevique y menchevique, no participa ni en el moderantismo de los unos, ni en las ilusiones de los otros; pero jamás se deja ganar por el pesimismo. Consideraba que el desarrollo económico de Rusia daría inevitable vigor a la clase obrera y que, si bien imposible en tiempos de depresión económica, el renacimiento del movimiento obrero se produciría por fuerza, cuando la economía saliera de su postración. En diciembre de 1909 llegó a escribir este párrafo, que puede considerarse profético: "Aún hoy, en medio de las oscuras nubes de la reacción, entreveamos las luces victoriosas de un nuevo Octubre". (La alusión concierne a la victoria de la huelga general de octubre de 1905, contra la autocracia).

IX

El escándalo Azev estalla en 1909-1910: súbita revelación de un mal secreto que enfrenta a la joven revolución rusa, hasta ese momento confiaba en su probidad y limpieza, con la peor de las corrupciones. El Partido Social-Revolucionario se oponía a los marxistas por su naturaleza más liberal que socialista y por recurrir al heroísmo individual. A menudo se colocaba en la primera plana de la escena política. Desde antes de 1905 su organización de combate había librado un duelo a muerte contra la autocracia. Según datos incompletos, el PSR, dirigió, en 1905, cincuenta y ocho atentados; 93 en 1906, 74 en 1907, contra los más elevados personajes del régimen y los policías más odiados. Los marxistas condenaban en principio el terrorismo individual, incapaz de sustituirse a la acción de las masas, y susceptible de distraer fuerzas importantes. De pronto llega la noticia de que uno de los jefes del P.S.R., precisamente un miembro de la Organización de Combate, Evno Azev, era en realidad un provocador de la policía secreta! El asunto parecía increíble. La misma mujer de Evno Azev, que había tenido dos hijos de él, lo consideraba un intrépido revolucionario; sus acciones parecían demostrar la buena fe que lo animaba, aunque en realidad servían para extinguir el recuerdo de los jóvenes idealistas a quienes enviaba a prisión... La investigación fué particularmente penosa porque

el Comité Central del Partido Socialista Revolucionario a quien años de colaboración y vínculos de amistad personal ligaban al provocador, confiaba naturalmente en él. Sin embargo, el doble juego de Azev quedó evidenciado sin lugar a dudas. Y pareció claro que estaba lejos de ser el único caso de esa especie. La sospecha y la desmoralización hicieron estragos entre los círculos revolucionarios.

Trotzky estuvo entre los que, en tales circunstancias, supieron guardar la entereza. Otros aprovecharon la traición para disertar sobre los sombríos abismos del alma humana. Trotzky escribía: "Para prolongar durante 17 años ese juego satánico, para engañar a la gente sin dejarse sorprender, hay que tener un genio extraordinario, o por el contrario, un mecanismo cerebral elemental, simplemente estúpido, capaz de llevar con grosería un juego lineal, sin adaptarse a la psicología del prójimo, sin pensar en los detalles, y precisamente por ello, susceptible de lograr éxito". Efectivamente, Azev sorprendía por su mediocre apariencia, que llegaba a ser antipática. Manifiestamente limitado, de rara incultura tratándose de un revolucionario, insensible hasta lo chocante, se apreciaba su "firmeza", sus "eminentes cualidades prácticas"... Trotzky no veía en él más que a un hombre elemental, de bajos intereses, privilegiado por la misma indigencia de su naturaleza. Subrayó también la importancia de estas líneas, tomadas de las "Conclusiones de la Comisión Investigadora": el terrorismo llevó "a la formación de una organización de combate superpuesta al partido y tornada en fácil presa de Azev; por otra parte (el terrorismo) creó alrededor del individuo que ejercía exitosamente el terror, es decir, alrededor de Azev, un ambiente de sumisión y de confianza ilimitadas". Azev se apoyaba simultáneamente sobre dos aparatos burocráticos: el del Partido socialista-revolucionario y el de la policía política: de ahí su fuerza.

Sería fácil trazar aquí un paralelo con otro personaje histórico mucho más importante... El hombre que dispone, por y para el terror, de una organización disciplinada, secreta, apoyada por un partido influyente, el hombre que, soberano, ordena matar, y no necesita ni valor moral ni inteligencia cultivada para adquirir prestigio y poder... Azev confirmó el juicio que sobre él formuló Trotzky. Desenmascarado pero bien recompensado por el Ministerio del Interior, emprendió feliz viaje por la costa del Mediterráneo, en compañía de una damita alegre; establecióse luego en Alemania donde se absorbió en los juegos de bolsa.

Viena era la cuna del psicoanálisis. Trotzky se interesó en él, aunque sin profundizarlo. La unidad de su vida interior y de su actividad se hallaban establecidas. Careció de tiempo para enfrascarse en el estudio de la psicología, pero atribuyó siempre al carácter, a la mentalidad, a las preocupaciones de los hombres, capital significado. Su predisposición al análisis psicológico le facilitó sin duda alguna el contacto con las masas. Escribió en la "Kievskaya Mysl" sobre literatura, pintura, poesía, política, — siempre en marxista intransigente, por supuesto.

Admiraba a Jaurés. "No es un doctrinario del compromiso político — al cual aporta su pasión, su talento, su capacidad de ir hasta el final — porque no ha erigido el compromiso en dogma. Llegado el momento, se lo verá desplegar todas sus fuerzas..." (1909). El entusiasmo de Jaurés es de "genial ingenuidad". Trotzky considera a Jaurés y a Clemenceau como las figuras dominantes de la vida política francesa.

Admira a Tolstoi con espíritu crítico, pero refuta su desprecio por la ciencia. "Moralista místico, enemigo de la revolución, León Tolstoi... nutre el espíritu revolucionario de los creyentes... Negador de la cultura capitalista... es bien acogido por la burguesía extranjera...; anarquista conservador... constituye a los 80 años el símbolo de la liberación... La historia lo ha vencido sin romperlo. Hasta sus últimos años, guarda íntegramente el don precioso de la indignación moral... y arroja contra la autocracia su grito de "¡No puedo callarme!". Nos niega su simpatía... Siempre apreciaremos en él al genio poderoso que vivirá mientras el arte viva, y la inflexible valentía moral que lo impulsa" (1908).

Una y otra vez aborda el problema humano, con vigor optimista que no excluye la complejidad: "Los reaccionarios consideran que el pensamiento es un factor de destrucción: "¡Destruid al infame!". Nada más erróneo. La psicología constituye la fuerza elemental más conservadora. Perezosa, perfecciona la hipnosis de la rutina". Contra la rutina, defiende la inteligencia y la imaginación; cita a Dostoievsky: "El realismo que no va más allá de la punta de la nariz, es más peligroso que la fantasía más desorbitada, porque es ciego...". Reprocha a Renán su pretensión de rebajar al hombre, cuando escribe que "los grandes hombres no participan en la vida práctica sino con sus defectos o con sus cualidades mediocres". "La cultura, responde, si no está animada e inspirada por el pensamiento científico, se reduce a pura como-

dad" (1911). Rompe lanzas contra la "fácil alquimia mística de Berdiaev" y de Merekovski. Cuando este último escribe que "los primitivos cristianos no hubieran soportado el martirio si algo hubieran conocido por anticipado de la historia posterior de la Iglesia", Trotzky pregunta: "¿y cuál es vuestra actitud hacia la historia de las religiones primitivas?". Considera el suicidio, "fenómeno social y no biológico", justificando a los revolucionarios que se suicidan en prisión. Sobre los suicidios infantiles: "Los caracteres de extrema sensibilidad que con frecuencia impulsan al niño a suicidarse, podrían, bajo más armoniosas condiciones de existencia, constituir el punto de partida para un desarrollo rico en posibilidades" (1912). Defiende el racionalismo contra el reino del silogismo: "El racionalismo sólo es poderoso cuando se integra con la conciencia de las masas" (1914).

En lo referente al arte, Trotzky siempre se consideró un diletante. Sus comentarios sobre las exposiciones vienesas de pintura y escultura, sobre Frank Wedekind, sobre Arno Holz, sobre el "Simplicissimus" abundan en observaciones filosóficas: "El alma atraída por innumerables caminos, es extraña a la pasión y al vigor". Por contraste, experimenta a veces la nostalgia del vigor, de la integridad humana primitiva... y ocurre que las imágenes de la pasión carecen de pasión, las del vigor están vacías de vigor"...

Rodin "subordinaba la carne al movimiento, pero al movimiento interior, al alma encarnada en el cuerpo... Constantino Meunier descubre el valor del trabajo..."

"Algo más considerable, sumergido en las profundidades de nuestra comunidad social, que logre trascender los límites del arte, y le permita retornar de su destierro, enriquecido por el drama del trabajo y de la humanidad que lucha, capaz a su vez, de enriquecer ese trabajo y esas luchas".

De allí pasa a lo siguiente: "Escarbad bajo el altivo individualista y en él encontraréis a un cínico vulgar". "La pintura sufre de la contradicción entre el modernismo de la forma y el indiferente arcaísmo del contenido". Porque "el hombre constituye una compleja unidad psicológica, y sólo permanece fiel a sí mismo cuando exige de la pintura una interpretación estéticamente elaborada de cuanto lo conmueve como persona social y moral... El hombre no vive, jamás ha vivido ni vivirá, de la contemplación visual" (1913).

Las guerras europeas comienzan en 1912 con las guerras balcánicas. Corresponsal de la "Kievskaya Mysl", Trotzky viaja por Serbia, Bulgaria y Rumania. Denuncia las atrocidades cometidas por los búlgaros contra los turcos. Se inte-

resa por la guerra como observador revolucionario del hombre, no como estratega. Hacia la misma época, traza el retrato implacable del Zar Nicolás II, culpable de las masacres de trabajadores, de los pogromos antisemitas, de la opresión de Finlandia, de la guerra rusojaponesa, en vísperas de la cual el monarca declaraba: "No habrá guerra; quiero que mi reinado sea pacífico"... Trotzky concluye en estos términos: "¡Viva la República democrática!" (1912). Aproximémonos a estas otras líneas: "Nosotros no forjamos los acontecimientos; cuanto más podremos preverlos... Inmensos y terribles acontecimientos están madurando, bajo inconcebible tensión, en el seno de la llamada humanidad civilizada... y se califica de imaginativos a quienes procuran darles un nombre"... (1908).

XI

"El 2 de agosto de 1914, primer día de la primera guerra mundial, Trotzky vagaba por las calles de Viena, llenas de una turba en éxtasis patriótico que clamaba: "¡Muerte a los Serbios!". Se preguntaba: ¿qué ocurre en la cabeza de esa gente? Nuestro hijito Sergio, de seis años, volvió con los ojos hinchados por habersele ocurrido gritar "¡Viva los Serbios!". "Todos los locos y semilocos se han dado cita en la calle", decía tristemente Víctor Adler. El jefe de la policía de Viena invitó a Trotzky a que abandonara ese mismo día la capital de Austria. La conversación se efectuó a las dos de la tarde; a las seis, habíamos tomado el tren en dirección a Zurich.

"A fines de 1914 nos reencontramos en París. Los alemanes habían ocupado Compiègne, los "gothas" despertigaban sus pequeñas bombas sobre París, sumido en el primer oscurecimiento total. París era la ciudad más amenazada del mundo, la capital del país más desangrado. Vivíamos en la calle Oudry, a poca distancia de la Plaza Italia, en un barrio populoso. Nuestra única distracción consistía en pasear a lo largo de París. Tanto era el luto, que se había convertido en moda, y las jóvenes dudosas se solían vestir de negro. Las esposas que allí conocí, me parecieron vivir en las tinieblas de sus hombres desaparecidos. La de un permisionario me decía: "Después que él ha llegado y vuelto a partir, todo me resulta peor". Tal vez la espera de la muerte del ser querido, con sus incidencias de esperanza y desesperanza, sea más difícil de soportar que la certidumbre de lo irreparable. Veía a un soldado comentar jocosamente en un tranvía las cualidades de una botella de vino; luego de pronto, ponerse a hablar de sus hijitos... París vivía esa guerra inmundada con todas sus

fibras, con todas su piedras, con todas las sombras de sus noches...

"Trotzky enviaba a Kiev su correspondencia, y consagraba sus mejores fuerzas al diario socialista ruso "Nache Slovo" (Nuestra Palabra), de París. Doscientos trece números aparecieron, a partir de enero de 1915. Nuestro grupo se asignaba un doble objetivo: preparar la futura revolución rusa, que se nos aparecía como la consecuencia inevitable del debilitamiento de la autocracia por la guerra, y preparar la resurrección del internacionalismo socialista, completamente hundido al abrirse las hostilidades. Nada más amargo que el pensamiento de que los trabajadores, hasta ayer hermanos en la Internacional, se movilizaban hoy para luchar los unos contra los otros, para verter su sangre en aras de conquistas que hubieran debido maldecir.

El diario "Naché Slovo" nació del sacrificio de algunos militantes que le dieron su trabajo y, cuando tenían, su dinero. Pagar el papel y la impresión del próximo número, se convirtió en punzante problema diario. Trotzky escribía hasta las tres de la mañana. De paso hacia la escuela, León y Sergio depositaban los artículos matutinos en la imprenta. La censura francesa, a su vez vigilada por la embajada rusa, se encargaba de clarear las columnas... Cierta número de bolcheviques de París, claudicando ante el furor patriótico, se habían alistado en la Legión Extranjera. Muchos de ellos murieron en el frente. Lenin y Zinoviev se encontraban en Suiza; Kámenev y Sverdlov en Siberia; Bujarin en los Estados Unidos. En París nos volvimos a encontrar con el menchevique internacionalista Martov, inteligente, apasionado, y en los trances difíciles irresoluto como siempre. Tras largas discusiones con Trotzky, concluyó retirándose de la redacción del "Naché Slovo". Antonov-Ovseenko se movía infatigablemente. Madiano de talla, más bien pequeño, tenía el rostro pálido y hundido del entusiasta a quien el excesivo trabajo agobia. Lentes oblicuos, cabellera castaña. Desdichado y pobre, la esposa, fatigada por un niño, no le perdonaba la penuria económica en que vivían.

Antonov Ovseenko, hijo de un oficial superior, él mismo oficial de carrera, había participado en un motín militar en Polonia (1905); organizó luego un levantamiento militar en Sebastopol (1906). Condenado a muerte, le conmutaron la pena por la de prisión perpetua y trabajos forzados. Logró evadirse. Estaba llamado a desempeñar importante papel en la revolución. Lo fusilaron en 1937".

Antonov Ovseenko y Trotzky tomaron contacto con el pe-

queño grupo de sindicalistas internacionalistas franceses de la "Vida Obrera", Pierre Monatte, Alfred Rosmer, el preceptor Fernand Lorient, el poeta Marcel Martinet... Algunos sindicalistas se aproximaban a nosotros: Merrheim, de la Federación Metalúrgica; Domoulin, de los Mineros; Bourderon. "Nache Slovo" casi carecía de contactos con los socialistas franceses.

En setiembre de 1915, Trotzky se dirigió a Suiza para asistir a la conferencia de los socialistas internacionalistas convocada por iniciativa de los italianos. Se reunió cerca de Berna, en el pueblito montañoso de Zimmerwald. Los rusos estaban representados por Lenin y Zinoviev, bolcheviques; Axelrod y Martov, mencheviques; Trotzky, delegado del "Nache Slovo"; Nathanson y Víctor Chernov, socialistas revolucionarios. Ledebour y Hoffman integraban la delegación alemana. Kolarov y Racovski representaban a la Federación Socialista de los Balcanes. También estaban Modigliani, Morgari, Lazzari, Serrati (Italia), Enriqueta Roland Holst (Holanda), Karl Radek (Polonia), Merrheim y Bourderon (minoría de izquierda de la C. G. T. francesa) y un delegado del Bund judío de Polonia, de Suiza y de Suecia.

Dos tendencias se perfilaron en la discusión del proyecto de manifiesto redactado por Trotzky. Una de ellas pensaba en la reconstrucción de una Internacional Socialista, la otra en la ruptura con los viejos partidos comprometidos en la política de guerra, en la formación de una nueva Internacional Revolucionaria, la III Internacional. El problema no fué solucionado. Lenin votó finalmente a favor del texto redactado por Trotzky. Eligióse una Comisión Socialista Internacional, con sede en Berna (Robert Grimm, Morgari, Ch. Naine, Angélica Balabanoff).

Estallaron motines en Marsella, a bordo de un barco de guerra ruso, el Askold, que transportaba tropas a Francia. Un agente provocador informó que habían sido originados por la lectura del "Nache Slovo", lo que no era cierto ni verosímil. La embajada rusa insistió en pedir la expulsión de L. Trotzky. Malvy, ministro del Interior, firmó la orden de arresto. Jean Longuet gestionó inútilmente la revocación. Bryand, Leygues, Painlevé, parecían turbados por la expulsión de un periodista ruso, cuyo diario se hallaba sometido a una estricta censura. Pero un corto comienzo de frase solucionaba el problema: "¡Es la guerra!" — "Si las mentiras de guerra hubieran sido explosivas, todo el planeta hubiera saltado", escribirá Trotzky en "Mi Vida". Inglaterra, Italia, Suiza, negaron asilo al expulsado. Correctos inspectores lo condujeron

del otro lado de los Pirineos (Irún), donde le recomendaron no llamar la atención...

Trotzky no conocía una palabra de castellano. En Madrid, corrió al Museo del Prado... Mientras tanto, Faux-Pas-Bidet, comisario de la policía judicial, lo señalaba ante las autoridades españolas como "peligroso-anarquista". Lo arrestaron. Pretendieron embarcarlo por la fuerza en dirección a La Habana. Finalmente logró autorización para esperar, estrictamente vigilado, el barco a Nueva York. Su arresto conmovió a Madrid. Los republicanos lo defendían, pero ignorando totalmente su pensamiento, atacaban su "pacifismo". Los reaccionarios miraban con simpatía esa especie de "germanofilia" que creían ver en él; pero, ¿por qué "anarquista"? Los agentes de la policía secreta lo colmaron de atenciones... Natalia y sus hijos se unieron con él en Barcelona. Embarcáronse en el paquebote español Montserrat, con destino a Nueva York. Malo el mar y peor la compañía.

XII

Llegaron a Nueva York a principios de enero de 1917 bajo una lluvia helada. "Nueva York, dijo Trotzky, es la más completa expresión de nuestra edad moderna" ("Mi Vida").

"Bujarin nos estrechó en sus brazos. Veintinueve años, la vivacidad en persona, rostro espontáneo y sonriente, naturalidad afectuosa, palabra alegre, impregnada de humor. Rebosaba ideas. Era un economista serio, marxista erudito, pero esquemático. Discípulo de Lenin, aunque de criterio independiente. Lo habíamos conocido en Viena. No bien descendimos del transatlántico, nos habló con admiración de una biblioteca pública abierta hasta altas horas de la noche; pretendió que la visitáramos inmediatamente. A eso de las nueve de la noche, tuvimos que realizar un largo recorrido para admirar la hermosa biblioteca; al regresar, pudimos contemplar los rostros de la fatiga neoyorkina.

"Desde el día siguiente, Trotzky comenzó a trabajar con Bujarin, Chudnovsky, Melnitchansky, en la redacción del "Novy Mir" (El "Nuevo Mundo"). Vivíamos en un barrio obrero del Bronx.

"El 8 de marzo de 1917, los diarios nos trajeron la noticia, por tanto tiempo esperada, pero de todos modos sorprendente, de la caída de Nicolás II, punto de partida de la Revolución Rusa... Casi inmediatamente partió Bujarin en dirección a Rusia, vía San Francisco, Tokio, Siberia... El 25 de marzo Trotzky obtuvo su primer pasaporte en regla. Lo expidió el consulado ruso, representante del Gobierno Provisional. El 27,

“bajo un diluvio de flores y discursos” (“Mi Vida”) nos embarcamos nuevamente hacia Rusia, en calidad de ciudadanos de una república naciente...

“Pero el influjo de los agentes zaristas no se había desvanecido del todo. Eramos a bordo seis exilados revolucionarios: Melnitchansky, Chudnovsky, Trotzky, yo misma y otros dos. La policía imperial nos denunció probablemente como “germanófilos”. En Halifax (Canadá), las autoridades militares británicas, que nada comprendían de los acontecimientos rusos, incapaces de despegar de los labios el invariable “Es la guerra”, nos arrestaron a todos, pese a nuestras protestas, a nuestros papeles en regla, a lo que en Rusia ocurría, al sentido común... Trotzky y sus camaradas fueron internados en el campo de Amhurst, junto a prisioneros alemanes. A mí y a los niños nos alojaron en casa de un inspector de policía, ruso naturalizado británico, el cual, sin ser estrictamente un mal hombre, daba muestras de cómica torpeza. Encargado de vigilarme con discreción, se jactaba en mis narices de sus tretas pesquisidoras...”

“Trotzky hablaba de la revolución rusa a los obreros y marinos internados. Los prisioneros se encariñaron rápidamente con él, lo que ocasionaba conflictos incessantes con los oficiales británicos. “¡Ah, exclamaba cándidamente uno de los militares, si tuviera a este agitador en una colonia africana!” El ministro de asuntos extranjeros del Gobierno Provisional de Rusia, el historiador Miliukov, que había sostenido vivas polémicas con Trotzky, tuvo que ceder a las demandas de los partidos revolucionarios, y en el mes de abril concluyó reclamando la liberación del ex presidente del primer Soviet de San Petersburgo y de sus compañeros de viaje.

“Nuevo embarque, esta vez sobre un pequeño navío que las olas del Atlántico sacudían sin piedad. Chudnovsky le hacía la corte a una menuda bailarina rusa... Era un muchacho corpulento de tez oscura, de cabellos ondulados, un estudiante tal vez demasiado charlatán para nuestro gusto, fácilmente inflamable. “¿Será firme? ¿Durará?”, se preguntaba Trotzky. La llama de Chudnovsky no conoció vacilaciones. Desplegó devoradora actividad. A partir de la toma del poder vivió sin separarse de su fusil de insurgente, fué herido en la defensa de Petrogrado, y muerto en Ucrania en 1918. El segundo compañero de viaje, Milnitchansky, era un corpulento relojero, sanguíneo, reflexivo. Había pertenecido al Partido Socialista norteamericano; participó en la insurrección de Moscú, ocupó puestos de dirección en los sindicatos soviéticos, se hizo amigo de Tomsy, y pereció por ese motivo —probablemente fusilado— en 1937”.

LA REVOLUCION

SEGUNDA PARTE

I

Volvimos a Rusia tras diez años de exilio, en medio de una revolución triunfante, pero en un país empobrecido y ensangrentado por la guerra. Nuestro primer contacto con las autoridades rusas, en Torneo, frontera sueco-finlandesa, fué glacial y no ciertamente a causa del crudo invierno. Todos los documentos de Trotzky quedaron retenidos para su examen, con la promesa de serles inmediatamente enviados a la presidencia del Soviet de Petrogrado, único domicilio provisional que pudo dar. Un oficial insistió mucho en saber en qué periódicos pensaba escribir “el señor Trotzky”. “Nos interesa infinitamente”, explicaba el personaje. “Caramba, le respondió L. D. con toda cortesía, en aquellos en que me plazca colaborar”. ¡Poco acogedor el nuevo régimen! En la frontera ruso-finlandesa, entre las nieves y los bosques, una estación decorada con banderines rojos, una pequeña multitud alegre, banderas, efusiones, Karajan, Uritsky, Fédorov... Ninguno de estos tres hombres, que con tantas esperanzas nos acogían, logró sobrevivir; Moisés Uritsky fué asesinado en 1918 por un estudiante contrarrevolucionario; Fédorov desapareció en 1935, en un campo de concentración. Karajan fué fusilado en 1937. En Petrogrado, Serebrovsky nos ofreció hospitalidad. Lo habíamos conocido durante las luchas revolucionarias de 1905. Se hacía llamar entonces Loguinov, joven cerrajero; ocultaba su origen burgués y se distinguía en las luchas callejeras. Ahora, técnico calificado, director de la fábrica Nobel, estaba cómodamente instalado, y pertenecía a la mayoría moderada del movimiento socialista. Su mujer creía percibir cierta frialdad en el gran patrón, desde que habían acogido a un revolucionario “exaltado”... Encontramos una pieza en la ciudad. Superfluo decir que habíamos llegado sin dinero.

“En pocos días se había desmoronado el imperio, bajo el peso de las huelgas espontáneas de marzo de 1917, y de las manifestaciones obreras en las calles de Petrogrado. Los gritos de las mujeres reclamando pan frente a las panaderías, habían anunciado, sin que nadie lo sospechara, el fin de una autocracia tricentenaria. Los pequeños grupos revolucionarios quedaron tan sorprendidos, tan poco comprendieron la amplitud de los acontecimientos, que los bolcheviques recomendaron volver al trabajo en el momento preciso en que las tropas de la guarnición comenzaban a confraternizar con los manifestantes. Fué esta fraternización, cuya iniciativa pertenece a centenares de héroes desconocidos, la que decidió todo. El gobierno del zar fué tal vez el único que no experimentó verdadera sorpresa, como lo probarán más tarde los informes de los altos funcionarios que, día a día, describían una situación cada vez más desesperada. Con todo, la resistencia de la policía y de los cosacos al movimiento de las masas, había provocado la efusión de sangre: 1.382 muertos fueron recogidos de las calles de la capital.

“A partir del 27 de febrero, los militantes y los delegados de fábrica y de batallones, se reunían en el Palacio de Táurida, en un ala de edificio ocupado por la Duma del Imperio, se pseudo-parlamento sin derechos ni poder, sin popularidad ni prestigio, cuya mayoría liberal, desorientada por los acontecimientos, multiplicaba sus inútiles conciliábulos. Militantes, obreros y soldados, retomando la tradición de 1905, se habían constituido en Comité Ejecutivo del Soviet (Consejo) de Diputados Obreros. Desde un comienzo, el Soviet se convirtió en el verdadero, en el único poder real, en algo así como el parlamento de las masas. Los líderes reconocidos de los partidos estaban en el exilio o en Siberia; algunos, en prisión. Socialistas poco conocidos, en su mayoría moderados, que jamás habían soñado desempeñar un papel decisivo, se apresuraron a reconocer al Gobierno provisional constituido por los liberales de la Duma. Pero en realidad existían dos poderes: el Gobierno provisional, gobierno oficial, y el Soviet, gobierno real. El primero se esforzaba por frenar el movimiento de las masas, por salvar la dinastía; el segundo controlaba, punzaba, embarazaba al primero, imponiéndole la democratización inmediata del ejército, el arresto del zar. El “laborista” Kerensky había ingresado en el gobierno en calidad de representante del Soviet, enfrentando a este último con un hecho consumado. Casi sin luchas, Rusia entera aceptaba entusiasmada el nuevo régimen.

“Desde Nueva York, en sus artículos del “Novy Mir”, Trotzky indicó desde un principio que la formación del primer

Gobierno provisional abría la perspectiva de inmensos conflictos sociales. El poder oficial caía, en efecto, en manos de grandes burgueses acostumbrados a ejercer contra el zar una oposición parlamentaria extremadamente temperada. Bajo ningún concepto se los podía considerar como representantes de la democracia rusa. El príncipe Lvov, figura harto neutra, presidía el gabinete; el jefe del partido Constitucional Democrático, Miliukov, tenía la cartera de Asuntos Exteriores. Era una cabeza de primer orden, un historiador, un político, un gran burgués consciente, que como lo demostrarían los acontecimientos posteriores, conocía acabadamente la lucha de clases, y no se hacía ilusiones sobre los medios por ella requeridos. La importante cartera de Guerra correspondió a Gutchov, ubicado en la extrema derecha del liberalismo, notorio por su influencia sobre el régimen reaccionario que sucedió a la revolución de 1905... Ni la reforma agraria, ni el establecimiento de una república fundada sobre el sufragio universal, podían esperarse de ese gabinete, puesto que desde el primer día resultó evidente que una asamblea constituyente, cualquiera fuera su carácter, lo arrojaría en seguida del poder. Kerensky, abogado socialista-revolucionario, miembro del Soviet, consintió en ingresar como “ministro de la revolución”; al hacerlo, colocaba al Soviet frente a un hecho consumado que él cubría con su elocuencia. El reaccionario Gutchov se reveló prontamente intolerable. Sus esfuerzos por mantener la disciplina en un ejército agotado que odiaba a sus comandos, no hicieron más que acelerar el descalabro de la disciplina. La misma guerra necesitaba de quien supiera, bien o mal, hablar a los soldados un lenguaje diferente del empleado por la autocracia. Kerensky tomó la cartera de guerra.

“Cuanto más temible para el antiguo régimen era un partido, tanto más decapitado se encontraba al principio de la revolución”, dice Trotzky en su “Historia de la Revolución Rusa”. Víctor Chernov, líder del partido socialista-revolucionario, autotitulado partido campesino, volvía del extranjero. Otro tanto ocurría con Martov, social-demócrata internacionalista. Los social-demócratas mencheviques Tseretelli y Dan tornaban de sus lugares de deportación, junto con los bolcheviques Kamenev, Sverdlov, Rykov y Stalin. Las puertas de la prisión se habrían para Dzerjinski. El 3 de abril de 1917, Lenin y Zinoviev llegaban procedentes de Suiza, tras atravesar Alemania en compañía de otros treinta y dos refugiados políticos, en el famoso “vagón precintado”, denominación impropia, porque sólo estaba celosamente vigilado por la policía alemana. Como el gobierno británico había denegado facili-

dades de retorno a Rusia para los socialistas exilados en Suiza, el social-demócrata suizo Fritz Platten negoció con la embajada de Alemania en Berna, y obtuvo el derecho de tránsito en un vagón que gozaba de extraterritorialidad. Diez socialistas europeos aprobaron este arreglo en una declaración pública. (Paul Levi, alemán; Enrique Guilbeau y Fernando Loriot, franceses; Bronsky, polaco; F. Platten, suizo; Lindhausen, alcalde de Estocolmo, Stroem, Türe Nerman, Chihboom, Hansen por los socialistas de Suecia y Noruega). En su "Carta de despedida a los camaradas suizos", Lenin escribía: "El gran honor de comenzar las revoluciones que necesariamente derivan de la guerra, ha recaído sobre Rusia... cuyo proletariado está menos organizado, es menos conciente y preparado que el de los otros países... Rusia es uno de los países más atrasados de Europa... pero la revolución burguesa puede tener en ella una enorme amplitud, transformándose en prólogo de la revolución socialista mundial, en modesta vanguardia hacia esta última...".

Corría el año tercero de la primera guerra mundial. Clemenceau exigía de Francia el supremo esfuerzo bélico; los alemanes amenazaban y bombardeaban París. Alemania declaraba contra Inglaterra una implacable guerra submarina. Se luchaba en la Mesopotamia, en Palestina, en Macedonia, en la selva africana. Los austro-alemanes hundían en Caporetto el frente italiano. El 6 de abril de 1917 los Estados Unidos entraban en guerra. El imperio de Rusia no había escatimado ni su sangre ni sus recursos durante más de dos años, de suerte que el país estaba agotado y la guerra suscitaba exasperada impopularidad entre las masas obreras de las ciudades y entre la población campesina, de donde proveía el sector más numeroso de los efectivos del ejército. En Galitzia, en Bucovina, las ofensivas rusas habían fracasado por falta de municiones. Los servicios sanitarios del ejército ruso se contaban sin duda entre los más desorganizados del mundo... La guarnición de Petrogrado, ciento cincuenta mil campesinos con uniforme, había dado la victoria a la revolución; porque, sin tener sobre la guerra un juicio claro y motivado, hacía al antiguo régimen responsable de ella.

Tres eran las fuerzas políticas que se enfrentaban en Rusia: el Gobierno provisional, constituido por representantes de la burguesía liberal, ligado a la dinastía y expresando en realidad los intereses de una ínfima minoría de la población, en cuyo poder estaban las grandes fortunas, las dignidades del imperio, los antiguos privilegios. El Soviet popular, constituido por socialistas dispuestos a un compromiso con la

burguesía, pues tenían las responsabilidades del poder; socialistas revolucionarios y social-demócratas mencheviques, pronto quedarían englobados bajo el común apodo de "conciliadores". Estaban finalmente las masas, que esperaban de la revolución no un simple cambio ministerial, sino el fin de la guerra, el fin del régimen semifeudal de la propiedad inmueble, el fin de los escándalos, el advenimiento de una sociedad más equitativa, es decir, de la democracia.

El 18 de abril, Kerensky, ministro de guerra, desencadenó una ofensiva en Galitzia. Esta ofensiva sólo provocó el estéril sacrificio de algunos miles de jóvenes, y pronto se transformó en derrota. Cuatrocientos mil obreros y soldados se lanzaron a la calle bajo la consigna de "¡El poder a los Soviets!", "¡Basta de apoyar a los capitalistas!" Era una verdadera ola submarina, en gran medida espontánea, ya que por entonces los bolcheviques sólo constituían una ínfima minoría. Lenin acababa de llegar el 3 de abril, y no eran los cientos de miles de manifestantes los que se declaraban de acuerdo con él, sino él quien se sentía de acuerdo con los cientos de miles de manifestantes. Un volante bolchevique que días más tarde fué distribuido entre los soldados, se expresaba de este modo: "¡Exigir la plenitud del poder para los Consejos de Obreros y Soldados! ¡Inmediatas propuestas de paz sin anexiones ni indemnizaciones a todos los pueblos y a todos los gobiernos!... Nada de motines; acción revolucionaria consciente... Mientras el actual gobierno sea sostenido por la mayoría del pueblo, someteos a él... No derrochéis vuestras fuerzas en motines...". El Gobierno provisional vivía en perpetua crisis. La impopularidad de la coalición burguesa-socialista aumentaba.

Petrogrado es una gran ciudad, la más moderna de las ciudades rusas, ya que fué construida en el siglo XVIII; largas arterias rectilíneas, cortadas por canales; en el centro abundan los palacios, de noble arquitectura barroca o de estilo imperio. Bordeado por muelles de granito rosa, el Neva divide la ciudad en dos... Los arrabales obreros carecían de esa magnificencia imperial; eran opacos, con calles pobres y casitas de madera estilo "rural". Pero de allí provenía todo el vigor, todo el pensamiento, todo el sacrificio de una época de inquietudes cotidianas e ilimitadas esperanzas. La ciudad de los funcionarios, de los militares, de la alta burguesía, de la corte, de la elegancia y de los negocios, se veía invadida por los capotes grises de los soldados, por las gorras marineras, por las columnas obreras, los mitines y las manifestaciones. Tras el sopor cerebral impuesto por el despotismo, todos pa-

recian ansiosos de discutir, de decidir el nuevo destino. Al decir "todos" nos referimos, naturalmente, a las clases trabajadoras y a los militantes revolucionarios.

"Vivíamos tan modestamente como en París o en Bronx. Diariamente llegaban noticias graves o sensacionales, y con ellas, los pequeños problemas del avituallamiento... Trotzky era quizás, el orador más popular de Petrogrado, permanentemente solicitado por las delegaciones de marineros de la flota, por las de los regimientos, de las fábricas, de los sindicatos; había ocasiones en que tenía que hablar varias veces en la misma jornada. Se esforzaba, sin embargo, por administrar su voz y dormir lo suficiente, lo que a menudo resultaba imposible. En el Circo Moderno tenía instalada su propia tribuna, comparable a la de un club jacobino durante la Revolución francesa, pero en todo caso más concurrida. Allí, en el gran escenario, arengaba al pueblo de la calle, en quien encontraba un auditorio fervoroso, comprensivo, cuyos millares de ojos ardientes absorbían sus más pequeños gestos".

Al día siguiente de su llegada a Petrogrado, habló en el Soviet para formular sus tres consignas: "1) Desconfianza hacia la burguesía; 2) Control de nuestros propios jefes; 3) Confianza en nuestras propias fuerzas revolucionarias. Categóricamente negaba apoyo al Gobierno provisional. Veinte días después, estallaba el conflicto entre el Soviet de marinos de Cronstadt y el Gobierno provisional; el Soviet se negaba a obedecer las órdenes de dicho gobierno. Trotzky preconizó el apaciguamiento, en tanto que los ministros anunciaban la represión. "Es menester, decía, procurar la organización de autoridades locales y eliminar a los comisarios ultrarreaccionarios, capaces de convertirse en verdugos de la revolución". Por otra parte, persuadía a los marinos para que aceptaran una liquidación amigable del conflicto. Redactaba un manifiesto de fidelidad al pueblo ruso. Este documento anunciaba que no pasaría mucho tiempo antes de que el poder pasara a los Soviets (31 de mayo de 1917). Subrayaba la incompatibilidad de fines entre el Gobierno provisional y el Soviet. "La doble impotencia del Gobierno provisional y del Soviet nos conduce a una crisis de inconcebible gravedad" (2 de junio de 1917). Redactaba un "programa de paz", dirigido a la Conferencia Socialista Internacional de Estocolmo, que puede resumirse de la siguiente manera: defensa de los derechos de las pequeñas nacionalidades; en los casos litigiosos, como los de Alsacia y Lorena, plebiscitos honestos; derecho de las nacionalidades a disponer de sí mismas; Estados Unidos de Europa, sin monarquías, ejércitos permanentes o diplomacia se-

creta: "Los Estados Unidos de Europa constituyen la única forma concebible de la dictadura proletaria europea". En el Ier. Congreso Panruso de los Soviets, conservando la palabra pese a las interrupciones y a los gritos hostiles, expresaba: "Nada nos garantiza que no seamos destrozados, que nuestra revolución no sea sofocada por la coalición del capital mundial y que no terminemos victimados sobre la cruz del imperialismo mundial...". No veía salvación más que en la revolución europea, y ante todo la alemana. "Y si Alemania no se subleva, o lo hace muy débilmente, avanzarán nuestras tropas (unidas por la disciplina revolucionaria), no para defender la nación, sino para la ofensiva revolucionaria..." (9 de junio).

Las posiciones que Trotzky asumía, lo enfrentaban con los grandes dirigentes políticos del momento, con la mayoría del Soviet. Polemizaba sobre todo con Tseretelli, ministro del Interior, y contra Fédor Dan; ambos eran socialdemócratas mencheviques, ardientes partidarios del gabinete de coalición y de la política de guerra, esencialmente preocupados por estabilizar la revolución con el fin de empujarla hacia los canales de un régimen parlamentario. Trotzky consideraba que esa política era totalmente utópica; que implicaba la renuncia a la revolución popular y que por ese motivo sólo conduciría al triunfo necesariamente sangriento de la contrarrevolución.

II

"Entre los adversarios, muchos odios se acumulaban contra él. Vuelta de compras, una amiga me comunicaba los comentarios hirientes o amenazadores que hacía una cola de mujeres frente a una panadería. En la casa donde vivíamos los vecinos nos rodeaban de hostilidad. En esa época conocimos a un amigo nuevo, cuyos servicios nos resultaron preciosos: se trataba del marinero Markin, a quien nuestros hijos —León tenía 12 años y Sergic 7— habían encontrado en el Smolny. Ya estaban muy desarrollados y seguían apasionadamente la vida política. León y Sergio estaban orgullosos de su padre. Markin, un muchachote de alta frente, casi siempre taciturno, de mirar concentrado, pero capaz de sonreír hermosamente, tomó inmediato afecto a los dos niños. Encontró en ellos tan buenos confidentes, que les narró su vida destrozada por una mujer... Cuando Markin se enteró de que en nuestra misma casa nos rodeaba la hostilidad, intervino con mucha discreción, pero a buen seguro con firmeza. Y como los marinos revolucionarios despertaban gran respeto, todo cambió de la noche a la mañana: a los rostros

enfurrñados suocieron amables saludos... Markin llegaría a ser un precioso colaborador y un valiente compañero de armas de Trotzky".

Los días 2, 4 y 5 de julio estalló una verdadera revolución espontánea. No fué el Partido revolucionario, que se oponía a ella, quien tomó la iniciativa, sino los comités de batallones, de regimientos y de fábricas los que se sublevaron y entraron en la lucha, más bien arrastrados por el empuje de las masas, que dirigiéndolas concientemente. En los comienzos del movimiento los anarquistas desempeñaron cierto papel. Columnas armadas seguidas de camiones erizados de ametralladoras, integradas por tropas de la guarnición y obreros de fábricas enteras, invadieron el centro de la capital y marcharon hacia el Palacio de Táurida, asiento del Soviet, a veces en buen orden y con la banda de música al frente, a veces empuñando las armas y exteriorizando una firme resolución... "¡Abajo los ministros capitalistas! ¡Todo el poder a los Soviets!" Los marinos de Cronstadt desembarcaban en formaciones completas. Sólo tres regimientos guardaban neutralidad en favor del Gobierno provisional; cósacos y alumnos de las escuelas militares asaltaban a veces a los manifestantes; ello ocurría cuando los superaban en armamento. Las sangrientas escaramuzas no raleaban la marea humana; por el contrario, la hacían más amenazadora. Sorprendido por la iniciativa popular, el Comité Central Bolchevique invitó a los manifestantes a disolverse pacíficamente. Pero luego se unió a la manifestación, procurando darle un sesgo pacífico. Desde los balcones de una mansión situada sobre la margen derecha del Neva, que anteriormente había pertenecido a una bailarina, Sverdlov y Lenin arengaban en ese sentido a una muchedumbre resuelta, sobre la cual centelleaban las bayonetas.

En el Soviet y en los alrededores del Palacio de Táurida, Zivoviev y Trotzky intentaban lo mismo, y conseguían frenar la violencia de las masas, listas a derribar al Gobierno provisional y al Comité Ejecutivo del Soviet. Encaramado sobre un coche, Trotzky contemplaba el espectáculo jamás visto de una multitud que parecía abrigar una fuerza enorme en su seno. Soldados, marinos, obreros, avanzaban encabezados por banderas rojas, en filas de veinte que llenaban totalmente la calle, disciplinados, inmensamente calmos. Un menchevique, que se hallaba junto a Trotzky, le preguntó: "Y, bien. ¿Qué me dice de esto?" Su tono trasuntaba amargo reproche y angustia. "Digo que veremos", le respondió Trotzky mientras contenía su entusiasmo; pero lo mismo que a Lenin

lo alarmaba pensar que aún no había llegado la hora de tomar el poder y que de un momento a otro la sangre podría correr a mares. Era evidente que en Petrogrado la batalla estaba de antemano ganada. Pero, ¿qué diría el resto de Rusia? ¿Cómo reaccionaría el ejército concentrado en el frente? Había que contemporizar, incitar sin descanso a los manifestantes a que volvieran a sus hogares. Trotzky estaba bajo el pórtico del palacio de Táurida, cuando un grupo patibulario detenía al "ministro campesino" Víctor Chernov, el gran hombre del Partido Socialista revolucionario —uno de los adalides de la colaboración con la burguesía. El bolchevique Raskolnikov, joven oficial de la marina, se esforzaba por liberar a Chernov. Trotzky se encaramó sobre el motor del auto en el que Chernov estaba prisionero. Reconocido, hicieronle silencio y lo dejaron hablar. Gritó: "¡Que levanten la mano quienes quieran ejercer violencia contra el ciudadano Chernov!". Ninguna mano se levantó. "El ciudadano Chernov recupera su libertad", dijo Trotzky.

Treinta mil obreros de la fábrica Putilov llegaron al palacio de Táurida y acamparon a su alrededor. Cuéntase que un obrero de blusa azul, sin cinturón, armado de un fusil, apostrofó entonces a Chernov con estas palabras: "¡Tómalo el poder de una buena vez, hijos de perra! ¡Os lo estamos dando!" La lluvia, la fatiga, las exhortaciones de los revolucionarios, terminaron por disolver las manifestaciones espontáneas el día 5 de julio. El Gobierno provisional y los elementos reaccionarios aprovecharon para retomar la iniciativa. Hubo conatos de pogromo al grito de: "¡Al agua con bolcheviques y judíos!" La imprenta de la "Pravda" fué devastada. Un ministro comunicaba a los oficiales de los regimientos aún fieles, una revelación enteramente sensacional. Lenin y sus cómplices no eran más que agentes de Alemania. Se acababan de obtener pruebas irrefutables.

III

Hay una tradición tan antigua como la torpeza y la mala fe políticas, que lleva a acusar de "hacer el juego al enemigo" a los revolucionarios que se oponen a su gobierno en tiempos de guerra. Es, sin embargo, evidente, que son los gobiernos ineptos o corrompidos quienes hacen el verdadero juego al enemigo. De ahí a acusar a la oposición de "estar vendida al extranjero" no corre más que un paso, fácil de franquear gracias a la psicosis de guerra y a la fabricación de documentos falsos por parte de los servicios secretos. Pue-

den tejerse las más tenebrosas novelas sobre la calidad del Servicio de Contraespionaje que el Gobierno provisional había heredado del imperio, pero nunca se alcanzará el nivel de la verdad. Diplomáticos y ministros no tenían más información que la suministrada por agentes dobles, jefes reaccionarios y aventureros a la caza de grandes sumas. Contra los bolcheviques, y principalmente contra Lenin, "llegado de Alemania en el vagón sellado", de desató una verdadera tempestad de calumnias. Al principio, éstas hicieron su camino. Algunos millares de socialistas conocían desde hacía veinticinco años la probidad de Lenin, y en general, la absoluta incompatibilidad entre la mentalidad revolucionaria y el trabajo de los servicios secretos de un Estado mayor cualquiera. Pero estos socialistas estaban ahogados por el océano de las masas, entre las cuales eran mayoría los que por entero ignoraban la vida de los partidos clandestinos. El Gobierno provisional acusaba. Tras él acusaban las fuerzas reaccionarias, con tanto mayor vigor cuanto consideraban que los ministros liberales, los socialistas moderados y el "bribón" Kerensky, también estaban por diversos modos vendidos al extranjero... Los socialistas conciliadores de todas las tendencias declaraban que "no creían en la acusación" e incluso procuraban, por lo demás sin gran interés, defender un poco a sus adversarios revolucionarios contra esa ola de inmundicias.

Lenin y Zinoviev se refugiaron en Finlandia. Durante algunos días vivieron en una choza, junto a un lago. Lenin le había preguntado a Trotzky en la tarde del 5 de julio: "¿No nos irán a fusilar ahora?" "Puede que no", respondió Trotzky.

Los estadistas liberales sostenían con ceguera que "el oro alemán había desempeñado importante papel en la Revolución rusa" (Miliukov, Nabokov). Estos jefes de partidos ricos ignoraban el poder de los partidos pobres, y hasta eran incapaces de concebirlo. A tanto llegaban las insensatas acusaciones, que el ministro Víctor Chernov renunció porque uno de los antiguos jefes de policía del zar lo había sindicado como "espía alemán". A voz en cuello se acusaba a Chernov de ser "derrotista", por el hecho de haber asistido a la conferencia socialista internacional de Zimmerwald, en setiembre de 1915. El 20 de julio, en la tribuna de los Soviets de obreros, soldados y campesinos, que sesionaban conjuntamente, Trotzky tomó la defensa de su viejo adversario socialista revolucionario. "Quien crea poder apuñalar hoy a Lenin por la espalda..., quien trate a Lenin de agente alemán, ¡ése es un miserable! El limpio nombre de Lenin nos es tan querido como a vosotros

el de Chernov... También Chernov está bajo nuestra defensa". La renuncia de Chernov duró pocos días. En cuanto a los bolcheviques, el historiador Sujánov, testigo de los acontecimientos y partícipe en ellos constata que en poco tiempo "la absurda acusación se disipó como el humo". El lector que desee profundizar en estos sucesos históricos encontrará análisis detallados de los mismos en los dos libros de Trotzky: "Historia de la Revolución Rusa" y "Mi Vida". El debate parece absolutamente concluido con esta frase de las "Memorias" del general Ludendorff: "Jamás pude suponer que la revolución rusa se convertiría en tumba de nuestro poderio".

"A Trotzky no lo alcanzó la calumnia gubernamental, pero se solidarizó con Lenin mediante una carta abierta al Gobierno provisional publicada en el diario de Máximo Gorki. "No encontraréis ningún motivo lógico — escribía — para exceptuarme de la orden de arresto que habéis librado contra mis camaradas Lenin, Zinoviev y Kamenev... Tanto como esos camaradas, soy adversario irreconciliable de la política del Gobierno provisional. No podéis abrigar la menor duda sobre ello...". En la noche del 24 de julio de 1917, la misma noche en que se organizaba el gabinete dirigido por Kerensky, Trotzky asistió a algunas reuniones y retornó tarde a casa, a eso de las dos de la mañana. Se acostó y durmió profundamente. Yo tenía el sueño ligero, como si aún dormida aguardara el peligro. Oí un ruido de botas en el patio de la casa. Me desperté inmediatamente, descorrí las cortinas y vi el patio lleno de soldados. La blanca noche asemejaba un dulce crepúsculo. Cuando lo abordé, se mostró afable, mas no quise darle la mano... Obtuve autorización para ver a Trotzky, pero sólo a través de una reja. "Has hecho bien — me dijo —; no se le da la mano a esa clase de gente."

"Lo encerraron en la prisión de Kresty, igual que en 1905. Raskolnikov, Kamenev y Lunatcharsky se encontraban también en ella... Gestioné un permiso de visita, pero el magistrado instructor, un tal Alexandrov, evitó recibirme. Deslicé un rublo entre las manos de un ujier para que me lo designara. Desperté a Trotzky. "¡Están!", dije. Se vistió. Advertí a Larin, junto a quien vivíamos. No se apresuró a abrir. El oficial que se presentó, comenzó preguntando por Lunatcharsky; pero pese a nuestras llamadas telefónicas, la tropa se llevó a Trotzky.

"Formuléronle acusaciones que más que ultrajantes eran ineptas. Quisieron interrogarlo sobre su viaje a través de Alemania en compañía de Lenin: ¡Lo confundían con Martov, dirigente menchevique, vuelto a Rusia en el vagón extraterritorial! ¡No había traído desde Nueva York diez mil dólares

provenientes de los alemanes? Cierto es que los socialistas rusos, letones, lituanos, finlandeses y alemanes de Nueva York le habían entregado el producto de una colecta que ascendía a la suma de trescientos diez dólares, con los cuales se pudo financiar el viaje de cinco exilados políticos... El documento de acusación estaba constituido por las declaraciones de un suboficial llamado Ermolenko, del servicio de contraespionaje, agente doble por añadidura, pagado por el contraespionaje alemán para entrar en relaciones con los nacionalistas ucranianos, que había oído decir a los oficiales alemanes que "Lenin trabajaba en el mismo sentido"... Trotzky dió un vistazo a los papeles del magistrado y declaró que consideraba humillante responder a preguntas de esa categoría.

"Algunos meses atrás, el embajador de Gran Bretaña había intentado justificar la detención de exilados rusos en Canadá, mediante una vaga acusación de germanofilia; pero se guardó muy bien de mantenerla.

"Nuestros hijos pasaron a Terioki, Finlandia, próxima a la frontera. Periódicamente iba a visitarlos y los encontraba curtidos por el sol, entusiasmados con la natación, con la pesca, serenos de espíritu. Pero un día los hallé acurrucados en un rincón, sujetos a un humor sombrío y casi desesperados. En la mesa de la pensión habían oído afirmar que Lenin y Trotzky eran espías alemanes. Los rapaces se habían arrojado contra los calumniadores, uno de ellos armado de un cuchillo y el otro de una silla... Se habían pasado el día esperándome y nada habían comido entretanto. Me los llevé conmigo a Petrogrado.

"En el patio de la prisión, Trotzky encontró a gran número de obreros jóvenes, soldados y marineros, todos ellos amargados o indignados. Habían creído en la libertad, en la revolución aclamada, sin imaginar que de ello resultaría un simple escamoteo político. Los cosacos comenzaban a cargar en las calles; los magistrados del antiguo régimen instruían los procesos; la canalla imperial nuevamente desatada; los precios subían, el papel moneda transformaba en mistificaciones los salarios; no aparecía ninguna perspectiva de mejoras. León Davidovitch discutía con los detenidos y les afirmaba que la verdadera revolución no se llevaría a cabo sino cuando las clases explotadas tomaran el poder. Consideraba que la indignación de los prisioneros debía concordar con la de los arrabales, y que poco duraría la coalición gubernamental de los conciliadores, que creían constituir la "democracia revolucionaria", con la burguesía liberal, estrechamente ligada a la reacción. Como se ve, estaba muy bien informado.

"Durante la instrucción, fué el único en adoptar una acti-

tud duramente combativa, acusando al magistrado de complicidad con los falsarios y calumniadores.

"Siempre lo veía de buen humor. León y Sergio le llevaban viveres. Como los tranvías estaban a todas horas repletos, viajaban sobre los techos".

IV

El peligro crecía. El fracaso de las manifestaciones armadas de julio había reforzado a la derecha. Las clases ricas, movilizadas por el miedo, creían que el bolchevismo estaba decapitado. La "democracia revolucionaria", es decir, los partidos socialista-revolucionario y social-demócrata menchevique, manifiestamente debilitados, sentían el sople de la impopularidad. El nuevo gabinete Kerensky comprendía una mayoría de ministros socialistas; en la cartera de Agricultura se destacaba el social-revolucionario Chernov, a quien la prensa acusaba de fomentar en las campañas la ocupación de las tierras por los campesinos. En realidad, los ministros socialistas eran más débiles que en los tiempos en que sólo constituían minoría. Kerensky se presentaba como "jefe de la nación", pero los Soviets conciliadores sólo lo sostenían como mal menor. El Partido Constitucional-democrático (K. D. o cadete) de la burguesía liberal, desconfiaba de él y ponía particular esperanza en los generales, en los viejos generales del antiguo régimen. La situación era visiblemente inestable. Había un punto en el que el estadista liberal Miliukov concordaba con Lenin y Trotzky: se necesitaba un verdadero poder, un poder fuerte... pero, ¿qué poder? Aquí comenzaban los desacuerdos. En su "Historia de la Revolución", claramente concebida desde el punto de vista de la burguesía, Miliukov señala que todo el mes de agosto fué llenado por los conciliábulos y las intrigas tendientes a establecer la dictadura. Kerensky aspiraba a ella en calidad de árbitro entre las clases. Los generales, abiertamente apoyados por industriales, comerciantes, financistas, propietarios terratenientes, todos los cuales se expresaban en sus conferencias, en su prensa y a través de voceros autorizados, designaron a Kornilov, "héroe y jefe del pueblo ruso", para la dictadura de mañana.

Kerensky convocó en Moscú, lejos, creía, del ambiente revolucionario de la capital, una Conferencia de Estado en la que todas las "fuerzas sociales" estuvieron representadas, pero en la que la democracia soviética apenas tuvo la mitad de la asamblea, contrabalanceada por la burguesía y el comando del ejército. Con toda prudencia, Kerensky se abstuvo

de hablar en ella de la República. Tomó la palabra en calidad de presidente del consejo de ministros del "Estado ruso". El general Kornilov hizo su aparición escoltado por cosacos de nek uniformados con caftanes rojos, que formaron a su paso una doble fila de sables desenvainados. Habló del peligro nacional utilizando el temor despertado por la caída de Riga en poder de los alemanes; como consecuencia, exigió el establecimiento de un poder fuerte. La derecha lo aclamó. Pero en Moscú habían acogido la conferencia democrática con una huelga general de un día, tan completa, que los notables no consiguieron subir a un vehículo ni hacerse servir una bebida. Un comité clandestino integrado por dos mencheviques, dos socialistas revolucionarios y dos bolcheviques la supervisaba, listo para convocar, contra toda tentativa de golpe de Estado, al proletariado y a la guarnición. Algunos incidentes significativos enfrentaron a la izquierda con la derecha. Así, cuando un joven oficial cosaco desautorizó en nombre de los soldados una amenazadora declaración del atamán Kaledin, la izquierda (constituída por socialistas conciliadores) se levantó unánimemente al grito de "gloria a los cosacos revolucionarios".

La derecha protestaba con violencia contra estas incitaciones a la indisciplina. Un oficial exclamó: "¡Los marcos alemanes!" Tamaña imbecilidad desencadenó el tumulto; toda la izquierda se levantó esta vez protestando contra el insulto La guerra civil flotaba en el aire.

Miliukov, que tuvo una entrevista confidencial destinada a esbozar o a concretar el acuerdo entre el Partido Liberal y los generales, traza el siguiente retrato del general Kornilov: "Rechoncho pero sólido, trazos de kalmuk, ojos negros, pequeños, de mirar incisivo y penetrante que se iluminaban a veces con malignos destellos...". El candidato de la reacción a la dictadura no era más que un héroe de derrotas. De manera bastante tonta había perdido su división en el frente. Más tarde logró escapar al cautiverio austriaco. Se le reconocía valentía física, afectaba implacable firmeza, pero los generales Alexeiev, Brusilov, Denikin, Ruzski, sus colegas, lo tenían por desesperadamente limitado. Escasa inteligencia, valentía personal, firmeza que llegaba hasta la crueldad, indudable carencia de escrúpulos, tales eran, a los ojos de la reacción, los trazos del dictador ideal. El restablecimiento de la pena de muerte en el frente y en la retaguardia constituía el artículo fundamental de su programa. En otras palabras, no ocultaba su intención de salvar al país a fuerza de fusilamientos. Kerensky lo acababa de nombrar comandante en jefe de los ejércitos rusos.

El 21 de agosto, los alemanes ocuparon Riga, ciudad revolucionaria deplorablemente defendida por el Estado Mayor. Todos los testimonios oficiales relatan que los fusileros letones, ganados por el bolchevismo, lucharon valientemente por defender su capital y ejecutaron luego en buen orden un repliegue ejemplar. Ello no impidió que la prensa responsabilizara de la derrota a "los obreros que no trabajan y los soldados que no combaten". Los grandes diarios de toda Europa retomaron la leyenda.

Entre los días 26 y 27 de agosto, Kornilov ordenó marchar, no contra los alemanes sino sobre Petrogrado, a la "división salvaje" de caballería del Cáucaso, comandada por el general Krymov. Los socialistas conciliadores, mayoría en el Soviet, comprendieron en seguida que la conciliación estaba concluida, que Kornilov significaba la dictadura y el terror contra las clases laboriosas. El ministro menchevique Tseretelli, ocupado la víspera en desarmar a los marinos de Cronstadt, los convocó a las armas.

En la prisión de Kretsky no corrían ya las acusaciones falsas. Tanto había cambiado la atmósfera de Petrogrado que las delegaciones de marineros entrevistaban a Trotzky pidiéndole consejo, ofreciéndole abrir inmediatamente las puertas de la prisión, y arrestar incluso al Gobierno provisional. "No, les respondía Trotzky, no asumamos la responsabilidad de un motín en estos momentos críticos... La hora se aproxima". Temiase la ocupación sorpresiva de Petrogrado por la "división salvaje" y, naturalmente, la inmediata masacre de los prisioneros políticos.

Junto con el enseña de navío Raskolnikov, joven enérgico, de trazos firmemente esculpidos, querido por los marinos de Cronstadt, Trotzky se paseaba por el patio de la prisión. "¡Qué flojones!", decía refiriéndose a los hombres del gobierno. "Lo que tendrían que hacer es poner a Kornilov fuera de la ley dando a todo soldado el derecho de abatirlo!".

La ciudad estaba completamente en calma. El ex terrorista del partido socialista revolucionario, Savinkov, ministro de guerra y marina, todavía el 27 de agosto publicaba que "el general Kornilov goza de la absoluta confianza del Gobierno provisional". Ese mismo día Kerensky relevaba a Kornilov del comando supremo. Ya no había verdadero gobierno; los ministros liberales (constitucional-democráticos) habían dimitido la víspera para librarse de sostener abiertamente a Kornilov o de combatirlo... Eso no importaba. El "héroe-dictador" respondió a las órdenes de Kerensky con un manifiesto en el que declaraba que "el Gobierno provisional obe-

dece a la presión de la mayoría bolchevique de los Soviets, y actúa de completo acuerdo con el Estado mayor alemán” Ponia fuera de la ley a los bolcheviques, a quienes acusaba de traición, a los socialistas moderados y hasta al mismo Kerensky! Impotente, cuanto quedaba del gobierno provisional sesionaba en el Palacio de Invierno. Miliukov, jefe de los liberales, aconsejaba a Kerensky la dimisión, le demostraba que la fuerza estaba de parte de Kornilov y se ofrecía como mediador. También Buchanan, embajador de Gran Bretaña, ofrecía su mediación. Parecía inminente la victoria de Kornilov.

A pesar de ello, el Soviet constituyó un comité de defensa de la Revolución. A toda prisa se organizaban batallones de Guardias Rojos en los arrabales, que ascendieron pronto a cuarenta mil hombres. Para ellos montaron las fábricas Putilov un centenar de cañones. Los ferroviarios tomaban medidas para impedir las comunicaciones del ejército faccioso. Los tipógrafos garantían la publicación de los periódicos de izquierda. Cronstadt se ofrecía a combatir. Soldados y marineros sabían que tras Kornilov venían los pelotones de fusilamiento. En Vyborg fusilaron a los oficiales superiores que les habían ocultado las noticias. Kerensky dirigía a los bolcheviques un mensaje en el que los invitaba a “tomar la defensa de la Revolución”.

El jefe de la “división salvaje” no pudo hacer avanzar sus tropas, porque los ferroviarios habían arrancado los rieles y bloqueado las vías. Entre los cosacos de Kornilov comenzaban los mitines; escuchaban a los oradores que el Soviet enviaba. Enarbolaban una bandera roja sobre el vagón del estado mayor de la “división salvaje”, y en ella se leía la divisa: “Tierra y Libertad”. Las delegaciones de los regimientos de Petrogrado afluan al encuentro de las tropas de Kornilov, no para batirse sino para hablar con ellas. Krymov y Kornilov no disponían más que de ocho escuadrones mal armados, los cuales se disgregaron tan rápidamente que el aspirante a dictador no tuvo que presentar batalla. Convocado a Petrogrado por Kerensky, Krymov escuchó las admoniciones de Kerensky y se hizo saltar los sesos. Ya no existía la “división salvaje”, pero en cambio subsistían los Guardias Rojos de los arrabales. A Kornilov lo arrestaron algunos días más tarde. Alexeiev lo reemplazó en el comando supremo.

Rodeado de atenciones, en simbólica cautividad, Kornilov acabaría huyendo con la ayuda del Estado Mayor; en el Mediodía comenzó la guerra civil y se hizo finalmente matar en combate, cerca de Ekaterinodar, en 1918.

“El 4 de setiembre, pusieron en libertad a Trotzky, bajo

fianza de 3.000 rublos. Cuando fui a buscarlo a la prisión no pude encontrarlo. Se había dirigido directamente a la sesión del Comité Ejecutivo de los Soviets. Aún no se había desvanecido la emoción provocada por el fallido golpe de estado; la gente se preguntaba cómo reaccionaría el Gran Cuartel General del Ejército, se comentaba la connivencia de Kerensky y Savinkov con el general faccioso. Perseguidos y persecutores de la vispera, volvían a encontrarse, cohesionados por el peligro común. Pocos días más tarde, por primera vez, el Soviet de Petrogrado dió mayoría a los bolcheviques. Al ceder el sitio a Trotzky, Tseretelli le dijo: “Deseo que pueda mantenerse por tres meses”.

V

La lamentable aventura del dictador reaccionario descalificó y dividió profundamente al gobierno provisional. Según Miliukov, que mejor que nadie reflejaba el sentimiento de la alta burguesía, de los generales, de la aristocracia, Kerensky había “traicionado” al general Kornilov, después de haberlo estimulado; según los socialistas, los conciliadores incluidos a pesar de que estos últimos lo seguían sosteniendo como “mal menor”, Kerensky aparecía por lo menos como sospechoso de complicidad con Kornilov. En lo que concernía a su colaborador, el ministro de guerra y marina Savinkov, la sospecha se convirtió prontamente en certidumbre: Savinkov fué excluido simultáneamente del Gobierno provisional y de su partido. A partir de ese momento, Miliukov consideraba que Rusia, “dividida entre dos partidos irreconciliables”, tenía que elegir entre “Kornilov y Lenin”, es decir, entre una enérgica reacción y un gobierno no menos enérgico, probablemente dictatorial, del proletariado y los campesinos. Bien entendido que el estadista constitucional democrático no se expresaba públicamente en esos términos; pero más tarde, en su “Historia de la Revolución Rusa”, se explayó abundantemente sobre el tema. Había tenido una entrevista confidencial con Kornilov; conocía de antemano el día de la asonada. Documentado por los tipógrafos, Riazanov divulgó un artículo que Miliukov había entregado al diario liberal “Rietch” (“La Palabra”), el 29 de agosto, en el preciso instante en que Kornilov se hundía. El artículo había sido retirado de prensa, de modo que el diario apareció con columnas en blanco. Contenía estas líneas: “No tememos decir que el general Kornilov persigue los mismos designios que nosotros consideramos indispensables para la salud de la patria”. Los liberales, que en la mañana del 29 de agosto “no temían decir”, temían precisamente decirlo en

la noche del 29 de agosto... Los industriales cerraban sus fábricas, y al mismo tiempo profetizaban hambre. En Petrogrado, la ración individual de pan negro era de cuatrocientos gramos diarios, y de ochocientos por semana en Moscú. En la región de las industrias textiles, los obreros realizaban manifestaciones con carteles que simplemente decían: "¡Tenemos hambre!"

El bolchevismo reconquistaba fuerzas. El Partido obrero social-demócrata (bolchevique) había celebrado su quinto congreso en el mes de agosto, en la semi-clandestinidad. En ausencia de Lenin y Zinoviev, prófugos, y de Trotzky, en prisión, los principales informes habían correspondido a Bujarin y a Stalin.

En ese Congreso se concretó el ingreso al Partido Bolchevique de la organización social-demócrata inter-districtos (Mejrayontsi), que contaba con cuatro mil afiliados, entre los cuales figuraban Lunatcharsky, Ioffe, Riazanov, Uritsky, Karajan, Trotzky y Manuilsky.

El nuevo Comité Central comprendía a Lenin, Zivoviev, Trotzky, Kamenev, Noguín, Alejandra Kollontai (en prisión), Stalin, Sverdlov, Rykov, Bujarin, Artem, Ioffe, Uritsky, Miliutin, Lomov. El partido contaba con ciento setenta y seis mil miembros. Lenin preconizaba un compromiso con la democracia socialista moderada: "Todo el poder de los Soviets, gobierno de socialistas y revolucionarios y de mencheviques, responsable ante los Soviets... Ahora y sólo ahora... podrá un gobierno de esa naturaleza, consolidarse pacíficamente...". Los socialistas revolucionarios (Chernov) y los social-demócratas mencheviques (Tsereteli, Dan) no querían ni oír hablar de ello, y se negaban a gobernar sin la burguesía, contra la burguesía. Lenin escribió entonces que si tomaban el poder, "los Soviets están a tiempo — y esta parece ser la última oportunidad — de asegurar el desarrollo pacífico de la revolución..." En caso contrario, "todo volverá a una ineluctable y áspera guerra civil..." (artículos del 3 y del 26 de setiembre de 1917).

Durante los días 14 al 22 de setiembre, por iniciativa de los socialistas conciliadores, una Conferencia democrática se celebró en el Teatro Alejandrino. Tendió a la constitución de un Preparlamento destinado a apoyar, controlar, inspirar y dirigir al Gobierno provisional. Constituida por representantes de todas las organizaciones de la democracia popular, arbitrariamente distribuidos para que los "extremistas" quedaran en minoría, la Conferencia acogió a Kerensky con "encontradas manifestaciones", con interrupciones violentas y aplausos de

sus partidarios. La intervención de Trotzky fué dura. La sala estaba agitada, pero lo sostenía la izquierda. Cuando al ser interpelado sobre el restablecimiento de la pena de muerte en el ejército gritó Kerensky: "¡No olvidéis que he firmado una sola sentencia!", Trotzky lo apostrofó: "¿Si la pena de muerte, abolida por el mismo Kerensky, resulta necesaria, cómo se atreve él a no aplicarla? ¡El restablecimiento de la pena de muerte constituye una irresponsabilidad que sobrepasa al crimen!" También gritó a los conciliadores: "¡Quiéralo él o no... ¡convertís al hombre más comprometido, en eje del futuro bonapartismo ruso!" (Gritos, exclamaciones: "¡Mentira! ¡Demagogia!"). Las votaciones contradictorias de la Conferencia testimonian su desarrollo descorazonador: la coalición ministerial con la burguesía fué apoyada por la débil mayoría de mil cuatrocientos noventa y dos votos, pero con un agregado que excluía al partido Constitucional-Democrático, lo que hacía la coalición imposible. El preparlamento quedó constituido. Kerensky se negó a participar en un gobierno puramente socialista.

Kerensky constituyó un nuevo gabinete con los constitucionales-democráticos: Konalov, vicepresidente, considerado hombre de izquierda en su partido; Tretiakov, presidente del comité de la Bolsa de Moscú; Smirnov, presidente del comité de industrias de guerra y Terechtchenko, uno de los grandes capitalistas de la industria azucarera (en Relaciones Exteriores). Ese mismo día, el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado modificaba su mayoría, con trece bolcheviques, seis socialistas revolucionarios y Trotzky en la presidencia. Este desplazamiento de la mayoría reflejaba el cambio de la opinión obrera; daba el poder real en la capital al partido revolucionario intransigente.

Durante la Conferencia democrática. Lenin había enviado a los dirigentes bolcheviques muchas cartas escritas aprisa desde su refugio. En ellas invitaba a la acción inmediata: "¡Disolver la Conferencia del Teatro Alejandrino!". Los bolcheviques consideraban que no se daba cuenta de la situación reinante en la capital. Más tarde, se insinuó en el Comité Central la conveniencia de destruir esos papeles; e lo cual Lenin se opuso para que no se le creara la leyenda de la infalibilidad.

¿Habría que participar en el Preparlamento, reconocer su utilidad, sancionar con la presencia sus actividades? El problema dividió en dos alas al Comité Central bolchevique. Trotzky, Stalin, Sverdlov, se manifestaron contra la participación y a favor del boicot. Rykov, Kamenev, Noguín, apoyaron la participación y obtuvieron mayoría en una asamblea de

ciento treinta militantes. Con vehemente estilo, Lenin aprobó la actitud de Trotzky. El 20 de setiembre de 1917, Trotzky leyó en el Preparlamento una declaración-programa del Partido, y los bolcheviques se retiraron. La declaración comprendía los siguientes puntos:

"1. Expropiación sin indemnizaciones de la propiedad terrateniente... 2. Control obrero de la producción, de la repartición de los productos y de los bancos, nacionalización de las industrias más importantes... 3. Anulación de los tratados secretos... propuesta inmediata de paz democrática a todos los pueblos de países beligerantes... 4. Derecho de las nacionalidades a disponer de sí mismas; abrogación de todas las medidas represivas tomadas en Finlandia y en Ucrania...". Y sobre tablas: "1. Cesación de la represión anti-obrera; abolición de la pena de muerte en el ejército... eliminación de los contrarrevolucionarios de los cuadros del ejército... 2. Nombraimiento de autoridades locales por elección... 3. Armamento de la clase obrera, formación de Guardias Rojas. 4. Disolución del Consejo de Estado de la Duma del Imperio. Convocación inmediata de la Asamblea Constituyente. 5. Abolición de los privilegios de la nobleza, igualdad de los ciudadanos. 6. Jornada de trabajo de ocho horas, seguros sociales"

A partir de mediados de septiembre, Lenin envía desde su refugio en Finlandia mensaje tras mensaje, dirigidos al Comité Central, todos los cuales recomiendan y exigen, en tono imperativo, la inmediata toma del poder, mediante la insurrección si fuera preciso. Desde que el partido Bolchevique cuenta con la mayoría en los Soviets de Moscú y Petrogrado, Lenin no duda de la facilidad de la victoria.

Por su parte, el gabinete Kerensky anuncia que, para mantener el orden, "no retrocederá ante las más enérgicas medidas...". Decreta la disolución del Comité de los Marineros del Báltico, pero pronto se bate en retirada. Envía tropas a la ciudad de Tachkent, Turkestan, en la cual el Soviet, cuya gran mayoría es socialista-revolucionaria, ha tomado el poder. Una huelga general acoge al ejército, y nada cambia en realidad. Acrece el temor de un nuevo pronunciamiento militar de las derechas.

VI

Este libro es la historia de un hombre y no de la Revolución rusa. Sólo que ese hombre está tan consustanciado con dicho acontecimiento, que no se le puede separar de él. A menudo parece ser el portavoz del mismo, su instrumento consciente.

¿Es un conductor de masas? Sin duda alguna. Ello se debe a que sabe comprender las masas, a que traduce sus aspiraciones, su voluntad, en el lenguaje de las ideas y en la acción. ¿De dónde le viene, entre tantos otros que con él luchan, esa preeminencia? De capacidades personales que desde su adolescencia no utiliza con miras de beneficio individual. La prensa del mundo menciona su nombre diariamente; y abundan los periodistas incapaces de comprender la mentalidad revolucionaria, que lo acusan de ambicioso. ¿Ambiciona el poder? Lo ambiciona para los Soviets de obreros, soldados y campesinos; no para sí mismo. Jamás ha pensado en las llamadas "ventajas del poder". Este le ocasionaría responsabilidades permanentes, peligros, problemas. Si se dispone a ejercerlo es para cumplir con un deber.

A menudo, en sus discursos, invoca a la Historia. "La Historia condena a aquellos partidos... La lógica de la Historia... La Historia enseña que...". No es un mito el que invoca, sino un conjunto de conocimientos en modo alguno académicos, en modo alguno muertos — conocimientos de esa clase no existían para él —, sino utilitarios. Se refiere a la Revolución francesa, a la Comuna de París. Piensa y dice que si el proletariado ruso carece de inteligencia y de voluntad, sufrirá la suerte de la Comuna de París. Trotzky hace galas tanto de una personalidad poderosa, como de una impersonalidad sincera y no menos poderosa. Habla en nombre de los marineros de Cronstadt, y sólo más tarde se sabrá que él ha sido el autor de su manifiesto. Tras discutir con sus integrantes y elaborar conjuntamente el pensamiento-voluntad común, asume la palabra en nombre de los Soviets y del Partido. En estos debates escucha, propone, afirma, cede, y sólo ante divergencias esenciales asume actitud intransigente. Sería absurdo encontrarlo ambicioso, y ridículo, modesto. Conoce muy bien su propio valor. Se siente manifiestamente superior a muchos otros. Lo prueba lo sarcástico de su sonrisa al escuchar ciertos discursos. En sus conversaciones privadas (si es que así pueden llamarse) no vacila en calificar de "incurable posador", de "Narciso fanfarrón", de "inacabable fraseólogo" a alguna de las celebridades del momento. A otra le reconoce gran inteligencia, paralizada por la timidez, por la falta de voluntad. Frente a sus compañeros de lucha, nada de sonrisas sarcásticas, nada de juicios lapidarios; fraternal preocupación por utilizar cada fuerza, cada virtud, cada sacrificio, teniendo en cuenta los caracteres. Sólo se siente uno de los primeros en el ascenso de las masas. El estado de espíritu que aquí describimos no le es exclusivo; en diversos grados lo comparte toda la ge-

neración revolucionaria, impelida por la gran ambición im-
personal de efectuar la revolución, de comenzar la transfor-
mación del mundo. Esta cualidad de los revolucionarios habíase
comenzado a formar durante la década del 60, con los nihi-
listas, negadores de los antiguos valores, que en tiempos de
Chernichevsky afirmaba la conciencia racional y el deber
social. Los marxistas habían inculcado la objetividad socia-
lista, aminorando "el papel del individuo en la historia" para
a acrecer correlativamente el de la personalidad en el seno de
las masas. Esta generación concluirá en 1936-1937, fusilada en
los sótanos de la Lubianka.

"Durante los dos meses anteriores a la toma del poder,
vivíamos en casa de camaradas, en el barrio severamente
burgués del Palacio de Táurida. Sólo teníamos una pieza.
La gente rica comenzaba a aprovisionarse en el mercado negro,
llamado entonces "especulación". Vivíamos de nuestras raciones
y de tal o cual suplemento fortuito. León Davidovitch
no se permitía ni distracciones ni reposo. Carecíamos de tiempo
para recibir visitas y para hacerlas. Las relaciones perso-
nales se desvanecían por completo y cedían el lugar a las
relaciones entre militantes. León Davidovitch salía a la
mañana temprano. Trabajaba en su escritorio de Presidente
del Soviet, en el Instituto Smolny, es decir, en un gran cuarto
cuadrado, desnudo, sumariamente amueblado, diariamente
visitado por centenares de delegados de las organizaciones...
Cáscaras de girasol alfombraban las escaleras. Cartelones y
letreros manuscritos colgaban de los muros. Una multitud
con gorras y blusas de uniforme verde oscuro circulaba por
los corredores. El teléfono sonaba sin cesar. Se requería un
arte muy especial para deslindar las noticias de los rumores...
León Davidovitch se esforzaba por administrar sus fuerzas
sin administrarse. Tenía la permanente preocupación de evitar
el agotamiento, de disciplinarse en el trabajo para sacar de
sí "un rendimiento máximo". Corría la moda del vestir des-
alifado; jamás la siguió. Jamás se preocupó por la elegancia;
no podía comprender esas preguntas sobre la tonalidad de
una corbata, pero tenía un afán interno de corrección y en
él antes que en nadie lo horrorizaba el desalifio indumentario
como cualquier otro desalifio. Tomaba su merienda en el
refectorio del Soviet, gran sala cubierta de mesas de madera
y bancos. Sopas mediocres y claras, de coles, de pescado, de
"kacha" (harina de cebada), compotas, té. No fumaba. Era
de talla superior a la normal, sin corpulencia, pero bien for-
mado. Tenía blanca la tez, abundante cabellera castaña, bigo-
tes pequeños, algo de barba en el mentón. Los lentos aguzaban

su mirada. El 7 de noviembre de 1917, día de la insurrección
victoriosa, cumplía treinta y ocho años.

"Apenas podía, en la fiebre del trabajo, entrever a sus
hijos. A las hijas mayores, Zina y Nina, dos muchachas cre-
cidas, de ojos brillantes, las percibía en medio de las desbor-
dantes reuniones públicas, demasiado rodeado de gente como
para poder cambiar con ellas algo más que una mirada y
una sonrisa. Nuestros hijos frecuentaban un liceo; terminadas
las clases, solían dirigirse al Soviet. Por mi parte, trabajaba
en el Sindicato de Ebanistas, donde había obtenido autorizac-
ción para que se desayunaran conmigo."

VII

Tras la caída de Riga en manos de los alemanes, el alto
comando del Ejército, de acuerdo con el Gobierno provisional,
reclamó el envío de la guarnición de Petrogrado al frente.
La defensa de la capital justificaba aparentemente la medida.
¿Pero quién podía fiarse del alto comando que había descui-
dado la defensa de Riga para explotar su pérdida suscitando
el golpe de estado? ¿No buscaba acaso desarmar el proletaria-
do de la capital, en lugar de detener la posible ofensiva del
enemigo? ¿No era su intención diezmar a las tropas revolu-
cionarias, en lugar de emplearlas con acierto? El envío de la
guarnición al frente, ¿no iría a consumir el sacrificio de la
revolución en aras de la guerra, de una guerra ajena al
pueblo y dirigida por los viejos generales del Zar? La Sección
de soldados del Soviet, la Sección Obrera, el Partido Bolche-
vique, decidieron oponerse a la salida de los elementos de
la guarnición de Petrogrado. Después de todo, la capital podía
defenderse sobre el terreno. La revolución no podía ponerse
a merced de los generales. En la tribuna del Soviet, León Da-
vidovitch leyó una declaración harto inusitada por lo cínica
y malévola, perteneciente al estadista liberal de derecha,
Miguel Rodzianko, ex presidente, cuando las jornadas de mar-
zo, del Comité de la Duma. Este señor, entrevistado por un
redactor de "Outro Rossii" ("La Aurora Rusa" — lamentable
"aurora") —, se había expresado en los siguientes términos:
"Petrogrado está en peligro... que suceda lo que tiene que
suceder... Algunos temen su caída, porque desaparecerían
las instituciones centrales... Yo respondo que estaría encan-
tado de ver perecer a instituciones que tanto mal han hecho
a Rusia...". Nadie podía desear mejor reconocimiento del
derrotismo de derecha. Rodzianko continuaba: "Tras la ca-
pitulación de Riga, se ha restablecido en esa ciudad un orden
jamás visto anteriormente. Bastó fusilar a una decena de di-
rigentes y llamar a la policía, para que la ciudad quedara en

estado de completa seguridad...". A la objeción de que la caída de Petrogrado acarrearía la pérdida de la flota del Báltico, el ideólogo del partido de los propietarios terratenientes, respondía que "ciertos navíos están completamente desmoralizados". Trotzky comentaba: "El propósito reconocido de la burguesía es, pues, el de entregar Petrogrado y la flota en manos de Guillermo II". El Soviet decidió constituir un Comité militar revolucionario encargado de establecer conexión con la flota, con las guarniciones de Finlandia, con el frente, y de controlar todas las medidas concernientes a la defensa. Los socialistas conciliadores se opusieron inútilmente a esta iniciativa, a la que acertadamente denunciaban como destinada a preparar la toma del poder por los bolcheviques.

El engranaje de los poderes se había vuelto complicado. El gabinete Kerensky simulaba gobernar, creía gobernar, pero tras él sólo existía una sola autoridad real: el gran Cuartel Central establecido en Mohilev. Los bolcheviques tenían la mayoría en Soviets tan importantes como los de Petrogrado, Moscú, Tsaritsyn; pero los socialistas conciliadores conservaban su mayoría en el Comité Ejecutivo de los Soviets. Las masas campesinas, que con frecuencia siempre incrementada incendiaban los "nidos de señores", ocupaban las tierras, saqueaban los bienes de los nobles y de los grandes propietarios, estaban ahora, casi por entero, bajo la influencia tradicional de su partido socialista revolucionario, dirigido por Chernov, Gotz, Avksentiev; pero al mismo tiempo se incrementaba su decepción viendo diferir la ley agraria y la reunión de la Asamblea Constituyente, llamada a resolver el problema de las tierras. En principio, la Asamblea Constituyente debe reunirse el 29 de noviembre. ¿No la diferirán una vez más? En nueve de cada diez distritos agrícolas se producen conmociones, algunas sangrientas.

El día 12 de octubre, Trotzky habla ante el Congreso de los Soviets del Norte. Este Congreso decide convocar para el 20 de octubre el segundo Congreso de los Soviets. Aunque de mala gana, el Comité Ejecutivo Central de los Soviets ratifica esta decisión. En Petrogrado se suceden las jornadas de alarma. No se hace más que comentar la próxima insurrección: los diarios le asignan fecha: esta semana, la semana próxima. El Soviet desmiente. Los cosacos anuncian una manifestación patriótica. De ambos lados la pólvora está bien seca. Trotzky escande estas palabras: "Que este voto sea vuestro juramento — de defender con todas vuestras fuerzas — al precio de cualquier sacrificio — al Soviet — que ha emprendido la gran tarea — de llevar la revolución a su vic-

toria — y dar la tierra al pueblo — el pan y la paz". Con las manos en alto, la inmensa muchedumbre prestó juramento.

Una delegación de obreros del arsenal de Sestraretsk llegó para ofrecerles fusiles. Trotzky firmó la orden de entregar cinco mil fusiles a la Guardia Roja de los obreros. Carecía de derecho, puesto que el arsenal pertenecía al Estado; se sintió gratamente sorprendido cuando las armas fueron entregadas. Asumió su responsabilidad ante el Soviet. Al salir de la sesión, celebrada en el Instituto Smolny, bajo una noche lluviosa, con las solapas del sobretodo levantadas, Trotzky se reía de los dos únicos autos puestos a disposición del Soviet, mientras se alejaba solo, saltando por sobre los charcos... Sverdlov tomaba el tranvía.

En la Conferencia de delegados de la guarnición (21 de octubre) Trotzky hizo adoptar algunas concisas resoluciones. La tercera declaraba que el "Congreso de los Soviets debe tomar el poder".

El Comité militar revolucionario, cuyo presidente era Trotzky, consumó la ruptura oficial con el estado mayor de la guarnición. El Comité manifestó que en adelante las órdenes del comando de plaza no serían ejecutadas sino bajo aprobación firmada. Con toda cortesía, el comando rehusó someterse.

El 22 de octubre es la jornada de los grandes mitines del Soviet, una jornada de exaltación ferviente, de movilización de las fuerzas populares; obreros, soldados, pequeños burgueses entusiastas. En la Casa del Pueblo, bajo la vasta cúpula metálica, Trotzky convoca a las masas y a la guarnición para la defensa del próximo congreso de los Soviets y para imponer su voluntad. Nicolás Sujanov escribe lo siguiente en sus "Notas sobre la Revolución": "A mi alrededor reinaba el éxtasis. Parecía que la multitud se disponía a entonar de un momento a otro, casi sin discusión ni señal, un himno religioso... Trotzky formuló no recuerdo qué resolución breve y general que decía más o menos lo siguiente: "Defenderemos la causa de obreros y campesinos hasta la última gota de nuestra sangre". ¿Quiénes están a favor? Miles de hombres, como si fueran uno solo, levantaron la mano. Veía las manos levantadas y los ojos brillantes de hombres, mujeres, adolescentes, obreros, soldados, mujiks, y típicos pequeño-burgueses... Trotzky continuaba hablando. La densa muchedumbre mantenía las manos en alto..."

Construida sobre una isla de la Neva, en el centro de la capital, la fortaleza de Pedro y Pablo, guarnecida de cañones y provista de un arsenal de cien mil fusiles, estaba ocupada por tropas hostiles al Comité militar revolucionario. Podía servir de base estratégica del gobierno provisional. Trotzky

“propuso tomarla desde adentro, empleando la persuasión. Allí se dirigió, acompañado de Lachevitch, suboficial bolchevique. En el Smolny se esperaba con ansiedad el resultado de esa misión. En el recinto de la fortaleza, León Davidovitch y Lachevitch se encontraban punto menos que en poder de sus adversarios. No bien arribaron, aparecieron oradores que hablaron contra ellos. Obtuvieron, sin embargo, la palabra, y la guarnición de la fortaleza decidió subordinarse al Comité militar revolucionario (23 de octubre).

VIII

Lenin, partidario resuelto de la insurrección inmediata, volvió de Finlandia a Petrogrado para asistir a las reuniones del Comité Central bolchevique. Lenin, naturalmente, cambió de opinión, y las reuniones se celebraron con un minimum de precauciones. La del 10 de octubre se realizó en el departamento del historiador menchevique Sujanov, sin que este último se enterara. Su mujer era bolchevique. Lenin se presentó rasurado, con peluca y gafas. Mientras discutían con firmeza, los doce presentes (sobre veintitún miembros del Comité Central) bebían té con sandwiches de pan negro y salchichas. Sverdlov informó sobre “el complot del Gran Cuartel General”. Kamenev y Zinoviev, los dos más fieles colaboradores de Lenin, se oponían a la proyectada insurrección. Los viejos amigos de Trotzky, Ioffé, Uritsky, Sokolnikov, sostenían a Lenin y a Trotzky. Se constituyó un comité de siete para dirigir políticamente el movimiento: Lenin, Zinoviev, Kamenev, Trotzky, Stalin, Sokolnikov, Bubnov; pero este Comité no tuvo jamás ocasión de reunirse.

El 16 de octubre el Comité Central volvió a reunirse fuera de la ciudad. Decidióse la insurrección por veinte votos contra dos (Zinoviev, Kamenev). Este resultado no reflejaba con exactitud el ánimo de buen número de militantes del partido, que hubieran preferido temperancia y circunspección. Rykov, Tomsky, Noguín, Manuilsky, Frounze, Kalinin, Chudnovsky, Volodarsky, Miliutin, Stalin, simpatizaban de diversos modos con Kamenev y Zinoviev. La tesis de los adversarios de la toma del poder era de que “no tenemos el derecho de jugar la carta de la insurrección armada”; que las fuerzas del Gobierno provisional continuaban siendo importantes y que no se podía infligir a las masas una derrota sangrienta; que sería más prudente constituir en las futuras instituciones republicanas, y principalmente en la Asamblea Constitucional, una oposición de envergadura destinada a tomar el poder de manera pacífica o por medio de la revolución si llegaba el caso.

De acuerdo con Lenin, Trotzky estimaba que una situación revolucionaria no podía durar indefinidamente; que las masas, decepcionadas, acabarían por recaer en la indiferencia; que el partido revolucionario, debilitado por ese motivo, sería vencido u obligado a retroceder por la contrarrevolución; que la burguesía, en fin, concertaría la paz por separado con Alemania, con lo cual Rusia seguiría siendo “un estado semi-imperialistas y semicolonial”. Había un punto en el que Trotzky difería con Lenin. Pretendía que la acción asumiera un carácter defensivo y que la intervención de las tropas y de las Guardias Rojas obreras debía producirse con el solo objeto de proteger el Congreso de los Soviets. Lenin preguntó con tono suspicaz: “Pero, ¿no irán ellos a ganarnos de mano?” Lenin opinaba que había que tomar abiertamente la iniciativa. Temía que de un momento a otro se desatara la contrarrevolución. “Nos cogerán por sorpresa”, decía.

El debate se envenenaba, “Lenin está loco”, exclamaban ciertos círculos del partido. El 17 de octubre, Zinoviev y Kamenev apelaron a la opinión pública en el diario de Máximo Gorki “Vida Nueva”. Lenin exigió brutalmente que fueran excluidos del partido, pero sin éxito. “¿Estáis a favor o en contra?”, era lo primero que se preguntaban los militantes al encontrarse. Al encontrarme en la escalera del Smolny, Olga (Kameneva), hermana de León Trotzky, me planteó la pregunta: “A favor, naturalmente”. Siguió de largo, sacudiendo la cabeza con desaprobación.

¿Qué hacía el Gobierno provisional, informado de todo? Kerensky, generalísimo y presidente del Consejo, tomaba medidas de seguridad en el Gran Cuartel General. A sus ministros, reunidos en el Palacio de Invierno, les hablaba con confianza, y hasta se declaraba satisfecho de tener por fin la oportunidad “de concluir con los bolcheviques de una vez para siempre”. Si llegan a actuar, “serán definitivamente aplastados; tengo más fuerzas de las necesarias”. En el mismo sentido se expresaba “La Palabra”, órgano de los liberales del partido constitucional-democrático. Pensábase que la derrota reduciría a cero la influencia de los bolcheviques en la Asamblea Constituyente. Los conciliadores conciliaban: procuraban disuadir a Kerensky de su intención de arrestar al Comité militar revolucionario, empresa por lo demás difícil de cumplir.

En las decisivas jornadas del 23, 24 y 25 de octubre de 1917, el Gobierno provisional va perdiendo poco a poco su existencia, abrumado por el empuje popular. Todo ocurría como si se hubiera confundido a un fantasma con un ente material.

El mismo fantasma compartía las ilusiones de sus adversarios. El gabinete Kerensky toma sus medidas, llama a las tropas del frente; pero las tropas no se mueven; hace levantar los puentes sobre el Neva, pero los insurgentes restablecen prontamente la circulación; Maliantovitch, ministro de Justicia, el mismo que en 1906 había asumido la defensa de Trotzky, ordena el arresto de los dirigentes, el de "Bronstein-Trotzky" en primer lugar; pero un coronel, que acompañado de algunos hombres se había aventurado en un barrio obrero buscando a Lenin para arrestarlo, concluye su empresa detenido. Kerensky habla todavía ante el Preparlamento, reunido en el Palacio María: "¡Estamos frente a una insurrección!", exclama. Y eso ocurre cuando "el Gobierno provisional iba a transmitir las tierras a los Comités de campesinos y se disponía a tomar iniciativas para poner fin a la guerra". ¡Ha llegado el momento! "El populacho" — afirma — será domado"; "los grupos y partidos que han osado levantar la mano contra el Estado serán liquidados inmediata, resuelta, definitivamente...". Vana retórica. Kerensky, aplaudido por la derecha, no logra obtener un voto de confianza ni siquiera de los socialistas conciliadores. Dan y Martov le imputan tanta responsabilidad como a los bolcheviques...

El día 25, mientras la capital pasa bajo control del Comité Militar Revolucionario, Kerensky va y viene entre el Palacio de Invierno, sede del Gobierno, y el Estado Mayor, situado cien metros enfrente, del otro lado de la vasta plaza circular. Ministros inquietos, que carecen ya de ministerio, de autos, de personal, van llegando de uno en uno, porque a las patrullas de insurgentes se les ocurre dejarlos pasar. En el Estado Mayor, los oficiales superiores se desesperan, las grandes escaleras blancas quedan vacías, el general Alexeiev se retira discretamente; desde las ventanas puede verse una plaza desierta... Kerensky confiere plenos poderes al ingeniero Paltchinsky, prometiendo enviarle buenas tropas del frente; tras lo cual sube a un auto descubierto protegido por una bandera norteamericana y parte a toda velocidad...

IX

La ciudad está calma, normal. Cuanto ocurre, sólo interesa a la clase obrera, a la guarnición, al gobierno fantasma. Los círculos burgueses, casi contentos porque la situación se aclarará, esperan un vigoroso desquite. Las calles centrales mantienen su afluencia habitual; funcionan la administración, los teatros, las escuelas; los comerciantes comercian, y también lo hacen los traficantes del mercado negro; los clubes noc-

turnos acogen a su clientela de oficiales; todos se divierten. Caen una lluvia gris sobre la ciudad.

El Instituto Smolny queda a más de dos kilómetros de ese centro donde están el Palacio de Invierno, el Estado Mayor, los palacios de los grandes duques, los restaurantes elegantes... Smolny es la capital de otra ciudad. Se trata de un edificio espacioso, construido en lúgubre estilo imperio; a su lado se levanta un monasterio barroco, con hermosas cúpulas azules, rodeado de jardines. El Smolny linda con el amplio Neva, de oscuras aguas. En la margen opuesta, los arrabales proletarios, el Ojta y el "distrito de Vyborg" convertido en fortaleza. Las calles vecinas son rectilíneas, modestas y hasta pobres. Reúnense en ella hombres de gorra, llegados por contingentes enteros de las fábricas y de los destacamentos de tropas. Bajo la lluvia otoñal y fría, es un hormigueo humano extrañamente serio. En otro tiempo, el Instituto Smolny estaba ocupado por las señoritas de la nobleza. Todavía quedaban en los corredores inscripciones sobre las puertas: "Sala de Profesores", "Celadoras", bajo las cuales podían leerse estos carteles: "Comité anarquista", "Sección militar", "Partido Social-demócrata". Caótica en apariencia, pero ordenada en realidad por incontables iniciativas, es la actividad que reina en el edificio. Se apostan ametralladoras Maxim. Llegan armas para su distribución. Las máquinas de escribir fabrican "mandatos", órdenes, permisos de circulación, mensajes imperativos. Las escaleras están sucias. Bajo las arañas de amplios salones columnados, duermen hombres sin fuerzas, tendidos junto a sus fusiles.

Van llegando los delegados al II Congreso Panruso de los Soviets. Los recibe Sverdlov, hombrecillo de perita negra, quien, agotado, sin descanso, los interroga, los pone al tanto. Kamenev, adversario de la insurrección, dedica a la insurrección todas sus fuerzas; treinta y cuatro años, cara ovalada de intelectual, algo carnosa, barba corta y rubia, muy tupida, traje descuidado.

El delegado Dzerjinski, cuyo perfil aguja una barbita en punta, rala; de temperamento expeditivo, preso hasta principios de ese año, irrumpe con vehemencia, encargado de una misión. Antonov-Ovseenko, Chudnovsky y Podvoisky están estudiando el plano de la ciudad, para rodear el Palacio de Invierno. Trotzky recibe delegaciones; prodiga breves entrevistas entre dos puertas, en las escaleras; participa en conferencias simultáneas; corre de una sala a la otra; improvisa consignas... Lluveen noticias de este tipo: "La conferencia de Guardias Rojos obreros estima que sus efectivos ascienden a veinte mil hombres, tal vez a cuarenta mil; pero carecen

de armas. El Soviet del arrabal de Vyborg ha requisado los autos. Los comités de fábrica organizan ambulancias con personal obrero. Las tropas acantonadas en Krasnoe-Selo- Novy-Peterhof, Gdov, se suman al movimiento. También lo hacen los treinta mil soldados de Luga. Los Soviets de Schlussemburg y de Cronstadt tienen ya la situación en sus manos. La guarnición de Reval (Tallinn) ha sido ganada. En Helsingfors, la flota y el ejército de Finlandia están dispuestos... Los marinos ofrecen enviar sus barcos a las aguas del Neva.

El día 24, Trotzky propone al Comité militar revolucionario se nombre una delegación ligada con el Comité Central de ferroviarios para que vigile al Gobierno provisional, y constituya un cuartel general de reserva en la fortaleza de Pedro y Pablo. Nómbranse delegados: Dzerjinski para Correos, Telégrafos y Teléfonos; Bubnov para Ferrocarriles; Miliutin para Alimentación.

Trotzky se dirige al Circo Moderno para arengar en él, en una reunión contradictoria, al batallón de motociclistas, todavía fiel al gobierno provisional. Obtiene fuerte mayoría. Habla también en el Smolny, con los diputados bolcheviques del II Congreso de los Soviets. "Estamos por la defensiva... Si Kerensky se niega a someterse a la voluntad del Congreso, nos colocara frente a una cuestión policial y no política..." Habla al Soviet de Petrogrado: "Si el Gobierno provisional pretende apunalar la revolución por la espalda, devolveremos golpe por golpe. Al hierro, replicaremos con el acero..." Mientras tanto, el Gobierno provisional ha clausurado y sellado la imprenta de un diario del Partido. Informado por un obrero y una obrera que lo abordan en la escalera, Trotzky envía un destacamento de zapadores, hace saltar los sellos, y en nombre del Comité militar revolucionario, ordena que el diario se publique.

Las órdenes se ejecutan como por ensalmo. Lenin está sorprendido, y tiene un aire jubiloso.

En la ciudad, alrededor de las estaciones, en las bocas de los puentes, en la central telefónica, se multiplican las escaramuzas, por lo demás incruentas, entre los cadetes militares (junkers), la Guardia Roja y la tropa. Concluyen invariablemente con el arresto o la retirada de los cadetes. Los insurgentes, recibidos con entusiasmo por los gráficos y tipógrafos, proceden a ocupar las imprentas de los periódicos de derecha.

A la noche, el Comité Ejecutivo Central de los Soviets celebra prolongada sesión, que llena enteramente la tumultuosa controversia entre la derecha y la izquierda. Dan argumentos, gritándoles a los bolcheviques: "¡La contrarrevolu-

ción os derrocará!" Trotzky le responde: "¡No habrá guerra civil; el adversario capitulará; vosotros, camaradas, seréis los dueños de la tierra Rusa!" La sesión concluye hacia las cuatro de la mañana. Trotzky está nervioso, casi extenuado. Sin desvestirse, duerme algunas horas sobre un diván.

Afuera, bajo la húmeda noche, insurgentes con capotes ceñidos por cartucheras, velan y se calientan a la luz de los braseros.

X

El día 25 de octubre, las tropas comienzan a moverse en buen orden alrededor del Palacio de Invierno. Soldados y marinos actúan rápidamente. Ninguna indisciplina. El comité militar revolucionario ha tomado precauciones para evitar el desorden... La verificación de los mandatos de los diputados al II Congreso de los Soviets, aunque efectuada en medio de la confusión, revela que sobre seiscientos cincuenta diputados, trescientos noventa son pro-bolcheviques. Quinientos cinco Soviets se pronuncian a favor de la toma del poder; ochenta y seis por la "democracia"... En junio de 1917, el Primer Congreso Panruso de los Soviets había contado con una fuerte mayoría de socialistas conciliadores. Pero ahora éstos, reducidos a una débil minoría, se dividen. Se escinde el Partido Socialista Revolucionario, y la izquierda, mucho más numerosa, delibera por separado. A las dos y treinta y cinco, en la sesión del Soviet de Petrogrado, Trotzky manifiesta que "el Gobierno provisional ya no existe, el palacio de Invierno será ocupado de un momento a otro..." Sobre este último punto se equivoca.

El II Congreso de los Soviets se reunió en el salón de fiestas del Instituto, gran aposento blanco, con columnas y arañas. Se apretuja en él una multitud plebeya, que fuma tabaco ordinario, y en la que abundan ráidos capotes militares. A las diez y cuarenta de la noche, el menchevique Fédor Dan abre la sesión en nombre del Comité Ejecutivo. Eligen un presidium sobre la base de la representación proporcional: catorce bolcheviques, siete socialistas revolucionarios, tres mencheviques, un internacionalista. Los bolcheviques adversarios de la insurrección integran también el presidium. Lenin está a la cabeza de la lista. Al entrar por error en una pieza donde se celebraba un conciliábulo, Dan y otro menchevique perciben a un personaje de anteojos, de mejillas lampiñas... y reconocen a Lenin.

Noche agotadora. En la pequeña habitación blanca donde Lenin se impacienta, han puesto jergones y cobijas. Llega

León Davidovitch y se extiende junto a Vladimiro Ilitch Uliánov-Lenin, para tener algún reposo entre dos intervenciones. Teléfono y mensajeros lo acosan. León Trotzky se siente de pronto desfallecer. Pide a Kamenev un cigarrillo, y mientras murmura "No me faltaba más que esto..." pierde el conocimiento por unos segundos. Vuelto en sí, ve a Kamenev, solícitamente inclinado junto a él. "¿Llamo a un médico?", pregunta Kamenev. "No, encuéntrame algo para poner entre los dientes...". No recordaba en qué momento había tomado su última comida.

Kamenev presidía el congreso. En la sala abarrotada, sofocante de sudor y aliento, bajo la nube de humo de tabaco que oscurecía las arañas, el debate entre conciliadores y revolucionarios se hacía cada vez más tenso. Por turnos sucesivos, Dan, Martov, Lezovsky y otros mencheviques, conjuraban al Congreso para que suspendiera las hostilidades. "La guerra civil suscita la amenaza de la contrarrevolución... Es necesario un poder reconocido por toda la democracia...". Se escuchan nitidamente los cañones de la fortaleza de Pedro y Pablo y del crucero Aurora, que tiran contra el Palacio de Invierno (en realidad, por encima de él). Tras denunciar la conspiración de los social-demócratas bolcheviques, los mencheviques se retiran. Otros dimutados los siguen. Asperos rostros les gritan: "¡Idos enhorabuena! ¡Desertores!". Situado a la izquierda de su partido, Martov — menchevique — sube a la tribuna. Había sido amigo de juventud de Lenin, y poco faltó para que diera su adhesión al bolchevismo. Es un hombre enfermizo, de frente amplia, trazos finos, nervioso, de extremada inteligencia, probo, ardiente. Trotzky le reprochó constantemente su singular ineptitud para decidirse. En la tribuna, Martov y León Davidovitch, por momentos el uno junto al otro, rodeados de una multitud febril, se enfrentan delante de la sala grasienta, saturada de humo, hipertensa. Martov exige el compromiso: "¡Detened la efusión de sangre. El cañón rugel!". Trotzky martillea sus frases: "¿Complot? No. ¡Insurrección! El levantamiento de las masas populares no ha menester de justificación. Hemos templado la energía revolucionaria de obreros y soldados... Hemos forjado la voluntad de las masas para la insurrección... Hemos vencido, y ahora nos proponéis que renunciemos a la victoria, que concluyamos un acuerdo. ¿Con quién?".

Martov se retiró exasperado y sin esperanzas. Muchos socialistas revolucionarios proclamaron su intención de dejarse "enterrar bajo los escombros del Palacio de Invierno". Un corpulento marino de barba negra tomó la palabra para responderles que la artillería del Aurora no empleaba proyec-

tiles. Los socialistas revolucionarios de izquierda prestaban su adhesión reticente al levantamiento. Distinguíase entre ellos la magra figura, el atormentado rostro de María Spiridonova, antigua terrorista, presa hasta la víspera. Para cortar los puentes hacia la conciliación, Trotzky propuso el encausamiento de los socialistas conciliadores. ¡Fueron ellos los culpables de la desastrosa ofensiva del 18 de junio! ¡Ellos sostuvieron al gobierno que traicionaba la causa popular! ¡Secundaron el escamoteo de la cuestión agraria! ¡Prolongaron la guerra! ¡Fueron los cómplices de la burguesía!

"¿Quién es, decidme, el que se turba por el ruido del cañón? Nosotros, por el contrario, trabajamos mejor cuando lo oímos".

En su pequeño aposento, Lenin echaba maldiciones. "¿Por qué causa no se ha ocupado todavía el Palacio de Invierno? ¡Actuad de una vez! ¡Merecéis que os fusilen!". También se impacientaban las tropas insurgentes, apostadas en la zona de combate, próximas al Palacio. "Ahora falta que también los bolcheviques se metan a diplomáticos", escuchábase decir. El asalto hubiera permitido conquistar fácilmente el último refugio del Gobierno provisional; pero Antonov Ovseenko, Chudnovsky y Podvoisky descaban evitar la efusión de sangre, reducir las bajas a su mínima expresión. Los ministros celebraban sesión permanente, primero en el salón de malaquita, cuyas ventanas daban al Neva, luego en una sala interior, alumbrada por una sola lámpara cubierta de periódicos. El enérgico Paltchinsky exhortaba a los defensores del palacio: pronto arribarían los refuerzos prometidos por Kerensky... Algunas decenas de caballeros de la Cruz de San Jorge, cosacos del Ural, tropas de choque, un batallón de mujeres, ocupaban el palacio. Los lacayos de librea imperial circulaban por él; los oficiales se embriagaban en el refectorio; celebrábase pequeñas reuniones en los corredores, en los rincones, en las escaleras. ¿Resistir? ¿Rendirse? ¿Dejarse matar? Algunos grupos de cadetes se rendían. También lo hicieron los cosacos del Ural. Extinguióse la luz en las ventanas y el palacio se sumió en una oscuridad que oprimía. Chudnovsky penetró en él, portador de un ultimatum. "Tenéis tantos minutos para rendiros. ¡De lo contrario bombardeamos!". ¿Haría que fusilarlo? Los defensores dudaban. Más espectacular que sustancial, la artillería del "Aurora" lanzó su salva estruendosa. La gente observaba tranquilamente desde los muelles. A corta distancia, circulaban los tranvías por las calles. Cambiábanse descargas de fusilería entre la plaza y el Palacio. Súpose de pronto que se había producido una infil-

tración, que en ciertos patios del palacio los adversarios, provistos de granadas, se entremezclaban sin entablar combate. Era un desbordamiento y no un asalto. Seguido de una tropa de insurgentes, Antonov Ovseenko ascendió por la gran escalera. "¿Dónde está el gobierno provisional?". Le indicaron un salón. Una guardia de cadetes con bayonetas en cruz impedía la entrada. Antonov Ovseenko, magro civil de sobretodo y con sombrero negro, apartó las bayonetas y entró... Los ministros lo aguardaban, pálidos, dignamente sentados en sus sillones alrededor de la mesa, cubiertos de penumbra. Antonov Ovseenko los declaró arrestados. Le resultó más difícil protegerlos contra el linchamiento, en la plaza sombría y conturbada. Los hizo escoltar hasta las casamatas de la fortaleza de Pedro y Pablo, tan familiares a los revolucionarios. No pasaría mucho sin que los ministros y sus defensores lograsen la libertad. La captura del Palacio sólo ocasionó infima cantidad de víctimas. Según el rumor, las combatientes del batallón femenino sufrieron molestias por parte de la tropa; el rumor exageraba; sólo se produjeron excesos ocasionales. El saqueo del palacio, que sus defensores habían comenzado, fué inmediatamente suspendido por la guardia de los insurgentes, que revisaban a cuantos salían.

Hacia las tres de la mañana del día 26, Kamenev anunció al Congreso de los Soviets el arresto del gobierno provisional. Un ímpetu de alegría estremeció la sala. A las cinco y diecisiete, Krylenko, bamboleándose de fatiga, anunció la adhesión del doceavo ejército. Se lloraba de alegría, se abrazaban los unos a los otros, anota un testigo. Estallaron ovaciones. Sólo hacia las seis de la mañana se levantó la sesión.

"Esos días y esas noches me han dejado un recuerdo de lúcido delirio. Tantos sucesos ocurrían, tanto se entremezclaban, que más tarde resultó difícilísimo restablecer el orden aproximado de los mismos, las presencias, el papel de cada uno en esa acción innumerable. Multitud de puntos secundarios restan oscuros para el historiador. Todo continuaba así en la mañana del día 26. Nadie había dormido más que por instantes, nerviosamente, con el oído en acecho. Volví al Smolny. Sólo veía rostros descompuestos por la fatiga, sombreados con barbas nacientes, ojos desencajados y tumefactos. León Davidovich mostraba fatigado aspecto; estaba pálido, sobreexcitado, en el límite de sus fuerzas. Pero una, inmensa y austera alegría predominaba sobre todo otro sentimiento — y sin perder un minuto había que poner manos en la obra. Literalmente hablando, sólo nos concedíamos el mínimo estricto de reposo para no caer de fatiga. Pasaban los días y las horas en apasionada actividad, orientada y voluntaria, sí,

pero vertiginosa, llena de insospechadas improvisaciones. En el colegio, nuestros hijos, rodeados de general hostilidad, se mantenían con tesón. Tras la toma del poder, el personal docente liberal y los alumnos de familias burguesas les hicieron tan dura la vida, que nos vimos obligados a inscribirlos en una escuela primaria".

El día 26 de octubre, el Comité Central deliberó sobre la formación del gobierno soviético. Lenin decía riendo: "La cabeza me da vueltas". La victoria aturdió. Fué Trotzky quien sugirió que el término burgués "ministerio" — por lo demás desacreditado —, fuera reemplazado por el de "Consejo de Comisario de Pueblo". Malas noticias se recibían. Kerensky (cuyo arresto estaba decretado), reunía tropas. El general Kornilov y sus cómplices, sometidos en Byjov a un cómodo arresto, bajo la vigilancia puramente formal de sus propios cosacos, huían en dirección al Mediodía para organizar la guerra civil en relación con el alto comando del ejército... Los periódicos liberales de la capital publicaban que "los bolshillos de la Guardia roja están repletos de marcos alemanes", etc.; mientras tanto, los obreros armados, alimentados con mediocres raciones de pan negro, reposaban de sus fatigas tirando alrededor de los braseros... Decidióse suprimir los periódicos más desenfundados.

IX

El segundo Congreso de los Soviets reanudó sus sesiones a las 9 de la noche, bajo la presidencia del infatigable Kamenev. El ambiente era similar al de la víspera, penetrado de entusiasmo y hasta de fervor. Kamenev cedió inmediatamente la palabra a Lenin, a quien muy pocos diputados conocían — salvo por las referencias calumniosas de que había sido objeto durante la época de su ocultamiento. Vieron aproximarse a la tribuna a un personaje vestido de americana, de talla mediana, ancho, sólido, muy erguido; cabeza extraordinaria de trazos simples, pómulos acusados, el mentón lampiño, ojos pequeños, de ligera apariencia mongólica y mirada penetrante... Este croquis, esbozado más tarde por Trotzky, lo completamos añadiendo que Lenin sorprendía por su simplicidad, por su aire de Ruso medio del Volga, por su gran frente lisa, su tinte algo sanguíneo, su vigoroso gesto, su visible propensión a la risa, a la ironía, su reflexiva actitud, llena de decisión, que excluía toda búsqueda del afecto, todo énfasis en la expresión. Cuarenta y siete años.

Firmemente aferrado al pupitre, Vladimir Ilitch contemplaba a la multitud, aguardando que la ovación cesara. Luego

dijo: "¡Camaradas, comenzamos a construir la sociedad socialista!". Trotzky observa que estas palabras, reproducidas por John Reed, no figuran en las actas de la sesión, debido a que tales actas no existieron: los taquígrafos se habían retirado junto con los socialistas de derecha; pero, añade, están en un todo de acuerdo con el pensamiento y las maneras de Lenin. Lenin leyó el proyecto de Llamamiento de Paz. El Congreso de los Soviets proponía a todos los pueblos y a todos los gobiernos una paz inmediata, sin anexiones ni contribuciones; el nuevo gobierno de Rusia declaraba, sin embargo, que estaba dispuesto a examinar cualquiera otra proposición. . . Abolía todos los acuerdos secretos concertados por el antiguo régimen. El texto fué votado por unanimidad. Los acordes de La Internacional y de la Marcha Fúnebre se elevaron como himnos, con tal fervor entonados por la sala entera, que los ojos se llenaban de lágrimas. El presidium y Lenin también cantaban.

A renglón seguido se votó el decreto sobre las tierras, de una treintena de líneas. Abolición sin indemnizaciones de la propiedad terrateniente; los grandes dominios, los dominios de la corona, los de la Iglesia y los de los conventos, puestos a disposición de los comités campesinos; la pequeña propiedad, respetada. Una Instrucción completaba el breve documento de la revolución agraria, y esa instrucción no hacía más que dar fuerza de ley a los doscientos cuarenta y dos cuadernos de reivindicaciones campesinas, publicados en agosto por inspiración del Partido socialista revolucionario. Según la opinión de Lenin, el decreto sobre las tierras aseguraba la estabilidad del régimen, al poner inmediatamente de su parte a los campesinos. Ciento treinta y cuatro mil propietarios terratenientes poseían alrededor de la cuarta parte de las tierras arables; de ese número, una aristocracia de treinta mil era propietaria de más de dos mil hectáreas por cabeza. La propiedad campesina, agobiada por los impuestos, las servidumbres y las deudas, adquiriría súbita libertad.

Solamente después de votarse estas medidas capitales, fué sometida al Congreso y aprobada por aclamación, la lista de miembros del Consejo de los Comisarios del Pueblo. El Gobierno estaba integrado por comisiones, cada una de las cuales era presidida por un Comisario del pueblo, responsable ante el Congreso de los Soviets y ante el Comité ejecutivo panruso de los Soviets. Constituido como sigue, sería objeto de frecuentes modificaciones secundarias:

Presidencia del Consejo: Ulianov-Lenin; Interior, Alexis Rykov, treinta y seis años, "viejo" revolucionario, miembro del

Soviet de Petrogrado en 1905, veterano de las prisiones y de Siberia, ocho veces arrestado, cuatro años de prisión, unos ocho años de deportación, origen campesino; Agricultura: Vladimiro Miliutin, treinta y tres años, economista; ocho veces arrestado, cinco años de prisión, dos de deportación; Comercio e Industria: Víctor Noguín, treinta y nueve años, obrero textil, miembro influyente del Soviet de Moscú, análoga biografía que las precedentes; Relaciones Exteriores: Trotzky; Justicia: Jorge Lomov, veintinueve años, jurista, organizador del sindicato metalúrgico de Moscú, diversas prisiones; Nacionalidades: José Djugaschvili-Stalin, treinta y ocho años.; Instrucción Pública: Anatolio Lunatcharsky, cuarenta y dos años, escritor; Aprovisionamiento: Ivan Teodorovitch, cuarenta y un años, origen noble, intelectual, larga condena a trabajos forzados; Trabajo: Alejandro Chiliapnikov, treinta y tres años, obrero metalúrgico, insurgente de 1905, participante en la revolución de marzo de 1917, presidente del sindicato metalúrgico; Correos, Telégrafos y Teléfonos: Glebov-Avilov. . . ; para Finanzas se mencionó al economista Skvortsov-Stepanov, sin tomarse decisión definitiva; el comisariato de Ferrocarriles quedó en reserva, debido al conflicto con el Ejecutivo central ferroviario; de Guerra y Marina se encargaron Antonov-Ovseenko, el marino Dybenko y el suboficial Krylenko.

Zinoviev quedaba a cargo de la redacción del órgano oficial Izvestia (Las Noticias); Kamenev presidiría el nuevo Comité ejecutivo panruso de los Soviets.

Todos los miembros del gobierno pertenecían al partido bolchevique. El Congreso no les opuso ninguna otra candidatura. Los socialistas revolucionarios de izquierda se negaban todavía a participar en el poder. La tendencia moderada del partido, hostil a la insurrección hasta la víspera, estaba representada en los puestos más importantes por Zinoviev, Kamenev, Rykov, Noguín. El nombre de José Djugaschvili (Stalin) aparece por primera vez ante los ojos del gran público. Hijo de un zapatero georgiano, educado en el Cáucaso, Stalin había conocido, por supuesto, la prisión y el exilio siberianos. Participó en la redacción del diario bolchevique. Durante la insurrección realizó varias apariciones breves por el Smolny, pero no se encuentran rastros de su actividad; sin duda alguna, ocupaba su tiempo en el diario. En los años 1906-1907, durante la época de las expropiaciones a mano armada, había prestado servicios muy importantes en el Cáucaso. Es muy probable que haya surgido de Lenin la iniciativa de confiarle un puesto en el Gobierno.

Un socialista de derecha ocupó la tribuna del congreso pa-

ra proponer la conciliación con la "democracia revolucionaria", es decir, con los partidos que habían sostenido a Kerensky. Trotzky le respondió extensamente. Rechazó la colaboración con quienes, a su vez, pretendían colaborar con la reacción. "Toda nuestra esperanza, decía, radica en que nuestra revolución desencadene la revolución europea. Si los pueblos sublevados de Europa no aplastan al imperialismo, nosotros seremos aplastados sin lugar a dudas. O la revolución rusa levanta en Occidente una tormenta de luchas, o los capitalistas de todos los países concluirán por ahogarnos...". No excluía sin embargo, la hipótesis de una paz cercana con los gobiernos burgueses, subrayando que "los plazos no están fijados".

Frecuentemente se ha reprochado a la revolución de octubre de 1917 el haber derrocado a un régimen democrático. Los historiadores — aún los de derecha — reconocen sin embargo que Rusia carecía en aquellos momentos de instituciones democráticas con un mínimo de influencia. Solamente los Soviets y los partidos representaban una vasta democracia revolucionaria. El ejército, comandado por los militares de la autocracia; la administración y los ministerios, dirigidos por los funcionarios de la autocracia; la prensa, hundida a nivel desolador, en manos de los poderosos de la víspera; la burguesía monárquica y la aristocracia aún más reaccionaria, formaban un conjunto amenazante. Esta derecha no disimulaba sus designios de establecer un "poder fuerte", en una palabra una dictadura que, para domoñar a los campesinos, a la clase obrera, a los partidarios de izquierda, tendría que recurrir al terror. Desprovista de instituciones estables, Rusia vivía bajo la amenaza de un fascismo prefigurado. En ese sentido, la insurrección de los Soviets fué realmente defensiva.

Sobre toda la extensión del territorio del antiguo Imperio Ruso, el poder pasaba a manos de los Soviets locales y regionales, no sin conflictos con los socialistas de derecha, pero sin combate. En Kazan, el Soviet, sostenido por cuarenta mil soldados, habíase apoderado del poder antes aún de los acontecimientos de Petrogrado.

En Moscú corrió la sangre durante una semana de combates. Un amigo de Trotzky desempeñó en ellos un papel tal vez decisivo. Era el bondadoso gigante Muralov, de enérgicos bigotes. Agrónomo y oficial, combatiente de la revolución de 1905, intrépido carácter, espíritu dotado de vigoroso buen sentido... Episodios de terrible significado produjéronse durante la lucha. Mientras que en Petrogrado los Rojos se limitaban a desarmar a sus adversarios, otorgándoles la libertad bajo simple promesa de no volver a empuñar las armas contra

la revolución, en Moscú, los Blancos fusilaron frecuentemente a sus prisioneros. Los Rojos ocuparon el Kremlin, pero hubieron de capitular. El Comité de Salud Pública les garantizó la vida. Pero no bien los cadetes militares entraron en la plaza, alinearon frente a las ametralladoras a los obreros del arsenal y los masacraron. Este hecho constituyó — en medio de una revolución que hasta ese día, a través de todos sus conflictos y tumultos, se había esforzado por no verter sangre — el primer caso de ejecución en masa de vencidos, el comienzo del terror blanco. Era tal el entusiasmo popular, que tras la victoria del Soviet, nadie buscó a los culpables de ese crimen. Los cadetes militares fueron simplemente desarmados... El Comité militar revolucionario de Moscú "garantizaba la libertad e inviolabilidad" de todos los ciudadanos.

TERCERA PARTE

EL PODER

I

Lejos de resolver el menor problema, la conquista del poder los agravó por entero en los días que siguieron. La huelga de técnicos y de funcionarios paralizó parcialmente los servicios públicos. El telégrafo estaba cortado, y la carencia de noticias exactas acrecía la malignidad de los rumores. Kerensky marchaba sobre la capital al frente de un ejército, preparándose sin duda alguna la suerte de la Comuna de París... Inormaciones confusas, problemas inmediatos, oscuros peligros, debates políticos, incidentes, improvisaciones, parecían arremolinarse como las hojas que el huracán arrastra. El Smolny continuaba siendo el cuartel general de la insurrección, desbordado de uniformes terrosos, de rostros agotados, de conciliábulos y de llamadas telefónicas. Se dormía sobre los sofás, comíase miserablemente y a toda prisa, se deliberaba entre el humo del tabaco, todas las líneas del caos y de la organización voluntaria que en ese caos se iban trazando, conducían finalmente a los gabinetes de Lenin y de Trotzky.

Por un instante, después de la extremada tensión nerviosa de la insurrección, Trotzky se había sentido distendido y había imaginado reservarse un trabajo de publicista, la dirección de la prensa, en lugar de asumir una función gubernamental más activa. Su temperamento de escritor, su afición a entrelazar las ideas, lo empujaban en ese sentido; también estimaba que no convenía que un judío aceptara una participación demasiado directa en el poder. Lenin puso fin a esos argumentos, ofreciéndole la presidencia del Consejo de Comisarios del Pueblo... Cada hora traía su exigencia imperativa. No olvidemos que hasta la fecha, ningún movimiento socialista había logrado consolidar su victoria. La prensa acordaba al bolchevismo un reinado de quince días a dos meses.

Trotsky colocó la ciudad en estado de defensa: se cavaron trincheras, preparáronse barricadas, movilizóse a los obreros. El 29 de octubre el cañón tronó en pleno centro. Un Comité de Salud Patria, dirigido por los socialistas revolucionarios, sublevó a las escuelas militares, que se apoderaron de algunos edificios. Los jóvenes se hicieron matar en vano. Trotsky aconsejó a la Guardia Roja una clemencia razonada. "Los vivos valen más que los muertos. Los prisioneros nos servirán para ser canjeados".

Reunía fuerzas contra Kerensky. Ignorábase con cuántos efectivos este último contaba, pero se decidió tomar la ofensiva contra él. En pequeño número, algunos oficiales, disimulando a menudo el odio que profesaban al orador de la "democracia revolucionaria", ofrecieron sus servicios; no faltaban entre ellos los que esperaban que en el combate entre el Soviet y el Gobierno provisional este último saliera vencedor. Un coronel, Muraviev, socialista revolucionario, desplegó de pronto intensa actividad. En la fría noche del 30 de octubre, Muraviev y Trotsky partieron en auto hacia el frente, hacia lo desconocido, y presenciaron el milagro de ver cumplirse las órdenes que daban. La energía obrera todo lo suplía. Los convoyes avanzaban en la noche; hombres con cascos vigilaban cada carruaje. Un viejo coronel, Walden, dispuso la artillería sobre las alturas de Pulkovo, a unos cincuenta kilómetros de Petrogrado. La ofensiva de los cosacos fué parada en seco. Trotsky envió al Smolny su primer parte de victoria. A la mañana siguiente, acompañado de soldados, de marineros, de Guardias rojos, penetró, sin encontrar resistencia, en el palacio imperial de Gatchina, rodeado sin embargo de autos blindados y cosacos; pero estos últimos no se querían batir. Su general, el monárquico Krasnov, aguardaba el arresto en una sala suntuosamente dispuesta. Declaró haber aconsejado inflexiblemente a Kerensky que se entregara al Soviet, a cuyo efecto le había ofrecido una escolta para que lo acompañase a Petrogrado; pero que Kerensky, burlando su vigilancia, había huido una vez más. Este Krasnov, viejo soldado del zar, reaccionario acostumbrado a los trajines represivos, obtuvo la libertad bajo palabra. Pronto se dirigió a la región del Don para asumir con el apoyo alemán una de las más terribles jefaturas contrarrevolucionarias. A él se debe un llamado dirigido a todos los cosacos, invitándolos a librar a Rusia de "los oscuros ignorantes vendidos a Guillermo II".

Comisario del pueblo en negocios extranjeros, Trotsky se hacía pocas ilusiones sobre su tarea. "¡No me cabe más que publicar los tratados secretos, y después cerrar el boliche!".

Ningún gobierno, pensaba, reconocerá al de los Soviets, por lo menos antes de su consolidación. Encontró un ministerio vacío, con ordenanzas atemorizados. Tuvo que hacer arrestar a un príncipe, Tatichev, para obligarlo a abrir los armarios. Encargó la administración al marinero Markin. Firmó la revocación en bloque de treinta y tres altos funcionarios desertores, y la de veintiocho diplomáticos acreditados en el exterior, incluido el ministro en el Paraguay.

Ordenó al comandante en jefe de los ejércitos rusos, el general Dujonin, abrir inmediatas negociaciones de armisticio con el enemigo. Dujonin se negó a ello. Los Comisarios del pueblo lo reemplazaron por el teniente Krylenko, quien, acompañado de un destacamento de tropas de Petrogrado, entró en el gran Cuartel General de Mohilev en momentos en que los oficiales superiores desertaban. Kujonin pereció, linchado por sus soldados.

Una crisis se abrió en el seno del gobierno soviético. Muchos bolcheviques desaprobaban las medidas tomadas contra la prensa burguesa, por iniciativa de Lenin y de Trotsky. "Los capitalistas no deben conservar la facultad de fabricar a su gusto la opinión pública", replicaba Trotsky. ¿Acaso una gaceta no había vuelto a publicar una vez más que "en el gobierno hay generales alemanes"? Los bolcheviques moderados se declararon por la formación de un "gobierno socialista que comprendiera a todos los partidos soviéticos". Puestos en minoría por Lenin y por Trotsky, renunciaron al Comité Central y al Consejo de Comisarios del Pueblo (Kamenev, Zinoviev, Rykov, Múlutin, Noguín). Tras constatar la imposibilidad de un acuerdo con los socialistas de derecha, retornaron pocos días después.

La huelga de los funcionarios y de los técnicos agravaba la situación de la capital. Trotsky advertía a los saboteadores: "¡Estáis jugando con fuego! El hambre amenaza al país y al ejército... Requisaremos los stocks, confiscaremos los bienes...". Sus soluciones son siempre enérgicas e intransigentes. En la región del Don, los Blancos entran en campaña bajo las órdenes del atamán Kaledin; en el Ural, bajo las del atamán Dutov; Trotsky prohíbe negociar con ellos: están fuera de la ley, es necesario vencerlos.

No bien se resuelve la crisis interna del Comité Central, llegan noticias de que las turbas han comenzado a saquear los sótanos del palacio y ebrias de vinos finos y de licores, marchan desenfundadas por las calles.

Trotsky decide la destrucción de las reservas de vinos y licores. Guardias rojos seleccionados arrojan granadas a los

sótanos, afrontan la cólera de la multitud ebria y colocan ametralladoras frente a ella. Para participar en esa operación, el marino Markin abandona por unos instantes sus tareas en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

“En el curso de esas jornadas, Lenin, en conversación privada con Trotzky, le pregunta bruscamente: “¿Y si los blancos nos matan a usted y a mí? ¿Sverdlov y Bujarin, sabrán darse maña?”. León Davidovitch largó la carcajada: “Esperemos que no nos maten...” — “El diablo sabe de qué son capaces estos blancos”, concluyó Lenin, riendo a su vez.

“Del pequeño alojamiento que ocupábamos en la calle Táurida, nos trasladaron, para mayor comodidad en el trabajo y por motivos de seguridad, al Instituto Smolny. Nos destinaron dos piezas cuadradas, de techo alto, iluminadas con ventanas amplias. Recuerdo que por no haber podido encontrar ningún género para confeccionar blusas a nuestros dos hijos, me serví de unos tapetes de terciopelo multicolor que encontré sobre las mesas. León y Sergio me reprocharon esta improvisación y se manifestaron descontentos por tener que llevar tales blusas. Cierta día, Lenin, que con su mujer y su hermana ocupaba una de las habitaciones del mismo corredor, entró en la nuestra de pasada y vió a los muchachos con sus blusas. Detúvose frente a ellos, los colocó uno junto al otro, se alejó para mejor admirarlos, y exclamó: “¡Qué hermosura, caramba!”. Me impresionó la observación inesperada, y quedé agradablemente sorprendida de que Lenin pudiera interesarse por un hecho tan menudo. A partir de ese día, los niños aceptaron llevar las blusas sin protestar... A nuestro alrededor, por todas partes, sesionaban los comités; el edificio estaba erizado de ametralladoras”.

Tanto en Rusia como en el extranjero, no hacía más que hablarse de la “dictadura de Lenin y de Trotzky”. Semejantes términos son profundamente inexactos. El Comité Central, los comités soviéticos, los comités locales, deliberaban libre y apasionadamente sobre todos los problemas, y menudeaba el áspero planteo de las divergencias. Todas las decisiones eran sometidas a las asambleas del partido, y de los Soviets, a los congresos, y a los comités ejecutivos. De ese modo funcionaban — con abundantes deliberaciones — una ardiente democracia que, por lo demás, no negaba ninguna libertad a sus adversarios socialistas. Anarquistas, socialistas revolucionarios de derecha (estos últimos, abiertamente ligados a la contrarrevolución), socialistas revolucionarios de izquierda (que no tardarían en participar en el gobierno con cinco carteras), socialdemócratas mencheviques subdivididos en numerosas ten-

dencias, tenían sus clubes, su prensa, sus representaciones. El diario socialista de Máximo Gorky, la “Novaia Jizn” (“Nueva vida”), publicaba comentarios de esta naturaleza: “Lenin, Trotzky y los suyos han bebido el veneno del poder... Estos ciegos fanáticos, estos aventureros sin conciencia, se lanzan con la cabeza baja hacia una aparente “revolución social”, en realidad, hacia la anarquía, hacia el naufragio del proletariado y de la revolución...” El Comité ejecutivo central de los ferroviarios, dominado por la derecha socialista, continuaba siendo una potencia reconocida. El monopolio del poder no era ni un hecho ni un fin. Por el contrario, la “dictadura del proletariado” demostraba ser realmente “la más amplia democracia de los trabajadores”. Toda la política de sus dirigentes reposaba sobre el constante llamamiento a las masas, a su adhesión, a su iniciativa. Los resultados diarios eran sorprendentes. La autoridad personal de Lenin y de Trotzky no tenía más fundamento que el prestigio. La amenaza suprema de Lenin, cuando se encontró en momentánea minoría, fué la de renunciar. En el partido, las más ardientes discusiones apenas provocaban “renuncias” sin efecto, porque al día siguiente la camaradería entre hombres que se conocían desde hacía largos años, fácilmente aplacaba los desacuerdos.

Trotzky consideró siempre que en esas condiciones, aún cuando — como sucedió con frecuencia durante los años de la guerra civil — sus tareas le impedía participar en la elaboración de las medidas más importantes, compartía plenamente la responsabilidad colectiva del comité central y del Consejo de Comisarios del Pueblo.

La simple exposición de su vida, debería, pues, comprender la enumeración de todos los actos del gobierno de los Soviets.

Sobre la disolución de la Asamblea Constituyente estuvo de completo acuerdo con la mayoría del Comité Central. En las elecciones de fines de noviembre, los socialistas de derecha obtuvieron 22.600.000 votos contra algo más de 9 millones de votos bolcheviques; el partido burgués de los constitucional democráticos obtuvo 4.600.000. Los socialistas revolucionarios lograron una manifiesta victoria con 20.900.000 votos campesinos y 267 mandatos, en tanto que los mencheviques no obtenían más que 1.700.000 sufragios. Es cierto que los socialistas revolucionarios estaban escindidos en izquierda soviética y derecha próxima a la burguesía. Manifestaciones tumultuosas, pero netamente minoritarias, precedieron la apertura de la Constituyente, el 18 de enero de 1918 (nuevo calendario). Esta eligió como presidente al ex-ministro campesino, Víctor Chernov. Tras una breve justa oratoria, el joven Raskolnikov

leyó la declaración final de los 161 diputados bolcheviques (sobre 520 electos): "Porque no consentimos en arrojar un velo sobre los crímenes de los enemigos del pueblo, nos retiramos, dejando en manos del Soviet el cuidado de decidir la actitud a tomar frente a los elementos contrarrevolucionarios que existen en esta asamblea..." Un marino, el anarquista Jelezniak, invitó al presidente Chernov a levantar la sesión.

Las tribunas gritaban: "¡Basta ya, basta ya!". El presidente Chernov respiró el aliento del motín. Se retiró. Un grupo terrorista social-revolucionario había preparado el secuestro de Lenin y de Trotzky, pero el Comité central del Partido prohibió atentados de esa naturaleza contra hombres demasiado populares. Algunos días atrás, dos socialistas revolucionarios habían tirado contra el auto de Lenin. Fueron inmediatamente arrestados, y creemos recordar que concluyeron por adherir al partido bolchevique.

Trotzky justificó la disolución de la Constituyente demostrando que las masas campesinas habían votado por "la tierra y la libertad", sin conocer exactamente lo que sucedía en las capitales, eligiendo, en la confusión del momento, una lista que comprendía a Kerensky, a sus amigos y a sus decididos adversarios, los social-revolucionarios de izquierda.

La Constituyente reintegraba al poder a aquellos a quienes la insurrección soviética había desplazado, pero ganados ahora por el ánimo del desquite y manifiestamente dispuestos a constituir bloque con los generales. "En pocas semanas hubiéramos tenido que recurrir a un nuevo levantamiento", escribía Trotzky. La disolución de la Constituyente no tuvo consecuencias inmediatas en el país; pero los socialistas revolucionarios se prepararon a recurrir a las armas.

II

El ejército no quería, no podía ya batirse. En 1914, 1915, 1916, durante una treintena de meses, el ejército ruso había sufrido más pérdidas que las de ningún otro ejército beligerante de la primera guerra mundial. En Galitzia y en Turquía, los rusos ocupaban todavía territorios enemigos. La incapacidad del gobierno imperial en materia de aprovisionamiento, avituallamiento y servicios sanitarios; el régimen interior del ejército, en el que los oficiales despreciaban y maltrataban a los soldados, quienes, a su vez, los execraban; la impopularidad de una larga guerra cuya justificación las masas no veían, habían provocado la caída de la autocracia. El número de soldados-campesinos que "plantaban en tierra las bayonetas" y volvían a la aldea, no había cesado de aumentar, semana tras semana. Pronto habrían de batirse furiosamente por la ocupación y defensa de las tierras; pero no tenían ningún interés en

continuar la guerra en nombre de un gobierno provisional que, precisamente, se las negaba, y menos aún en intentar la conquista de los Dardanelos. Por otra parte, los internacionalistas en el poder consideraban deber primordial la lucha por una paz entre los pueblos, contra "la guerra imperialista por el reparto del mundo".

Sólo los imperios centrales, es decir, la Cuádruple alianza constituida por Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía, respondieron al ofrecimiento de paz de los Soviets. A mediados de diciembre de 1917 se firmó un armisticio de veintiocho días. Una primera delegación soviética, presidida por Ioffe, con la asistencia de Kamenev y de Karajan, se trasladó a Brest-Litovsk donde fué recibida por el príncipe Leopoldo de Baviera y el general Hoffmann. Los austró-alemanes afectaron aceptar el principio fundamental de la "paz sin anexiones ni contribuciones" y se comprometieron formalmente a no transportar sus tropas del frente ruso a ningún frente occidental; compromiso que, por lo demás, en ningún momento pensaron cumplir... De ambos lados se examinaban las cuestiones, se ganaba tiempo; los revolucionarios para su propaganda, los austró-alemanes, en razón de sus proyectos estratégicos y porque se esforzaban por comprender una situación enteramente nueva. Habían creído encontrar, explica Trotzky, a políticos dispuestos a negociar para guardar las apariencias, pero corruptibles e inclinados a trapicheos "realistas". Pero se toparon con hombres de tipo totalmente diferente. Visto lo cual, abrieron el fuego. En nombre del "derecho de las nacionalidades" pretendían imponer la anexión disimulada de Polonia, Lituania y los países bálticos.

La delegación soviética propuso que las negociaciones fueran trasladadas a Estocolmo, en territorio neutral; pero chocó con una negativa presentada en forma de ultimátum. Tras una breve suspensión de las negociaciones, Trotzky tomó el tren para Brest-Litovsk, acompañado de Ioffe, de Kamenev, de Karajan, de asistentes y de expertos. También asistió Karl Radek a la segunda fase de las negociaciones, que se abrieron el 1º de febrero de 1918.

Las conferencias se realizaban en una aldea casi totalmente destruída, en el edificio de un cuartel general rodeado de alambre de púas. La primera delegación soviética había dejado que se establecieran relaciones de cortesía entre los plenipotenciarios, durante las comidas celebradas en común. Trotzky cortó de golpe. Basta de conversaciones particulares, basta de amabilidades. Las conversaciones adquirieron un tono de seca cortesía... Su actitud no fué solamente premeditada. Se sentía realmente mal, constantemente indignado y despectivo,

en presencia de esos diplomáticos burgueses a quienes tenía por pícaros redomados, y de esos soldados que, como el general Hoffman, parecían más diestros en espionaje que en política, dado lo bien que hablaban el ruso. A los ojos de ambos partidos, era evidente la imposibilidad de llegar a un acuerdo verdadero. Las negociaciones se arrastraban sin llegar a resultado alguno. Trotzky se esforzaba por hablar para el extranjero, sobre todo para los socialistas europeos, el lenguaje más claro posible. Cada día traía sus múltiples incidencias, complicadas, exasperantes; más de una vez, los plenipotenciarios enemigos, el ministro alemán Von Kühlmann, el conde austriaco Czernin, el general Hoffman, no ocultaron en absoluto su exasperación. Trotzky proseguía sus exposiciones ideológicas y jurídicas con tranquila audacia. Mantenía íntegramente la fórmula de Ioffe: "No consideramos auténtica la voluntad de un pueblo, más que cuando resulta de una votación enteramente libre, sin que ninguna fuerza armada esté presente en el país".

Hoffmann se permitió reprochar su propaganda a los rusos. Trotzky le respondió: "Como revolucionarios, nos reservamos el derecho de todo ciudadano de propagar sus convicciones republicanas y revolucionarias...". Afirmaba "nuestra simpatía hacia las masas trabajadoras de Alemania" y de todos los países beligerantes, y la completa independencia de la política rusa frente a los aliados. "Nuestra política no tiene entretelones. Nuestra revolución los ha suprimido..." Alguien les observó que la delegación rusa empleaba el lenguaje de un vencedor, lo que no correspondía a la situación real. "No negamos, respondió Trotzky, que la política de las clases que hasta hace poco lo gobernaban, ha debilitado a nuestro país... pero una política previsora se funda sobre las tendencias de desarrollo y sobre las fuerzas interiores de un país, las cuales, llamadas a la vida, tarde o temprano manifestarán su vigor..." Los plenipotenciarios enemigos exclamaban con frecuencia: "Unerhört!", "¡Increíble!". El general Hoffman abandonaba el debate con un "¡Genug!", "¡Basta!".

Trotzky declaró que Rusia reconocía a los pueblos del antiguo imperio ruso, tales como Ucrania y Armenia el derecho a disponer de sí mismos. Vale la pena recordar sus palabras referentes a Polonia, cuya independencia había sido proclamada por los imperios centrales, que continuaban ocupando su territorio: "En modo alguno pretendemos contestar la independencia de Polonia; pero vemos en ella ejemplo de la constitución de un gobierno conforme a principios que no podrían satisfacer ni siquiera a los políticos más conservadores de cualquier país. Reconocemos el derecho del pueblo polaco a decidir su propio destino; seremos los primeros en consentir

en la reparación de los inmensos crímenes históricos cometidos con el pueblo polaco; pero no es posible admitir que las combinaciones territoriales de un ministerio polaco... realmente expresen la voluntad del pueblo..." (Tratábase de las maniobras de un "gobierno polaco" pro-austriaco, presidido por un M. Kuczarczewski). El Consejo de Comisarios del Pueblo acababa de reconocer sin discusiones la independencia de Finlandia, el 31 de diciembre de 1917.

Largas discusiones jurídicas enfrentaban a Trotzky con von Kühlmann, Czernin y Hoffman. Trabajo inútil, salvo en lo que concierne al tiempo ganado. Estos se esforzaban por demostrar que los gobiernos reaccionarios y germanófilos establecidos en los territorios ocupados, realmente expresaban la voluntad de sus respectivos pueblos. Con infatigable paciencia, Trotzky reclamaba el libre referéndum, previa evacuación del país en cuestión. "Pero también vosotros gobernáis por la fuerza!", exclamó un plenipotenciario alemán. "Sin duda, respondió Trotzky. Todo gobierno reposa en la fuerza; pero entre vosotros se emplea la violencia contra los huelguistas; entre nosotros, contra los capitalistas..." Concluyó diciendo: "Como revolucionarios, también somos realistas: preferimos llamar a las anexiones por su nombre..."

A fines de enero, el ejército rumano, secundado por un general ruso, ocupó Besarabia y amenazó el litoral del Mar Negro. Trotzky ordenó la inmediata expulsión de los diplomáticos rumanos e hizo embargar el tesoro de Rumania, depositado en Moscú. Los soviets se encargaron de conservar ese tesoro hasta el día en que pudiera ser entregado a los trabajadores rumanos.

En los países de la Entente, hasta ayer aliados al Imperio de Rusia, las negociaciones de Brest-Litovsk provocaban acusaciones de traición, incesantemente reavivadas. "Los bolcheviques están vendidos a Alemania". En Alemania suscitaban dudas y casi los mismos insultos. La "Tägliche Rundschau" berlinesa escribía que "ni Lenin ni Trotzky quieren la paz porque... les anunciaría la prisión o la horca. Lo que desean es provocar conmociones en el mundo entero, particularmente en los Imperios Centrales...". El tono de los periódicos socialdemócratas alemanes no era muy diferente... En la misma Rusia, la contrarrevolución, germanófila ella misma, denunciaba, junto con los socialistas de derecha, "la paz innoble".

III

El penoso juego de las negociaciones no podía prolongarse. Trotzky retornó a Petrogrado con un proyecto de solución enteramente inédito: Ni paz ni guerra. Los comités centrales bol-

chevique y socialista revolucionario de izquierda, y los cuadros de ambos partidos en el poder, celebraron tumultuosas sesiones. Entre los bolcheviques, Zinoviev se pronunció por la firma de la paz sin dilaciones. Convenía en que ello debilitaría al movimiento revolucionario alemán, pero estimaba más importante asegurar pronta tregua para la revolución rusa. Lenin recomendaba negociar hasta que el enemigo presentara su ultimátum, y entonces, firmar. "Si fuera necesario, decía Vladimir Ilich, deberíamos sacrificarnos por la revolución alemana, porque ella es mucho más importante que la nuestra...". Pero, ¿cuándo se producirá? Una fuerte izquierda bolchevique, con Bujarin, Piatakov, Bela Kun, Karl Radek, Uritzky, Unchlicht, Vladimir Smirnov, se oponía a toda transacción con el imperialismo y preconizaba la guerra revolucionaria... En una asamblea de cuadros, celebrada el 21 de enero de 1918, esta izquierda obtuvo treinta y dos votos contra quince de Lenin y dieciséis de Trotzky. La mayoría del Comité Central bolchevique aprobó la proposición de Trotzky. Las grandes huelgas de Alemania parecían hablar a su favor. Lenin quedó en minoría.

El 10 de febrero, Trotzky tomó la palabra en la conferencia de paz de Brest-Litovsk. Tenía en manos el texto de su discurso, escrito en su fina letra regular, con pocas tachaduras; "Los pueblos, dijo, se preguntan cuándo terminará esta autodestrucción de la humanidad provocada por el espíritu de lucha y de dominación de las clases dirigentes de todos los países... No queremos participar en esta guerra puramente imperialista en la que las pretensiones de las clases poseedoras se pagan con sangre humana... Nos retiramos de la guerra con nuestro pueblo y nuestro ejército. Nuestro soldado-trabajador retorna a sus labores, para cultivar pacíficamente la tierra que la revolución ha hecho pasar de manos del propietario terrateniente a las del campesino... Desmovilizaremos nuestro ejército. Nos negamos a firmar una paz con anexiones. Declaramos concluido el estado de guerra entre los Imperios centrales y Rusia".

Y la delegación rusa se retiró, dejando al enemigo mudo de sorpresa. Durante el consejo extraordinario celebrado por los jefes de los gobiernos de la Cuádruple alianza y sus estados mayores, von Kühlmann y los austríacos se opusieron a reanudar las hostilidades contra Rusia. Ludendorff hizo prevalecer su opinión. Alemania necesitaba el trigo de Ucrania; necesitaba aplastar el bolchevismo antes de lanzar contra Francia la ofensiva suprema.

Trotzky se encontraba en el Smolny, en el aposento de Le-

nin, junto con numerosos socialistas revolucionarios de izquierda, cuando llegó un despacho que hizo palidecer a Lenin. Sin encontrar resistencias, se había desatado la ofensiva alemana. Las trincheras rusas estaban abandonadas. No existía comando. El ejército alemán avanzaba por las vías de ferrocarril, ocupando ciudad tras ciudad... Lenin se sentía extremadamente inquieto. "¡Esa bestia sabe saltar!", repetía. El dieciocho de febrero, el Comité Central se reunió dos veces en el mismo día. Por la mañana, Lenin quedó en minoría. Por la tarde, exasperado, gritó que "ha terminado el tiempo de las frases revolucionarias", y agitó su más efectiva amenaza: "¡Renuncio!". Las noticias del frente acumulaban desastres. Gracias a los votos de Trotzky, Sverdlov, Sokolnikov, Stalin, Vladimir Smirnov, Zinoviev, contra los de Uritsky, Lomov, Bujarin, Ioffe, Krestninsky, Dzerjinsky, triunfó la moción de "paz inmediata", sostenida por Lenin.

El 3 de marzo de 1918, Sokolnikov, acompañado de Chicherin, Ioffe, Karajan, atravesó las líneas enemigas y firmó el tratado, más exactamente, la imposición alemana, sin leerlo, negándose a toda discusión, para que resultara evidente que Rusia cedía a la violencia. El día 16 de marzo, el Congreso extraordinario de los Soviets ratificó el tratado. También lo hizo el Reichtag, algunos días más tarde. Súpose en Rusia, con indignación, que los social-demócratas alemanes habían votado a favor de la ratificación. Sólo los social-demócratas independientes votaron en contra.

Mientras tanto, durante aquellos días de angustia, Trotzky redactó para el Consejo de Comisarios del Pueblo, la proclama de "la Patria socialista en peligro". Preparó asimismo instrucciones draconianas para la guerra:

"Cuanto no pueda ser evacuado será destruido. Evacuar los granos o enterrarlos. Destruir lo que no pueda ser ocultado. Llevar consigo todas las máquinas o desmontarlas. Destruir aquellas que no puedan ser evacuadas. Enterrar los metales. Evacuar locomotoras y vagones. Levantar los rieles. Minar y hacer saltar los puentes. Incendiar los bosques y las cosechas en la retaguardia enemiga... Tender emboscadas. Combatir con armas de fuego y arma blanca. Asegurar la retaguardia. Exterminar sin excepción a los espías, a los provocadores, a los traidores contrarrevolucionarios que directa o indirectamente secunden al enemigo... Defendiendo su libertad y su vida, la República de los soviets incitará a los obreros del mundo a luchar contra todos los explotadores y contra todos los piratas".

Trotzky recibió ofrecimientos de apoyo de las misiones militares francesa y británica. Con este motivo, Lenin envió una esquela apresurada al Comité Central, concebida en estos tér-

minos: "Computad mi voto a favor de la aceptación del apoyo y de las armas de los bandidos imperialistas anglo-franceses. Lenin". Lenin llegó a hablar a Trotzky de una retirada hacia el Ural, de una defensa de Siberia, de sostenerse incluso en Kamtchacka... En el corredor del Smolny, Bujarin, trastornado, con lágrimas en los ojos, abrazaba a León Davidovitch suplicándole que se pronunciara por la guerra revolucionaria...

El tratado de Brest-Litovsk arrancó a Rusia los Países Bálticos. Consagró la sujeción de Polonia a Alemania. Impuso la "independencia" de Ucrania, a través de la cual las columnas alemanas marchaban hacia el Don y el Cáucaso. Impuso la evacuación de las guarniciones rusas en Finlandia, es decir, el sacrificio de la revolución finlandesa que acababa de triunfar pacíficamente. Con diversos pretextos, impuso el pago de más de mil millones y medio de dólares oro.

Trotzky reconocía que, si la paz hubiera sido firmada antes, con menores resistencias, la República de los Soviets hubiera logrado condiciones menos desastrosas; pero el imperialismo alemán no hubiera sido desenmascarado por completo. La leyenda de su connivencia con el bolchevismo no hubiera sido liquidada. Nunca lamentó haber agotado las posibilidades de propaganda y negociación, golpeando las espaldas al socialismo alemán, y convenciendo a las clases laboriosas de Occidente de la absoluta intransigencia bolchevique frente al imperialismo austro-alemán. Siempre consideró que las negociaciones de Brest-Litovsk habían desempeñado un papel decisivo en la disgregación interna de los Imperios centrales.

IV

Una división Von der Goltz desembarcó en Finlandia. El Consejo de Comisarios del Pueblo se trasladó a Moscú. Al dejar de ser la capital, Petrogrado se convertía en objetivo menos tentador para los alemanes y la Finlandia contrarrevolucionarias. Trotzky abandonó el comisariato de asuntos extranjeros para aceptar, por invitación de Lenin, la cartera de Guerra y de Marina.

"Aún no conocía de Moscú más que la prisión de Butirky. La antigua capital, construida en círculos concéntricos alrededor de las altas murallas dentadas, de las torres bulbosas y doradas del Kremlin, guardaba todavía su aspecto de ciudad de otras épocas, cristiana, traficante y feudal. En el Kremlin ocupamos el departamento de un importante ex-funcionario; varias habitaciones en hilera. El despacho de Trotzky, casi dorado de brillante, estaba todo revestido de madera. El Cupido y la Pshyché suscitaban pensamientos agradables; jamás habíamos pensado en ellos, y por supuesto, semejantes atributos de

la felicidad burguesa no rimaban con nuestras preocupaciones. Cuando llegué con los chicos, León Davidovitch me recibió muy contento. "¡En fin, dijo de buen humor, un hermoso departamento!". Durante poco tiempo, Lenin fué nuestro vecino; luego se mudó a las pequeñas piezas de otro edificio, muy próximo al despacho de gobierno. Los contactos entre ellos eran frecuentes y amigables, aunque jamás disponían de tiempo para prolongar una conversación. El comedor de los comisarios del pueblo comunicaba con nuestro departamento, y a menudo se realizaban en él las reuniones del Buró político; una decena de viejos camaradas se reunían sin formalidades ni intrigas, sin rivalidades ni ceremonias. Cierto día, los chicos luchaban en una de nuestras habitaciones; cayeron abrazados contra una puerta que estaba entreabierta, y rodaron, sin aliento, en plena sesión del Buró político. La autoridad suprema del partido los acogió con agrado.

"Stalin ocupó un departamento ubicado frente al nuestro. Enoukidze y Kalinin se ubicaron en el mismo corredor. Reconcentrado, a menudo de mal humor, poco amigo de cortesías, sólo relacionan espaciadas, estrictamente utilitarias, mantenía Stalin con Trotzky. En cuanto a mí, Stalin apenas me saludaba. Su joven esposa, por el contrario, Nadia Alilueva, hija de un ferroviario revolucionario del Cáucaso, era una criatura encantadora, de espontánea inteligencia; más tarde la haría sufrir infinitamente, conduciéndola al suicidio. Abeili Enoukidze, amigo de adolescencia de Stalin, y compañero suyo en Siberia durante cierto tiempo, era un carácter equilibrado, agradable, de evidente nobleza; y sus rasgos lo revelaban.

"En los primeros tiempos sobre todo, la alimentación de los huéspedes del Kremlin fué más que frugal. León Davidovitch me decía: "No debemos vivir mejor que en la emigración...". Compartía su opinión, por lo demás muy ocupada en mis funciones, y harto bien informada de las penurias de los trabajadores.

Los únicos que aún podían disfrutar de ciertos restos de bienestar personal, eran los miembros de la ex-clases poseedoras, y los sectores especiales — pero poco numerosos, que vivían del mercado negro —. En cierta ocasión, Trotzky, al sentarse a la mesa, vió que en ella habían puesto manteca. "¿De dónde viene esa manteca?", preguntó extrañado. El secretario del Comité Central, Leónidas Cerebriakov, informado por nuestro médico del género de alimentación que llevábamos, nos había hecho atribuir una ración que nos pareció un verdadero lujo. Tardaron varios meses antes que los miembros del Comité Central pudieran gozar de una buena alimentación de tipo me-

dio. Los cargamentos de caviar destinados a la exportación, carentes de destino efectivo, prestaron un famoso servicio. . .

"En aquella época, numerosos funcionarios vivían mejor que los dirigentes de la revolución, porque se las ingenjaban y hasta se organizaban para ello. Me enteré por casualidad de la existencia de proveedurías especiales para diversas categorías de "militantes responsables". Producíanse innumerables abusos en los servicios de avituallamiento; establecíanse los primeros privilegios. El Buró político pensó publicar reglas de conducta para los revolucionarios investidos de autoridad. . . Nada se hizo al respecto; aparte de que era difícil fijar tales normas, resultaba imposible velar por su cumplimiento. Miembros del gobierno y dirigentes de todas categorías recibían un tratamiento igual al salario medio de un obrero calificado; y en la medida de lo posible, las comodidades necesarias para el cumplimiento de sus tareas.

"Distracciones y reposo nos eran inaccesibles. León Davidovitch venía del comisariato para almorzar en el Kremlin. Luego se extendía unos tres cuartos de hora sobre el diván. Sus hijas Nina y Zina solían venir a verlo a esa hora, y se sentían contrariadas por su negativa a hablar de política.

"En los comienzos de nuestra estadía en el Kremlin, fué cuando el padre de Trotzky llegó a Moscú. El anciano, arruinado de pronto por la revolución, había abandonado a los setenta años su aldea de Yanovka, atravesado a pie unos doscientos kilómetros entre Kerson y Odesa, a través de un país peligroso. Repetidas veces interrogado por grupos guerrilleros, poco faltó para que lo ajusticiaran. Para los rojos, que no conocían el nombre de Trotzky, era un burgués campesino, un kulak. Los polacos reconocían en él al padre del execrable judío Bronstein-Trotzky. Padre e hijo volvieron a verse con cariño. Nos relató que le habían quitado todo, y en cuanto al resto, lo había abandonado voluntariamente a la revolución: tierras, construcciones, caballos, ganado. Su sentido de equidad lo llevaba a simpatizar con la causa popular. Puede que el papel desempeñado por su hijo lo enorgulleciera; pero en todo caso no lo exteriorizaba. Dijo con un pequeño destello de malicia en los ojos, algo así como: "Los padres trabajan, trabajan, para adquirir algún bienestar en sus años viejos; y luego vienen los hijos y hacen la revolución. . ." Consiguió trabajo en una explotación agrícola nacionalizada. Mostró allí su capacidad. Murió en 1922, próximo a los 75 años. . . Era huesudo, bien configurado, de trazos enérgicos, barba blanca, ojos azules y profundamente enclavados; provisto de gran vitalidad, voluntarioso y con iniciativa. Me ha dejado el re-

cuerdo de uno de esos rostros rusos del terruño, que los pintores atribuyen a los místicos y a los ancianos de la aldea".

V

La dura paz de Brest-Litovsk afirmó la convicción general de que la revolución entraba en un largo período de luchas sangrientas; que habría que batirse durante mucho tiempo de manera implacable. La guerra civil abrasaba Ucrania, el Don, el Ural, el Turkestan, Siberia. Trotzky se consagró a la formación de un Ejército Rojo, que había que sacar literariamente de la nada, pues el antiguo ejército imperial se había disgregado por entero, sin dejar tras sí otra cosa que el recuerdo odioso de las charreteras, de los galones, de la incuria, de la brutalidad hacia los soldados, de la derrota y de la reacción. . . Las primeras tropas nuevas se formaron para sostener a Ucrania contra sus propios nacionalistas germanófilos y sus aliados, los alemanes. Antonov Ovseenko y Muralov se distinguieron en la organización de las mismas y sobre el campo de batalla. Trotzky se inspiraba en concepciones amplias y originales. Del voluntariado, pasóse a la movilización obligatoria de ciertas categorías de obreros jóvenes, con exclusión de la juventud de las clases poseedoras. Se trataba de instituir una disciplina fundada en la convicción, de dar al combatiente una educación política, de sostener su moral, de crear un comando instruido que mantuviera costumbres austeras y una camaradería igualitaria, sin grados ni títulos, sin jerarquías honoríficas ni privilegios.

Presidente del Consejo Revolucionario de Guerra, y al mismo tiempo comisario del pueblo, Trotzky tuvo que empezar por reclutar y formar a sus propios colaboradores.

Según el modelo de su servicio central se constituyeron paralelamente los consejos revolucionarios de guerra de las regiones y de los ejércitos, subordinados al centro. Era necesaria "una gran imaginación creadora" ("Mi vida") para llevar a cabo esa tarea. Skliansky, joven médico de veintiseis años, modesto, "exacto, infatigable, alerta y bien informado", se convirtió en suplente de Trotzky, en calidad de vicepresidente del Consejo Revolucionario de Guerra. Skliansky fué uno de los verdaderos organizadores del Ejército Rojo, "nuestro Lázaro Carnot". Mientras Trotzky recorría los frentes, Skliansky controlaba toda la actividad del centro, en inmediato contacto con Lenin, presidente del Comité de Defensa. (Le estaba reservada una muerte temprana, por accidente. Se ahogó durante un paseo por los EEUU., en 1925). Entre los militantes del partido, reveláronse rápidamente un número de cuadros mili-

tares entusiastas y capaces. Fueron sobre todo: Antonov-Ovseenko, ex oficial; el agrónomo-oficial Muralov; Ivan Smirnov, mecánico de precisión; Sergio Mratchkovsky; el marinero Markin; el enseña Raskolnikov; el economista Smilga (que durante la insurrección de octubre había sido uno de los jefes de la flota del Báltico); el suboficial Blücher; Rosengoltz; Eugenio Bosch; finalmente Stalin y Vorochilov, cuyo comportamiento fué particular.

Trotzky se esforzó por atraerse a los oficiales de carrera. El arte militar no se improvisa; los oficiales superiores son técnicos. El coronel Muraviev, comandante en el Este de un pequeño ejército, se insurreccionó en julio de 1918, cuando en Moscú estallaban disturbios; fué muerto en plena sesión del Soviet de Simbirsk. Vatsetis, otro oficial del estado mayor, se demostró incapaz, pero fué empleado para la instrucción militar. Un tercer oficial, Sergio Kamenev, se transformó en precioso colaborador de Trotzky, y recibió en 1919 el comando en jefe de los ejércitos rojos. En mayo de 1918, Trotzky ordenó el arresto del almirante Chtchastny, comandante de la flota del Báltico, culpable de la primera traición de envergadura. Este almirante, cuando recibió la orden de fondear la flota antes de caer en manos de los alemanes, y de hacer saltar en las mismas condiciones el fuerte Ino, hizo saltar este último como si hubiera recibido una orden incondicional, e informó a las tripulaciones de la próxima destrucción de los barcos, por orden de los alemanes. Trotzky declaró ante el tribunal revolucionario: "Cuando en épocas de revolución los señores almirantes o generales comienzan a desplegar un juego político personal, deben resignarse, si fracasan, a cargar con toda la responsabilidad". Chtchastny fué pasado por las armas.

Tujachevsky, oficial de 26 años evadido de la cautividad alemana, recibió en 1918 el comando del I y del II Ejércitos del Volga. En el otoño de 1918, una docena de ejércitos mantenían amplios frentes móviles que iban del Mar Blanco al Ural, pasando por el Volga, el Cáucaso, el Báltico y el Don; Kalinin decía en una conversación privada: "León Davidovitch arrastra solo la carreta de la guerra civil...".

En mayo de 1918, el Ejército Rojo contaba con trescientos mil hombres. A fines de 1920, sus efectivos sobrepasaban los cinco millones de hombres.

VI

El verano de 1918 abre una era de peligros mortales, de luchas intestinas en la revolución. La paz de Brest-Litovsk es causa, de exasperaciones. Los socialistas revolucionarios se reúnen en el Este para formar allí, junto con los generales y los

checoslovacos, un "Directorio Democrático", al que la reacción monárquica suplantaré brutalmente. Alentadas por la misión militar francesa, conspiran las ligas militares. Apodéranse de Yaroslav, en el norte de Moscú, y allí masacran a los comunistas, se sostienen una semana, provocan otras masacres, y abandonan la ciudad en ruinas...

Durante la guerra, los checoslovacos que servían en el ejército austriaco se habían rendido en masa. Bajo el gobierno provisional, habían constituido en Rusia un verdadero ejército. El Consejo de Comisarios del pueblo consintió en evacuarlos por Vladivostok, pero temerosos de que tropas extranjeras se escalonaran a lo largo del Transiberiano, exigió su previo desarme. El conflicto estalló en el momento en que los japoneses, los checos y los blancos se apoderaron de Vladivostok. Los checoslovacos se sublevaron sobre el Volga, en el Ural, en Siberia... En nombre de la Constituyente, socialistas revolucionarios de derecha sublevaban a los campesinos de Tambov. En Ucrania, los alemanes dominaban cada vez menos una situación caótica. Tras ellos, constituíanse guerrillas anarquistas; los nacionalistas ucranianos se batían contra las fuerzas soviéticas. En la región del Don y en el Cáucaso septentrional, triunfaba la revolución cosaca; un "Ejército de Voluntarios" se organizaba bajo las órdenes de los generales del Zar. Los anglo-franceses desembarcaron en Murmansk.

En el partido bolchevique, una tendencia de izquierda, bien organizada, que publicaba sus propios periódicos y agrupaba holgadamente a la mitad de los cuadros del partido, incluidos Bujarin, Piatakov, Bubnov, Preobrajensky, Lomov, Saprónov, Uritsky, Unschlicht, Bela Kun y hasta la mejor amiga de Lenin, Inés Armand, encaraba la escisión. Los comunistas de izquierda exigían la guerra revolucionaria contra el Imperio Alemán, la socialización inmediata de las grandes industrias; condenaban el "oportunismo" de Lenin como traición a la intransigencia socialista. El Partido Socialista Revolucionario de Izquierda, dirigido por Marta Spiridonova, aún cuando participaba en el poder, también reclamaba la ruptura de la "paz innoble". La democracia soviética moriría súbitamente con motivo de esas disensiones.

En el V Congreso de los Soviets, inaugurado el día 4 de julio, Trotzky afrontó una tempestad. El congreso comprendía a 733 comunistas, 353 socialistas revolucionarios de izquierda, 17 maximalistas, 10 sin partido, 4 anarquistas, 4 mencheviques internacionalistas, 3 diputados de nacionalidades. Trotzky relató los incidentes en la frontera ucraniana, las amenazas de asesinato proferidas contra su amigo Racovsky, presidente de

la delegación de paz en Ucrania, "He dado orden, dijo, de fusilar a los agentes del enemigo que fomenten esos disturbios. Pido la aprobación del Congreso" La izquierda se enfureció a los gritos de "¡Fusilador! ¡Kerensky!". El orador socialista revolucionario de izquierda, Kamkov, justificó "el amplio y sano movimiento que lleva a los revolucionarios rusos a socorrer a sus hermanos de Ucrania". María Spiridonova habló de la Ucrania "mártir y traicionada", acusó a los bolcheviques de connivencia con Alemania y de iniquidad hacia los campesinos. Lenin le replicó con tono grave, anunciando medidas económicas y sosteniendo que la causa del socialismo prevalecía por sobre las angustias del individuo hambriento.

Durante estos debates, Iakov Blumkin y Andreiev, dos socialistas revolucionarios de izquierda, lograron una entrevista por el conde Mirbach, embajador de Alemania en Moscú y lo mataron con granadas. El destacamento especial de la Comisión Extraordinaria de Represión de la contra-Revolución — la Cheka —, comandada por socialistas revolucionarios de izquierda, tomó la ofensiva contra el Gobierno soviético. Dueños del telégrafo, los insurgentes publicaron que "el Partido socialista-revolucionario de izquierda es en adelante el único partido gubernamental" y que "el pueblo quiere la guerra contra Alemania". La población de Moscú permaneció indiferente. Los insurgentes tiraron algunos cañonazos contra el Kremlin y fueron prontamente vencidos. Uno solo de sus líderes fue pasado por las armas: Alexandrovitch, quien, suplente de Dzerjinsky en la Checa, había abusado de sus poderes para preparar el levantamiento.

Este suicidio político del Partido socialista-revolucionario de izquierda, dejó a los bolcheviques el monopolio del poder. Alemania pretendió introducir en Moscú un destacamento de seguridad destinado a proteger su embajada. La respuesta soviética fué un rechazo categórico, subrayado por un discurso de Lenin en el que amenazaba con la guerra hasta el fin. Alemania transfirió su embajada a Pvskov. El V Congreso adoptó una constitución democrática que garantizaba las libertades de los trabajadores y el control de las instituciones legislativas y ejecutivas por parte de las masas.

La intervención checoeslovaca decidió la suerte de Nicolás II y de la familia imperial, internados en Ekaterinburg, actual Sverdlovsk, en la zona de operaciones. El Comité Ejecutivo de los Soviets pensaba instruir proceso al ex-emperador ante un tribunal popular, en la misma región del Ural, a fines de julio. Trotzky actuaría de fiscal. El Soviet del Ural, dirigido por Belorodov, temían no poder impedir la liberación de los prisioneros y por propia autoridad decidió la ejecución inme-

diata del zar y de su familia. En la noche del 15 al 16 de julio de 1918, los Romanov y su compañía, en total once personas, fueron fusilados en el piso bajo de la casa en que habitaban. La noticia tardó tres días en llegar a oídos del gobierno. Se debatía en esos momentos un asunto relativo a higiene pública. El Buró del Ejecutivo de los Soviets aprobó la iniciativa tomada por los revolucionarios del Ural y pasó a la orden del día.

VII

La situación se hacía excesivamente grave en el frente del Volga. Los checoeslovacos y los Blancos cortaron la arteria fluvial más importante de Rusia en numerosos puntos. Decidióse que Trotzky se dirigiera urgentemente a Kazan. Para las exigencias de la línea de fuego ordenó disponer el tren del Ministro de Comunicaciones. Lenin insistió en que lo acompañara una dotación de buenos automóviles. Al aproximarse al Volga, Trotzky se enteró del desastre de Kazán. Los Blancos habían ocupado la ciudad. El tren se detuvo junto al río, en la pequeña estación de Svajsk, amenazada en la retaguardia por la tropa vigorosa, formada en su casi totalidad por oficiales del monárquico Kappel.

Las fuerzas rojas se hallaban profundamente desmoralizadas, sin avituallamientos seguros, sin servicios de comunicaciones; los campesinos consideraban que el régimen de los Soviets estaba vencido. Trotzky decidió parar el retroceso y retomar la iniciativa. Kazán abría el camino hacia Nijni-Novgorod y Nijni, accesos de Moscú. Pero la relación social de fuerzas justificaba el optimismo revolucionario. Telefónicamente, Skliansky prometía víveres, municiones, refuerzos. El tren de Trotzky conducía equipos de hombres decididos; constituía de por sí una verdadera fuerza, nada despreciable en una guerra de guerrillas. Al inspeccionar una batería de artillería en posición, Trotzky se encontró de pronto bajo el fuego enemigo, dirigido con extremada puntería. Ese mismo día, de vuelta a su vagón, se encontró con un bombardeo aéreo no menos preciso. La idea de la traición no le vendría sino mucho más tarde.

El tren de Trotzky permaneció veinticinco días en Svajsk; en esos veinticinco días la República fué salvada por primera vez. Rosengoltz, Ivan Smirnov, una cuarentena de jóvenes comunistas, el equipo del estado mayor, trabajaron para restablecer la disciplina, la cohesión, la moral. El 49 Regimiento de fusileros letonés se negó a batirse. Trotzky ordenó arrestar al comandante y al comisario del Regimiento. Ambos eran

los jefes de una tropa escogida pero desmoralizada; en el gabinete de Trotzky, se dejaron desarmar por el comandante del tren; el tribunal revolucionario los condenó a penas de prisión. Trotzky arengó a los letones, en términos de dura exhortación. ¡El enemigo está a mil quinientos metros, y Kazán es la llave de Moscú! Se comprometieron a defender el terreno.

Otro regimiento abandonó sus posiciones y se apoderó de un vapor, preparándose a batirse en retirada. Markin trepó a bordo e intimó la rendición de los desertores. Se rindieron. El tribunal revolucionario condenó a muerte al comisario, al comandante y a cierto número de soldados, comunistas y no comunistas, que fueron fusilados.

La voz de Trotzky actuaba, el ejemplo actuaba; distribuíanse paquetes, medicamentos, panfletos impresos en el tren. Un piloto aviador anarquista organizó una escuadrilla de aviación que efectuó reconocimientos y lanzó bombas sobre Kazán. La tropa de Kappel atacó el tren por sorpresa. Trotzky dirigió personalmente el combate. Cocineros, escribientes, telegrafistas, enfermeras, todos los que podían empuñar un fusil, se protegieron de las granadas tras el talud de las vías. Tras ocho horas de combates, los Blancos, dos veces más numerosos, concluyeron por retirarse. Para mejor significar que no dejarían el sitio al enemigo, Trotzky se había abstenido de hacer enganchar una locomotora al tren...

Esta hazaña marcó un cambio general en los espíritus. Acababan de llegar unas cañoneras traídas de Cronstadt a través de los canales. Al día siguiente de la victoria, Trotzky y Raskolnikov, a bordo de una de ellas, descendieron por el Volga, en medio de las tinieblas, y entraron en el puerto de Kazán bajo un fuego desordenado. Consiguieron incendiar la flotilla enemiga. Con el timón averiado, escaparon casi milagrosamente por un río iluminado por capas de petróleo en llamas. Los obreros de la fábrica de pólvora de Kazán se insurreccionaron contra los Blancos; fueron masacrados. Pero el 10 de setiembre de 1918, los rojos ocupaban Kazán.

VIII

El 30 de agosto de 1918, la socialista revolucionaria de derecha, Dora Kaplan tiró contra Lenin, a la salida de una asamblea de fábrica. Llamado telegráficamente a Moscú, Trotzky no quedó allí más que algunos días. Lenin se opuso a que la terrorista fuera fusilada; publicóse la noticia de su ejecución, pero tenemos serios motivos para creer que vivió durante muchos años en Siberia; puede que aún hoy esté con vida. Este atentado se ligaba al asesinato del joven orador

Volodarsky en Petrogrado, imputable al mismo Partido; el de Uritsky, también en Petrogrado, cometido por un estudiante contrarrevolucionario; el de Najinson en Yaroslavl... El terror blanco se desataba de lleno. El 25 de noviembre, los miembros del Soviet de Taganrog habían sido masacrados por los cosacos. Ya hemos mencionado la ejecución de los obreros del arsenal del Kremlin. En mayo, el general Mannheim y los alemanes victoriosos presidían la masacre de más de diez mil proletarios; y hacia fines de julio cincuenta mil estaban encarcelados. El 20 de setiembre, sin juicio previo, la contrarrevolución musulmana victoriosa y sus aliados británicos fusilaron a veintiséis comisarios bolcheviques. La guerra civil se reveló más inhumana que la guerra entre Estados; pero la iniciativa no correspondió al proletariado. Todavía entonces, la Cheka se limitaba a simples arrestos.

Lenin herido, la revolución tuvo sus jornadas de setiembre. El día 7, la Cheka de Petrogrado publicó la ejecución de quinientos doce contrarrevolucionarios. Las Checas locales la imitaron. El partido se esforzaba por moderar la dureza de las instituciones locales... Mientras en los seis primeros meses de su actividad, desde diciembre de 1917, las Comisiones extraordinarias de represión (Checas) no habían fusilado más que a veintidós personas, más de seis mil ejecuciones produjéronse en los seis últimos meses de 1918, de acuerdo con las estadísticas oficiales, manifiestamente deficientes. Por terrible que fuera, el terror rojo no podía compararse, en cuanto amplitud, con el terror blanco que asolaba la pequeña Finlandia. En el mediodía, la contrarrevolución masacraba a los revolucionarios y consideraba que cualquier obrero era, por definición, un pro-bolchevique. Los Rojos respondían con la masacre de los oficiales y de los burgueses prominentes. Dzerjinsky, presidente de la Cheka, se esforzaba por disciplinar implacablemente a las comisiones locales, en las cuales se infiltraban bandidos y maniáticos. Telefoneaba frecuentemente a Trotzky, para hablar de oficiales sospechosos.

León Davidovitch, sin saberlo, había escapado a un atentado muy hábilmente organizado por los socialistas revolucionarios, a principios de agosto. Su vagón debía saltar sobre la línea de Kazán; pero él partió por la línea de Nijni-Novgorod (Gorky). En el ejército, empleaba incesantemente el lenguaje de la exaltación de las conciencias y del rigor. "Advierito, publicaba en Svaijsk, que si una unidad pierde terreno, el comisario político será fusilado a la cabeza, el comandante después... Los cobardes, los arribistas y los traidores, no escapan a las balas. Respondo de ello ante todo el Ejército

rojo". Era en suma la aplicación de las reglas militares observadas por todos los ejércitos del mundo en parecidas circunstancias. Pero al mismo tiempo, Trotzky invitaba a los oficiales a que tomaran servicio, bajo compromiso de defenderlos contra las sospechas, contra la demagogia, contra la malicia; y lo hacía con éxito, como veremos más adelante. El coronel Vatssetis, comandante en jefe del Ejército rojo, sopechoso, arrestado durante cierto tiempo, fué luego nombrado profesor de la Escuela de Guerra. Un oficial bolchevique, Blagonravov a quien Trotzky sorprende realizando agitación contra él, es expulsado del tren militar, lo que no le impedirá efectuar una brillante carrera en la Guepeú. Era tal el encarnizamiento de la lucha social que Trotzky tuvo que intervenir repetidas veces para impedir la ejecución de prisioneros y de heridos... No cesaba de ofrecer clemencia completa al enemigo que depusiera las armas. Acostumbraba a hablar a los desertores, como ocurrió en la región de Karkov, donde se presentó acompañado de un solo colaborador armado, ante una multitud de soldados desmoralizados; oyéronse gritos de "¡Muera!", luego, un silencio amenazador; pero cuando comenzó a hablar, de pie sobre una mesa, el estado de espíritu cambió, puso de su lado a la singular asamblea y le arrancó aplausos y promesas apasionadas...

En su tren, sobre las vías estratégicas, León Davidovitch dictó una obra polémica contra Carlos Kautsky, teórico de la social-democracia alemana. En nombre del marxismo, Kautsky condenaba la dictadura del proletariado y el terror rojo. En "Terrorismo y comunismo", Trotzky invocaba la historia de las revoluciones: la revolución inglesa, la revolución francesa, la guerra de Sucesión en los Estados Unidos, la Comuna de París. Ninguna se acometió sin violencia, dictadura y terror, salvo la Comuna de París, de la cual la burguesía se vengó con masacres espantosas. "En una revolución, como en la guerra, hay que quebrar la voluntad del enemigo". "El grado de encarnizamiento de la lucha depende de las condiciones interiores e internacionales. Cuanto más encarnizada y peligrosa sea la resistencia de las clases vencidas, más la represión se transformará en terror sistemático..." "En tiempos de revolución, el partido arrojado del poder no quiere admitir la estabilidad del partido dirigente... no se deja intimidar con prisiones en cuya dureza no cree. Este hecho decisivo explica la frecuente aplicación de la pena de muerte durante las guerras civiles". "Por lo general, una guerra victoriosa sólo destruye a la ínfima minoría del ejército vencido; pero desmoraliza al resto... La revolución mata a algunas personas,

pero asusta a muchas". "No puede condenarse el terror gubernamental de la clase revolucionaria si previamente no se condena en principio (de palabra) toda violencia... toda guerra, toda insurrección". "En las revoluciones, la máxima energía constituye la mejor clemencia". Estas líneas definen claramente el pensamiento del autor. Nos limitaremos a añadir la siguiente consideración: los revolucionarios sabían que, en caso de ser vencidos, el terror blanco aniquilaría las fuerzas vivas de las masas trabajadoras y abriría una era inevitable de inconcebible reacción.

IX

Casi dos años y medio, es decir, hasta 1920, Trotzky debía vivir en su tren de guerra, recorriendo entre cien y doscientos mil kilómetros. El "tren de Trotzky" se hizo legendario; con sólo aproximarse, levantaba la moral de las tropas fatigadas. El tren, pronto complementado por otro tren auxiliar, transportaba automóviles, cañones, provisión de armas, de municiones, de víveres, de medicamentos y de impresos. Tirado por dos locomotoras, tenía una imprenta, una biblioteca, servicios de telégrafo, y de radio, teléfonos portátiles, baños. Transportaba un secretariado, un estado mayor, un tribunal, equipos de combatientes escogidos, vestidos con uniforme de cuero negro. La regla absoluta consistía en no admitir mujeres en él. Un letón, Peterson, velaba por la seguridad y la defensa. Dos secretarios, Glazman y Sermux, secundaban a León Davidovitch en su trabajo. El tren aparecía en el frente en los momentos más críticos o en víspera de grandes operaciones. Recorría Ucrania, las regiones del Volga, las de Smolensk y de Dwina. Viósele en Rostov del Don y en Petrogrado, durante jornadas de inquietud.

Puede decirse que durante aquellos años, Trotzky careció de vida familiar, de vida personal con exclusión de su trabajo. Su biografía se identifica con la historia misma de la revolución. Corrió numerosos riesgos, sin tener siquiera tiempo de aclarar la naturaleza de los mismos. Cuenta que una noche, durmiendo en su vagón, experimentó una sacudida que lo despertó sobresaltado. Las puertas del coche estaban aplastadas. Apenas vestido, empuñó el revólver y saltó por la ventana hacia la noche. Alguien gemía; el chirriar de hierros y de maderas rotas se prolongaba en las tinieblas. El tren acababa de descarrilar; ocho vagones destruidos. Por fortuna, no había víctimas... ¿Accidente o atentado?

Desde el tren organizaba el Ejército Rojo, y en gran medida las operaciones militares. No se consideraba un estratega,

escuchaba a los especialistas, juzgada, aconsejaba, decidía y se inspiraba en sus opiniones. Ponia en primer plano el aspecto social y político de la lucha; y su peculiar inteligencia, clara a la vez que intuitiva, lo hacía superior a los militares profesionales, a algunos bolcheviques más turbulentos que capaces. Desde el verano de 1918 constituyóse algo así como una oposición "contra Trotzky", relacionada con los principios mismos que se deberían adoptar en la formación de las nuevas fuerzas armadas.

Trotzky había logrado imponer el llamamiento a los especialistas, es decir, a los oficiales del antiguo régimen. Según su opinión, existía una técnica de guerra a la que ni obreros ni intelectuales revolucionarios podrán suplir con improvisaciones. Por otra parte, no le cabía ninguna duda de que gran número de antiguos oficiales servirían de manera útil y honesta, sea por patriotismo, sea por realismo, hábitos de obediencia, o interés. El Comité central decidió adjuntarles comisarios políticos encargados de controlarlos y mantener las nuevas costumbres de camaradería entre los combatientes.

Sólo traidores veía la "Oposición militar" en esos oficiales. A sus ojos, resultaba un crimen confiarles funciones de comando parcial. La oposición se inclinaba al método de la guerra de guerrillas. La República poseía un territorio con fronteras móviles; por momentos se contraía hasta no exceder los límites del gran ducado de Moscú, la capital en el centro. Trotzky veía en esa situación una ventaja considerable, porque permitía utilizar contra el enemigo una red ferroviaria y caminera bien centralizada. De ese modo, el Ejército Rojo podía concentrar fuerzas según su voluntad, y golpear como mejor conviniera. Para ello, se requería la centralización del comando y de los recursos. La oposición defendía la autonomía local de los ejércitos, y antes que nada la suya propia, porque sólo disponía de un ejército, el del Volga, que defendía Zaritsin (Stalingrado). El jefe de ese ejército era Vorochilov, ex tornero de Lugansk; Stalin, miembro del Comité central, participaba en la defensa de Zaritsin y en las intrigas del grupo.

Zaritsin resistía al ejército cosaco del general Krasnov, a quien ya conocemos por haberlo visto derrotado ante Petrogrado y puesto en libertad bajo compromiso de honor de no tomar más las armas contra la revolución. Hubo momentos en que 100.000 hombres estuvieron bajo su mando¹. Zaritsin se

¹ El general atamán Krasnov se refugió en el extranjero después de derrotada la contrarrevolución. Durante la segunda guerra mundial, colaboró con los nazis en la formación de tropas rusas. A la edad de 88 años fué ahorcado en la U. R. S. S.

defendió valerosamente, con excesivo derroche de medios, sin colaborar con los otros frentes, sin ejecutar las órdenes del Consejo superior de guerra. El conflicto se agravó hasta tal punto, que Trotzky hubo de hacerse presente, para encontrar una situación llena de peligros y un inmenso desorden. Al ser citado, Stalin afectó mucha humildad y expresó la buena voluntad de sus amigos. Trotzky amenazó a Vorochilov con el arresto inmediato; Vorochilov se sometió, pero los incidentes continuaron. Lenin intervino repetidas veces en calidad de pacificador: profesaba a Stalin estima. ¿Apreciaba en él al hombre práctico, al no intelectual duro y tenaz? Sea lo que fuere, aun cuando ratificaban su confianza en Trotzky, el Buró político y el gobierno no tomaban contra Stalin sino sanciones moderadas. Olvidase a menudo que mientras tanto, la importante posición de Zaritsin, que ligaba Rusia con el Cáucaso y Asia a través de la vía fluvial del Volga, fué abandonada: los blancos se apoderaron de ella a fines de junio de 1919, y la mantuvieron durante muchos meses.

Stalin aprovechó ciertas derrotas del Ejército Rojo para proponer ante el Buró político la revocación en masa de los oficiales de carrera, a quienes —¡ya entonces!— en su manía de sospechas, consideraba traidores, al menos potenciales. Lenin transmitió esa sugestión a Trotzky. "¡Chiquilindas!", respondió. "¿Sabe usted cuántos oficiales sirven en nuestro Ejército?". "No". "Treinta mil, término medio... Y por cada traidor, tenemos un centenar de hombres dignos de confianza. Por cada desertor, contamos con dos o tres especialistas que se harán matar. ¿Cómo reemplazarlos a todos?". Con esto concluyó la política de sospechas.

Los incidentes no cesaban, sin embargo. Vorochilov y sus amigos pidieron formar en el Sur un grupo de ejércitos independiente; monopolizaban los aprovisionamientos; Stalin elevaba al Comité Central un memorándum en el que denunciaba la "dirección de la guerra". Irritado, Trotzky ofreció su dimisión. El Comité Central la rechazó el 5 de julio de 1919, y le renovó su plena confianza y los más amplios poderes; esta decisión fué también firmada por Stalin, juntamente con los demás miembros presentes...¹

¹ No carece de interés enumerar aquí las firmas que rubrican esta decisión definitiva del Comité Central sobre la dirección de la guerra civil: Lenin, Kamenev, Krestninsky, Serebriakov, Stalin, Stassova. Kamenev, Krestninsky y Serebriakov están entre los fusilados de 1937. Ignoramos la suerte de Helena Stassova.

Durante estos debates, Lenin dió a Trotzky la mayor prueba de confianza que le era posible dar. La ejecución del comandante, del comisario y de cierto número de soldados del regimiento que había abandonado sus posiciones durante la batalla de Sviajsk, e intentado embarcar, continuaba suscitando comentarios indignados sobre "los rigores de Trotzky". Durante una sesión del Buró político, Lenin tendió a Trotzky una hoja de papel en la que decía: "Le daré de éstas cuantas necesite". En una hoja en blanco, Lenin había escrito y firmado lo siguiente:

"Conocedor del carácter riguroso de las órdenes del camarada Trotzky, estoy convencido, tan absolutamente convencido de su justeza, de la oportunidad y necesidad que para el éxito de nuestra causa reviste la orden dada por el camarada Trotzky, que la refrendo sin reservas. V. Ulianov-Lenin."

El grupo Stalin-Vorochilov se inclinó de mala gana ante las decisiones del partido y del gobierno, pero sin desarmarse. Veremos a ese grupo desempeñar un papel imprevisto y desastroso en la campaña del año 20, en Polonia. Stalin no podía soñar con rivalizar con Lenin, diez años mayor que él, fundador del partido, dirigente incontestado por su capacidad, su integridad, su pasado, los vínculos afectuosos que lo rodeaban. Pero lo ofuscaba el prestigio de Trotzky, exactamente de la misma edad que él, recién venido al Partido Bolchevique, orador, tribuno, escritor, político, militar, tanto más cuanto que ambas personalidades contrastaban violentamente. Uno era el ideólogo formado en Occidente tanto como en Rusia, hombre de masas antes que de comités, capaz como orador, como publicista, como elemento de acción. El otro, casi desconocido fuera de los círculos dirigentes del Partido, desprovisto de medios de expresión y de seducción personal, había pasado su vida en los comités, ocupado en oscuros trabajos, y no había adquirido notoriedad alguna, ni durante la revolución de 1905, ni durante la de 1917. Sólo a Lenin debía Stalin su situación en el Comité Central y en el gobierno. Sin lugar a dudas, desde 1918 lo devoraba una ambición amarga y celosa.

X

El Estado Mayor elaboraba sus planes de operaciones; el Consejo Revolucionario de guerra los discutía y decidía. En esas deliberaciones la voz del presidente tenía indudable peso, pero jamás Trotzky hizo valer la autoridad para imponer su particular criterio. Cuando se trataba de la estrategia general, es decir, del empleo de las fuerzas totales del país, se pronun-

ciaba el Comité Central del Partido. Hubo disensiones sobre el modo de conducir la guerra, y ocurrió a veces que Trotzky quedaba en minoría. Los resultados le daban la razón o lo desmentían, sin que a nadie se le ocurriera echarle en cara lo segundo ni felicitarlo por lo primero. Tal era el proceso normal del trabajo.

Hacia el verano de 1919, la situación se hizo extremadamente crítica. Desde el extranjero, parecía que la República de los Soviets estaba condenada a perecer rápidamente. El hambre hundía a las ciudades en lenta agonía. Las epidemias de tifoidea y de tifus se extendían por todo el país; aquí y allá estallaba el cólera. El bloqueo decretado por Francia e Inglaterra impedía todo contacto con el exterior: ni una carta, ni un periódico, ni una caja de medicamentos llegaban desde afuera. Los japoneses intervenían en el Extremo Oriente; los checoslovacos se escalonaban sobre las vías férreas, entre el Ural y Vladivostok; los británicos ocupaban Arcángel; los finlandeses incursionaban en Carelia; un cuerpo alemán guerrilleaba en los Países Bálticos; rumanos y franceses ocupaban Odesa, para abandonarla luego. Los ejércitos blancos de la contrarrevolución, alentados y aprovisionados por las grandes potencias, cercaban al país rojo: al Norte, apoyado por los británicos, el general Miller; en la frontera con Estonia, atacando Petrogrado, el general Yudenitch; al Oeste, las bandas blancas y una Polonia hostil; al Sur, el numeroso ejército voluntario del general Denikin; al Este, ocupando el Ural y la Siberia, el almirante Koltchak, "Gobierno Supremo" de Rusia... Enumeración esquemática.

El almirante Koltchak y el general Denikin reunían las fuerzas más numerosas. En el seno de la contrarrevolución se había consumado la derrota de la democracia; los socialistas revolucionarios sólo habían servido para introducir a los jefes militares monárquicos; es decir, a la reacción más decidida. El año precedente, en setiembre de 1918, una Conferencia de Constituyentes, en su mayoría liberal, reunida en Oufa, había elegido a un Directorio de cinco personas, que comprendía a los líderes socialistas revolucionarios Avksentiev, Argounov y Zenzinov (los dos últimos a título de suplentes). Estos liberales confiaron el comando del ejército al almirante Koltchak, que prestó el juramento requerido, efectuó su pequeño cuartelazo acompañado de algunos asesinatos, exiló a los directores, e impuso sobre la población un terror atroz. Ahora, convenientemente concluida la experiencia de la democracia liberal, amenazaba Moscú.

El Ejército Rojo le infligió numerosas derrotas. A princi-

pios de 1919 el problema estaba planteado de si correspondía perseguirlo más allá de los montes Urales para acabar con él en Siberia. ¿Era ello posible? ¿O habría que darle un respiro, permitirle tal vez reacomodar sus fuerzas para emprender una vasta acción contra Denikin, en el frente Sur? Trotzky sostenía esta última tesis, pero quedó en minoría en el Comité Central; los esfuerzos del Ejército Rojo se concentraron sobre Koltchak, para aniquilarlo. Surgieron otras divergencias relacionadas con el frente Sur, y también allí fué Trotzky puesto en minoría temporal; atacóse el territorio cosaco sin obtener éxitos decisivos, pero facilitando en cambio la ofensiva de Denikin contra Kursk, Orel, Tula... Ante semejante desastre, hubo que retomar el proyecto de Trotzky.

Mientras tanto, antes de que Koltchak fuera deshecho, cuando el Ejército de voluntarios blancos invadía Rusia central, el VII ejército ruso, famélico y extenuado, se hundió bajo los embates de Yudenitch, quien en octubre de 1919 ubicó sus vanguardias a las puertas de Petrogrado. Zinoviev, presidente del Soviet de la ciudad, ganado por el pánico, estaba a favor de la evacuación. Lenin también. ¿Por qué malgastar las fuerzas en una batalla perdida de antemano? Parecía inminente una ofensiva filandesa desde el Norte, dirigida contra Petrogrado. Una escuadra inglesa cruzaba el golfo en Finlandia... (La evacuación de la segunda capital era, por lo demás, absolutamente imposible; sólo podía abandonársela al terror blanco). Trotzky sostuvo que la victoria era posible; hizo prevalecer el optimismo, dirigióse con su tren a Petrogrado, y restableció en pocos días el espíritu de resistencia, de resistencia hasta el fin. Para resistir desde adentro, la ciudad se cubrió de barricadas defendidas por la artillería. Llegaron buenos regimientos del frente polaco. En el palacio de Taurida, en el hemiciclo de blancas columnas de las jornadas de 1917, Trotzky escandía sus períodos, hablando a los proletarios en armas, al Soviet y a la guarnición. Lanzaba a Finlandia una advertencia precisa: "No es más largo el camino de Petrogrado a Helsingfors que de Helsingfors a Petrogrado". Anunciaba la llegada de la caballería bashkir. Demostraba que si los blancos penetraban en la ciudad, ésta, cortada por canales, fortificada en cada bocacalle, guarnecida de cañones y de trincheras, sería su tumba. Suscitó heroico entusiasmo. A caballo recorría el frente, seguido de un solo escolta; detenía el pánico y conducía a la lucha a columnas fanáticas que lo aclamaban. Los días 23-24 de octubre, a menos de cincuenta kilómetros de Petrogrado, la ofensiva de los blancos se convirtió en derrota. Casi simultáneamente, Denikin era derrotado

antes de alcanzar Tula; Koltchak en el Este, tenía los flancos destrozados. El mayor peligro se trocaba en victoria. Por todos lados los ejércitos rojos, secundados por campesinos insurgentes, acosaban al enemigo. Llegaron a la frontera de Estonia; llegaron al mar Negro; Koltchak, bloqueado por las guerrillas siberianas, abandonado a último momento por sus consejeros aliados, fué tomado prisionero y fusilado en Irkutsk, en 1920.

XI

Poco antes de esos acontecimientos decisivos y aún inesperados, el gobierno de los Soviets había considerado la posibilidad de una paz, aunque fuera desventajosa. El 23 de enero de 1919, por iniciativa del presidente Wilson, la Conferencia de París invitó a todos los gobiernos de hecho existentes sobre el territorio del antiguo Imperio Ruso, a enviar plenipotenciarios a una conferencia general de paz que se celebraría en la Isla de Prinkipo, mar de Mármara, para concluir una paz general que consagrara el desmembramiento de Rusia. La República de los Soviets consintió en ello. La nota de Chicherin a los Aliados y a los Blancos declaraba: "... el gobierno de los Soviets está dispuesto a ceder a las exigencias de la Entente sobre los empréstitos rusos"; está igualmente dispuesto a "acordar concesiones mineras, forestales y de otro tipo... el régimen interior de esas concesiones no podrá afectar al orden económica y social de Rusia Soviética; está igualmente dispuesto a consentir concesiones territoriales..." Trotzky fué designado en principio para presidir la delegación soviética a Prinkipo. Los jefes de la contrarrevolución se sentían todavía demasiado fuertes, demasiado apoyados por las grandes potencias; sabían que Poincaré y Clemenceau eran hostiles a la iniciativa del presidente Wilson; desdénaron negociar.

Parecía que la guerra civil iría a concluir en el año 1920. Los británicos habían evacuado Arcángel y los franceses Odesa. En Siberia se acosaba a las últimas bandas de blancos. Sólo quedaba un pequeño ejército contrarrevolucionario en Crimea, el del barón Wrangel... Nacían grandes esperanzas. El Consejo de Comisarios del Pueblo promulgó la abolición de la pena de muerte (mantenida sin embargo en las zonas de guerra). El partido consideraba próxima la terminación del Estado de Sitio. Una democracia soviética estaba por nacer... Fué entonces cuando el mariscal Pilsudski provocó el aborto, mediante la agresión. Creía a la joven Polonia suficientemente fuerte como para anexarse Ucrania y derribar tal vez al gobierno soviético. Casi al mismo tiempo, Londres y París prodigaban su aliento al barón Wrangel.

La República de los Soviets había reconocido la independencia de Estonia y de Letonia; los tratados de paz habían sido firmados. Se proseguían las negociaciones con Lituania.

La Polonia de Pilsudski había rechazado hasta entonces todos los ofrecimientos de paz hechos por Moscú. El 7 de abril de 1920, el mariscal Pilsudski informó a los ucranianos que los ejércitos polacos avanzaban para "liberarlos"... Al comienzo, todas fueron victorias. Mohilev, Vinnitza, Podolsk, Jitomir, cayeron en su poder; el 6 de mayo, los polacos ocupaban Kiev... Trotzky trabajaba en la preparación de la contraofensiva. Viejos generales como Rusilov y Polivanov le ofrecían sus servicios. A fines de mayo comenzaron los reverses de Pilsudski. Aunque consiguió lentificar el ímpetu de los ejércitos rojos, la ofensiva de Wrangel en el Sud de Ucrania no logró sin embargo detenerlo. En junio y julio, los polacos tuvieron que abandonar una ciudad tras otra y abrir su propia frontera. El "premier" británico, Lloyd George, pidió a Rusia Soviética que no invadiera Polonia; en caso contrario, la flota inglesa comenzaría sus operaciones contra Rusia. En esos momentos, mientras se reunía en Moscú el segundo Congreso de la III Internacional, el Buró Político discutía la dirección de la guerra, y Trotzky estaba en desacuerdo con Lenin. Tujachevsky, acompañado por Smilga, miembro del Comité Central, marcha sobre Varsovia. Trotzky opina que antes de que las fuerzas se agoten es conveniente concluir una paz favorable. Lenin piensa que la ocupación de Varsovia acarreará un levantamiento del proletariado polaco, llevará la revolución a las fronteras de Alemania, y quebrará el tratado de Versalles, en el que ve una fuente de calamidades para Europa. Lenin obtiene mayoría, y se decide la ocupación de Varsovia. Pero en Polonia no se produce ningún movimiento de obreros y campesinos; el patriotismo nacional es más fuerte. Por otra parte, en aquellos críticos días, cuando Tujachevsky llega a las puertas de Varsovia, el primer ejército de Caballería, comandado por Budiény, y el catorce Ejército Rojo, comandado por Vorochilov y Stalin, en lugar de sostener la ofensiva sobre Varsovia, marchan sobre Lvov, lo que permite a Weygan y Pilsudski lanzar una contraofensiva cuyo éxito les resulta inesperado. Parece evidente que Budiény, Borochilov y Stalin, considerando segura la toma de Varsovia, pretendían conquistar en Lvov sus propios laureles. El resultado fué desastroso.

Trotzky volvió del frente de Ucrania meridional, tras haber preparado la gran ofensiva contra Wrangel que debía concluir con la terrible batalla de Perekop y el aniquilamiento del ejército blanco. Su tren se desvió hacia el frente de Polonia.

En el Comité Central surgieron nuevas divergencias. Muchos militantes, Rykov entre ellos, se pronunciaban por un reagrupamiento de fuerzas y una nueva campaña en Polonia. Trotzky y Lenin — este último había reconocido su error —, lograron que se decidiera la inmediata apertura de negociaciones de paz. En octubre, Ioffé, Rykov, Manuilsky, Obolensky, firmaron el Tratado de Riga con los plenipotenciarios polacos, en el que se reconocía a Polonia fronteras un poco más ventajosas que las recomendadas por las potencias de la Entente.

En medio de estos acontecimientos, precísase la fisonomía de Trotzky, organizador y jefe del Ejército Rojo. Jamás desesperó ante las más graves situaciones; sus soluciones tuvieron siempre la energía por sello, el llamado a las masas, la confianza revolucionaria. No se envanece por los éxitos de una campaña brillante. El político predomina en él sobre el militar, y ese político en modo alguno se inclina a la aventura, es decir, a correr grandes riesgos sin haber puesto de su parte el máximo de probabilidades. El internacionalista no desconoce la importancia de las bayonetas; pero su internacionalismo, no es el de las bayonetas.

XII

Ni el ejemplo de la revolución rusa, ni los llamamientos de Brest Litovsk habían resultado vanos. Un año y dos días después de la toma del poder por los Soviets, los marineros de Kiel se negaban a batirse, los soldados de Hindenburg constituían consejos revolucionarios, Alemania entera se cubría de banderas rojas... Fué en seguida visible que la revolución alemana se inspiraba en un modelo diametralmente opuesto a la de los bolcheviques. La poderosa socialdemocracia reformista, que había sostenido la política de guerra de Guillermo II, conservaba su mayoría en el seno de la clase obrera; y empleó esa fuerza para testimoniar lo que ha podido llamarse su "formidable impotencia". Nada tenía más que el verse obligada a aplicar su programa. Quería una revolución que moderara la lucha de clases. Desde un principio, procuró frenar las corrientes populares; dejó que los Consejos obreros (Soviets) alemanes se debatieran en el vacío y en la ineficacia; llevó en cambio una política de conciliación y colaboración frente a la gran burguesía, a la casta militar y a la magistratura reaccionaria. Opuesta a la minoría revolucionaria del pueblo alemán, conducida por Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, Karl Radek, y George Ledeburg, la socialdemocracia se alió rápidamente a la casta militar. Sábese que el 10 de noviembre de 1918, el líder socialdemócrata Fritz Ebert,

convertido en "regente del Reich", mientras el Kaiser se dirigía a Holanda y Karl Liebknecht proclamaba la República desde los balcones del Palacio Imperial, concertaba un pacto con el Gran Cuartel General, destinado a "establecer rápidamente un gobierno regular apoyado por el Ejército y la Asamblea Nacional...". "Es inconcebible la restauración de la monarquía... Nos aliamos para combatir al bolcheviquismo... Aconsejé al mariscal de campo las mejores medidas para combatir la revolución... Los partidos de derecha se habían desvanecido..."¹.

De esa manera, la socialdemocracia alemana se lanzaba resueltamente por la senda que había conducido a Kerensky al complot de Kornilov, y que en Siberia conducía a que los socialistas revolucionarios sirvieran de puente al poder ultra derechista y monárquico de Koltchak... En enero de 1919, cuando la insurrección espartaquista desencadenada sobre Berlín, el socialdemócrata Noske convocó al "Frei Korps", es decir, a las ligas militares, para luchar contra el proletariado de la capital. Reprimida la insurrección, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, presos, son friamente asesinados por los oficiales... En tales condiciones, la democracia de Weimar no es más que engaño. Sirve para aplacar con embustes a la clase obrera, dando tiempo a las fuerzas reaccionarias para organizarse. Sucédense los asesinatos políticos: La extrema derecha golpea sistemáticamente la cabeza del liberalismo alemán, y siempre que la ocasión se lo permite, masacra a los militantes revolucionarios. Es una historia larga y trágica, demasiado olvidada, creemos. Noske actúa aquí como predecesor de Hitler: sin el uno, no hubiera sido posible el otro. Hay que recordar bien estos hechos para comprender la actitud de la Revolución Rusa y de la Internacional Comunista en sus comienzos.

El 3 de octubre de 1918, antes de la caída del Imperio Alemán, Lenin, que veía venir el acontecimiento, escribía al Comité Ejecutivo de los Soviets que "el proletariado ruso debe poner en tensión todas sus fuerzas para acudir en ayuda de los obreros alemanes... Hay que crear una reserva de trigo para los obreros alemanes, hay que apresurar la formación de un poderoso Ejército Rojo...". Trotzky decía: "La historia se realiza no tal vez según nuestros deseos, pero conforme a una curva que nosotros habíamos trazado... Los cañones de 420

¹ Citado por Franz Neuman en "Behemoth, The structure and practice of National socialism", New York, Oxford University Press, 1942 (según los documentos alemanes).

dictaron al universo la voluntad de Alemania... Y he aquí que la historia, tras haber elevado al imperialismo alemán a tal altura, tras haber hipnotizado a las masas, vertiginosamente lo arrastra a un abismo de impotencia y humillación como para decirles: "¡Mirad! Está destruido; limpiad pues a Europa, al Universo, de sus escombros...". Demostraba que el bien de Alemania — y el de Europa —, radicaba en la toma del poder por el proletariado socialista. "Si el proletariado alemán intenta tomar la ofensiva, el deber esencial de Rusia Soviética consistirá en extender la lucha revolucionaria ignorando las fronteras nacionales. Rusia de los Soviets no es más que la vanguardia de la revolución alemana y europea... El proletariado alemán y su técnica, por un lado; nuestra Rusia atrasada pero llena de riquezas naturales y de pueblos, por el otro, constituirían un bloque invencible contra el que irán a estrellarse todas las olas del imperialismo."

El año anterior, el Partido Obrero Social-demócrata de Rusia (bolchevique), rechazaba la denominación vergonzosamente desacreditada de "social-demócrata" y reanudando la tradición del Manifiesto Comunista de Karl Marx y Engels, decidía llamarse en lo sucesivo "Partido Comunista". La II Internacional Socialista habíase disgregado el 2 de agosto de 1914, cuando sus partidos, en lugar de presentar a la guerra una oposición conjunta, habían apoyado — los unos contra los otros —, la política de guerra de sus respectivos gobiernos. La revolución rusa reanudó la tradición del internacionalismo, resumida en esta divisa: "Proletarios de todos los países: ¡Uníos!". El 2-6 de marzo de 1919 (al día siguiente de la derrota de los espartaquistas alemanes, de la victoria de Noske, del asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo), el Ier. Congreso Mundial de la III Internacional se reunió en Moscú. Trotzky volvió del frente para asistir a él. El Partido Comunista ruso estaba representado por Lenin, Trotzky, Zinoviev, Bujarin y Chicherin.

En realidad entre los marxistas revolucionarios y los marxistas reformistas se había consumado mucho tiempo atrás; la sangre vertida en las calles de Berlín por los socialdemócratas aliados al "Frei Korps" monárquico, así lo atestiguaba.

Por recomendación de Lenin, Zinoviev fué elegido presidente del Comité Ejecutivo de la III Internacional. Se trataba de un calificado agitador y vulgarizador, durante muchos años colaborador de Lenin. Durante 1919-1923, Trotzky destinó abundante trabajo a la Internacional Comunista. Redactó los Manifiestos de los Cuatro Primeros Congresos, participó en

la redacción de los estatutos, de las veintiuna condiciones de admisión y en la labor de las comisiones. Los congresos se celebraban en el Gran Palacio del Kremlin. A partir de 1920, la III Internacional gana numerosas simpatías en el mundo entero: los partidos socialistas francés e italiano le prestan en principio su adhesión; los sindicatos de Estados Unidos; la Confederación Nacional del Trabajo de España, el Partido Obrero Noruego, envían, entre otros, sus delegados... Los hay que llegan de China, de Corea, de India... En Alemania, el grupo espartaquista se transforma en Partido Comunista, al cual adhieren numerosos socialdemócratas independientes. Trotzky es partidario del rigor ideológico y de la ruptura categórica con las tradiciones del reformismo, es decir, del socialismo aburguesado. Si queremos ubicar la idea matriz en la cual se inspira, veremos que es la de la formación del partido proletario, marxista, disciplinado en la acción, integrado en una vívida solidaridad internacional, entregado por completo a la lucha por el socialismo. "La guerra, constatará en 1924, no ha traído la victoria del proletariado en Europa Occidental. Muy bien se ve lo que en 1919 y en 1920 faltaba para la victoria: un partido revolucionario". Concibe el partido como el instrumento consciente de la historia, partero de los acontecimientos. El partido debe estar constituido por hombres valientes, voluntariosos, animados por un pensamiento colectivamente elaborado, ajenos al fatalismo, al dejar pasar, a la inercia del menor esfuerzo, a las aspiraciones de la carrera personal; debe identificarse con los intereses superiores, es decir, internacionales, de la clase obrera. La idea de que los partidos comunistas puedan transformarse un día en organizaciones burocratizadas, cohibidas por los servicios secretos, incapaces de pensamiento crítico, pero capaces, por el contrario, de secundar con ciego fanatismo y corrupción una amplia variedad de crímenes, no podía entrar en ninguna cabeza, en aquellos tiempos de entusiasmo.

Trotzky se interesó más particularmente por los problemas del socialismo francés e alemán. Discutió por carta con su viejo amigo, el sindicalista francés Pedro Monatte; con el preceptor Fernan Loriot; rompió con Jean Longuet, en términos de vigorosa polémica; hizo expulsar a Ernest Lafont de Moscú, quien en el curso de su viaje había visitado a los socialistas polacos ligados a la política de Pilsudski. Reprochaba sus costumbres parlamentarias a Marcel Cachin y a L. O. Frossard. En 1921, en el III Congreso de la Internacional Comunista, apoyó a Lenin, que denunciaba los errores de la táctica insurreccional de Alemania; la iniciativa de las minorías no puede

provocar más que derrotas; hay que conquistar a las masas con la propaganda, la persuasión, la lucha cotidiana por sus reivindicaciones inmediatas.

XIII

No entraba dentro de las intenciones de los dirigentes de la revolución, el proceder a la nacionalización inmediata y total de la producción. Al tomar el poder, se limitaron a establecer el control obrero de la producción y de los bancos. Son los comunistas de izquierda quienes exigen la socialización inmediata: es la guerra civil la que la impone. Los patronos desertan de sus fábricas, las cierran o amortiguan su actividad; los comités obreros intervienen para hacerlas marchar o intentar hacerlas marchar. La propiedad sirve para financiar la guerra social. El primero de mayo de 1918, seis meses después de la insurrección de octubre de 1917, aparece un decreto aboliendo la herencia. Dos meses más tarde, el 30 de junio, un decreto nacionaliza las grandes industrias. El 24 de agosto queda abolida la propiedad privada sobre los inmuebles de las ciudades. Por la fuerza de las cosas, en plena lucha, la desposesión de las clases poseedoras se impone como el único medio de vencerlas. Los comunistas de izquierda, en adelante satisfechos, se reconcilian con la política de Lenin.

No era cuestión de tocar la propiedad campesina. Pero la influyente minoría de los campesinos ricos, generalmente reaccionaria, constituía una burguesía más enérgica, más numerosa, más temible que la de las ciudades. En las aldeas, el poder revolucionario instituyó la casi-dictadura de los Comités de campesinos pobres. La desorganización de la industria y de los transportes producida por la guerra civil, la inflación comenzada bajo el régimen anterior, sometieron a las ciudades a la dependencia del mercado negro campesino. Muebles, vestimentas, utensilios, objetos de arte incluso, la campaña absorbía el patrimonio total de los habitantes de las ciudades, a quienes mediocremente alimentaba con papas y trigo... Hubo que asegurar con requisiciones el aprovisionamiento del ejército y del gobierno; el rigor del racionamiento fué terrible. Aunque oscilando entre los blancos y los rojos, los campesinos concluyeron, tras costosas vacilaciones e innumerables Vendéas locales, por apoyar a los rojos de manera unánime y permanentemente; este gran acontecimiento social es el que aseguró la victoria final de los Soviets sobre la contrarrevolución. ¿Conquistada la victoria, ¿era aún viable el "comunismo de guerra", fundado sobre las requisiciones y las nacionalizaciones apresuradas? En líneas generales, la producción global del

país ha caído en 1920, a un cuarto de lo que era en 1913. El nivel de la metalurgia y de la extracción de carbón es todavía más bajo. A fines de 1919, el sesenta por ciento de las locomotoras necesitaban ser reparadas.

En esos momentos Trotzky dirigía la reorganización económica de la región del Ural. Un telegrama de Lenin lo invitó a encargarse de los transportes, cuyo funcionamiento consiguió mejorar, pese a que los técnicos consideraban imposible el éxito... El Ejército Rojo y los viajes del tren militar lo ponían en directo contacto con los campesinos. De esa manera pudo hacerse cargo del peligro. En febrero de 1920, un año antes de que, en presencia de una catástrofe inminente, Lenin propusiera la "nueva política económica", Trotzky invitaba al Comité Central a sustituir las requisiciones de productos agrícolas por un impuesto en especie, calculado de manera de dejar a los cultivadores un margen de beneficio que los interesara en la extensión de los cultivos. El aprovisionamiento de los rurales con equipos de industria, sería proporcional a la cantidad de granos entregada al Estado. Parece seguro que, de ser aplicadas, esas medidas hubieran evitado a Rusia la dolorosa crisis de la primavera de 1921, señalada por la revuelta de Cronstadt. El Comité Central rechazó la proposición de Trotzky por once votos contra cuatro.

Durante un año, Trotzky acumuló sus funciones de presidente del Consejo Revolucionario de Guerra, Comisario del Pueblo en el Ejército y la Marina, y dictador de hecho en materia de transportes. El ingeniero Lomonossov decía a Lenin, mientras le señalaba "un punto matemático del año 1920": Aquí sobreviene la muerte... "¿Y qué hay que hacer?", preguntó Lenin. Lomonossov replicó: "Ni aún los bolcheviques sabrían hacer milagros". "Trataremos", concluyó Lenin (Trotzky, "Mi Vida"). En 1920, durante la agresión polaca, los transportes fueron salvados de la parálisis. Con incansantes llamados a su conciencia, y empleando una disciplina rigurosa, Trotzky había exigido a los trabajadores esfuerzos perseverantes y hasta heroicos, posibilitados por la mejora del aprovisionamiento y la coordinación de los servicios.

Simultáneamente, las victorias planteaban el problema de la desmovilización del Ejército Rojo. ¿Era posible enviar a sus hogares a los jóvenes soldados trabajadores, sin asegurarles el pan cotidiano, la posibilidad de trabajo? Todo faltaba. Por otra parte, ¿correspondía desmovilizar antes de que la paz estuviera asegurada? Trotzky propuso una solución intermedia: la transformación del 1er. Ejército Rojo, el del Ural, que

acababa de batir al almirante Koltchak, en Primer Ejército de Trabajo. Se decidió a hacer la experiencia: Un Estado Mayor integrado por representantes de los comisariados de la producción, de la agricultura y del aprovisionamiento, bajo la presidencia de Trotzky, empleó las tropas en el trabajo de los bosques, de las minas, de los campos, de las vías férreas y de los caminos. Otros ejércitos fueron igualmente transformados en ejércitos de trabajo, y sólo quedaron licenciados en 1921.

1920 fué también el año de las ardientes discusiones en el partido sobre la función de los sindicatos soviéticos. Trotzky sostuvo la tesis de la integración de los sindicatos en el Estado Obrero, y de que en adelante su papel consistiría en participar en la gestión de la producción y de los transportes. Lenin y Zinoviev se oponían a este punto de vista, preconizando cierta autonomía de los sindicatos, "escuelas de comunismo" y órganos de defensa de los intereses inmediatos de los trabajadores. Era reconocer de manera implícita que el Estado Soviético y el Partido constituían insuficiente escuela para los trabajadores, y no garantían del todo sus derechos cotidianos. "Tenemos un Estado obrero, respondía Lenin, pero un Estado obrero y campesino, grávido de deformaciones burocráticas". Si Trotzky equivocó su posición en el debate, ello se debió a exceso de optimismo revolucionario. La Oposición Obrera, dirigida por Chliapnikov, Medvedev, Alexandra Kollontai, denunciaba vigorosamente las "deformaciones burocráticas", y subrayaba las penosas condiciones a que el proletariado estaba sometido: doblegado por la pobreza, próximo muchas veces al hambre, víctima de las epidemias, de las movilizaciones — que le quitaban sus mejores elementos —, de la desorganización de las industrias y de la frecuente incapacidad de los cuadros medios e inferiores del nuevo Estado...

Los primeros meses del año 1921 presencian numerosos acontecimientos que expresan de maneras diversas el reflujo de la gran marea revolucionaria...

Ellos son: 1. La soviétización de Georgia. 2. La revuelta de Cronstadt. 3. El fracaso de la tentativa insurreccional de los comunistas berlineses, seguido de un cambio de táctica de la III Internacional.

Hasta el establecimiento del régimen de los Soviets, los socialdemócratas georgianos — que desempeñaban un papel muy importante en el movimiento obrero ruso, y cuyos líderes Chjeidzé y Tseretelli habían figurado en 1917 entre los dirigentes de la democracia rusa — se habían pronunciado por la indivisibilidad de Rusia, es decir, por el establecimiento de estrechas relaciones federativas entre su país y la gran repú-

blica rusa. Pero no bien se produjo el advenimiento del bolcheviquismo, habían proclamado la independencia de Georgia, independencia inmediatamente consagrada por un tratado de paz firmado con la República Socialista Federativa de Rusia. Los mencheviques georgianos gozaban de auténtica popularidad en su país; esforzábanse por gobernar democráticamente, por más que reprimían, a veces con dureza, la agitación probolchevique. Buscaron el apoyo de las potencias occidentales. Había un embajador bolchevique destacado en Tiflis: Kirov. El 7 de febrero de 1921, el gobierno de Moscú hubo de enfrentarse con un hecho consumado: el II Ejército Rojo había entrado en Georgia sin encontrar casi resistencia. Ni Lenin, ni Trotzky, ni el comandante en Jefe del Ejército Rojo, Sergio Kamenev, ni el Comité Central, habían dado ninguna orden; sólo les quedaba reconocer el hecho consumado. Trotzky no veía ningún peligro de parte de Georgia; pensaba como Lenin que ese país no podía separarse de Rusia sin caer bajo la influencia o la dominación de otra potencia, y que en un porvenir más o menos próximo su soviétización era inevitable; pero la esperaba de las masas georgianas y no de la conquista militar. Ordjonikidze y Stalin, georgianos ambos, habían decidido de otro modo. Su victoria, tan fácilmente conseguida, desmoronaba toda la política de la revolución en lo referente a las nacionalidades; y abría para Georgia, un período de sangrientas guerras civiles. Es con motivo de la cuestión georgiana que Lenin rompe con Stalin.

El 19 de marzo de 1921, los marinos y los obreros de Cronstadt se insurreccionaban exigiendo la libre reelección de los soviets, la legalización de los partidos soviéticos, la libertad del aprovisionamiento individual y del pequeño comercio, la liberación de los prisioneros políticos. El movimiento estaba inspirado por los anarquistas y los socialistas revolucionarios de izquierda. Los oficiales ofrecían sus servicios. Los socialistas revolucionarios de derecha llegaban de Talli y de Finlandia. La prensa extranjera anunciaba una era de disturbios para Rusia. Cronstadt disponía de fuerzas considerables: la fortaleza, el arsenal, la flota del Báltico, y amenazaba directamente a Petrogrado, donde el hambre ocasionaba huelgas...

Encargado por el Comité Central de contener un movimiento cuya amplitud constituía una amenaza para el régimen soviético, Trotzky se trasladó a Petrogrado donde permaneció varios días estudiando la situación. Sordos los insurgentes a la rendición intimada, la ejecución de las medidas necesarias quedó en manos de Tujachevsky. El primer asalto, intentado sobre los hielos del golfo de Finlandia, fué rechazado con

pérdidas. El 18 de marzo, Cronstadt cayó combatiendo. Muchos de sus defensores se refugiaron en Finlandia.

Este drama fué objeto de vivas controversias, y en numerosas oportunidades Trotzky tuvo que referirse a sus raíces profundas. El desgaste de las masas revolucionarias asumía carácter peligroso. Cronstadt no era ya el foco de pasiones y de ideas de 1817-1918. Obreros y marinos, los más abnegados, lo habían abandonado, dispersándose por toda Rusia hacia puestos de combate o de responsabilidad. Había hombres de Cronstadt en el Transcaspio, en Vladivostok, sobre todos los frentes; quienes quedaban en la fortaleza y en la flota, salvo pocas excepciones, no se encontraban entre los más avanzados... Por otra parte, movimientos semejantes se producían en otros lugares, provocados por el descontento y la fatiga de las masas, especialmente las campesinas, frente a las privaciones de la guerra. Disturbios sobre el Volga, incursiones de bandas en Ucrania, guerrillas anarquistas de Majno.

Al sur de Moscú, un ejército campesino comandado por el socialista revolucionario Antonov, fuerte de cincuenta mil hombres, asolaba la región de Tambov, masacrando comunistas en nombre de la Constituyente. La consigna de Cronstadt, "Elecciones libres en los Soviets", transformábase sobre el terreno en la de "Soviets sin comunistas". Si Cronstadt no caía antes del deshielo, la flota insurgente podría entrar en Petrogrado. ¿Qué cuadros, qué formaciones políticas se ofrecían para renovar la revolución? Un puñado de anarquistas, algunos socialistas — revolucionarios de izquierda, anarquizantes — y tras ellos, inevitablemente, desbordando la débil minoría de socialdemócratas mencheviques, los partidos, los emigrados, los generales de la contrarrevolución. Al provocar la caída de la dictadura del proletariado, Cronstadt y los movimientos campesinos abrían las puertas a la reacción, al terror blanco, a quién sabe qué porvenir. Las lecciones de los últimos años estaban frescas y dolorosas en la memoria de los bolcheviques. Allí donde la revolución proletaria sufría derrota, en Finlandia, en Baviera, en Hungría, y por un momento, en Ucrania, sobre el Volga, en el Don, en Bakú, en Siberia, los elementos democráticos eran fácilmente desbordados, y la reacción más implacable se levantaba por el terror, sobre la sangre de los pobres. Tal había ocurrido con el general Mannerheim en Finlandia, con el general Hoffmann en Munich, con el almirante Horthy en Hungría, con el almirante Koltchak en Siberia, con el barón Wrangel en Crimea... Debilitarse era perecer.

Mientras el cañón tronaba sobre el golfo de Finlandia,

reuníase el X Congreso del Partido. Condenaba como "anarcosindicalista" a la Oposición Obrera, y la amenazaba con la exclusión... (Pero no se producían arrestos, por más que las polémicas eran extremadamente vivas; la sola idea de arrestar a militantes del partido en razón de sus actitudes políticas, hubiera parecido monstruosa en aquella época.) Lenin hizo adoptar la "nueva política económica", destinada a pacificar a las aldeas: impuestos en especie, libertad de comercio, concesiones a los capitalistas extranjeros bajo condiciones bien determinadas, libertad de la pequeña empresa privada. Desde el primer momento Trotzky se manifestó partidario de esta reforma, que un año atrás se había adelantado a proponer. La pacificación del país fué rápida, aunque hubo que movilizar importantes fuerzas para destruir las bandas de Antonov en las tierras negras de Tambov; y proseguir hasta el otoño la lucha que en Ucrania venía entablando el Ejército Rojo contra el pequeño "ejército de campesinos insurgentes" del anarquista Majno. Este se había batido contra los alemanes, contra los blancos, contra los rojos. Había colaborado con el ejército rojo en la derrota de los generales Denikin y Wrangel. Trotzky había aprobado el pacto concluido entre el Ejército del Sud y Majno, "con la condición de que fuera lealmente observado". En sus conversaciones con Lenin se había hablado de ofrecer a los anarquistas ucranianos una especie de autonomía territorial. Como era de esperar, el pacto no fué lealmente observado. El odio recíproco era demasiado grande. Frunze, Gussev y Bela Kun comandaban las operaciones en esa zona.

A fines de 1921, una nueva calamidad dobló el país. La gran sequía, causa principal del hambre espantosa en las fértiles regiones del Volga.

A principios de 1922, la Nueva Política Económica de reconciliación con las masas campesinas comenzó a dar sus frutos. Cesó la lucha en todas partes, salvo en el extremo Oriente y en algunos rincones perdidos del Asia central.

Nada quedaba del antiguo régimen: autocracia imperial, casta, nobleza, funcionarios, administración, todo había sido barrido; y con ello, también desaparecía el feudalismo de los propietarios terratenientes, el capitalismo ruso, y el capitalismo extranjero, cuyo sólido dominio y enraizamiento conferían antaño a Rusia un carácter semicolonial.

Los primeros indicios del despertar de la agricultura se manifestaron en las regiones no afectadas por la sequía. La parálisis de la industria, del artesanado, de los transportes, deja lugar al renacimiento de la actividad, débil todavía, pero a menudo optimista. Conciértase la paz con Polonia y los países

Bálticos; numerosos Estados reconocen a la República Federativa de los Soviets de Rusia; Gran Bretaña, sin reconocerla, recibe a sus representantes diplomáticos. En el mundo obrero y socialista, aún entre los hombres más hostiles al bolchevismo, manifiéstase un deseo de reconciliación. Se inician negociaciones entre la Internacional Obrera Socialista, otra Internacional menos importante, constituida por agrupaciones de izquierda, y la III Internacional comunista. La Federación Sindical Internacional de Amsterdam, que reúne a casi todas las organizaciones obreras del mundo, incita a los trabajadores a defender a Rusia, porque "la derrota del gobierno soviético daría la señal para la ofensiva que la contrarrevolución proyecta desencadenar... La reacción, que con tanta arrogancia se manifiesta en Alemania y sobre todo en Baviera, y que impone a la clase obrera de España, de Rumania, de Hungría y de Yugoslavia regímenes de sangrienta violencia, triunfará si los enemigos reconocidos o encubiertos de la revolución rusa consiguieran derrocar el poder soviético y sustituirlo por un gobierno contrarrevolucionario patrocinado por el capitalismo europeo-occidental y por los gobiernos burgueses...". Así hablan las Trade-unions moderadas.

El partido bolchevique está en plena fermentación. Oposición Obrera, tendencia del Centralismo Democrático, grupo de la Verdad Obrera, se agitan, acusan a la burocracia naciente, y hasta denuncian el estado de sitio y la disciplina compulsiva... En realidad, los dirigentes del Comité Central comparten estas preocupaciones. Un partido revolucionario en tiempos de revolución, aumenta rápidamente por el aflujo de aventureros, carreristas y elementos inestables. Son ellos los que en proporción mucho más considerable que los verdaderos militantes, multiplican los abusos, los excesos y hasta los crímenes. Contra ellos se dirige la gran depuración del partido. Sobre seiscientos cincuenta y ocho mil ciento treinta y nueve miembros, quedan excluidos ciento cincuenta y nueve mil trescientos cuarenta y cinco. Otros, descontentos, se retiran. La exclusión constituye un deshonor, y trae aparejada la pérdida de las funciones llamadas "responsables", es decir, aquellas que implican un ejercicio de autoridad. Si no la motiva crimen o delito, no acarrea ninguna otra consecuencia. Los excluidos pueden trabajar en lo que quieran, y no sufren molestias de ninguna clase. En numerosos casos, cuando se trata de obreros calificados y de intelectuales, ganan más que antes, porque sus salarios no están ya limitados por los topes asignados a los miembros del partido, ciento sesenta y cinco o doscientos veinticinco rublos, cifra verdaderamente reducida.

Se objeta frecuentemente las medidas disciplinarias tomadas en el seno del Partido contra quienes se permiten criticar al Comité Central; tales medidas se reducen a enviar a los descontentos fuera de la capital, a veces a regiones alejadas; pero en todos los casos se los destina a puestos de confianza.

En estos momentos, la repartición de las funciones en el poder es la siguiente: Lenin, por su autoridad intelectual y moral, es el jefe reconocido del partido y del gobierno. Trotzky se ocupa del ejército, de la flota, de los transportes, de los problemas económicos y hasta de la propaganda antirreligiosa; Zinoviev preside el Soviet de Petrogrado; Kamenev, el de Moscú; Rykov dirige el Consejo Superior de Economía; Bujarin, la prensa; Chicherin, la diplomacia; Rakovsky gobierna Ucrania; Ivan Smirnov se consagra a los problemas de Siberia; Stalin acumula dos comisariatos, el de la Inspección obrera y campesina y el de las nacionalidades. Es allí donde se producirán los conflictos más significativos. Krassin conduce negociaciones económicas con el extranjero. Lunatcharsky actúa en Instrucción Pública; Serebriakov, Derjinsky, Preobrajensky, Sokolnikov, Smilga, Piatakov, Ioffe, completan el conjunto de figuras de primer plano. La dirección de la Internacional Comunista está confiada a Zinoviev, Karl Radek y Bujarin.

CUARTA PARTE

LA OPOSICION

I

Aunque llenos de confianza y decisión, los discursos y escritos de Lenin de los años 1921 y 1922, trasuntan una inquietud que a veces subraya la amargura. Si unimos los textos a los recuerdos, veremos que Lenin, al igual que numerosos militantes cuyas críticas y proposiciones sin embargo rechaza, adopta una actitud de oposición contra las costumbres y los puntos de vista de buena cantidad de dirigentes del partido, manifiestamente inclinados a la dictadura burocrática. El realismo de Lenin se hace brutal, pues se necesita sacudir a la gente; y al mismo tiempo, porque se siente angustiado. "¡Cuántos errores hemos cometido!" dice y repite; "sería un crimen no darnos cuenta de que hemos pasado los límites...". Y todavía: "Hemos fracasado en nuestra tentativa de construir el socialismo de golpe...". "La dictadura del proletariado significa que nunca hasta hoy se ha encontrado el proletariado en una situación más terrible que la presente...". Debemos "abandonar la construcción inmediata del socialismo, y replegarnos, en numerosos dominios económicos, hacia el capitalismo de Estado...". Somos "incultos", vivimos en "un caos administrativo", bajo "olas de ilegalidad". Lenin fabrica neologismos como el de *kom-chvanstvo*, "com-idiota engreído" o "com-jactancioso", *Kom-vranio* o "comentiroso impudente"; compara a ciertos dirigentes — pronto veremos quiénes son — con los sátrapas mediocres y brutales del antiguo régimen, apelados *dierjimordy* o "fanfarrones malvados"...

Tras las divergencias sobrevenidas entre Lenin y Trotzky sobre la cuestión sindical, sus relaciones habían vuelto a ser excelentes. Ambos abrigaban el sentimiento de haber evitado la catástrofe a principios de 1921, salvaguardando lo esencial de las conquistas de la revolución. Ambos medían lo inmenso del problema de la reconstrucción, de la miseria, de la calidad

de los hombres y de las organizaciones. De común acuerdo deciden la iniciación del sonado proceso contra los socialistas revolucionarios. El "partido campesino" había participado en la guerra civil en nombre de la Constituyente; era responsable de numerosos atentados terroristas, particularmente el que había costado la vida a Volodarsky y el que puso en peligro la de Lenin. Una decena de miembros de su Comité Central, todos viejos revolucionarios, estaban en prisión. Contra ellos habían suministrado los tráfugas una documentación imposible de levantar. Era inevitable que se los condenara a la pena capital. Pero, ¿habría igualmente que aplicarla? Numerosos adversarios menos temibles habían caído durante el terror. Se decidió subordinar la aplicación de la sentencia a la actitud del Partido Socialista Revolucionario. Sólo si el partido reanudaba su actividad terrorista, los condenados serían ejecutados¹.

En el Comité Central, es Lenin quien entabla combate por la modificación del régimen revolucionario en dos puntos esenciales. Desgraciadamente, la salud de Lenin se resiente por el agotamiento. Sólo tiene cincuenta y dos años, pero ya lo golpea una arteriosclerosis prematura y maligna... En mayo de 1922, Trotzky se había recalcado un pié durante una partida de pesca y guardaba cama en su habitación del Kremlin. Bujarin fué a verlo: "¡También usted enfermo!", exclamó al entrar, como trastornado de horror. Y le comunicó que Lenin acababa de sufrir un ataque; Vladimir Iliitch, semi-paralizado, no podía hablar ni caminar. Ocultaron la grave noticia a León Davidovitch durante varios días, "con el fin de no perturbarlo". Bujarin lo estrechó en sus brazos, suplicándole con afecto: "Por favor, no se enferme usted, también... Sólo en dos hombres me espanta la idea de la muerte: en Lenin y en usted". Trotzky recordó las palabras de Lenin: "Morirán los viejos, y los jóvenes capitularán...". "¿cuántos de entre nosotros conocen lo que es Europa, lo que es el movimiento obrero?". Durante veinte meses lucharon el organismo y la voluntad de Lenin. Aquí resumiremos la historia de esa agonía y de ese último combate, porque se integra con la biografía de Trotzky.

¹ La mayoría de los miembros del Comité central del P. S. R., puestos después en libertad bajo vigilancia, recibieron cargos de confianza en las administraciones soviéticas, en calidad de economistas o de técnicos. El jefe intelectual del partido, Abraham Gotz, trabajó durante mucho tiempo, de manera irreprochable, en el Banco del Estado, en las ciudades del Volga. Stalin lo hizo torturar y fusilar en 1937.

En 1922, durante el XI Congreso del partido, Stalin es nombrado secretario general del Comité Central. Lenin no experimentaba todavía ningún síntoma de enfermedad; defiende a Stalin contra las críticas, pero según las notas de León Davidovitch, más bien acepta que desea el nombramiento del georgiano. El nuevo secretario general confiere a su titular una autoridad meramente administrativa. Se trata de un puesto técnico, ejecutivo, subordinado al Comité Central y al Buró político. Lenin, que permanece en su puesto de trabajo, confía en sí mismo para vigilarlo. Pero he aquí que Lenin cae. Sólo a fines de julio comienza a reponerse. Al recobrar el habla y los movimientos, resume sus funciones el 2 de octubre de 1922. En el ínterin, el nuevo secretario general ha viajado a Georgia, donde por propia autoridad, sin ningún miramiento, mete manos en el gobierno y en la dirección del Partido. Defendiendo su autonomía, el Comité Central del Partido en Georgia, apela a Lenin. Budu Mdivani, Okoudjava, Kavtaradzé, aunque ocupan el poder en Tiflis, están indignados por la ingerencia y los malos procedimientos de Stalin. Lenin, que se siente afectado del cerebro, se asombra, y redacta, el 25 de diciembre de 1922, un documento confidencial destinado al Comité Central, en el que clara y prudentemente, plantea el problema de su propia sucesión; más tarde, de manera bastante inexacta, este documento recibirá el nombre de "testamento". En él se expresan meditados juicios sobre sus colaboradores: Zinoviev y Kamenev, susceptibles de aflojar en los momentos decisivos — lo que ya no se les debe reprochar; Bujarin, excesivo en su rigidez doctrinaria, poco "dialéctico"; Piatakov, de capacidad excepcional, demasiado inclinado a los métodos administrativos. Reconoce en Trotzky la personalidad más fuerte, pero también está inclinado al empleo de métodos administrativos. ¿Qué debe entenderse por eso? Sin duda alguna la tendencia a resolver autoritariamente los problemas, mediante la organización. Lenin prevé la posibilidad de una escisión en el partido, como resultado del conflicto entre Trotzky y Stalin. "Las relaciones entre ellos (Trotzky y Stalin), escribe, acarrean, a mi parecer, una buena mitad de los peligros de escisión", y para evitar el peligro, recomienda la ampliación del Comité Central, elevándolo de veintisiete miembros y diez y nueve suplentes, a cincuenta y, aun, a cien militantes; es decir, plantea que se democratice la autoridad suprema. Citemos los textos de Lenin:

"El camarada Stalin, al convertirse en Secretario General, ha concentrado en sus manos un inmenso poder, y no estoy convencido de que siempre lo use con la necesaria prudencia... Por otra parte, el camarada Trotzky... no sólo se distingue

por su más eminente capacidad... Es, sin duda alguna, el hombre más capaz del actual Comité, pero tiene demasiada seguridad y se inclina excesivamente hacia el aspecto puramente administrativo de las cosas... Aunque no se la busque, estas características de los dos jefes más relevantes del actual Comité, pueden llevar a la escisión. Si el Partido no toma medidas que lo prevengan, la escisión se producirá de manera inopinada”.

Subrayemos la importancia de la primera frase: el secretario general “ha concentrado en sus manos un inmenso poder”. Lenin constata el hecho, dejando entender que “el inmenso poder” no ha sido conferido a Stalin por el Comité Central, sino que Stalin mismo se ha apoderado de él. Por aquel entonces, Lenin choca con Stalin a raíz del grave problema de las nacionalidades. El 4 de enero de 1923, añade a su nota un cateórico post-scriptum:

“Stalin es excesivamente brutal, y este defecto, plenamente soportable en las relaciones entre comunistas, se hace intolerable en la función de Secretario General... Invito a los camaradas para que reflexionen sobre el medio de relevar a Stalin de ese puesto, reemplazándolo por un hombre que, en todos sus aspectos, se distinga de Stalin por la superioridad, es decir, que sea más paciente, más leal, más cortés, más atento hacia las camaradas, menos caprichoso, etc...”.

Son los abusos de poder cometidos por Stalin y su equipo en Georgia, los que han decidido súbitamente a Lenin, obligándolo a preconizar en términos circunspectos — porque él sí que no es “brutal” — la revocación del Secretario General. También Dzerjinsky, presidente de la Checa y Ordjonikidze, representante del Comité Central, se han comprometido en Tiflis, al emplear métodos de fuerza. Ordjonikidze, también georgiano, es de temperamento violento y sanguíneo: encarcelado en Schlüsselburg, deportado a Yakutia... durante el antiguo régimen. “¡Hasta qué punto hemos caído!”, exclama Lenin en un mensaje secreto al Comité. Reprocha a Dzerjinsky y a Orjonikidze el haberse convertido en neófito del chauvinismo ruso, el no comprender en absoluto cuáles son las soluciones socialistas del problema nacional, el “atentar contra los intereses de la solidaridad proletaria...”. Pide “un castigo ejemplar” (exclusión del partido durante dos años) para Orjonikidze, y propone “la revisión de la enorme cantidad de sentencias injustas dadas por Dzerjinsky”. Hay “que hacer responsables a Stalin y Dzerjinsky de esta campaña de nacionalismo gran-ruso”. Lenin escribe repetidas veces a Trotzky sobre el mismo tema y lo encarga plantear ante el XII

Congreso del Partido la grave cuestión de las nacionalidades. Envía la siguiente comunicación a los militantes georgianos Budu Mdivani, Majaradze “y otros”: “Sigo apasionadamente vuestro asunto. Me siento sublevado por la brutalidad de Ordjonikidze y por las instigaciones de Stalin. Preparo algunas notas y un discurso...”. Este combate por el derecho de las nacionalidades a disponer de sí mismas, acaba con las últimas fuerzas de quien recibe el cariñoso apelativo de “el viejo”. El 12 de diciembre, sufre una recaída: parálisis en la mano derecha y dificultad para hablar; el 23 de diciembre se siente mejor; el 31 de diciembre escribe su mensaje al Comité Central... Las cartas a Trotzky y el mensaje a los georgianos son posteriores, fechados en marzo de 1923.

Poco tiempo antes de la recaída de Lenin, se produce una conversación significativa entre éste y Trotzky: “Nuestra burocracia es algo monstruoso, dice Lenin. Me he sentido espantado cuando reanudé el trabajo”. La conversación derivó hacia la necesidad de “sacudir” el aparato burocrático. Trotzky estimó necesario combatir no sólo la burocratización del Estado, sino también la del partido, comenzando por el Buró de Organización del Comité Central. “Pues bien, dijo Lenin, me ofrezco a constituir un bloque contra la burocracia en general y contra el Buró de Organización en particular...”. Dicho Buró era uno de los puntos de apoyo de Stalin.

Las nuevas instituciones funcionaban mal, carecían de experiencia, se prestaban a abusos; la Inspección Obrera y Campesina tenía asignada la función de controlar y racionalizar la actividad; pero en realidad, no servía de mucho... A fines de enero de 1923, Lenin le dirigió una crítica dura, aunque de tono mesurado. Pidió su reforma capital, pero aclaró que “el comisario del pueblo puede — y aún debe — conservar su puesto...”. Para la defensa de la democracia interna del partido, Lenin depositaba grandes esperanzas en la Comisión Central de Control, órgano paralelo al Comité Central, pero independiente de este último. El artículo de Lenin, discutido en el Buró político, fué juzgado impublicable por la mayoría, contra la cual León Davidovitch elevó su voz. ¿Habría que censurar a Lenin? ¿Habría que negarse a publicar su escrito? Kuybichev sugirió que se imprimiera un ejemplar único del Pravda con ese artículo, ejemplar que sería enviado al ilustre enfermo... Kamenev apoyó a Trotzky, y el artículo fué publicado porque el Buró político tuvo que reconocer la imposibilidad de ocultárselo al Partido. Algunas semanas más tarde, Lenin insiste al escribir su último artículo (“Preferible menos pero mejor”), en el que encontramos las siguientes líneas: “Son tan tristes las cosas en nuestro aparato estatal, por no decir tan desagra-

dables que...”, y “la Inspección Obrera y Campesina no tiene ni sombra de autoridad. Todo el mundo sabe que no existe peor administración, y que en las actuales circunstancias nada puede esperarse de ella”. El artículo está fechado el 2 de marzo. Lenin hace comunicar a Trotzky que “prepara una bomba contra Stalin”, es decir, un artículo demoleedor concierne al problema georgiano; pero no se debe informar a Kamenev, porque Kamenev hablará de ello con Stalin, y este último “concluirá un compromiso podrido, que luego romperá...”. Ordena reenviar los antecedentes a Trotzky. Dirige a Stalin una carta de ruptura — y el 9 de marzo sube su tercera recaída, el costado derecho paralizado, incapaz de hablar, sin saber ya leer... Lo transportan al pueblo de Gorky.

Sólo raras veces iba Trotzky a visitar a Lenin en su retiro de enfermo. En una de esas ocasiones, regresó profundamente contrariado. Al salir de su residencia, había encontrado el auto lleno de flores. Vió más servilismo que atención en el gesto de los funcionarios que habían cortado todas las flores de un invernadero. Moscú pasaba hambre, vivía en la estrechez; penosamente, reunía Ilitch sus últimas fuerzas... Las flores que no podía rechazar, turbaron a León Davidovitch.

Señalemos aquí un rasgo psicológico de Lenin. Había decidido que Martov, Abramovitch y muchos otros dirigentes mencheviques, fueran deportados a los países occidentales. Continuaba empleando un lenguaje implacable frente a los socialistas de derecha, y no les hacía la más mínima concesión. Enterado de que Martov, débil de salud, soportaba en Berlín grandes penurias económicas, preguntó, en el curso de una conversación en la que León Davidovitch y Stalin se hallaban presentes, si no era posible hacer llegar recursos por vía indirecta. “¡Que reviente!”, comentó Stalin, no por cierto delante de Lenin.

El Secretario General que de esa manera se manifiesta respecto a un adversario socialista vencido en quien hay que reconocer a uno de los fundadores del movimiento obrero ruso, dotado de inteligencia brillante e inflexible probidad, intentará personalmente, en el año 1922, asegurarse una suerte de inmortalidad geográfica. Sus amigos hacen pasar, pese a la sorpresa desaprobadora de la mayor parte de los dirigentes, un decreto que rebautiza Zaristin, “ciudad del Zar”, con el nombre de Stalingrado... Nadie pensó en oponerse a ese gesto de auto-idolatría, cuya importancia era después de todo harto secundaria.

II

La enfermedad de Vladimiro Ilitch plantea el problema de

su sucesión. De manera discreta, Zinoviev, Kamenev y Stálin se han aproximado, y constituyen el “Triunvirato”, tácita o explícitamente ligado por la intención de desplazar del primer plano a Trotzky, el hombre más popular, el más querido dentro del Partido, y de tomar ellos, de manera conjunta, la pesada sucesión... En viaje a Tiflis con directivas de Lenin, Kamenev se entera de que la arterio-esclerosis abate al “Viejo” por tercera vez, y se guarda muy bien de aplicar sus directivas en Georgia... En el XII Congreso del Partido, celebrado en abril de 1923, la cuestión georgiana recibe una aparente solución. Stalin se desautoriza implícitamente y las cosas quedan igual. (El resultado será la sangrienta insurrección georgiana del otoño de 1924; y en lo sucesivo, nunca quedará Georgia completamente sometida). Trotzky, informa sobre la producción industrial, plantea en toda su amplitud el problema económico y político. La industria está tan debilitada que el campesino paga por los artículos manufacturados casi tres veces más que en 1913 (2,75 veces exactamente). Las tijeras entre los precios agrícolas y los precios industriales es peligrosa, porque empuja al campesino contra el Estado soviético, y produce el estancamiento de la agricultura. ¿Qué corresponde hacer? Facilitar el reactivamiento de la agricultura, permitir que los campesinos adquieran cierta prosperidad, simplificar y aligerar impuestos. Reanimar y desarrollar paralelamente la industria, poner fin al caos de los servicios, a los cálculos arbitrarios y falsos, elaborar un plan general... Se han esbozado algunos planes parciales; está en marcha un plan de electrificación; pero la idea de un plan general, a largo plazo, es particularmente nueva y choca con una sorda hostilidad. En el Congreso, León Davidovitch recibe los aplausos acostumbrados; nada le indica todavía que ya comienzan a urdirse contra él oscuras maquinaciones; que en los pequeños círculos se comentan sus errores — los ciertos y los falsos —, que se recuerda el hecho de que no es un “viejo bolchevique”; que se finge el temor de que aspire a algo así como a una dictadura económica.

En realidad, el “triumvirato” Zinoviev-Kamenev-Stalin ya ha comenzado a rodearlo y aislarlo bajo diversos pretextos. Sus amigos y sus viejos camaradas son destinados a puestos de confianza en el exterior. Racovsky, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania a partir de 1919, recibe la embajada en Londres; Kretinsky es embajador en Berlín; Ioffe, embajador en China, en Japón, en Austria; Iureniev, en Italia... Con menos homenajes, apelando a su devoción y disciplina partidarias, los militantes no tan conocidos son separados del Centro. El Secretario General y el Buró de Organización conocen los métodos con que se maneja el personal.

El país sufre inquietud; el partido se agita en la base; numerosas oposiciones fermentan, y todas ellas denuncian la arbitrariedad de los comités y de los burós, el aplastamiento de las opiniones, la miserable condición de los obreros. Las huelgas son numerosas. Está la Oposición obrera de Chliapnikov, Medvedev, Alejandra Kollontai; la tendencia del "centralismo democrático" de Sapronov y Vladimir Smirnov; levántase también la voz de Preobrajensky, autor, junto con Bujarin, de "El ABC del comunismo", traducido a diversos idiomas. Cuarenta y cinco militantes que figuran entre los más influyentes del Partido, dirigen una carta al Comité Central donde se señala la gravedad de la situación económica y de la esclerosis burocrática. La aspiración general empuja a la democratización interna de la dictadura del proletariado. De arriba hacia abajo en la jerarquía gubernamental, los secretarios eligen a sus secretarios; anhélase volver a la designación electiva de los cargos, a la crítica no oficial sino libre, a la discusión no aparente sino real.

El 8 de octubre de 1923, en carta dirigida al Comité Central, Trotzky plantea todos los problemas inquietantes. En vasta proporción, el XII Congreso ha sido seleccionado por el aparato central. Paralelo al descontento campesino, acrece el malestar interno del Partido. El Buró político zanja los problemas económicos de manera sumaria. El Secretario General escoge a los dirigentes de la producción, no conforme a las capacidades o la competencia, sino de acuerdo a sus propios designios. La democracia del partido se ha convertido en apariencia oficial. Para hacerse de recursos fiscales, el Buró político proyecta el restablecimiento del monopolio sobre el vodka. Modifícase la composición del Consejo Revolucionario de Guerra, con el fin de introducir en él a personas hostiles a Trotzky, su presidente. Hay que retornar a la democracia interna del Partido.

Como es de suponer, la carta permanece secreta, al igual que la respuesta redactada por el Buró político, que es ya una diatriba contra Trotzky. Los sucesos alemanes interrumpen el debate. Con el ánimo de sabotear el tratado de Versalles, sobre todo en su cláusula concerniente al pago de reparaciones a los Aliados, el gobierno del Reich, inspirado por los grandes industriales, ha desencadenado una inflación fantástica. Una estampilla vale miles de millones de marcos, o sea que el marco no vale nada. La inflación arruina a las clases medias y hambre a la clase obrera. Tierras y fábricas, evidentemente, nada pierden de su valor; sólo las empresas débiles quiebran en beneficio de las fuertes y de los aventureros bursátiles. La terrible crisis económica parece exigir vigorosa iniciativa del prole-

tariado socialista. El Comité ejecutivo de la Internacional Comunista, que delibera sin Lenin, considera posible la toma del poder por el Partido comunista alemán, y hasta le asigna fecha para el 7 de noviembre de 1923. En los círculos comunistas de Alemania y de Rusia se ha pensado en Trotzky para enviarlo a Alemania, con el objeto de dirigir la insurrección o la defensa del poder obrero. Zinoviev, presidente de la III Internacional, se siente profundamente herido porque no han reparado en él. Sin embargo, la burocratización de la Internacional, la desoladora debilidad de su información oficial, la incapacidad de algunos de sus representantes, desempeñan un papel decisivo en el hundimiento de la movilización revolucionaria. En Munich, un partido de demagogos antimarxistas y antisemitas, ridículamente efectúa su primera aparición pública, con un conato de asonada dirigido por Ludendorf, su jefe militar, y por el agitador Adolfo Hitler, hasta entonces desconocido... Parece evidente que Rusia de los Soviets ha perdido en Europa la oportunidad de romper el aislamiento, y que cuatro años de actividad de la Internacional Comunista se cierran con una grave derrota sin combate...

Trotzky publica en el "Pravda" la serie de artículos en la que se reclama un "Nuevo curso"... El 5 de diciembre de 1923, el Buró político redacta una decisión en la que le da —al igual que a los demás defensores de la democratización del Partido— plena satisfacción sobre los problemas de la importancia del plan y de la democratización del Partido. Por un instante, el Buró político se pregunta si corresponde hablar de "nuevo régimen", de "nuevo curso", de "nuevos métodos"... Tomada la decisión, el "triumvirato" Zinoviev, Kamenev, Stalin, no tiene la menor intención de aplicarla, ya que la libertad de palabra, de crítica y de elección, lo llevaría a una rápida pérdida del poder... En todo el Partido y sobre todo en Moscú, comienza a manifestarse una viva efervescencia; son verdaderas jornadas de libertad.

III

"La vida se hace más regular. El departamento que ocupamos en el cuerpo de caballería del Kremlin, consta de las mismas cuatro habitaciones asignadas desde nuestro arribo, pero convenientemente adaptadas a nuestras necesidades. Como siempre, León Davidovitch es extremadamente metódico en su trabajo; pretende un esfuerzo máximo que no lo agote. Fijada desde su juventud, tiene la puntualidad por hábito, la atención, los horarios estrictamente observados. Y sabe imponerlos a su alrededor. No admite retardos en las sesiones ni en las citas. Odia la charlatanería, el dejar pasar, el trabajo

negligente; y sin dificultades, consigue rodearse de colaboradores serios, de modo que en una época de desorden, el Comisariado de Guerra, el Consejo Superior de Guerra, los otros burós que dirige y su secretariado personal, suministran ejemplo de buen funcionamiento, que a veces con elogio y otras con hostilidad toda Moscú comenta.

"Se levanta hacia las siete y media de la mañana y exactamente a las nueve se dirige al Comisariado de Guerra. Hacía la una y treinta suele volver al Kremlin para almorzar, y a veces consigue un momento de reposo para la tarde temprana. Entonces se permite reír, hacer bromas, estar en familia — y de ese modo descansa de sus ocupaciones habituales. Las horas de la tarde y de la noche frecuentemente se destinan a reuniones y al trabajo del Comisariato. Cuando Lenin preside, tiene frente a sí un reloj y apura los debates: los Comisarios del Pueblo disponen de dos, de tres minutos, raramente de cinco, para dar su opinión; y todavía se discute mientras están hablando, mediante notas a lápiz que pasan de mano en mano. Vuelto de los frentes o de los comités, León Davidovitch casi nunca dispone de tiempo para relatar a los suyos cuanto ha tenido oportunidad de ver. Se inclina a hablar de los hombres, de los caracteres, y prefiere hacerlo de manera favorable. Prefiere ver en ellos sus cualidades, sus capacidades, pero también sabe, cuando las circunstancias lo obligan, emitir juicios severos, a los que sin embargo imprime un sello impersonal y objetivo. Muchos hombres notables, casi desconocidos o del todo, había encontrado durante la guerra civil, y esto confirmaba su reflexiva confianza en las masas. Chapaév el célebre guerrillero del Ural, había entrevistado a León Trozky en su tren. La conversación había comenzado en conflicto, pero concluyó con un acuerdo completo. "¡Obedeceré!", dijo el guerrillero, y ambos hombres se abrazaron. Más tarde, la literatura y el cine crearon un Chapaév que León Trozky no reconocía. Era infinitamente más vivaz, mejor, más elemental y fuerte, decía, dotado de instinto y sangre fría que le permitían afrontar los mayores riesgos. Chapaév cayó luchando en el frente.

"León Davidovitch mismo había corrido numerosos peligros, sin buscarlos ni evitarlos, subordinado al trabajo del momento, con una especie de seguridad optimista. Consideraba que el jefe militar debe saber arriesgarse cuando la moral de la tropa así lo exige. El letón Peterson tenía a su cargo la seguridad del tren de guerra, comandaba la guardia del Kremlin y organizaba los desplazamientos de León Davidovitch. Todas estas precauciones, los itinerarios trazados de antemano, irritaban frecuentemente a León Davidovitch, que

se sentía "transformado en cosa"; pero se inclinaba por disciplina. Hay una anécdota al respecto. Durante los primeros tiempos de nuestra estada en el Kremlin, un miliciano de facción que no conocía de vista a Lenin, le negó acceso al Cuerpo de Caballería donde vivíamos. Fué inútil que Vladimiro Illitch intentara convencerlo; tuvo que buscar un pasaporte en la guardia de entrada; pero se sentía encantado y se presentó riendo ante nosotros.

"Reprochábanle frecuentemente a León Davidovitch cierta falta de sociabilidad. El hecho es que casi a ninguno tuteaba, que ni hacíamos ni recibíamos visitas, antes que nada por falta de tiempo, que muy raras veces iba al teatro, en una palabra, que el círculo de nuestras relaciones personales era estrecho y condicionado por el trabajo o la lucha política. Pero de esa manera se cimentaban verdaderos afectos. Los más próximos colaboradores de León Davidovitch, todos ellos más jóvenes que él, a quienes solamente veía en el trabajo, lo querían, y lo sabían profundamente ligado con ellos. Tras largos años de pesadilla, Skliansky, Butov, Glazman, Sermuks, Ponsnansky, Victor Etsin, continuarían conservándole inquebrantable fidelidad. Piatakov recomienda a León Davidovitch que fuera "más sociable", porque su manera de ser permitía acusarlo de altivez y desdén. "Hay que modificar su carácter", insistía Piatakov. En 1926, León Davidovitch asistió a una velada de año nuevo en el departamento de Kamenev, situado en el piso superior, con el fin de pulsar el ánimo del círculo opositor llamado de Leningrado. León Davidovitch retornó rápidamente. "No puedo soportar eso, dijo. ¡Licores y vestidos! Garrulerías. Igual que en un salón...". Le disgustaban las anécdotas de doble sentido, frecuentemente teñidas de vulgaridad, que con tanto gusto se contaban. Radek, que sabía inventarlas y contarlas con verdadera gracia, callábase al aproximarse León Davidovitch, quien también tenía, sin embargo, cierta propensión al humor, pero a un humor de categoría diferente.

"No fumaba; no bebía alcohol sino por excepción. Su jornada concluía entre media noche y dos de la mañana. Sus únicas distracciones eran la caza y la pesca, recientemente descubiertas, que compartía con Preobrajensky, Muralov y Piatakov. Encontrarse un amanecer sobre el agua pálida, entre los juncos, acompañado de un viejo cazador con experiencia, hijo y nieto de cazadores; acechar el pato salvaje o tender las redes; subir la trabajosa cuesta de un bosque helado, grandioso, sembrado de piedras esparcidas al pie del glaciar, y abatir por fin un oso pardo; eso era descanso verdadero, contacto revigori-

zante con la tierra, el árbol, el agua, la nieve y el viento... Era también una especie de combate y un paréntesis para la meditación.

"El círculo de sus amistades es estrecho. Comprende en primer lugar a Cristián Racovsky, presidente, desde 1919, del Consejo de los Comisarios de Ucrania, por recomendación de León Davidovitch. Conocióse desde 1913, en que se encontraron en Bucarest. Racovsky, que en 1923 tiene cincuenta años, es una personalidad extraordinaria, simple y seductora. Noble su rostro, alerta su palabra, espiritual la sonrisa. Búlgaro de origen, francés por educación, ruso por cultura, de nacionalidad rumana. Habla todas las lenguas balcánicas y ha militado en los partidos socialistas búlgaro, ruso, francés y rumano. A los dieciséis años, en una iglesia de Sofía, ha pronunciado su primer discurso revolucionario. En Rusia escribía bajo el seudónimo de Chr. Insarov. Internacionalista nato, los soldados de la revolución rusa lo sacaron en 1917 de la cárcel de Jassy. En Ucrania se desempeñó como militar, como estadista, como sociólogo militante; buen camarada, hizo valer sus virtudes bajo condiciones extremadamente precarias y peligrosas. Pronto será un diplomático de primera línea destacado ante Londres y París. Las ventajas del poder no corromperán su temple.

"Nicolás Muralov (cuarenta y seis años entonces) es un gigante bondadoso y bigotudo, de sólidos trazos campesinos. Agrónomo y soldado. Se ha batido en Moscú durante las insurrecciones de 1905 y 1917. Viejo bolchevique, famoso por su valor físico y su buen sentido, gobierna ahora la región militar de Moscú. Aún hoy me parece escuchar a León Davidovitch telefoneando a Lenin: "Necesito a Muralov para el frente. Hace falta uno que sea fuerte y popular. Nicolás Ivanovitch sabe tutear a la gente, lanzar gruesos juramentos; podrá hacer las cosas mejor que yo...".

"Ivan Nikititch Smirnov es dos años menor que León Davidovitch: tiene cuarenta años. Bolchevique de primera hora (1903), insurgente del cinco, tiene a sus espaldas una larga serie de prisiones, de deportaciones —siberianas y de evasiones. Organizador del 5º Ejército Rojo en el Ural, a él se debe en gran medida la victoria contra Koltchak, la soviétización y pacificación de Siberia. Mecánico de profesión en su juventud, es hombre instruido, reflexivo, de tal manera recto que alguna vez lo han llamado "la conciencia del partido". Es alto, delgado, finos los trazos de la cara, más bien rubio, amable y trabajador...

"Iuri Piatakov no tiene más que treinta y cinco años, pero

desde los diez y siete ha comenzado a militar. Se ha distinguido en los frentes de Ucrania y de Polonia, y posteriormente, en las primeras tentativas de reorganización económica, por su pasión revolucionaria como comunista de izquierda. Rasgos acentuados, huesudo, amplia cabellera rubia. Es marxista erudito, economista lleno de iniciativa, dotado de temperamento a la vez autoritario y disciplinado. León Davidovitch le imputaba cierta ligereza, cierta tendencia a desconocer el aspecto político-social de los problemas, aportandoles soluciones más bien técnicas. Tuvieron conflictos, se pelearon hasta por teléfono, pero Piatakov no tardaba en explicarse afectuosamente y todo se arreglaba de inmediato. "Una hermosa inteligencia", decía León Davidovitch.

"Adolfo Ioffe (cuarenta años en 1923), amigo desde los tiempos de la emigración en Viena, que en 1919 recorría con León Davidovitch, bajo el fuego enemigo, un campo de batalla próximo a Petrogrado, está generalmente fuera del país. Hábil plenipotenciario, negocia tratados de paz; viaja luego al Extremo Oriente, donde precisamente en 1923, se entrevista con Sut-Yan-Sen en Shangai y lo lleva a simpatizar con la revolución rusa. Es un enfermo crónico, de aspecto imponente, rostro asirio, espíritu independiente e incorruptible".

"Las relaciones son cordiales con Preobrajenski, Seve, Antonov-Ovseenko y Cviakov. De este último dice: "Buena cabeza, conocedor de caracteres". Por momentos, muy afectuosas con Bujarin; de firme camaradería con Karl Radk, Kalinin, Alexis Rykov, Dzerjinsky; más estrechas con Krestinsky, el notable periodista Sosnovsky, carácter intrépido, y con el antiguo forzado Voronsky, ahora director de la "Krasnaya Nov", buena revista literaria que publica las colaboraciones de los verdaderos talentos, sin imponerles ortodoxia. Voronsky es rubio, más bien pequeño, alegre, apasionado por la literatura, demasiado inteligente para los tiempos que se acercan... León Davidovitch aprecia a Leónidas Borissovitch Krassin, pero desaprueba su estilo de vida, demasiado burgués en su opinión. Por la misma razón se enfrian las relaciones con Sokolnikov que ha cambiado extraordinariamente, se divierte, frecuente bailes.

"En 1922, 1923, las relaciones con Kamenev continúan siendo buenas; sin duda alguna éste vacila todavía en pronunciarse a fondo contra León Davidovitch, y llega a expresar juicios muy duros contra Stalin. Stalin acababa de obtener el arresto del comunista musulmán Sultán Galiev, que participaba en el movimiento semiclandestino del panturquismo o panturquismo. Refiriéndose a Stalin, Kamenev le dice a

Trotsky por teléfono: "Le hemos permitido saborear sangre...". No se trataba aún de pasar por las armas a Sultán Galiev; pero el arresto de un miembro del Partido contrariaba una ley no escrita y causaba consternación. (Según parece, Galiev fué posteriormente fusilado). El mismo Stalin intentó reaproximarse a León Davidovitch. En diversas oportunidades, antes y después de las campañas de agitación llevadas con vehemencia casi frenética contra el "trotskismo", y hasta en el curso mismo de esas campañas, Stalin hizo insinuaciones que León Davidovitch desdeñó. El personaje le despreciaba profundamente, por su servilismo interior.

"Durante la enfermedad de Lenin, León Davidovitch sólo tuvo breves encuentros con él, enteramente cordiales y penetrados de recíproca confianza; pero los médicos defendían al enfermo contra la fatiga. Lenin sabía que los ataques se repetirían y se sentía perdido. Fué a propósito de la cuestión georgiana que Lenin pronunció en privado la famosa frase sobre Stalin: "Este cocinero sólo prepara platos picantes..."

"Siempre fué grande, y hasta excepcional, la capacidad de trabajo de León Davidovitch. Vivía literalmente a presión; manejaba veinte asuntos a la vez; se documentaba, estudiaba, trataba problemas literarios, económicos, de política interior e internacional. Su salud comienza a debilitarse de manera extraña; sufre de fiebres malignas que lo enervan y frecuentemente lo obligan a guardar cama y refugiarse en los sanatorios de reposo del Cáucaso. Los médicos, y particularmente nuestro amigo el doctor Guetier, diagnosticaban una variedad de paludismo; pero no disimulaban la dificultad de establecer un diagnóstico más completo. Parece claro que el temperamento nervioso, la sensibilidad demasiado viva de León Davidovitch se manifestaba — a pesar de su fuerte voluntad en contrario — en tales malestares, especialmente durante los períodos de hipertensión intelectual. Antaño había sufrido frecuentes trastornos gástricos momentos antes de intervenir en asambleas. Nunca lograría curarse de estas fiebres que momentáneamente lo abatían en el transcurso de las luchas del Buró político, del partido, y más tarde, en el exilio. En cama, continuaba trabajando, leyendo, anotando y diciendo.

"En el Cáucaso encontramos, durante nuestra estadía en Kislovodsk (1923) y en Sujum (1924), un ambiente muy diferente al de Moscú. Las autoridades del país no se habían dado cuenta todavía del cambio de la situación política de Trotsky. Sus retratos continuaban colgados de las paredes de los clubes y de las oficinas, junto a los de Lenin. La mayoría de los comunistas con licencia en las casas de reposo, se mos-

traban alegres de encontrarlo y le pedían conferencias. Sólo un pequeño número de iniciados se mantenía glacial... A menudo nos interrogábamos: ¿estaremos rodeados de enemigos sonrientes o de buenos camaradas? En Sujum, sobre la costa de Abjasia, rocallosa y verde, sembrada de cedros y palmeras, disponíamos de una casa de campo perteneciente al Comité Central. El jefe del gobierno de Abjasia, Néstor Lakoba nos testimoniaba afectuosas atenciones. Era un hombre pequeño, alegre e instruido, que había probado su temple en la revolución, pero que amaba la buena vida. Sordo de un oído, usaba un aparato acústico para conversar, y refería que en el siglo XIII Abjasia había tenido un zar ciego; y que ahora la gobernaba un comisario sordo... Más tarde, cuando quedamos aislados y el mundo oficial nos trataba como a enemigos públicos, Néstor Lakoba nos seguía trayendo cajas de fruta cuando visitaba Moscú... Al igual que su hermano, terminó fusilado en 1937.

"En 1924, en Kislovodsk prodújose un accidente del que nos libramos con ligeras contusiones, pero que pudo costarnos la vida. Junto con Muralov, habíamos salido de caza a las montañas; volvíamos sobre una zorra a motor; próxima a la estación, ésta descarriló súbitamente en la oscuridad; todos fuimos violentamente arrojados hacia una fosa muy profunda... Tal vez fuera un accidente, tal vez un accidente provocado: la muerte de León Davidovitch le hubiera simplificado las cosas a Stalin. La sospecha nos asaltó recién mucho más tarde".

Fué en el Cáucaso, en 1922, durante uno de los períodos de convalecencia, cuando Trotsky escribe "Literatura y Revolución", libro destinado a suscitar controversias y a ejercer, tanto en Rusia como en el extranjero, considerable influencia sobre la vida literaria. También sobre este tema entra Trotsky en conflicto con el régimen burocrático. Demuestra la imposibilidad de una literatura autoritariamente dirigida por el Partido. Rechaza la idea de una "cultura proletaria", muy en boga por la época. "Ni hubo ni habrá jamás "cultura proletaria", porque el proletariado ha tomado el poder para poner fin a la cultura de clase...". Con todo, "el arte de la época revolucionaria, que necesariamente refleja las contradicciones de un estado de transición social, no puede ser confundido con el arte socialista, cuyas bases no han sido todavía creadas...".

"El nuevo artista tendrá necesidad de combinar métodos antiguos y modernos con el fin de abarcar las nuevas condiciones de existencia. El Superyó es antes que nada social.

Mientras el hombre no aprenda a dominar su organización social, el Superyó lo domina como una fatalidad... El combate de Babeuf por un comunismo cuyas condiciones sociales aún no habían madurado, es el combate del héroe antiguo contra la fatalidad...". El lector contemporáneo advertirá contornos trágicos en el libro. Una docena de grandes nombres de escritores y poetas rusos aparecen en primer plano. De ese número, tres han muerto de muerte natural: Andrés Bie-ly, Alejandro Blok, Demián Biedny. Dos poetas de la revolución se han suicidado: Essenin y Mayakovsky. Uno ha muerto al salir de la prisión: Kliuev. El escritor Voronsky ha sido fusilado; muchos otros han desaparecido, especialmente Pilniak.

IV

El folleto "Nuevo Curso" publicado por Trotzky, provocó una tempestad de recriminaciones, de ataques, de polémicas y de acusaciones. No contenía sin embargo más que cosas muy simples, que salvo algunas páginas de tono enérgico, los mismos oradores del Comité Central acostumbraban decir. Hay por supuesto maneras diferentes de expresar pensamientos análogos; con sinceridad convincente, o con duplicidad más o menos hipócrita. Y la cólera del triunvirato, el inquieto descontento de la jerarquía secretaril, atestiguaba el punto a que el mal del régimen había llegado.

El "Nuevo Curso" se limitaba a justificar la decisión tomada por el Comité Central en diciembre de 1923. Trotzky constata que a partir de la toma del poder el Partido ha experimentado un crecimiento anormal. Durante cierto tiempo ha sido necesario mantener la dictadura de la vieja guardia bolchevique. En la actualidad, corresponde que la nueva generación, la de la guerra civil, tome la palabra. Conviene orientarse hacia la disminución del poder de los comités y de los secretarios. El aparato burocrático del Partido, constituido por algunos miles de funcionarios, tiende a reemplazar al Partido en sus funciones. Debe preverse "la degeneración oportunista de la vieja guardia o de una parte de esa vieja guardia". Semejante cambio puede ocurrir "de manera lenta y hasta imperceptible, para revelarse a renglón seguido con brusquedad". Algunos consideran que la simple enunciación de semejante posibilidad constituye un ultraje. Nueva prueba de la "arrogancia de los burócratas". "El proletariado ejerce la dictadura por medio del Estado soviético. El Partido Comunista es el partido dirigente del proletariado y por con-

secuencia del Estado". Para evitar la degeneración burocrática, hay que establecer "una activa y vibrante democracia partidaria. Si se quiere evitar la constitución de fracciones organizadas, sean o no clandestinas, el partido debe reconocer a sus miembros — como lo ha hecho en el pasado — la libertad de crítica y de tendencias. En caso contrario, el aparato pasará bajo el control de los elementos más conservadores, que impondrán en él régimen del silencio". "La burocracia es un fenómeno social; constituye un método de administrar los hombres y las cosas", de administrar a los hombres como si fueran cosas, agregamos nosotros. La falta de cultura de las masas agrava el mal. ¿Ha de verse en estas tesis un ataque contra la tradición bolchevique? Recordemos el pasado de la social-democracia alemana, tan poderosa y valiente en tiempos de Bebel, petrificada y corrompida luego por una tradición conservadora que concluye por ahogar toda voluntad revolucionaria. El dinamismo de Lenin ofrece el ejemplo opuesto; sabe mantener una tradición renovándola, enriqueciéndola sin cesar...

Trotzky ha golpeado bien; el clamor organizado de los funcionarios cubre su voz. ¡Trotzky insulta al Partido! ¡Se atreve a hablar de la degeneración de los viejos bolcheviques! ¡Se atreve a comparar al Partido con la social-democracia alemana! ¡Jamás ha sido él un viejo bolchevique! ¡Renacen en su cabeza sus antiguos errores! "¡Somos la verdadera democracia, la vieja guardia incorruptible, el Partido inatacable!". Estas palabras resuenan en innumerables discursos, y olas de papel impreso las multiplican y expanden.

En Moscú, sin embargo, el Partido se ha despertado con tal efervescencia de ideas, que los funcionarios han sentido pánico. Zinoviev relatará más tarde que "todos habían perdido su norte", y que él se vió obligado a constituir un comité (clandestino) de siete para mantenerse en la borrasca. Desgraciadamente, Trotzky no aparecía en las reuniones; partía enfermo hacia el Cáucaso. Tal violencia alcanzaron los ataques contra él, que el triunvirato Zinoviev, Kamenev, Stalin, temeroso de las consecuencias, denunció oficialmente que los rumores sobre la inminente exclusión de Trotzky de las instituciones dirigentes, constituían una "malévola insinuación". "Nadie concibe el trabajo del Buró político, del Comité Central y del Estado, sin la más activa participación del camarada Trotzky" ("Pravda", 18 de diciembre de 1923).

Antes de que Trotzky hubicra tomado el tren para el Cáucaso, las reuniones del Buró Político se efectuaban en su departamento. Procuraba convencer, hablaba con vehemen-

cia a numerosas caras impasibles, para las cuales todo estaba de antemano decidido. Salía sudoroso y extenuado de las sesiones.

"Más tarde advirtió que uno de los conflictos con el "triumvirato" había sobrevenido inmediatamente después de sus protestas "contra la sistemática corrupción de los dirigentes del movimiento obrero de Europa occidental" a quienes Zinoviev, Kamenev y Stalin habían comenzado a "pagar" durante la enfermedad de Lenin. "Pero, respondían por su parte Zinoviev y Stalin: "¡la burguesía compra a los líderes sindicales, a los parlamentarios, a los periodistas! ¿Por qué no hacer nosotros lo mismo?". El les respondía que la corrupción puede desmoralizar al movimiento obrero, pero nunca formar revolucionarios. Lenin nos ha puesto en guardia contra la selección en la Internacional Comunista de imbéciles obedientes. ¿Qué necesidad hay de agregarles cínicos redomados, dispuestos a todo... mientras no llega el primer peligro serio?".

Por todas partes expandía el triumvirato la enumeración de los errores de Trotzky: procura levantar al Partido contra sus cuadros, a los jóvenes contra los viejos; pide libertad para formar fracciones; acusa al bolchevismo de estar degenerado. Se inventa el "trozkismo", que por oposición al bolchevismo-leninismo — infalible desde sus orígenes — constituye una cadena de errores perniciosos. Las revistas se tornan asfixiantes.

"En la estación de Tiflis, Sermux, un joven delgado de rubia cabellera roja, colaborador impecable de León Davidovitch, entra pálido en nuestro vagón, con un despacho en la mano. Lenin ha muerto el 21 de enero de 1924. El primer pensamiento de León Davidovitch es retornar inmediatamente a Moscú. Pero Stalin le envía un telegrama suplicándole que no lo haga, porque llegaría demasiado tarde para asistir a las exequias, y además debe cuidar su salud. No estaría bien que en semejantes circunstancias prolongara su enfermedad. Pero el telegrama de Stalin miente. Moscú es la capital del frío. Lenin será embalsamado y sus exequias se preparan durante toda una semana. El Buró político decide el embalsamamiento, el ataúd de cristal, la erección de un mausoleo sobre la Plaza Roja, frente a la muralla del Kremlin.

"Institúyese así el culto a una momia... Al saberlo, sin tiempo ya para oponerse, León Davidovitch comentará: "¡Cómo debe sufrir Nadiejda Konstantinovna! ¡Ella sabe mejor que nadie lo que Lenin pensaría de semejantes invenciones!". La viuda de Lenin se calla, abrumada y consternada. Acaba de enviar a León Trotzky una breve misiva: "Quiero decirle

que un mes antes de morir, Vladimiro Ilitch, al recorrer su libro... me pidió le leyera el pasaje sobre Marx y Lenin, lo escuchó con gran atención y luego lo examinó personalmente. Quiero también decirle que la actitud de Vladimir Ilitch hacia Vd., cuando procedente de Siberia llegó a nuestra casa de Londres, no ha cambiado hasta el final. Le deseo fuerza y salud, y lo abrazo afectuosamente". El último testimonio del afecto de Lenin reconfortaba moralmente, pero ya León Davidovitch perdía el poder. El Buró político maniobraba sobre el Consejo Superior de Guerra con el fin de aislar a su presidente. Skliansky, vicepresidente del mismo, era trasladado a la dirección de la industria textil de Moscú; en su reemplazo se designaba a Vorochilov y Lachevitch, el primero ligado a Stalin y el segundo a Zinoviev. También Frunze, excelente soldado, y Unschlicht, venido de la G. P. U., ingresaban en el nuevo Consejo.

La viva discusión en las organizaciones partidarias se extinguía tristemente bajo una multitud de pequeñas sanciones hipócritas. Estudiantes excluidos del Partido, echados de las universidades; obreros privados de su trabajo; militantes desplazados hacia el norte, hacia Siberia, hacia el Asia central... E inversamente, se abrían las puertas del Partido a doscientos cuarenta mil obreros que hasta ese momento se habían abstenido de solicitar su afiliación, es decir, habían manifestado su reserva frente al Partido militante de la guerra civil. Antes de esta campaña de reclutamiento, el Partido no contaba más que con trescientos cincuenta mil afiliados, de los cuales casi trescientos mil eran funcionarios — buena parte de origen obrero — y el resto, unos cincuenta mil, permanecían trabajando en las fábricas. El aflujo de proletarios, combinado con un régimen interior vivo, pudo ser extremadamente favorable. Pero a la rígida burocracia, amenazada en sus posiciones adquiridas, los nuevos afiliados iban a suministrarle una numerosa cohorte pasiva y hasta servil. En el XIII Congreso del Partido, reunido tras un breve intermedio de calma, las disensiones no alcanzaron a estallar. Cálidamente acogido por una sala todavía entusiasta, León Davidovitch insistió sobre la aplicación de las decisiones concernientes a la democracia interna y sobre la suprema importancia del Partido, que pese a sus reconocidas debilidades, encarnaba toda la esperanza de la revolución. "Nadie quiere tener razón contra el Partido", decía... Sólo se puede tener razón con el Partido, porque la historia no ha creado otros caminos. "Right or wrong, my country", dicen los ingleses... y nosotros: "con razón o sin ella sobre tales o cuales problemas precisos, es

mi Partido...". Podían abundar los síntomas inquietantes; pero el Partido no parecía aún incurable y se beneficiaba con el prestigio de las victorias, de las mejoras económicas tan evidentes en la vida cotidiana, de la paz conquistada, de sus mismos sufrimientos. El patriotismo partidario expresado por León Trotzky, había cimentado antaño la fuerza del movimiento obrero socialista en todos los países de Europa; había constituido la base de todos los partidos revolucionarios rusos; era un sentimiento profundo y moralmente poderoso.

En agosto-setiembre de 1924, estalla la insurrección georgiana. Fué cruelmente reprimida, pero inspiró a Stalin — que junto con Ordjonikidze compartía la dura responsabilidad de la misma — algunas palabras sensatas, aunque enteramente inoperantes. "O permitimos a los obreros y campesinos que nos critiquen, o sufriremos la crítica insurreccional de obreros y campesinos... o renunciamos al optimismo y a los procedimientos burocráticos, b...", etc. No era más que la imitación de Marx, a propósito del arma de la crítica y la crítica de las armas. Apenas una engañosa figura retórica.

V

Trotzky confiaba en una acción intelectual: formar a la joven generación del Partido, hablar al país, no en términos polémicos, sino mediante ejemplos.

Publicó una semblanza de Lenin, y poco más tarde, en octubre de 1924, sesenta páginas de introducción a los dos volúmenes de sus Obras Completas, referidos al año 1917. Estas sesenta páginas se titulaban "Las lecciones de la Insurrección de Octubre"¹; comentaban los hechos conocidos, desde el punto de vista de la responsabilidad de los dirigentes, de su selección; de su capacidad, de sus relaciones con las clases trabajadoras. Recordaban que Zinoviev y Kamenev se habían opuesto a la insurrección. Stalin no era allí mencionado, vista la imposibilidad de hablar de su persona en una historia de la revolución, y aún de establecer exactamente lo que hizo durante los días cruciales. Los "triumviro", tras haber dejado al Congreso del Partido en la ignorancia de las notas testamentarias de Lenin, se sintieron abiertamente señalados por el libro; y esto era cierto, en la medida en que el estudio objetivo de los hechos no podía sino desmerecerlos.

Reaccionaron con extremada violencia verbal y administrativa. El libro se transformó en atentado a la ideología del

¹ Publicadas por la Editorial Indamérica en la recopilación "¿Qué fué la Revolución Rusa?", de León Trotzky.

Partido, al leninismo (de reciente invención), a la unidad, al poder; algo así como una traición, aunque todavía nadie osaba emplear tales términos. Pronto se hizo inencontrable, y el solo hecho de leerlo y comentarlo se constituyó en delito. Periódicos, revistas, conferencias, reuniones de células del Partido tanto en los pueblos menos importantes como en París, en Praga, en Berlín, dedicábanse unánimemente a refutar al "trotzkismo" que renacía. Había que conferir sustancia material a ese "ismo" deliberadamente fabricado. Para ello, trájéronse de los archivos — aún de los correspondientes a la policía zarista — viejas cartas testimoniando los desacuerdos entre Lenin y Trotzky de los años anteriores a la revolución; se prestó nueva vida a las polémicas de la emigración, y a todo ello se le adjuntó la "subestimación del campesinado", presentada de mil maneras distintas. Era un acertado maquiavelismo, tratándose de un país agrario, donde los campesinos distaban de haber quedado satisfechos. Lenin, tendido en su mausoleo, reverenciado como un santo, siempre había comprendido las aspiraciones de los campesinos; Trotzky ¡jamás! Nadie piense que semejante afirmación es exagerada. Hay innumerables textos que la apoyan, todos increíblemente insípidos, increíblemente tontos, sumariamente redactados obedeciendo a directivas uniformes del Servicio de agitación y propaganda del Comité Central. Nadie ha calculado los miles, las decenas de miles de toneladas de papel empleadas en esta oscura batalla de toda una máquina del Estado, contra el cerebro y la pluma de un solo hombre. Que sin saber hablar a los campesinos, sin comprenderlos, hubiera sido imposible constituir el Ejército Rojo y conducirlo a la victoria; que Trotzky había sido el primero en preconizar la nueva política económica de 1921, destinada a reconciliar los campesinos con la revolución — nadie o casi nadie osaba recordarlo; pero era fácil comenzar una carrera en el Partido, explotando más o menos burdamente el tema oficial.

Así comienza la degeneración de la III Internacional, que bajo la natural hegemonía de los rusos, había sido hasta entonces una asociación de partidos marxistas revolucionarios, y que en pocos meses, quedará por completo subordinada a la camarilla dirigente del Buró Político.

Los emisarios de Zinoviev, presidente del Comité Ejecutivo, expanden por todos los países el mensaje del antitrotzkismo; son portadores de órdenes, de fondos; pronuncian exclusiones, controlan los periódicos, seleccionan a los dirigentes de los partidos, no de acuerdo a las capacidades, al grado de popularidad, sino conforme a un criterio único: a favor o en con-

tra de Trotzky. Al principio, los partidos comunistas francés, belga, alemán, holandés, luxemburgués, español, italiano, checo, etc., nada comprenden, y sinceramente anhelan la reconciliación, la unidad: cada resolución que los militantes asombrados redactan en ese sentido, es tomada como un desafío al Comité Ejecutivo, y suscita campañas de descrédito seguidas de sanciones. Las redacciones son manejadas a dedo; el mismo Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista es manejado a dedo, porque sus miembros primitivos han condenado las nuevas costumbres, y su mayoría se ha pronunciado a favor de Trotzky. Los partidos salen de la crisis — o mejor dicho, vegetan en ella durante años — más o menos decapitados, desunidos, debilitados, pero “bolcheviques cien por cien”, según la expresión favorita de Zinoviev; en realidad, mediante esta serie de aprobaciones serviles, comienzan a forjar su renuncia a toda opinión independiente, su colaboración cotidiana con los servicios secretos, sus cuadros incondicionales, dispuestos a todo, ligados a un Komintern rigurosamente sujeto al Estado ruso.

El 2 de enero de 1925, el Buró político releva a Trotzky de sus funciones de presidente del Consejo Superior de Guerra y de Comisario del Pueblo del Ejército y la Marina, reemplazándolo en esos puestos por Frunze. Lo nombran presidente del Comité de Concesiones, director del Buró de Electro-técnica y presidente del Buró técnico y científico de la Industria. Experimentó cierta satisfacción al ser eliminado de la dirección del Ejército, porque así cesarían de una vez las veladas insinuaciones y los murmullos de “bonapartismo”. Pensaba y acostumbraba a decirlo en privado, que la revolución socialista no podría acomodarse a un régimen de pronunciamientos militares y policiales. Que le estaban destinados otros métodos de reacomodamiento interior. Métodos de persuasión, de llamado a las masas y a la conciencia de los militantes.

En el Buró Político lo han dejado solo: Zinoviev, Kamenev, Stalin, Bujarin, Rykov, Tomsky (y Kalin, Molotov, Dzerjinsky, suplentes), aunque recíprocamente divididos, han hecho bloque contra él. Las relaciones personales continúan siendo bastante corteses, aunque glaciales. Bujarin le dice un día: “A causa suya no hay democracia interna en el Partido” — dejando así suponer que una ráfaga de libertad fortalecería las posiciones de Trotzky. A tal punto lo temen, a tal punto los acobarda su popularidad, que Zinoviev y Kamenev se han pronunciado a favor de medidas decisivas: la exclusión del Partido primero, y la prisión después. Stalin, más pru-

dente, menos seguro de sí, o reservándose tal vez la puerta franca hacia un reagrupamiento contra sus aliados, se opone a ello.

Lo que no le impide declarar sus preferencias por el “método florentino”, sin escándalos y acompañado de un hermoso entierro. Zinoviev y Kamenev firmarán más tarde un testimonio sobre este episodio. Las costumbres, la mentalidad de los hombres del Partido, son todavía enteramente incompatibles con los procedimientos florentinos. Por primera vez, sin embargo, la muerte ha golpeado cerca de León Davidovitch. Uno de sus secretarios, Glazman, joven enteramente dedicado a la causa, excluido del Partido por un pretexto innoble, se ha suicidado en 1924. Glazman lo había acompañado numerosas veces al frente de batalla. En 1918 ó 1919, no lejos de Karkov, Ucrania, el tren militar se había detenido en una estación llena de soldados desbandados, de “verdes”, que se negaban a batirse por los blancos o por los rojos, y adoptaban por divisa el color de los bosques. Se levantaban gritos de “¡Muerte a Trotzky!”. León Davidovitch descendió del vagón seguido solamente por Glazman, que llevaba un fusil en bandolera, un block de papel y un lápiz en la mano. Los “Verdes” discutieron, se dejaron convencer... Ahora la “Pravda” se negaba a publicar las treinta líneas afectuosas que León Davidovitch dedicaba a la memoria de un joven compañero de armas. No era éste el único suicidio. Tan alto rayaba el idealismo de los militantes, y con tanta brutalidad se lo frustraba, que la sola exclusión solía empujar al suicidio. Viejos revolucionarios desolados también se suicidaban: Lutvinov y Eugenia Bosch, por ejemplo.

Las exclusiones contra “trotzkystas” no se fundan jamás en motivos políticos. La Comisión de Control presidida por Ordzonikidze, utiliza fórmulas estereotipadas: “Elemento pequeño burgués desmoralizado”, o “corrompido”, o “arrivista”. Basta a menudo, en el caso de los estudiantes, haberse procurado un cuarto habitable en Moscú, haber adquirido ropas nuevas, haberse casado con la “hija de un ex-capitalista”. Lo que para nadie es crimen, se transforma en tal para quien en una reunión se ha atrevido a defender el “nuevo curso” o a responder a un secretario.

Un autor, al estudiar minuciosamente estos sucesos, reprocha a León Davidovitch no haber comprendido a Stalin... La historia analítica lleva a la historia viviente todas las ventajas especiales de la autopsia. León Davidovitch anota al respecto que “Stalin no se conocía a sí mismo”. Se iba formando en el el curso de su actuación, y a menudo debió sorprenderse de su poder y de sus éxitos. El camino seguido por él describe una

serie de curvas y de zigzags, con algunos pequeños retrocesos. El Triunvirato se había establecido con un solo fin bien determinado: la eliminación de Trotzky del poder. Había incluso reticencias recíprocas, por Zinoviev, Kamenev y Stalin se preguntaban si lograrían vencer, y a menudo deseaban un compromiso con Trotzky, para poder gobernar junto a él, aunque subordinándolo. Durante una excursión por Kislovodsk, Cáucaso, Zinoviev y Kamenev discutieron esta posibilidad con algunos amigos seguros, en una reunión celebrada "dentro de una gruta". Stalin, que consideraba a sus co-triunviros personas de voluntad débil, buscó, como hemos indicado, una aproximación con León Davidovitch. El intento fué manifiesto, y lo provocaban, no las intrigas, sino los problemas reales. Pero el Secretario General disponía de un poder técnico tan considerable, aunque parcialmente invisible, que pronto se encontraría dueño casi absoluto de la situación.

El hombre, ávido de dominación, moldeaba empíricamente su personalidad, de un día para el otro; marcaba un rasgo tras otro y, con frecuencia, no se atrevía a conquistar posiciones que tenía al alcance de la mano. A la pregunta de Skliansky, "¿Quién es Stalin?", León Trotzky relata haber respondido: "La mayor mediocridad de nuestro partido". Zinoviev, uno de los fundadores del Partido, colaborador de Lenin desde 1908, presidente de la Internacional Comunista, se creía la primera figura del Búro político; Kamenev, escritor excelente, orador de estilo parlamentario, hábil negociador, amable y hasta cautivante, ocupaba un evidente segundo puesto. Según las apariencias, Stalin apenas ocupaba el tercero. Muy poco conocido en el país, e incluso en el partido, excepción hecha de los círculos dirigentes, escritor primario, orador seco y escolar, con una defectuosa pronunciación del ruso, al que le daba un desagradable entonación georgiana, parecía un práctico antes que un político, y sus colegas lo habían elegido por su evidente mediocridad, firme y astuta. Semejante consenso general pesaba ciertamente sobre él, y le ocasionaba un agresivo complejo de inferioridad. Sólo vista desde el exterior puede sorprendernos su victoria. En realidad, no implica misterio alguno.

El país estaba fatigado. Tres años y medio de guerra, veinte meses de exaltación revolucionaria, una guerra civil de más de tres años, un hambre atroz, privaciones continuas, el extraordinario esfuerzo de reconstrucción económica exitosamente llevado a cabo, habían agotado a las masas trabajadoras. En relación a ellas, los revolucionarios instruidos, y más particularmente los marxistas, sólo formaban una fracción minoritaria, la mayoría de la cual contaba con un pasado de diez y

veinte años de luchas y persecuciones, anteriores a 1917. Casi todos los militantes de la revolución, absorbidos por la administración del Estado y del Partido, habían perdido contacto inmediato con las masas; muchos, los mejores, habían caído combatiendo. Producíase una reacción que era a la vez social y nerviosa. Anhelábase reposo, la detención del proceso, el retorno a una vida tranquila. Los fracasos de la Internacional Comunista en Estonia, en Bulgaria, en Hungría, en Alemania, justificaban esa tendencia no confesada al abandono de la solidaridad internacional, al "ya es tiempo de pensar en nosotros mismos". Arribistas, advenedizos orgullosos de su papel transformados en héroes de la noche a la mañana, y no pocos conformistas de los que bajo cualquier régimen se aproximan al poder, habían logrado infiltrarse en el seno del partido gubernamental. Pululaban también los analfabetos políticos, que facilitaban el régimen de los secretarios, pero hacían difícil la discusión de los grandes problemas.

En la cúspide, el Secretario General seleccionaba a los secretarios regionales. Con sólo proponer y obtener una multitud de nombramientos, lograba llenar los comités con clientes suyos, la mayoría de los cuales eran hombres que todo le debían. A su vez, estos secretarios regionales nombraban a otros, quienes, a su vez, etc... Antes de existir la palabra, ya se había "stalinizado" el aparato del Partido. No fué una conquista del poder, no fue un pronunciamiento militar, fué una invasión molecular, un invisible contagio burocrático. Quien día a día lo dirigía, no sabía a dónde lo conducirían los acontecimientos... Se adueñaba del poder, porque ello sólo le exigía un poco de astucia y una perseverante deslealtad. Nada sabía de lo que haría al día siguiente. En 1925, Bujarin se transforma en ideólogo de Stalin. Zinoviev y Kamenev advierten que se ha jugado con ellos, que los han engañado.

VI

En 1925, al reunirse en Moscú, el XIV Congreso del partido, más burocráticamente preparado que cualquiera otro, todas las delegaciones, con excepción de una, han sido en realidad designadas por los secretarios que dependen del Secretario General. Salvo una, es decir, la de Leningrado, donde Zinoviev acumula la dirección de la III Internacional, del Comité regional, del Partido y del Soviet. El invisible golpe de Estado ha sido consumado. Se ha venido produciendo diariamente, a lo largo de años, mediante nombramientos firmados que proliferan en otros nombramientos, creando un conjunto de intereses, de pequeños privilegios fundados en la autoridad, y de

bienestares materiales en medio de la pobreza del país. Las campañas contra el fantasma del "trozkysmo" han servido para disimular el reforzamiento de la burocracia. Y como ha habido más preocupación por instalarse en los comités que por mejorar la producción, los viejos marxistas experimentados perciben peligros que el gran público ignora todavía... No se ha remediado la diferencia entre precios industriales y precios agrícolas, razón por la cual el campesino atesora frecuentemente sus cereales... Se ha constituido una categoría de campesinos enriquecidos, a la cual el Estado nada puede ofrecer. Aunque ha mejorado, la situación de la clase obrera es todavía mala. Apenas se ha alcanzado —y no en todos los rúbricos— el nivel de consumo del antiguo régimen. El comercio privado se muestra mucho más hábil y dinámico que el comercio estatizado. Después de la reforma monetaria de 1922, que ha creado una moneda estable, el chervonietz, el dinero se ha convertido en factor de corrupción. El ciudadano sabe que para conseguir cualquier cosa, hay que "untar la mano" al funcionario de la oficina. La NEP ha revitalizado las fuerzas económicas, pero ellas marchan a la deriva.

El XIV Congreso del Partido presencia una confusa batalla oratoria en torno a ideas generales, frente a delegaciones inertes, con firmes instrucciones, a las que funcionarios designados por el Secretario General vigilan. El aplastamiento del trozkysmo intimida al Partido, y desacredita a los dos jefes más capaces del Buró Político, Zinoviev y Kamenev. Vanamente, hablando en el desierto, Kamenev denuncia el renacimiento de las fuerzas del pequeño capitalismo, y sugiere para mejorar la situación de los obreros, una participación en los beneficios de la industria... Es cierto que la industria es frecuentemente deficitaria; pero hay excepciones, y, por lo demás, las cosas no permanecerán siempre así. Un nuevo estímulo conferido al asalariado, permitirá sacarlo del marasmo. Por primera vez, Stalin ha hablado como informante del Comité Central, ocupando el lugar de Lenin. Zinoviev pidió la palabra en calidad de co-informante. Se lo achacaron como crimen atentatorio contra la unidad del Partido, expresión de ambiciones personales; habló en medio de una general hostilidad, fabricada según recetas conocidas. Al concluir, Kamenev arrojó sobre la mesa el problema cardinal; "Estamos contra la creación de una teoría del "jefe"... No queremos que el Secretariado se levante... por encima de la organización política... Entendemos... subordinar el Secretariado al Buró político... El camarada Stalin no está en condiciones de asegurar la unidad del Estado-Mayor bolchevique...". En ese momento estallaron los clamores hostiles, y la delegación de Leningrado quedó

completamente aislada. Sus escasas voces gritaban "Viva el Comité Central". La multitud del Congreso atronaba: "¡Stalin! ¡Stalin!". En su asiento de la tribuna, Trotzky guardaba silencio. La viuda de Lenin, Krupskaya, se solidarizaba tristemente con la minoría.

La respuesta de Stalin fué hábil, y empleó por instantes un lenguaje singular, lleno de exageraciones verbales, en las que el psicólogo discierne las manifestaciones del subconciente. Se presentó como conciliador, y reprochó a Zinoviev y Kamenev, sus co-triunviros de la víspera, el haber propuesto la exclusión de Trotzky y pretendido comenzar dentro del Partido una política de "amputaciones" y de "sangrías". Y ahora, exclamó refiriéndose a ciertos incidentes alrededor de Bujarin, "están pidiendo la sangre de Bujarin!". Nadie —ni siquiera Stalin— hubiera admitido por un instante la posibilidad de verter la sangre de un miembro del Partido excluido por disensiones. Las palabras "amputación, sangría, sangre", sólo se empleaban para hacer más chocantes las sanciones puramente políticas, tales como la exclusión del Buró político o del Comité central, y en casos extremos, la exclusión del Partido, a la que se definía como "muerte política". Pero los emigrados más o menos liberales, como el escritor Alexis Tolstói, los generales contra-revolucionarios como Slatshev, los intelectuales netamente burgueses, estaban volviendo a Rusia y conseguían empleos en ella; los mencheviques desarrollaban un trabajo inapreciable en los organismos económicos... Sólo al cabo de una docena de años, esa insistencia de Stalin en el empleo de metáforas terroristas revelaría su profundo significado. A tal punto para la conciencia partidaria de 1925 eran inconcebibles esos métodos de arreglar cuentas políticas.

La desunión del triunvirato y las revelaciones del Congreso confirieron a Trotzky un prestigio que sólo oficialmente, vale decir, de manera superficial y mentirosa, había sido transitoriamente contestado. En abril de 1926, Stalin intenta nuevas aproximaciones. En una sesión del Buró político, tras la lectura de una tesis de Trotzky, Stalin, visiblemente emocionado, exclama: "¡Esas tesis son justas en sus nueve décimas partes!". Circula el rumor de que Trotzky va a asumir la dirección de la economía.

Por otra parte, Kamenev, relevado de sus funciones de presidente del Soviet de Moscú, y Zinoviev, cuya organización de Petrogrado acaba de ser quebrada por la presión administrativa ejercida en nombre del Comité Central, abren el juego a sus adversarios de los años precedentes. Reconocen que sobre los problemas de la burocratización del Partido, del aplastamiento de la democracia interna y de la necesidad de un ver-

dadero nuevo curso, Trotzky tenía manifiesta razón en 1923. La Oposición de Leningrado propone una alianza, una fusión incluso, con la Oposición de 1923. Algunos militantes de esta última se reúnen para deliberar. Mrachkovsky, que ha nacido en una prisión, que tiene una larga carrera de persecuciones, y ha sobresalido militarmente en el Ural, está contra toda alianza, sea con Zinoviev, sea con Stalin, porque, como dice, "Zinoviev acabará por perder pie, y Stalin nos arrollará".

Trotzky estima que la corrección de las ideas generales tiene más importancia que la debilidad de los individuos; que el llamado a las masas fortalecerá a quienes vacilan; que pese a su reciente pasado, Zinoviev, Kamenev y la Oposición de Leningrado tienen razón en numerosas cuestiones capitales, en lo referente a la política económica, a la concentración del poder en manos del Secretario General, a la política internacional, al pensamiento marxista. Ya se escucha hablar en el seno de la burocracia gobernante, de una nueva tesis sobre "la construcción del socialismo en un solo país", en otras palabras, sobre la autarcía socialista, incompatible con la solidaridad internacional, y más aún, con la realidad económica del mundo... La Nueva Oposición nace de la unión de la de Leningrado y de la de Nuevo Curso.

Zinoviev disponía de varios miles de adherentes en Leningrado, ligados por vieja amistad y por la cohesión del aparato del partido. Contaba en la Internacional con grupos influyentes, a la cabeza de numerosos partidos: Ruth Fischer y Arkadi Maslov en Alemania, Alber Treint en Francia. La tendencia de izquierda, cuyo vocero más autorizado era Trotzky, carecía de verdadera organización clandestina. Sumaba unos seiscientos militantes en Moscú, unos cincuenta en Leningrado, algunos centenares en Karkov. Grupos activísimos comenzarían a sostenerla en el extranjero. En aquellos momentos, la Oposición carecía de fondos y de publicaciones. Todos sus miembros trabajaban para el Partido, y de él dependían por consiguiente para su subsistencia. Como había mucho desempleo, los obreros temían expresar sus opiniones para no perder inmediatamente su trabajo.

Con el asentimiento del dócil Comité Ejecutivo, Zinoviev fué relevado de la presidencia de la Internacional Comunista. Abstuvieron de elegir un nuevo presidente; Bujarin tomó en sus manos la dirección del Secretariado de la Internacional Comunista. Relevado también de la presidencia del Soviet trosoyouz, organización comercial de Cooperativas estatizadas, con sede en Moscú. Se buscaba con ello hacer más difícil sus relaciones con Leningrado. Tendióse sobre los líderes de la oposición una discreta — y a veces indiscreta —, vigilancia

de Leningrado, Zinoviev fué nombrado co-director de la Cen-policia.

VII

Una vez reanudadas las relaciones personales entre Trotzky, Zinoviev, Kamenev y el grupo de Leningrado, fueron desde un principio cordiales y hasta afectuosas. Entre los dirigentes de Leningrado corresponde aquí mencionar a Ivan Bakaev, de cuarenta años de edad, organizador de la sublevación de Kamychin en 1906, combatiente de Octubre, jefe militar durante la guerra civil y presidente de la Checa de Petrogrado; Gregorio Evdokimov, cuarenta y cuatro años, antiguo marinero, luego obrero en Siberia, viejo bolchevique veterano de las persecuciones, miembro del Comité Central, el hombre más popular entre el proletariado de la segunda capital; Mijail Lachevitch, también un veterano, ex-sub-oficial transformado en jefe militar, célebre por su valentía; Bakaev, muy joven de aspecto, con los rasgos de un obrero ruso, es voluntarioso y sonriente. Evdokimov es corpulento, canoso, concentrado como un campesino que envejece, y tiene un gran defecto: bebe. Lachevitch es bajo, corpulento y jovial. Estos hombres, y algunos otros, forman el círculo íntimo de Grigorii Zinoviev (cuyo verdadero nombre es Radomyslski), de cuarenta y tres años, quien los supera por su cultura general, su larga experiencia adquirida en la emigración de Europa Occidental, sus talentos de teórico vulgarizador, de orador políglota, de escritor fácil, de dirigente reconocido. Zinoviev es grueso, con un rostro consular más bien pálido y macizo, abundante cabellera desordenada, mirada gris azulada. Ha dado numerosas pruebas de valor físico, pero se lo sabe inclinado al desánimo en las situaciones graves; necesita apoyarse en alguien más fuerte que él. Una amistad estrecha lo liga con Kamenev (Rosenfeld): cuarenta y tres años, el rostro cubierto con una barba que ya empieza a blanquear. Kamenev ha dirigido por mucho tiempo la organización clandestina de los bolcheviques en Rusia, y ha vivido largos años en la emigración. Habla numerosas lenguas. Es un erudito, un hombre de gabinete. Líder del grupo partidario en la Duma del Imperio, ha sido enviado a Siberia por oponerse a la guerra. Su carácter es conciliador, sus maneras amables, su naturaleza lo empuja hacia un liberalismo reflexivo. Es de origen burgués. Dirige el Instituto Lenin y trabaja en una biografía de Chernichevsky...

Parecía como si las campañas contra el "trotzkismo", pe-

sadilla incomprensible para el Partido y la Internacional, también lo hubieran sido para estos hombres, a los cuales sin embargo, había pertenecido la iniciativa. Libres de ese pasado reciente, experimentaban un alivio que no intentaban disimular. Rodeaban a Trotzky de calor y atenciones. Todo se había borrado del penoso ayer. Los nuevos aliados de Trotzky le cuentan con rasgos de buen humor de qué manera han inventado el "Trotzkismo". "Si usted no hubiera publicado las "Lecciones de la Insurrección de Octubre", dijo Zinoviev, hubiéramos encontrado otro pretexto...". "Era necesario, agregó, ligar las antiguas divergencias con las actuales". Lachevitch se indignaba de las pasadas faltas: "Pero en fin, exclama dirigiéndose colérico hacia sus más viejos amigos, ¡somos nosotros mismos quienes hemos inventado el trotzkismo!". La invención ideológica sólo presentaba un grueso inconveniente: inculcada al Partido y al proletariado de Petrogrado, temíase difícil liquidarla reconociendo que Trotzky había tenido razón años atrás, al denunciar que el partido y el régimen habían comenzado a burocratizarse. Pero las masas experimentaban idéntico alivio que los jefes; el fin de una leyenda impopular se hacía sentir como una cura.

"Incesantes conferencias producíanse en el Kremlin, a veces en nuestro departamento, a veces en el de Kamenev, en el de Zinoviev o en el de Radek. La sinceridad de Kamenev y de Zinoviev eran evidentes, y también su gozo expansivo al poder por fin hablar con el corazón abierto, discutiendo sin reservas todos los problemas. Mucho les había pesado su colaboración con Stalin, de quien siempre había que desconfiar, y que por su diferente formación intelectual, por su falta de cultura general, no sabía comprender el lenguaje de las ideas. Kamenev se tomaba pequeños desquites refiriendo anécdotas, imitando los modales zafios, el acento, el hablar primario de Stalin. León Davidovitch se esforzaba por desviar el curso de la conversación hacia otros temas. No le placía rebajar el debate al análisis de los trasfondos de una personalidad. "Y además, comentaba, el hombre es de por sí desagradable... Lo único que falta es que se lo imite cuando no está presente!".

Trotzky había llevado consigo a Piatakov, a Preobrajensky, a Muralov, al viejo Boris Eltsin, nutrido en Hegel, unos de los fundadores del Partido, a Karl Radek, inagotable, móvil, informado del universo entero, y sobre todo de Europa Central, a Adolfo Ioffe, vuelto de sus embajadas y enfermo; a Rakovsky, Krestinsky, Antonov Ovseenko; pero estos últimos ocupaban puestos diplomáticos en París, Berlín, Varsovia; Sokolnikov y Smilga se unieron a la Oposición. Excepción he-

cha de Bujarin, y del jefe de los sindicatos soviéticos, Tomsky, todo cuanto en el Partido había de talentoso reuniase bajo las banderas de la Oposición, luchaba por la regeneración del Partido. La viuda de Lenin, Nadiejda Konstantinovna Krupskaya, simpatizaba profundamente con ella.

Zinoviev y Kamenev abrigaban grandes ilusiones. Tan arraigada y viviente parecían la popularidad de Trotzky, que esperaban sacar fácilmente al Partido de su sopor, provocando un movimiento popular, una explosión de entusiasmo. "¡No tendréis más que aparecer en las Asambleas!" — "No, les respondía Trotzky. El estado de espíritu ha cambiado. Las masas no son ya las de 1917. Están fatigadas... La clase obrera se encuentra desorientada, teme los cambios que podrían agravar su condición...". Consideraba las perspectivas de una larga lucha política, la realización de un programa económico y de una política internacional, opinaba posibles la salud del Partido y de la revolución, pero no disimulaba ninguno de los riesgos. Dijo un día a un militante, autor de estas líneas: "Nuestro deber consiste en agotar las posibilidades de regeneración. Podemos morir como Lenin o como Liebknecht. Y hay que estar a la altura de ambas eventualidades...".

El miedo es fecundo creador de fantasmas y de leyendas. El Buró Político temía un pronunciamiento, la influencia de Trotzky en el ejército continuaba siendo grande. Incesantes fueron las insinuaciones en tal sentido de parte de la fracción gobernante. Nunca la Oposición había tomado en cuenta el recurso a la fuerza, al complot, a la sublevación, salvo para descartarlo de manera decidida. La Oposición se organizó abiertamente, guardando algunas precauciones en razón de la vigilancia, todavía circunspecta, de la policía política (G.P.U.). Poseía un "centro dirigente" en Moscú, "centros" subordinados en las grandes ciudades; lo mismo había ocurrido en 1918 con los comunistas de izquierda, y antes de la revolución, con la fracción bolchevique dentro del Partido Socialdemócrata. Contaba con que la batalla ideológica en el seno del Partido le conferiría una minoría imponente, capaz de obtener la legalización, la prensa propia, y de conquistar la mayoría en un futuro Congreso. Se negaba a apelar a la clase obrera y a los intelectuales no afiliados al Partido, pues estimaba que las mentalidades contra-revolucionarias, conscientes o no, eran todavía numerosas.

En julio de 1926, en plena sesión del Comité Central, se descomponen Dzerjinsky tras haber hablado en forma apasionada contra la oposición. Recuéstase sobre un diván de la antecámara y muere de una crisis cardíaca...

Este relato sería inteligible si no nos detuviéramos un momento a considerar los problemas que en 1926-1927 se ciernen sobre la dictadura del proletariado. Pero ¿puede hablarse todavía de dictadura del proletariado? El grupo del Centralismo democrático, Sapronov y Vladimir Smirnov, comienza a negarlo, subrayando la condición privilegiada de la burocracia y de los técnicos, la ampliación progresiva de la policía política, el silencio impuesto a los obreros y los bajos salarios: ¡Dictadura burocrática del Secretariado! Trotzky le responde que la pobreza del país es herencia del antiguo régimen y de la guerra; que de buen o mal grado, al mantener la propiedad socializada de los medios de producción y el poder del partido de la clase obrera socialista, la burocracia continúa llenando una función positiva en un mundo inestable en el que la U.R.S.S. se encuentra aislada y rodeada de enemigos. La burocracia nace de la pobreza y de la incultura; la revolución la eliminará mediante el acrecentamiento de la producción, la democratización y el despertar del partido y la revolución socialista sólo estará verdaderamente a salvo cuando se extienda a otros países industriales. No cabe más que intentar el gran renacimiento interior. En caso contrario el Thermidor saldrá triunfante.

Al igual que en la Revolución francesa, donde los enriquecidos, los corrompidos, sosteniéndose en las masas fatigadas y por lo mismo pasivas, decapitaron al partido Jacobino cuando Robespierre y Saint Just preparaban medidas en favor de las clases pobres, y establecieron el régimen burgués, la burocracia dará su viraje a la derecha abriendo tal vez la vía a una restauración capitalista... La palabra Thermidor se incorpora al vocabulario corriente. Exaspera al Buró Político. En 1926, sin embargo, Trotzky publica un librito titulado "Hacia el capitalismo o hacia el socialismo", en el cual demuestra que la economía soviética ha superado las dificultades del período de la reconstrucción y se orienta hacia el socialismo.

Desde 1921, el país, pacificado, ha puesto en evidencia una magnífica energía creadora. Gracias a la obstinada labor de los campesinos, la agricultura, relativamente próspera, retoma su nivel de 1913. Constitúyese una categoría de cultivadores enriquecidos: los productores de ganado han amasado grandes fortunas.

Los rebaños diezmos reconstituyen sus plantales, lo cual expresa la prosperidad de las campañas. En 1916 existían 35,8 millones de caballos y 60,6 de vacunos. En 1922, la guerra y el hambre habían disminuido catastróficamente las cifras: 24,1 millones de caballos y 45,8 de vacunos. En 1923 el renaci-

miento se acompaña con el enriquecimiento: 33,5 millones de caballos y 70,5 de vacunos.

El Partido y la clase obrera han conseguido que toda la industria nacionalizada se vuelva a poner en funcionamiento. De ese modo ha quedado probada la "capacidad de la clase obrera", según las palabras de Proudhon, para asumir la gestión de la producción, de los transportes, y en menor medida, del reparto comercial.

A los ojos de un viajero occidental, la pobreza de Rusia sigue siendo sorprendente; pero no hay miseria; en general, se trata de una robusta pobreza que marcha hacia el logro de sucesivas mejoras. Los avances se han venido produciendo desde 1921. Calculado en rublos oro, (dos rublos oro suman aproximadamente un dólar oro), el salario mensual de un obrero ha sufrido el siguiente desarrollo: 1913, antiguo régimen, 24,3 rublos oro; 1925-6, 54; 1926-7, 60,4. Es bien cierto que los precios de comestibles y artículos manufacturados han experimentado alzas, pero nunca en esa proporción. Si se calculan los gastos de un obrero según una lista de mercaderías necesarias, se ve que en 1926-8, el trabajador ruso puede comprar más que lo que podía en tiempos del zar. Para él, pese a los gastos generales de los años heroicos, el balance de la revolución se cierra con un acrecentamiento de su bienestar. Por efecto de la sobrepoblación, es grave la crisis de habitaciones; hay desempleo. En numerosos casos los sin trabajo reciben un subsidio suficiente.

Todos los marxistas de la oposición están informados de los problemas económicos. Constatan que el período de reconstrucción está próximo a cerrarse, y que hay que pensar en los avances ulteriores. La industria es demasiado débil como para aprovisionar al campo. Las reservas de cereales y de materias primas se acumulan inactivas e inaccesibles en manos de los paisanos enriquecidos o kulaks. El Buró político detiene el alza de salarios, al decidir que éstos no seguirán el ritmo de incremento global de la producción, sino que dependerán del grado en que el trabajo obrero aumenta su rendimiento, (pero el proletariado está suministrando el máximo de sus esfuerzos y tiene que emplear equipos desgastados). Las disminuciones de precios decretadas por el gobierno, son, naturalmente, falaces. El "régimen de economías" instituido en la administración y en las fábricas no da mayores resultados... Más hábil, más móvil, menos escrupuloso que el comercio estatizado, el comercio privado especula sobre los productos de las industrias socializadas y los revende al consumidor, asegurándose abusivos beneficios. Los intermediarios se enriquecen, y los nuevos

capitalistas pueden colocar sus fondos en las pequeñas empresas o en el Banco del Estado, que les aseguran razonable interés. Estos *nepmen*, "gentes de la nueva política económica", forman una categoría social parasitaria y desmoralizante. Si no se toman iniciativas inteligentes y enérgicas, la Oposición prevé un conflicto con los campesinos sometidos a la influencia de sus colegas enriquecidos; el peligroso estancamiento de la industria; las dificultades en el avituallamiento de las ciudades y del ejército; la crisis monetaria y la inflación; la formación de una burguesía contrarrevolucionaria de kulaks y *nepmen*; la continuada degeneración burocrática del Estado y del partido; la corrupción y capitulación final de la burocracia.

¿Cuáles son los remedios a estos males visibles y previsibles? En la agricultura, la condonación de todos los impuestos que gravan a los campesinos pobres (el 50 % del total campesino). Aumentar los impuestos a los labradores acomodados o ricos; un empréstito forzado, pero con precisa enumeración de ventajas, para poner los stocks acumulados en manos del Estado. Respecto a la clase obrera, revisión de la política de salarios, retorno a la democracia sindical, es decir, al restablecimiento y acrecentamiento de los derechos formales del obrero. Para los consumidores: medidas contra la especulación y los beneficios ilícitos del comercio privado. Con relación a la producción en su conjunto: establecimiento de planes quinquenales escalonados, con el fin de obtener una rápida industrialización del país. (Hasta esos momentos, sólo escasa influencia había tenido la Comisión del Plan; se limitaba a elaborar previsiones anuales denominadas "cifras de control"). Los recursos para la industrialización se encontrarán en las reservas rurales, en la racionalización auténtica, en las economías, en las exportaciones. Primera condición para que el Partido y el Estado puedan cumplir sus nuevas tareas: devolver a los militantes la iniciativa, la palabra, el derecho de crítica y de efectuar proposiciones; renovar el entusiasmo, sacudir la torpeza y la esclerosis del régimen burocrático. Tal es el programa de la Oposición, expuesto en una multitud de documentos, especialmente en la declaración de los ochenta y tres viejos bolcheviques, e inmediatamente firmada por tres mil miembros del Partido; y en la plataforma de 1927, que recogió unas diez mil firmas.

Stalin carecía de programa económico. Trotzky lo definía como "la política que avanza dándose contra las paredes, bajo el látigo de las circunstancias. Si el látigo silba por la derecha, marcha hacia la izquierda; si silba desde la izquierda, dobla hacia la derecha". El Secretario General había pronunciado diatribas contra la industrialización. Repetíanse sus palabras

acerca del proyecto la gran central eléctrica del Dniéper, el Dnieprostroy: "Rusia necesita de ella tanto como un mujik de un fonógrafo". Su propensión al menor esfuerzo era premeditada: buscaba el apoyo de la gente, prometiendo días tranquilos. Para combatir a la oposición pretende gobernar con Bujarin, Rykov, Tomsy, Kalinin, Vorochilov, Iagoda, todos los cuales constituye nuna especie de corriente de derecha. Los tres primeros, ideólogos instruidos, pretenden comenzar con el desarrollo de la agricultura, el enriquecimiento de los campesinos, una industrialización moderada, lenta, compatible con una problemática estabilidad internacional. Bajo este equipo dirigente, el conjunto de funcionarios del partido, que confusamente desean la continuación del apacible tren cotidiano. En una abundante literatura colmada de cifras truncas, el Buró político denuncia a los "superindustrializadores trozkystas", presentándolos como partidarios de la "explotación del campesino"; y al mismo tiempo como "hombres carentes de fe", "intelectuales pequeño-burgueses" sobrecogidos de pánico frente a los problemas económicos. Todo andaba a las mil maravillas en la mejor de las repúblicas socialistas. Desbordaba la democracia obrera, según podían probarlo los millones de intervenciones de activistas en las reuniones del Partido. Hacia todos los rincones se expandían en olas de papel esta literatura oficial. Desprovista de todo medio de expresión, la Oposición quedaba constreñida a hacer circular por los pequeños círculos sus documentos dactilografiados.

IX

En el verano de 1926, la Oposición decidió iniciar una campaña de reuniones privadas de miembros del Partido, sobre todo en los arrabales proletarios. Teóricamente, los miembros del Partido tenían pleno derecho a tomar el té juntos y discutir cuanto les interesara. Zinoviev, Kamenev, Trotzky, Preobrajensky, Smilga, y muchos otros, se dirigieron a las pequeñas habitaciones de los obreros, en las que se apiñaban grupos de cincuenta proletarios venidos de sus fábricas. Hacía mucho tiempo que los dirigentes del Partido habían perdido contacto directo con la gente de la calle. En cuanto a éstas, habituadas a no verlos más que en retratos, las acogieron con inmensa simpatía. Los más arduos problemas se debatían libremente, casi en la intimidad, mientras que grupos de estudiantes vigilaban los accesos. Todo eso se parecía a un renacimiento del Partido. Efectuábanse reuniones análogas en los bosques, en los cementerios, en los garages... El Buró Político no se atrevía a intervenir a través de la G.P.U., pero ordenó a los Comi-

tés que constituyeran brigadas de activistas para que por la fuerza dispersaran tales reuniones privadas. Los camiones transportaban al lugar señalado a grupos de fanáticos provistos de pitos y de cachiporras... Con el fin de evitar peleas entre comunistas, y hasta incidentes más graves, la Oposición transigió el 19 de octubre de 1926, comprometiéndose a expresarse solamente a través de la tribuna del Partido, y a observar la disciplina. Prometiéndose una discusión democrática, en vísperas del próximo Congreso. En cualquier país civilizado, en todo partido obrero se responde a las palabras con palabras; pero los gobiernos reaccionarios habían recurrido a la limitación legal del derecho de reunión.

Sin poder aceptar un debate en el que inevitablemente perdería terreno, incapaz de recurrir a una legalidad inexistente y comprometedorá, el Buró Político de la fracción Stalin-Bujarin-Rykov, recurrió esta vez a un método inaugurado por los camisas negras italianos.

"Entretanto, Trotzky, que continuaba sufriendo fiebres inexplicables, había hecho un viaje a Alemania en la primavera de 1926.

"El doctor Krause, llegado a Moscú para prestar servicios a numerosos miembros del Gobierno, propuso que Trotzky fuera puesto en observación en su clínica. Nos trasladamos a Berlín junto a los esposos Jusmenkó; sólo el gobierno del Reich estaba enterado de nuestra verdadera identidad. León Davidovitch sufrió la extirpación de sus amígdalas sin anestesia, pero su salud no experimentó la menor mejora. Recorrimos juntos las calles de Berlín: Asistimos a una manifestación obrera sobre la Plaza de Alejandro. Súbitamente, los emigrados blancos y la policía subalterna se enteraron por canales misteriosos de la presencia de Trotzky. Temíase un atentado inminente, y tuvimos que refugiarnos en la legación, que como se recordará, estaba a cargo de Krestinky. Durante su estadía en la clínica, León Davidovitch escribió su libro "¿A dónde va Inglaterra?". Era la época de la huelga general en dicho país.

Un suceso de magnitud enorme, originado en las entrañas del Asia, interviene en los destinos de la revolución rusa a partir de la primavera del año 1926: tanto como por sus propias cuestiones económicas y políticas, el partido irá a dividirse en torno al problema de la revolución china. Del Turquestán al Pacífico, la Unión Soviética posee inmensas fronteras con el mundo chino. Desde la alta Edad Media, Rusia viene comerciando con el Cathay. Las invasiones mongólicas del siglo XIII han dejado huellas profundas. El Imperio ruso ha perseguido sistemáticas conquistas en detrimento de China, y la extensión de su influencia en China misma. Tomado el poder, los marxis-

tas revolucionarios han sido los primeros en plantear con toda amplitud el fin del colonialismo y la emancipación de los pueblos coloniales y semicoloniales. Han afirmado que esta emancipación resulta posible, y que con la ayuda de los países socialistas, puede orientarse victoriosamente hacia progresivas transformaciones sociales. No intentaremos aquí establecer la relación entre las revoluciones rusas y el despertar del Asia; son espontáneas, directas, numerosas, inevitables. Al finalizar su vida, Sun Yat Sen, entrevistado en Shangai por Adolfo Ioffe, reconoció plenamente la necesidad de que la desfalleciente revolución china se apoyara en la Unión Soviética. El Kuomintang no controla más que el territorio vecino a Cantón. Pero allí ha logrado constituir, con el concurso de los comunistas chinos, apoyados por Rusia Roja, un pequeño ejército moderno. Un joven jefe nacionalista se ha dado a conocer por sus cualidades de organizador: Chang Kai Chek. Intenta un golpe de mano contra los comunistas, y luego concluye con ellos el compromiso de mayo de 1926. A partir de entonces, el Partido comunista chino queda bajo la estricta dirección del Buró Político, que a menudo desdena informar al Comité Ejecutivo de la III Internacional. Dicho en otros términos, cae bajo la directa sujeción del grupo Stalin-Bujarin. El compromiso impone a los comunistas la afiliación al Kuomintang, convertido en Partido simpatizante de la III Internacional. Vanamente se ha opuesto Trotzky a esa táctica peligrosa que subordina el movimiento popular a la burguesía nacionalista. Stalin no oculta que está maniobrando finamente con Chang-Kai-Chek, cuyos hijos van a estudiar a la escuela militar de Moscú. Expertos militares rusos participan en la formación del Ejército del Kuomintang y en las acciones militares del mismo. Así, el jefe de los guerrilleros del Ural, Blücher, bajo el nombre de Gallen; Rasgon, jefe de ejército del Turquestán, bajo el nombre de Olguin, y algunos otros. Consejeros políticos como Borodin (Alexandrov, que trabajó en América Latina) influyen sobre el gobierno; otros, como Voitinsky y Bubnov, dirigen el Partido Comunista Chino; otros, menos conocidos, organizan los sindicatos. El marxista holandés Sneevliet ha desempeñado funciones en China; también es enviado el comunista francés Jacques Doriot... La viuda de Sun-Yat-Sen apoya la política de Moscú. Chang-Kai-Chek recibe cierta ayuda técnica. Los bolcheviques están convencidos de que la revolución puede dar nacimiento a una nueva China que emerja del estancamiento y la opresión, y se labre un grandioso porvenir. Que esa nueva China será aliada natural de Rusia Soviética. Que los viejos imperialismos quedarán debilitados. Que tanto en China como en el resto del Asia les corresponde cumplir un deber de soli-

daridad internacionalista. Este último sentimiento es extremadamente profundo, y despertará del partido hasta sus mínimas células. Veráse a los obreros rusos, mal vestidos y mal alimentados, salir de la fábrica y discutir apasionadamente sobre el movimiento campesino de Chan-cha, sobre el ministerio de Wu-Han y sobre los problemas de Shangai. En Moscú, Karl Radek dirige la Universidad China. Secretas, confidenciales, directas, abundan las informaciones, por lo menos en los círculos dirigentes del Partido. La Oposición de Izquierda las expande ampliamente, porque prevé una catástrofe, y condena la política de Stalin.

La finalidad de Stalin parece consistir en conquistar el poder en el interior del Kuomintang, sacrificando en gran medida el movimiento de las masas, evitando un conflicto posible con las "grandes potencias". Con ese fin, los teóricos a su servicio sostienen la tesis del "bloqueo de las cuatro clases", algo así como un frente popular prefigurado, sobre el cual el Buró político espera maniobrar a su gusto, utilizando oportunos disfraces. En realidad, los métodos del gobierno burocrático se sustituyen a los del marxismo y la solidaridad; más que ayudar a que la revolución china establezca un nuevo régimen social, se procura ejercer un control suficiente sobre su gobierno.

Comenzada en julio de 1926, la campaña del Norte de Chang-Kai-Chek y Gallen (Blücher) contra los generales que han asumido la soberanía provincial, es apoyada por las clases trabajadoras con devoción y entusiasmos extraordinarios. Pese a lo arduo de la situación, acumula victoria tras victoria. Desemboca en la insurrección obrera de Shangai, de marzo de 1927, dirigida por los sindicatos y sus consejeros rusos. El ejército del Kuomintang ocupa las grandes ciudades del Yan-Tse-Kiang y penetra en Shangai... Logrados los objetivos, los generales reaccionarios, bajo un gobierno que cuenta con ministros comunistas, masacran a los campesinos insurgentes. Los comunistas chinos dirigen mensaje tras mensaje a Moscú. Se sienten condenados al exterminio. Piden un cambio de táctica. Suplican que se les permita defenderse, mientras ello sea posible... La Oposición los apoya. Preconiza la formación de Soviets populares en China, el apoyo al movimiento campesino, la independencia del Partido Comunista. Vaticina la derrota del movimiento popular, y el triunfo de la reacción. La polémica alcanza extremada violencia. Zinoviev, Radek y Trotzky, siguen los acontecimientos al día, y multiplican las advertencias y las admoniciones... Stalin ordena a los comunistas de Shangai que entreguen o escondan sus armas. Manifiesta tener absoluta confianza en Chang-Kai-Shek. Los culfes, los proleta-

rios y los artesanos de Shangai lo obedecen. Y la tragedia estalla.

En marzo de 1927 Stalin pronuncia ante los "militantes activos" de Moscú, es decir, ante los funcionarios del partido, un discurso en el que refuta a la Oposición. De Chan-Kai-Chek dice: "Lo tenemos agarrado; lo utilizaremos, y después lo arrojaremos como un limón exprimido...". Algo expurgado, el discurso es enviado al "Pravda", pero esa misma noche llega la noticia de que Chang-Kai-Chek ha procedido a desarmar a los sindicatos de Shangai por la fuerza, en términos más exactos, ha masacrado a los comunistas... Stalin retira del "Pravda" su artículo, terriblemente desmentido por la realidad, y hasta se niega a darlo a conocer a los miembros del Comité Central (opositores).

El descrédito de esta derrota, al aplastar a Stalin, le imposibilita toda discusión; al mismo tiempo, exaspera a la Oposición. En el seno de ella, piensan algunos que el Secretario General irá a caer bajo los golpes de una reacción general e indignada de las masas. Trotzky no opina lo mismo. Considera que las derrotas descorazonan a las masas, refuerzan aún más las tendencias a la inercia, condensan los ánimos reaccionarios.

X

La verdad es que en medio de la confusión de los debates en el Buró político, en el Comité Central, en el Ejecutivo de la III Internacional, en los comités, en las células, el aparato stalinista, sustituye con amenazas sistemáticas, amordazamientos y sanciones, toda posible argumentación, y casi siempre se sale con la suya. Algo así como un terror larvado comienza a reinar en el partido. Si los opositores pueden tomar la palabra, es por algunos minutos estrictamente medidos, y deben hacerlo bajo los aullidos de los "activistas" seleccionados por los secretarios. Las comisiones de control pronuncian exclusiones por "indisciplina", por "actividad fraccional". De manera inevitable la pérdida del trabajo y hasta el arresto suceden a la exclusión. Por centenares, otros opositores son desplazados, es decir, enviados a regiones desérticas o glaciales. En setiembre de 1927, la prensa comunista de Moscú, de París, de Londres, de Nueva York, que ya está debidamente orquestada bajo la dirección de agentes confidenciales, publica una noticia sensacional: "Un complot de la Oposición, ligado a las fuerzas contrarrevolucionarias ha sido descubierto en Moscú"; se ha allanado una imprenta clandestina; un ex-oficial blanco del ejército del barón Wrangel está implicado en el asunto... Una circular dirigida a las organizaciones del Partido menciona un "complot militar"... Zinoviev, Evokimov, Smilga y Trotzky, se presentan ante Menjinsky, jefe de la G.P.U., enfermo cróni-

co que trabaja acostado sobre su sillón. Le exigen que les haga conocer el expediente. Pero el expediente ha sido comunicado al Buró Político, y por lo demás, no contiene prácticamente nada. Todo es falso en la información oficial. Falso, o grosero, criminalmente exagerado y deformado. No existe tal imprenta clandestina. Se trata de tres o cuatro máquinas de escribir en una pobre habitación obrera. Trotzky exige: "¿Dónde está la contrarrevolución?" ¿Quién es el ex-oficial de Wrangel? Hágalo aparecer". Menjinski, totalmente embarazado y confuso se explica y se disculpa. Nada tiene que ver con las versiones publicadas. No es él quien dirige la prensa... Un ex-oficial del ejército blanco ha servido para delatar la existencia de las máquinas de escribir; pero ello se debe a que es un colaborador de la G.P.U., un experimentado agente provocador!

La mecha del falso complot se apaga lamentablemente, pero ni el Comité Central ni la prensa rectifican una palabra. Algunos comunistas, Mratchkovsky entre ellos, uno de los más respetables por su valor físico y su pasado, están presos.

"Muralov, Ivan Smirnov y otros, reuniéronse una tarde en nuestro departamento del Kremlin, esperando que León Davidovitch volviera de una reunión del Buró Político. Piatakov llegó antes, muy pálido, y agitado. Se sirvió un vaso de agua, lo tomó ávidamente, y dijo: "¡He visto el fuego, ustedes lo saben! Pero esto, esto, es mucho peor! ¿Por qué, por qué ha hablado así León Davidovitch? Stalin no se lo perdonará ni a sus nietos!" Tan consternado estaba, que no pudo explicarnos claramente de qué se trataba. Cuando León Davidovitch entró en el comedor, Piatakov se precipitó hacia él: "Por qué, por qué lo ha hecho?" León Davidovitch cortó las preguntas con un gesto. Estaba calmo y agotado. Le había gritado a Stalin: "Enterrador de la revolución". El Secretario General se había levantado, y a duras penas, dominándose salió dando un portazo del recinto. Todos comprendimos que la ruptura era irreparable.

"Piatakov se sentía pesimista. Consideraba que tanto para Rusia como para el resto del mundo, abriase un largo periodo de reacción; que la clase obrera estaba al cabo de sus fuerzas y el partido estrangulado; que la Oposición había perdido la batalla. Sólo por principio y por espíritu de solidaridad perseveraba en ella.

"Agotado e hipertenso, León Davidovitch sufría malestares físicos, debilidad, temperatura, insomnios. "Siento la cabeza vacía", solía decir. No siempre bastaban los somníferos para procurarle el sueño. Nuestros hijos, yo misma padecíamos idénticos insomnios. A la mañana, en el momento del desayuno,

veíamos a León Davidovitch abrir los periódicos... Les echaba un vistazo, y los arrojaba sobre la mesa con profundo desagrado. No había más que mentiras estúpidas, distorsión de los menores hechos, de los más simples propósitos, amenazas cargadas de odio, telegramas de todos los países del mundo repitiendo las mismas infamias con ilimitado servilismo... ¿Qué se había hecho de la revolución, del partido, del marxismo, de la Internacional? Imposible responderlo.

Hubo episodios reconfortantes. De manera sorprendente, la Oposición logró obtener una sala teatral de Moscú. Miles de militantes la llenaron. Kamenev tomó la palabra con inteligencia y fogosidad. Las autoridades cortaron la electricidad. La reunión concluyó con bujías. En Leningrado, bajo la lluvia, una multitud silenciosa aclamó con un movimiento de manos a los perseguidos dirigentes de la izquierda. Fischelev, viejo socialista vuelto de los Estados Unidos al comenzar la revolución, director de una imprenta, consiguió imprimir algunos miles de ejemplares de la *Plataforma* de la Oposición. Fischelev no tardó en ser excluido del Partido, arrestado, inculpado de malversaciones, uso indebido de papel, publicaciones ilegales, y condenado por la G.P.U. a la internación en las islas Solovetsky...

A fines de octubre de 1927, antes de ser excluidos, Kamenev y Trotzky tomaron por última vez la palabra ante el Comité Central. A título de excepción "Pravda" publicó la versión trunca de sus intervenciones. La exclusión significaba que en adelante, todo estaba permitido contra los opositores, de hecho fuera de la ley. En la tribuna, rodeado del último puñado de amigos, Trotzky hablaba con voz fuerte, subrayando nitidamente cada frase, calculando que no tuviera una sola palabra de más. "¿Por qué y cómo el Partido ha sido engañado por quienes nos han acusado de participar en organizaciones contrarrevolucionarias?... Habéis truncado el estenograma de mi breve discurso sobre el oficial de Wrangel. La fracción Stalin-Bujarin condena a prisión a hombres como Chtykgold, Vassiliev, Schmidt, Fischelev... aplasta el pensamiento del Partido, no sólo en la URSS sino en el mundo entero... El obrero teme decir lo que piensa, votar según su conciencia... Vuestra política es la de los zig-zags... Nada obtendréis de los kulaks... tras los burócratas, vése a la burguesía que renace...". Este discurso, cortado por interrupciones y clamores, subrayado por los puños tendidos de la sala, se detiene varias veces bajo los silbidos y el tumulto. León Davidovitch habla imperterritablemente, levantando la voz para dominar el ruido, hasta el momento en que los miembros del Comité Central, levantándose en desorden, amenazan una agresión... Al releer el

texto oficial, se experimenta la desoladora sensación de un combate de condenados contra el único hombre que entrevé el porvenir con claridad. La mayoría de los que se esfuerzan por cubrir con ultrajes la voz de Trotzky, serán más tarde masacrados por Stalin! Ya no son más que fantasmas agitados, pero impotentes para conjurar su destino. Shrypnik, que interrumpe más que ningún otro, se hará saltar los sesos en 1933, para terminar con la persecución. Unschlicht, Chubar, Petrovsky, cuyas exclamaciones son furiosas, desaparecerán diez años más tarde, fusilados o recluidos. Sólo Vorochilov sobrevivirá...

Zinoviev afrontará idénticas violencias en la misma sesión, pero una octava más bajas, pues se lo sabe más débil. Antes de abandonar la tribuna "bajo los silbidos", dice "Pravda", exclamó: "¡O nos dejáis hablar ante el Partido, o nos arrojareis a todos en prisión!". El texto oficial registra en ese momento "risas", y gritos de: "¡Suficiente! ¡Fuera de aquí!". Trotzky y Zinoviev fueron excluidos del Comité Central. No podrían, pues, tomar la palabra en el XV Congreso del Partido, anunciado para diciembre. La exclusión equivalía a una mordaza.

Pronto, bajo un verdadero diluvio de sanciones, de dramas, de envenenadas polémicas y de amenazas, se celebraría el décimo aniversario de la revolución de octubre de 1917. En Leningrado y en Moscú, la Oposición decidió participar en los desfiles del 7 de noviembre con sus propios carteles y banderas, llevando inscripciones de este tipo: "Contra el kulak, el nepman y el burócrata!" — "¡Respetemos el pensamiento de Lenin!" — "¡Por la verdadera unidad del Partido!". En Leningrado, a donde Zinoviev y Radek se habían dirigido, produjéronse importantes fricciones entre la milicia y los opositores reunidos en las cercanías del Palacio de Invierno. La milicia cargaba rudamente contra hombres que en la víspera había conocido en el poder. Aisló en un patio a Zinoviev, Radek y su grupo. En Moscú, los "activistas" del Comité urbano se distinguieron por suscitar algunos desórdenes. Smilga, miembro del Comité Central, había pegado sobre el balcón de su departamento los retratos de Lenin y de Trotzky, acompañados de una bandera roja... Esas efigies fueron arrancadas y desechas. Algunos obreros comunistas, desfilando con su distrito, intentaron desplegar un cartel al llegar a la Plaza Roja... Los activistas vigilaban: el cartel fué destruido no bien apareció, y quienes lo llevaban golpeados. El automóvil de Trotzky, detenido en medio de un remolino de gente, recibió dos tiros de revólver. Ningún incidente fué en sí mismo grave, pero la atmósfera sobrecargada hacía pensar en la de un pogrom. Los obreros, excluidos en masa del Partido, subrayaban con amar-

gura esta extraña conmemoración de la victoria del proletariado.

En el extranjero, y aún en Rusia — la prensa no retrocede ante ninguna impudicia — se habló mucho de la "manifestación insurreccional" de la Oposición.

"La misma tarde del 7 de noviembre de 1927, León Davidovitch decidió que debíamos abandonar inmediatamente el Kremlin, sin esperar ser expulsados. Nos encontrábamos como en una ratonera. La exclusión del Partido sólo era cuestión de días, y tras eso venía la prisión. Fuimos a pedir asilo a casa de Bielodorodov, que vivía en una residencia del Soviet, próxima al Kremlin. Nos ofreció una pequeña pieza sobre el patio. Dos semanas después, obtuvimos de la Oficina de Alojamientos del Soviet un departamento en la ciudad. Zinoviev, Kamenev, Radek recibían órdenes de expulsión del Kremlin.

"La exclusión de Trotzky y de Zinoviev del Partido fué publicada el 15 de noviembre de 1927. Al día siguiente, nuestro amigo Adolfo Ioffe se disparó un tiro en la cabeza. Sufría una afección al sistema sanguíneo, y el Comité Central le retaceaba los debidos cuidados; la enfermedad no le permitía participar en la lucha política con la intensidad deseada. Antes de matarse, escribió una larga epístola a Trotzky, donde figuran estas líneas:

"Si es permitido comparar lo grande con lo pequeño, yo diría que vuestra exclusión y la de Zinoviev — suceso de inmensa importancia histórica —... y el hecho de que, tras veintisiete años de trabajos revolucionarios en puestos responsables del Partido, me reduzcan a una situación en la que sólo me resta hacerme saltar la tapa de los sesos, caracterizan el régimen del Thermidor. Y puede que ambos acontecimientos, el grande y el pequeño, se unan para producir el sacudimiento que despertará al Partido, deteniendo el curso del Thermidor". Rogaba a León Trotzky que en la medida de sus posibilidades velara por el porvenir de su mujer y de su hijito (siete años). La G.P.U. se había apoderado de la carta; el Buró Político consideraba que los escritos de un miembro del Partido pertenecían al Partido... Finalmente, León Davidovitch pudo obtener una copia, probablemente incompleta. Los periódicos guardaron silencio sobre la protesta suprema de un viejo socialista, el primero en representar a la República Soviética en Alemania, en China, en Japón, autor de la paz con Polonia. Por haber leído copias manuscritas de su mensaje, hubo comunistas arrestados y deportados. Su joven viuda pasó el resto de su vida en la prisión y en la deportación. El niño murió en el Asia Central. Las exequias de Ioffe se transformaron en una imponente manifestación, la última manifestación espontánea y sin-

cera de la revolución rusa. Miles de opositores y de obreros acompañaron los despojos mortales, cantando por las calles de Moscú, blancas de nieve. En las puertas del cementerio de Novodievitchi, la milicia intentó detener a la multitud e impedir su acceso. Llevado en hombros, el ataúd oscilaba por sobre las cabezas; hubo que luchar para seguir avanzando... Rakovsky y Trotzky hablaron junto a la fosa abierta. Juraron recorrer hasta el final la senda de los revolucionarios fieles a su deber... Fueron sus últimas arengas de hombres libres sobre el territorio soviético".

QUINTA PARTE

LA PERSECUCION

I

El 2 de diciembre de 1927, más triunfal que cuantos le precedieron, bajo los auspicios oficiales de la absoluta unanimidad, de la unidad cien por cien, de la disciplina de hierro, del leninismo integral, de la más amplia democracia, el XV Congreso del Partido inaugura sus sesiones. Palabras como las anteriores hormigueaban en la prensa. En efecto, ni un solo opositor se encuentra entre los mil seiscientos sesenta y nueve funcionarios-delegados que representan a un millón doscientos mil afiliados. Stalin habla durante casi siete horas. Adóptanse tesis que resuelven todos los problemas. Las de Molotov sobre la agricultura, preveen una moderada colectivización. Otras tesis establecen la necesidad de un plan quinquenal de industrialización, igualmente moderado en sus perspectivas. El Congreso pronuncia la excomunión mayor del trozkismo, "vuelto menchevizante, dispuesto a capitular frente a la burguesía interior e internacional, secuaz objetivo de la tercer fuerza dirigida contra la dictadura del proletariado". Entiéndese por "tercera fuerza" la de las clases medias, consideradas medularmente reaccionarias. Kamenev y Rakovsky, este último relevado de la embajada en París, aún pueden tomar la palabra, porque continúan siendo miembros del Comité Central. Atestiguan la lealtad hacia el Partido de la Oposición de Izquierda, sus actividades, sus fines. Exíjese de ellos la inmediata abjuración, la capitulación incondicional. "¿Puede pedirse a viejos revolucionarios que renieguen por la tarde de lo que a la mañana creían justo?", exclama Kamenev.

De nada sirven estas palabras, con las que débilmente se defienden los derechos de la conciencia. Zinoviev y Kamenev, entonces, junto con la mayoría de sus amigos, declaran someterse sin reservas. Rakovsky, Muralov y Radek, en nombre de los trozkystas, rechazan la abjuración y proclaman que desde

fuera del Partido, permanecerán fieles a él, luchando por su regeneración. Para mejor compensar la derrota de Shangai, Stalin había meditado un golpe maestro en China. La conquista del poder por los comunistas en la provincia de Kwang-Tung, cuna histórica del Koumintang, debía coincidir con los triunfos del XV Congreso. Sus emisarios, el alemán Heinz Neumann y el georgiano Lominadzé montaban en Cantón una insurrección proletaria, que resultó en efecto la obra maestra del burocratismo. A una señal dada, los culies, los artesanos y los proletarios se levantaron el 10 de diciembre. Un grupo de decretos, preparados con anticipación, fueron inmediatamente publicados. El XV Congreso no tuvo casi tiempo de aclamar a "la inmortal comuna de Cantón", cuando ésta se hundía bajo la sangre inútilmente vertida de unos cuantos miles de trabajadores.

La Oposición de izquierda ha perecido. Ella se disgrega en sus diversos componentes. Un pequeño grupo, el de Sapronov y Vladimir Smirnov, consideran que el Estado Policial está en vías de creación, y que hay que comenzar la acción clandestina contra él, la organización de un nuevo Partido proletario. La llamada tendencia de Leningrado (Zinoviev), no ve ninguna posibilidad política fuera del Partido, cualquiera sea el régimen interno que en él reine, cualquiera sea el envilecimiento que los "capituladores" (como en adelante se los denominará) deban sufrir. Tarde o temprano estallará la crisis, y en ese momento hay que estar en el Partido, aún a costa de soportar humillaciones, de desacreditarse día tras día; llegada la crisis, puesta en juego la salud del país, poca importancia tendrían todas las abjuraciones forzadas... Tal es el razonamiento que en la intimidad expresan. Los otros, los románticos Quijotes, se hundirán en la prisión, y serán olvidados en ella. Los intransigentes, Racovsky, Muralov, el periodista bolchevique Sosnovski, una de las mejores plumas de los años precedentes, y el mismo Trotzky, aceptan de antemano la persecución, en aras de la permanencia e inflexibilidad del pensamiento marxista, de la tradición revolucionaria, de las esperanzas en una reforma soviética. Trotzky está convencido de que el régimen staliniano no logrará perpetuarse. "Su caída, afirma, será súbita". Vale más salir de las prisiones que de la abyección moral. ¿Se ha equivocado Trotzky? Multitud de veces en los años posteriores, Stalin se verá al borde del abismo, y sólo logrará mantenerse en el poder mediante golpes de fuerza administrativos y policiales; y diez años después, para estabilizar su régimen, deberá ordenar la más vasta masacre política que la historia ha conocido... Las notas de León Davidovitch muestran, por lo demás, que a partir de 1923 preveía una eliminación

progresiva de él y de sus compañeros de lucha, "a realizarse en seis o siete etapas"...".

Piatakov y algunos otros también capitulan, porque opinan "que nada queda por hacer", que el presente es demasiado negro, y muy oscuro el porvenir. Trabajar por la industrialización soviética vale más que pudrirse en la deportación; y el país obtendrá mayores beneficios con ello. Hay otros que como Radek, se dejan engañar por una aparente evolución hacia la izquierda, en el sentido de las reivindicaciones de la Oposición. Y quedan finalmente las adaptaciones por cobardía, las abjuraciones interesadas, la negativa a abandonar la comodidad y emprender el destierro a Siberia... En todos los casos, la vinculación afectiva con el partido de la revolución desempeña un profundo papel.

"Antes que la derrota quedara consumada, Alejandra Kollontai nos visitaba a menudo. La Oposición Obrera de 1920, de la que había sido dirigente, colaboraba con nuestro movimiento. Nominada embajadora en Noruega, vino todavía a nuestro departamento y se ofreció a conducir en su valija diplomática documentos de la Oposición destinados a los grupos en el extranjero. Días más tarde, cuando se los hice llegar, la encontré cambiada, confusa, temerosa. "Verdaderamente, nada puedo llevar, lo lamento muchísimo", repetía... Sólo le quedaba publicar en el "Pravda" una abjuración completa de su pasado, de sus ideas; no tardó mucho en hacerlo. A ese precio, consiguió retener el puesto. También capituló Krestinski, embajador en Berlín. Días después, antes de nuestra deportación, vino a visitarnos su mujer. Vieja militante instruída, recta y sincera, a quien la obligación de figurar vestida de "soirée" en las recepciones diplomáticas exasperaba profundamente, procuraba justificar el gesto de su marido y el suyo propio, pero la era imposible ocultar la vergüenza que la embargaba. "¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Hay que vivir, sin embargo..." Nos abstuvimos de responderle que se podía vivir con la conciencia más limpia en algún lugar del círculo polar".

II

Esperábamos la deportación, temerosos de la repercusión que las medidas policiales podían tener en el extranjero, sobre todo en los Partidos Comunistas insuficientemente domesticados, Stalin y Bujarin, a través del Comité Central, invitaron a los opositores más conocidos a aceptar cargos en regiones alejadas. Sugirióse a León Davidovitch que "voluntariamente" partiera hacia Astrakán. Se negó a ello. La agencia oficial

Tass desmentía los rumores sobre "represiones en la U.R.S.S.". En momentos en que la G.P.U. multiplicaba sus operaciones nocturnas, arrojaba a inmundas prisiones a los obreros excluidos del Partido, y con modales un poco más civilizados procedía a la deportación de los hombres más conocidos de la revolución, la "Correspondencia Internacional" afirmaba en inglés, en francés, en alemán, que "el Partido no recurre a ninguna medida punitiva". En principio, nuestra partida forzada hacia Alma-Ata había sido fijada para el 16 de enero de 1928; pero ese día, miles de moscovitas invadieron la estación; una multitud llegada de las fábricas se instaló sobre los rieles, al tiempo que otros obreros recorrían todos los vagones para cerciorarse de que Trotzky no se encontraba en ellos. La milicia no se atrevió a intervenir. Una llamada telefónica difirió por dos días nuestra partida.

"Al día siguiente a la mañana, la G.P.U. se presentó. La partida se adelantaba veinticuatro horas, y todas las máscaras caían. Los agentes de la G.P.U. munidos de una orden de arresto y de una condena que en secreto—in comparencia del acusado, el Consejo de Seguridad Política había pronunciado contra León Davidovitch, se mostraban exitados e indecisos. El Buró Político aplicaba a Trotzky el artículo 58 de Código Penal, referente a "actividades contra-revolucionarias". Nos negamos a partir; Trotzky no quería dar la menor impresión de sometimiento a una medida tan odiosamente arbitraria. Nos encerramos en una habitación. Con nosotros estaba nuestro hijo León, la viuda de Ioffé, y la esposa de nuestro camarada Bieloborodov, Comisario del Pueblo en lo Interior hasta la víspera, a quien también habrían de deportar poco después. Los agentes recibieron orden de emplear la fuerza. Un oficial apellidado Kichkin, que en más de una ocasión había acompañado a León Davidovitch en sus visitas al frente, comenzó a derribar la puerta, gritando: "¡Dispare contra mí, camarada Trotzky!". Sentía vergüenza, pero obedecía. Un tiro lo hubiera aliviado. Sus exclamaciones terminaron por costarle la vida. ¡Qué prueba de "trotskismo" subconsciente! Derribada la puerta, Trotzky se negó a marchar, y los soldados tuvieron que llevarlo. Sergio y León alertaban a los vecinos, todos ellos altos funcionarios. Algunos rostros espantados se asomaban a las puertas... Un automóvil nos condujo, no a la estación central de Kazán, sino a la pequeña estación desierta de Faustovo. Los agentes tuvieron que transportar nuevamente a Trotzky en dirección al tren. Nos encontramos en un vagón, rodeados de uniformes de las tropas especiales de la G.P.U. A nuestro alrededor se extendía un oscuro paisaje nevado; el día era glacial. Faltos de tiempo nada pudimos llevar con nosotros. Nos comunicaron que nues-

tros equipajes nos seguirían en otro tren, y nos alcanzarían doce días más tarde en Frunze (Pichpek), Kazakstan, en las fronteras de Sinkiang... Nos despedimos de Sergio; León nos acompañaba. Podía descender en las estaciones, comprar algunas menudencias, recorrer las calles negadas; no era un prisionero. En la puerta de nuestro compartimiento, un soldado de facción, silencioso, encarnaba el poder del Buró Político. Los soldados rojos simpatizaban con nosotros. Hubieran preferido una misión diferente... El convoy estaba bajo las órdenes de un tal Barytchkin, que en otro tiempo había acompañado a Trotzky en sus excursiones de caza. Oficial amable e inventivo, algo había en él sin embargo que nos desagradaba profundamente. Durante el arresto, se había mostrado muy reservado. Ahora el embarazo lo ponía glacial. León Davidovitch estaba de buen humor; alegre por momentos. Dormía poco. Acostado en su asiento, díjome de pronto: "No quiero morir en el Kremlin, en una cama...". Por lo demás, ignorábamos a dónde nos conducirían.

"De Frunze a Alma-Ata, recorrimos unos doscientos cincuenta kilómetros en automóvil, atravesando el desierto y las tormentas de nieve. Una parte de nuestro equipaje se perdió—o fué robada por la G. P. U. Alma-Ata era una gran aldea kazak (o kirguiz), sin aguas corrientes ni desagües, abandonada a la miseria indígena, al paludismo, a todas las enfermedades del Asia Central. La G. P. U. nos ubicó en el único hotel del lugar, reservado a los funcionarios. Nuestra habitación carecía de comodidades, pero estaba limpia y tan caldeada, que había que dejar abierta la puerta que daba al corredor. Tres secretarios de Trotzky habían decidido voluntariamente reunirse con él en el exilio: teóricamente, nada les impedía establecerse en Alma-Ata y trabajar para un deportado. Sérmuks logró llegar, y estableció contacto furtivo con León. Llevó su audacia al extremo de solicitar una habitación en el hotel. Entreveía en el corredor su alta figura, su fina cabellera rubia, su amigable mirada... Sólo una vez pudimos hablar con él... Fué arrestado, y nunca pudo librarse de las prisiones y deportaciones. Lo mismo ocurrió con Poznansky. Jorge Butnov, el tercero, sufrió más rápidamente una suerte terrible. Este joven ingeniero se había desempeñado como jefe de gabinete del Consejo Superior de Guerra. Esmirriado, más bien pequeño, desdichado en su vida privada, se había revelado como organizador infatigable, aunque ni sus orígenes ni sus preocupaciones parecían empujarlo hacia la actividad revolucionaria. Casi todos los papeles del Consejo y del Alto Comando pasaban bajo sus manos. Desde que, todavía hipócritas, comenzaron las persecuciones contra

Trotsky, se sintió vigilado, porque a través de él, hubiera sido fácil comprometer a Trotsky. "Sé, decía, que he de morir". Arrestado aún antes de nuestra partida, fué objeto de inculpaciones que rechazó con disgusto; dió pruebas de estoica combatividad, respondió con la huelga de hambre a las amenazas y a la tortura psicológica, y murió al cebo de cincuenta días de lucha desesperada, en octubre de 1928. De todo lo cual nos enteramos mucho más tarde...

"El rumor de la deportación de los militantes de la Oposición se expandía por el extranjero. La agencia oficial Tass publicó un desmentido, confirmado por la "Correspondencia Internacional", órgano del Komintern, y por una declaración de Bujarin... Periódicos inspirados, entre otros "L'Humanité" de París, relataban el viaje de Trotsky al Turkeistán en un tren de lujo... Al cabo de una quincena, frente a la emoción de miles de obreros y las informaciones de la gran prensa, Moscú admitió las deportaciones y las prisiones, bien entendido que minimizándolas. Smilga y Serebriakov habían sido enviados a Semipalatinsk, en las arenas de Kazakstán; Iván Smirnov a Kizil-Orda; Sapronov a la región de Onega; Rakovsky a Astrakán, luego a Barnaul, sobre el Obi, Siberia central; Preobrajensky al Ural. Por centenares, los opositores menos conocidos eran arrojados a prisión, frecuentemente reclusos en los sótanos de la G. P. U., mezclados con los detenidos de derecho común, las mujeres con las prostitutas... Encarcelábase a los enfermos, a mujeres encinta, a mutilados, a héroes de la revolución. Los arrestos se efectuaban por la noche, de manera secreta; sólo excepcionalmente se daba a conocer el nombre de las víctimas. En Moscú, la esposa de un deportado fué encontrada con tres niños de corta edad. Telefónicamente informada de la dificultad, la G. P. U. ordenó: "¡Dejad a los niños y traednos a la madre!". A nadie juzgaban, a nadie permitían defenderse. El Consejo de la G. P. U. decidía sobre la base de la instrucción sumaria de sus funcionarios investigadores. Al principio predominó la deportación a las ciudades del Turkeistán, a las frías aldeas de Siberia; pero pronto el arresto sucedió a las deportaciones, y miles de opositores fueron enviados a cárceles denominadas "aisladoras", con sentencias administrativas de tres años de prisión, renovables a gusto de la G. P. U., es decir, del Buró Político.

"Las cifras publicadas por la Comisión Central de Control del Partido y nuestros datos personales, permiten estimar en ocho mil la cantidad de opositores arrestados, deportados y encarcelados en 1928. Pese a ello, durante ese año, los opositores deportados o encarcelados estaban sometidos a un ré-

gimen que les permitía leer y escribir. Aceptaron las privaciones, el frío, el hambre, la separación familiar, y supieron mantener una intensa vida intelectual y política. Una animada correspondencia ideológica relacionó entre sí a las colonias de deportados. El gabinete negro leía, fotografiaba, colacionaba todo, sustraía una multitud de mensajes, gracias a lo cual el Buró político podía seguir día a día el pensamiento de sus enemigos y compaginar la lista de los irreductibles... León Davidovitch anota en "Mi Vida" que entre abril y octubre de 1928, "enviamos alrededor de ochocientas cartas políticas y quinientos cincuenta telegramas; recibimos un millar de cartas y setecientos telegramas...". Cada mensaje interesaba a todo un grupo. En octubre, la correspondencia cesó bruscamente... El Buró Político Stalin-Bujarin temblaba ante los prisioneros. Tan impopular era la represión que contra toda evidencia, los miembros del gobierno continuaban desmintiéndola; y no sin éxito a veces, intentaban aproximarse a los opositores a quienes creían propensos a capitular. Por otra parte, acrecían las dificultades económicas, confirmándose así los vaticinios de los excluidos. Nadie preveía aún el exterminio en masa de los intransigentes, que habría de producirse tras largos años de lucha. Vivíamos de nuestros propios recursos, reunidos en Moscú en previsión del exilio, suficientes para el caso, pero destinados a agotarse rápidamente.

"Nuestra existencia en Alma-Ata se organizó bastante bien. Anoté en mi cuaderno: "Ciudad de temblores de tierra y de inundaciones, situada al pie de los montes de Tian Shan, en la frontera con China, a doscientos cincuenta kilómetros del ferrocarril y cuatro mil de Moscú. Un año con las cartas, los libros y la naturaleza...". Agregó: un año con las preciosas simpatías ocultas, con sacrificios magníficos, un año de comunidad intelectual y moral con una aristocracia revolucionaria de excepcional temple humano. Alquilamos una casita primitiva, próxima a la G. P. U., casi en el centro del poblado, que había sido dispuesta para alojamiento del gobierno de Kazakstan. León Davidovitch se rodeó de manuscritos y periódicos, dispuestos sobre mesas, desbordando el escaso mobiliario. Una dactilógrafa escribía diariamente al dictado. Sabíamos que a esta amable joven la obligaban a efectuar largos informes para la G. P. U. También realizamos una partida de caza por los montes nevados, que duró una semana. Al llegar la primavera, León Davidovitch acostumbraba a descansar dedicándose a la pesca. En verano, fuimos a vivir a una casa de campo, siempre vecinos de la G. P. U., rodeado de vergeles en flor. Los picachos azules de las montañas...

clan tras los manzanos blancos y rosas; el cielo tenía una apacible luminosidad. Nuestro huésped, un campesino, era informante policial; pero un oficial de la G. P. U., vecino nuestro, se dió a conocer como opositor —¿verdadero o falso?— y nos colmó de atenciones. El funcionario D., estableció contactos clandestinos con León... Un camarada llegado de Moscú se estableció en Alma-Ata como conductor de carros. Encontró a León en un baño público. Algunas señales puestas en las ventanas, lienzos y flores, nos emocionaban. Cierta día, la señal convenida fué singular. En el mercado indígena me encontré con la mujer de D., quien me entregó una esquila. Acababan de arrestar a su marido. Volynsky, uno de los jefes de la G. P. U. central, había examinado la lista de los intelectuales de Alma-Ata, y encontró en ella el nombre de nuestro amigo. Hallaron en su casa una carta escrita por un estudiante. También desapareció el carretero. Jamás tuvimos noticias de ninguno de los dos.

“En octubre-noviembre, cuando los festejos revolucionarios, los miembros de la G. P. U. no disimulaban su turbación. León Davidovitch era al mismo tiempo el compañero de Lenin durante los años de la victoria, y el deportado. ¿Habría que pasar en silencio los grandes aniversarios? Hacia la misma época nos golpeó un amargo acontecimiento. Nina, la mayor de las hijas de León Trotzky, nacida de su primera esposa, murió tuberculosa en Moscú. Al sentir agravarse su mal nos escribió una carta. El gabinete negro la retuvo durante setenta y cinco días, para que la joven pudiera morir sin que su padre estuviera en condiciones de pedir autorización para verla una vez más... Nina, casada con un joven intelectual que había pertenecido al Ejército Rojo, dejaba dos hijos. Su marido, Man-Nevelson, estaba deportado o en prisión. En todas las cautividades dió pruebas de verdadera intrepidez. Sus “Cartas abiertas” a Stalin circulaban de mano en mano; eran implacables panfletos políticos. Ha desaparecido.

III

“En el otoño (1928), la correspondencia cesó de llegar a nuestras manos. La nieve se abatió sobre nuestro aislamiento. En diciembre, Volynsky, enviado de la G. P. U., entregó a Trotzky un ultimatum: si no renunciaba a su actividad política, el gobierno se vería obligado a impedirselo... Por actividad política se entendían las cartas y escritos enviados por correo a los demás deportados. Pensamos que nos irían a encarcelar. L. D. respondió por escrito, el 16 de diciembre,

negándose categóricamente a considerar un posible “abandono del combate que desde hace treinta y dos años, es decir, durante toda mi vida consciente, vengo sosteniendo por la causa del proletariado internacional. Quienes intentan calificar esa actividad como “contrarrevolucionaria” son precisamente los mismos a quienes acuso de violar los principios fundamentales de las enseñanzas de Marx y de Lenin, de atentar contra los intereses históricos de la revolución mundial, de renegar de las tradiciones de octubre de 1917, de prepararse en forma inconsciente —y precisamente por ello con tanto mayor peligro— el triunfo del Thermidor”. Su declaración, una nueva requisitoria, concluía con estas palabras: “Pretendéis continuar una política inspirada por fuerzas sociales hostiles al proletariado. Conocemos nuestro deber y lo cumpliremos hasta el fin”. No dudábamos que la mayoría de los opositores deportados estaban ya en prisión o a punto de entrar en ella.

En 1929, en toda Rusia, existían tres opositores conocidos que permanecían en libertad, aunque estrechamente vigilados: el español Andrés Nin en Moscú; Alejandra Bronstein y quien esto escribe en Leningrado. En razón de la extrema perfección de la vigilancia policial y de los ficheros del Partido, puede afirmarse que no existían opositores desconocidos por las autoridades. Algunas esposas de deportados continuaban viviendo en las grandes ciudades.

“Volynsky retornó el 20 de enero. Los agentes de la G. P. U. se instalaron en nuestra casa, vigilando todos nuestros movimientos. Algunos de ellos estaban alarmados. Nos comunicaron la siguiente decisión: “Visto... el artículo 58 del Código Penal... y la acusación de actividad contrarrevolucionaria bajo formas de organización de un partido antisoviético cuya actividad tiende a provocar manifestaciones antisoviéticas y a preparar la lucha armada contra el régimen de los Soviets... se ha decidido expulsar al ciudadano Trotzky, León Davidovitch, fuera del territorio de la U. R. S. S.”. Invitado a firmar, León Trotzky escribió: “La decisión de la G. P. U. criminal en su fondo e ilegal por la forma, me ha sido comunicada el 20 de enero de 1929”.

“¿A dónde iríamos? ¿Qué país nos acogería? ¿Qué trampas nos tenderían? Nada nos podía decir el emisario de la G. P. U. El mismo nada sabía. El oficial que simpatizaba con nosotros se mostró sumamente solícito. “¿A dónde?”, preguntó furtivamente a León. “¿A dónde os enviarán?”. Sólo tuvimos 24 horas para empaquetar nuestros papeles, los libros, los pocos objetos personales que teníamos. Al día siguiente, un automóvil nos transportó a través de las planicies

nevadas y los desfiladeros blancos. Poderosos tractores tuvieron que sostener una dura lucha contra la nieve solidificada que cerraba el desfiladero de Kurday... El tren nos esperaba en Frunzé; poco después se nos informó nuestro destino, Estambul, por intermedio de Bulanov, nuevo emisario de la G. P. U.

Exigimos poder despedirnos de nuestro hijo Sergio y de nuestra nuera Ania, esposa de León. Fueron llamados desde Moscú. León Davidovitch se negó a abandonar la U. R. S. S., y el Buró Político, puesto en aprietos por esa negativa, quería asegurarse de que el gobierno turco no se aprovechara de ella. Una locomotora tiraba pesadamente de nuestro vagón, rebosante de soldados, y lo conducía por vías desiertas a través de las blancas florestas de la provincia de Kursk. Estábamos totalmente aislados del mundo, pero en compañía de nuestros hijos. Los diarios nos informaban del arresto de nuestros amigos. Ahora le tocaba el turno a la oposición georgiana (Mdivani, Kavtaradzé, Okudjava). Todos ellos encarcelados. Transcurrieron una docena de días calmos, en una especie de inter-mundo. La República alemana, la más democrática de la tierra en 1929, cuyo partido social-demócrata continuaba a la cabeza del país, se negaba a recibirnos. De buen o mal grado teníamos que ir a Turquía. Sólo veíamos a correctos ejecutores. No nos dejaban descender del vagón.

"Sergio y Ania no podían seguirnos. Amaban a Rusia, a Moscú. Sergio concluía sus estudios de ingeniero. Prometieron visitarnos más tarde en Estambul. No sospechaban que quedándose en Rusia perderían la vida. Por nuestra parte, aguardábamos la suerte que nos depararía el nuevo destierro y no nos atrevimos a insistir para que permanecieran a nuestro lado.

"Una noche, finalmente, llegamos a Odesa, donde nos embarcamos sobre un muelle desierto, a bordo de un barco vacío, sobre un mar helado. Ironía del destino, el buque se llamaba Ilicht, patronímico de Lenin... Vacía, glacial, fúnebre, la prisión Ilicht levó anclas en plena noche, remolcada por un rompe-hielos. El 12 de febrero de 1929 arribamos a Estambul. Trotzky entregó al primer funcionario turco que se presentó, una carta dirigida al presidente de la República, Mustafá Kemal Pacha (Kemal Atartuk): "He llegado contra mi voluntad a la frontera turca, y si la cruzo es bajo violencia". Todo estaba concertado de antemano entre el gobierno de Moscú y el de Angora, y no era el Kremlin quien desempeñaba el mejor papel. La carta no causó ningún efecto...

"Al finalizar el viaje, Bulanov y Volynsky, funcionarios de la G. P. U. casi habían llegado a demostrarnos simpatía. Bulanov, un personaje pequeño y rubio, me aconsejaba ponerme el chal antes de subir a cubierta... "He visto que tiene uno, Natalia Ivanovna". Pensé que la policía todo lo veía, tal vez por hábito profesional. Llegó a prometerle a León Davidovitch que intercedería para que Poznansky y Sermuks, sus secretarios, fueran autorizados a reunirse con él. "Si no lo hacen, me podréis considerar un canalla. Nada ganaré con ello, respondió Trotzky. Poznansky y Sermuks continuaron en la prisión y murieron en ella. Al cambiar el último apretón de manos con León Davidovitch, Volynsky, civil y discreto, le aseguró que era "nuestro amigo". Un alto funcionario de la G. P. U. apellidado Bulanov, figuraba en uno de los procesos de Moscú del año 1937; formuló las confesiones de estilo y fué fusilado. Probablemente, era el mismo que habíamos conocido. ¿Había confiado a alguien sentimientos que apenas nos dejó entrever? ¿O el testigo de nuestro destierro resultaba comprometedor?"

IV

"En Estambul, nos instalaron en el Consulado soviético. El gobierno ruso nos hizo entregar unos mil quinientos dólares. Aunque el personal del consulado se mostraba respetuoso y casi amigo, temíamos que el servicio secreto nos robara o confiscara los documentos que traíamos en nuestro equipaje: correspondencia con Lenin y archivos fotográficos; correspondencia con la Oposición y recuerdos. No podía pensarse en ocupar una pieza de hotel, porque los emigrados contrarrevolucionarios rusos hormigueaban en la antigua capital turca. El cónsul Minsky, funcionario de la G. P. U., apresuró nuestra partida, sobre todo después de ciertos incidentes como el arresto por algunas horas de nuestro hijo León. Un aviador ruso, a quien León Davidovitch había protegido (y que era entonces confidente de la G. P. U.) nos ayudó a alquilar una residencia bastante ruinoso en la Isla de Prinkipo, lugar de veraneo de las familias acomodadas. La isla ofrecía suficientes garantías de seguridad, tanto más cuanto se encontraba abandonada la mayor parte del año. A pocos pasos de nuestro refugio las aguas del Mármara besaban las arenas. Era un paraje amplio, calmo, azul, a menudo dorado por el sol. Allí nos vimos obligados a vivir durante varios años, en un profundo aislamiento. No teníamos ningún contacto con el gobierno turco ni con la sociedad de Estambul.

Dos policías vigilaban discretamente el lugar, velando por nuestra seguridad. Sólo en una oportunidad visitó León Davidovitch la antigua Constantinopla. Nuestro hijo, a quien en adelante llamaremos por su nombre de adulto, León Sedov; pues ya tenía veintitrés años y la experiencia vivida de la revolución, de la oposición (durante la ilegalidad había sido en Moscú un organizador de la juventud) y del destierro, salía libremente.

“Vanamente solicitamos asilo en Alemania, en Inglaterra. Ni el Partido Laborista, ni la socialdemocracia alemana, quisieron acordarnos el beneficio de la democracia. Por demás, la misma partida parecía inútil. “¡Planeta sin visado!”, exclamaba León Davidovitch.

“Desde todos los lugares del mundo llegaban a León Davidovitch testimonios de simpatía, pedidos de entrevistas, artículos, libros. Algunos amigos venían a visitarnos; poco numerosos en total, eran sin embargo suficientes para ahorrarnos la soledad y suministrar nos algunos buenos colaboradores. Molinier y tres camaradas franceses nos facilitaron la instalación en la isla de Prinkipo. Margarita y Alfredo Rosmer, viejos amigos nuestros, vivieron un tiempo en la isla; y otro tanto hicieron Pierre y Denise Naville, Pierre Frank, opositores comunistas franceses; Rudolf Klement y Otto Schüssler, jóvenes militantes alemanes; Maurice Hoertel, traductor al francés de los libros de León Davidovitch, que firmaba con el seudónimo de Parijanin, muy ilustrado, enfermo crónico, afectuoso y amargo... Un letón apellidado Franck pasó cinco meses en Prinkipo; pero luego nos enteramos de que era confidente del servicio secreto ruso, lo mismo que un cierto Sobolevitch, también letón, que nos hizo una breve visita (su hermano Roman Well, desempeñaba el mismo papel en los círculos de la Oposición de París y de Europa Central; pero eso sólo lo supimos tiempo después).

“León Davidovitch escribió una serie de artículos para la prensa norteamericana explicando los motivos políticos de su expulsión de Rusia; anunció al mismo tiempo que los ingresos provenientes de sus derechos de autor serían destinados a mantener las publicaciones de la Oposición. Los contratos de edición suscritos en diversos países nos aseguraron la subsistencia material; y unidos a las suscripciones de los militantes, nos permitieron publicar un órgano en ruso, el “Boletín de la Oposición”. En 1929, León Davidovitch escribió los tres volúmenes de “Mi Vida” (1879-1929), y a partir del año siguiente, los cuatro gruesos volúmenes de la “Historia de la Revolución Rusa”. Comenzó una biografía cientí-

fica de Lenin, de la que sólo pudo concluir la primera parte. Los libros aparecían casi simultáneamente en francés, en inglés, en alemán, en ruso, y en muchos otros idiomas... A ello se unía la correspondencia ordinaria, la redacción del “Boletín”, los trabajos teóricos y prácticos relacionados con la política de la U. R. S. — la batalla de la Oposición continuaba — todo lo cual constituía una labor incesante, de amplitud y variedad excepcionales. Tan meticoloso como era, empeñado en verificar las traducciones y corregir su puntuación incluso, acostumbrado a rodearse de documentación y referencias antes de escribir una página, a buscar la fecha precisa, el término exacto, poco tiempo le quedaba para dedicar a sus amigos. Se distraía saliendo de pesca por las aguas del mar de Mármara. Cuando la pesca había sido buena, volvía de excelente humor y se ponía a dictar durante horas. “Es como si la cabeza trabajara sola”, decía, “el cerebro toma impulso, y sólo queda seguirlo”.

“A propósito de estas partidas de pesca, contábase en Rusia la siguiente anécdota. “León Davidovitch, decían, está pescando en la entrada del Bósforo... De pronto sus amigos ven que se asombra. —¿Qué pasa, León Davidovitch? ¿En qué piensa? —¡Ay! Pienso en Lenin. Si aún viviera, estaría pescando con nosotros”. Una historia de esa clase podía valerle por lo menos tres años de deportación a quien la relatara.

“Mi Vida” fué escrita en algunos meses, de un solo tirón. Hasta ese instante, la acción no le había dado ningún respiro a León Davidovitch. Sólo ahora estaba en condiciones de unir al pensamiento militante algunas consideraciones un poco más generales. Señalaba “el papel que la imaginación creadora juega en la revolución”. Daba lo mejor de sí mismo, inmerso en la filosofía, al escribir páginas como ésta:

“El marxismo constituye la expresión consciente del proceso histórico inconsciente. Pero este último, en el sentido histórico-filosófico del término — y no en su sentido psicológico —, no coincide con su expresión consciente sino al llegar a su nivel más alto, cuando las masas, por simple presión elemental, rompen con la rutina social, y expresan victoriosamente las más profundas necesidades del desarrollo histórico... La unión creadora de los consciente y lo inconsciente, constituye lo que se denomina inspiración. La revolución es el frenesí inspirado de la historia.

“Todo escritor conoce aquellos momentos de creación, durante los cuales algo más fuerte que él guía su mano; todo orador auténtico conoce esos momentos en que alguien más fuerte que su yo cotidiano habla a través suyo. Esa es la inspiración. Deriva del más elevado esfuerzo creador de la

personalidad entera. En esos momentos, el inconsciente se eleva de sus profundidades, somete la conciencia a su voluntad, y se confunde con ella en una síntesis superior" ("Mi Vida", capítulo XXIX).

"Al principio, sólo un mínimo de contacto manteníamos con Rusia. Llegábanos cartas postales, aún de la deportación. Simpatizantes de la Oposición, funcionarios de las misiones soviéticas de París y de Berlín, trasmitían nuestros mensajes, comunicaban los escritos. Hasta de la prisión de Verkhne-Uralsk nos llegaba un voluminoso correo, escrito en caracteres cuasi microscópicos, sobre hojas de papel de dimensión de un timbre postal... Poco a poco las comunicaciones comenzaron a escasear. En 1931, cesaron por completo.

"Podimos leer el acta taquigráfica de la sesión del Buró Político durante la cual, por moción de Stalin, se votó nuestra expulsión de la U. R. S. S. El Secretario General fundamentaba de esta manera la deportación de Trotzky: 1. Hay que desarmar a la Oposición; 2. Podremos desacreditar a Trotzky acusándolo de haberse puesto al servicio de la burguesía; 3. La social-democracia explotará sus escritos. 4. Publicaremos su traición". Bujarin, Rykov, y Tomsy votaron en contra. Bujarin protestó con los ojos llenos de lágrimas. Stalin, Kalinin, Vorochilov, Rudzutak, Kaganovitch, impusieron la decisión. El grupo Zinoviev intentó elevar una protesta. Lo sugirió Bakaev. "¿Ante quién protestar?", preguntó Zinoviev descorazonado. Consultó a Nadiejda Krupskaia. "¿Quién nos escuchará?", preguntó la viuda de Lenin. El destierro de Trotzky significaba el aplastamiento interno del partido bolchevique".

"Cierta día, León Sedov paseaba por una calle de Estambul. Alguien que caminaba tras él le puso el mango de su bastón en el cuello, y en seguida lo abrazó riendo. Se trataba de Iakov Blumkin, uno de los grandes soldados del Ejército Rojo, uno de los más notables agentes del contraespionaje soviético, especialista en misiones a Oriente. Terrorista, socialista revolucionario en 1918, Blumkin había matado al embajador alemán en Moscú, conde de Mirbach; luego se había afiliado al Partido Bolchevique. Aventurero, inteligente, algo poeta, autor de estudios sobre los estrategas franceses, su actividad de agente secreto le había impedido tomar parte en la lucha política librada en Rusia. Pero compartía los puntos de vista de la Oposición. Vino dos veces a vernos, consideró que necesitábamos una veintena de hombres seguros para nuestra defensa, nos advirtió que se preparaban agresiones contra nosotros, y se encargó de llevar cartas para nuestros

raros amigos que quedaban en Moscú... A su regreso a Rusia, fué traicionado por una mujer, secretamente condenado a muerte por la C. P. U., es decir, por el Buró Político, y ejecutado. Obtuvo una prórroga para poder escribir sumariamente sus "Memorias"... Murió con valentía¹.

V

"Toda la historia de las luchas políticas ocurridas en Rusia, de las ideas en pugna, de los virajes cada vez más sangrientos de la burocracia, de su progresivo sesgo totalitario, están relatados en los ochenta y siete números del "Boletín de la Oposición" publicados primero en París, después en Nueva York, entre 1929 y 1940, bajo la dirección de León Davidovitch y León Sedov. Sólo por excepción conseguimos hacer entrar algunos raros ejemplares en la U. R. S. S. Pero los funcionarios soviéticos en el extranjero lo leían, y el Comité Central se hacía enviar, durante los primeros años, centenas y luego decenas de números para su propia edificación... Por esos canales, las ideas penetraban hasta en las prisiones.

"La Oposición de Izquierda se negaba a constituir — como la agitación oficial se lo reprochaba — un segundo Partido que disputara el poder al viejo Partido burocratizado. El "segundo Partido", al reunir a todos los descontentos, se había transformado en instrumento involuntario de las masas reaccionarias. En realidad, la presión de esas masas se hacía sentir irresistiblemente a través del régimen de los comités stalinistas; pero León Davidovitch no perdía la esperanza de una regeneración interior del régimen. "Es falso pensar que el Thermidor se ha consumado en Rusia, escribía en 1928; las fuerzas de clase no han dicho su última palabra... Hay que reconquistar las posiciones perdidas por el proletariado". Y "un período de reacción puede sobrevenir, no solamente en la revolución burguesa, sino también en la proletaria...". Rascovsky constató la indiferencia de las masas, la "formación de una nueva categoría social privilegiada". La burocracia, "la borrachera de poder" de esos advenedizos, y definió el Estado Soviético, no ya como "Estado Obrero... con deformaciones burocráticas", sino como "Estado burocrático con supervivencias obreras"... La Oposición se negaba a emplear métodos revolucionarios en Rusia, y preconizaba la "reforma soviética". La esclerosis de las instituciones soviéticas podía ser gradualmente eliminada mediante la implantación del vo-

¹ Sobre Blumkin, ver Víctor Serge: "Destino de una revolución" (Rusia Twenty Years After - Rusia, veinte años después).

to secreto en el Partido y una verdadera selección democrática de los dirigentes, en el Partido primero, en los sindicatos luego, en los Soviets por fin.

"Para obtener la reforma soviética, los marxistas intransigentes deberían mantener viva la tradición del bolchevismo y de Lenin, sufrir persecución, dar ejemplo de sacrificio, no doblegarse en ningún caso, no consentir ninguna concesión de principio. La brutalidad y hasta los crímenes del régimen burocrático encarnado en Stalin, no impedían el patriotismo de la revolución — y el del Partido de la revolución. Con los "capituladores" como Zinoviev y Kamenev, a quienes se le agregaban los amigos más queridos de la víspera, Iván Smirnov, Preobrajensky, Karl Radek, Smilga, que en 1929 se habían inclinado ante el Secretario General —, la ruptura de los intransigentes era completa. Ni relaciones personales, ni contactos políticos de ninguna clase. León Davidovitch zahería el "izquierdismo epidérmico" de Zinoviev, y el inveterado oportunismo de Kamenev, ideólogo conciliador. Le objetaban: "¡Pero usted ha aceptado la alianza con ellos! ¿Acaso no los conocía?". Replicaba: "¡Hasta con el diablo habría que aliarse para servir a la clase obrera!".

En el seno de las prisiones, trozkystas y "capituladores" se boicoteaban; los primeros, por desprecio a los segundos, los segundos por temor a comprometerse saludándose con un irreductible."

La controversia fundamental en materia de doctrina política se libraba en torno de la nueva tesis del "socialismo en un solo país", erigida en dogma por el Buró Político. "Mentira piadosa, necesaria a las masas atrasadas", le había dicho un día a León Davidovitch el más servil de los economistas del Komintern, el profesor húngaro Eugenio Varga. Oficialmente optimista, la piadosa mentira teórica condensaba las aspiraciones burocráticas a una autarquía tranquila, evidentemente imposible en una civilización industrial en pleno desarrollo. La autarcía implicaba la asfixia del régimen, y sólo podía conducir a la guerra... El pensamiento socialista quedaba desmentido, traicionado, por la tácita negación de las divisas de las internacionales: "¡Proletarios del mundo, uníos!". Todo desembocaba en una sociología tan oficial como infantil. Un siglo ha requerido el modo capitalista de producción para imponerse en todo el planeta; es internacional porque reposa en el mercado internacional: ¿puede admitirse que el nuevo modo de producción socialista, esté en condiciones de confinarse de manera durable en el interior de las fronteras? Los textos de Marx y de Lenin, invocados profusamente, refutan

la tesis de la autarcía. Para imponerla, era necesario torcer y degradar las enseñanzas del marxismo. En la actualidad, transcurridos veinte años, cuando el sueño autárquico de Stalin se vió desmentido por una guerra atroz, cuando la interdependencia entre los países industriales se incrementa diariamente, el debate queda concluído. Capitalistas, o socialistas, los regímenes económicos no pueden aislarse los unos de los otros, y si fingen hacerlo, es pura estratagema a la vez defensiva y ofensiva.

En realidad, como siempre, la controversia teórica se ligaba a problemas políticos inmediatos. ¿Debía la U. R. S. S. secundar, aún al precio de riesgos y sacrificios, el advenimiento de regímenes socialistas o socializantes en Europa Central? La Oposición preconizaba un internacionalismo militante; la tesis oficial entreabría la puerta al abstencionismo, a los pactos podridos y catastróficos, como los que se verán más tarde, en 1939.

En el extranjero, el mundo burgués y la mayor parte de los socialistas reformistas, acogieron la derrota de la Oposición de izquierda con alivio mal disimulado. León Davidovitch citaba complacido una frase de Sir Austen Chamberlain publicada por "The Nation" de Nueva York: "No se podrá, estimaba el estadista británico, establecer relaciones de amistad con la U. R. S. S. antes de que Trotzky sea pasado por las armas...". La Oposición de izquierda pasaba por ser fanáticamente revolucionaria, insurreccional, romántica. Los mismos socialistas creían ver en Stalin a un jefe político más moderado, más sensato, menos inclinado a aventuras internacionales... El bolchevismo perdía dinamismo; el peligro rojo se esfumaba en Alemania. Nadie comprendía que la peor aventura mundial la constituiría el advenimiento en Rusia de una autarcía totalitaria, y la derrota del socialismo en Europa central...

VI

Una lógica inexorable preside el nacimiento del totalitarismo ruso. Demasiado privilegiada en medio de la general pobreza ¡y en un país donde no existen privilegios legalizados! — la burocracia no puede tolerar la menor crítica. Demasiado inculta y denunciada por lo mejor del viejo partido, no puede defenderse sino imponiendo el silencio. La reivindicación democrática será ahogada en el mismo momento de plantearse. La G. P. U. jamás se permite arrestar a un miembro del Partido; pero la exclusión del Partido, la pérdida del carnet rojo, equivale a lo que en la Edad Media se denominaba

el abandono del herético al brazo secular. Detenido por la noche, el hombre pasa un tiempo en la prisión, en condiciones pasables si es influyente, en condiciones incalificables si es obrero. Un funcionario de la G. P. U. lo exhorta a abjurar, a someterse al Comité Central, a denunciar a sus camaradas más firmes... Si se niega, lo envían a Narym, a Nansk, a Ust Syssolsk, a Sol. Vytegegodsk, a un villorrio perdido en medio de las selvas nórdicas, o a una región de arenas inclementes. Detiénese en seguida a la esposa del proletario encarcelado, para que no pueda contar a sus compañeras de trabajo que su marido sufre esas persecuciones secretas por haber leído el testamento de Lenin.

Hay que controlar la prensa de manera cada vez más estrecha, para que ninguna información sobre la herejía, ni sobre la represión de la herejía, logre filtrarse ni siquiera indirectamente. Raras veces cuando el escándalo es muy grande, cuando la prensa extranjera habla de él, un editorial del "Pravda" menciona el arresto de un centenar de "trotskistas"; el lector sabe que debe duplicar, triplicar o quintuplicar la información oficial. Los censores enloquecidos temen dejarse engañar por el camouflage intelectual de la herejía; redoblan la vigilancia, creen descubrir alusiones "trotskistas" en escritos sobre música, sobre ajedrez, sobre odontología... Un artículo sobre la crisis económica mundial les provoca jaquecas. El pensamiento subversivo aflora a cada línea, y ¿cómo hacer para discernirlo? El pensamiento dirigido por las oficinas del Partido se convierte en un pensamiento trunco, mutilado, tartamudeante, estrangulado. Para estar seguro de evitar cualquiera sospecha, hay que recurrir a algunas frases hechas del oficialismo y repetir las insípidas máximas del Jefe. Las estadísticas son tan peligrosas como las granadas. ¿Qué se encierra en ellas? Economistas y estadísticos afrontan riesgos parecidos.

Innumerables veces las Memorias sobre la revolución y la literatura soviéticas mencionan los nombres de los perseguidos; cuanto se ha escrito desde 1917 a 1918 parece inspirado por ellos. ¡Ni un solo relato de la guerra civil deja de mencionar a Trotzky! Todos los historiadores, en bloque, son convictos de herejía. El Estudio de la Revolución Francesa, Robespierre, el Thermidor, el de la Revolución Inglesa, Cromwell y los Niveladores, el de los tiranos de la ciudad antigua, compromete al principio, es peligroso después. La mayor parte de los jóvenes historiadores comunistas terminarán trágicamente. Eugenio Tarlé logrará sobrevivir, gracias a sus sutiles adaptaciones, tras haber pasado por la prisión de Leningrado, aguardando la ejecución, y conocido la deportación a

Alma Ata. Pero una vez cursada esta escuela, se hará definitiva y perfectamente oficial. Por orden del Comité Central comienza la más colosal e impudente de cuantas empresas de falsificación histórica se recuerdan. Las "Memorias" son revisadas o expurgadas, los documentos destruidos, los diccionarios transformados. El más grande de los escritores rusos, Máximo Gorky, da el ejemplo, al revisar la página de sus "Recuerdos Sobre Lenin" en la que se menciona a Trotzky... con el fin de eliminar el elogio pronunciado por Lenin e introducir en cambio una nota de desconfianza. El insolente desprecio por los hechos, por las piezas y por los testimonios, por lectores y por autores, se expande vastamente a través de millones de páginas impresas. Raskolnikov, Gussev, Iaroslavsky — a este último, historiador oficial del stalinismo, también lo acusan de "trotskismo inconsciente" —, y una multitud análoga, escriben exactamente lo contrario de lo que han escrito la víspera. Todo tiene que ser reelaborado. Hay que contar sin Trotzky la historia de la toma del poder, hay que enseñar que fué Stalin quien, pese al sabotaje de Trotzky, condujo a la victoria durante la guerra civil. A raíz de ello, León Davidóvitch publica "La Revolución desfigurada", folleto documental que, bien entendido, casi nadie logrará obtener en Rusia. Menciónase allí una expresión de Lenin: "Habría que tomar nota de nuestras decisiones, porque más tarde los historiadores podrían mentir". —Lenin respondía: "Hagamos lo que hagamos, mentirán al fin de cuentas".

La domesticación de los escritores se efectúa de manera vigorosa. Valeriano Polonsky, el biógrafo (bolchevique) de Bakunin, sospechoso, hipócritamente perseguido, muere de tifus antes de ser arrestado; el novelista liberal Zamiatin obtiene de Stalin autorización para exilarse en el extranjero; el notable novelista soviético Boris Pilniak, sufre campañas de prensa y amenazas literalmente frenéticas, se humilla y vuelve a humillarse, lo que no le impedirá desaparecer finalmente, porque tiene demasiado talento, con independencia del uso que de él haga; el poeta Vladímir Piasta se hundirá en la deportación. De ese modo, comienza el largo martirologio de los escritores. A los jóvenes los molestan menos. El "secretario general" de la Literatura Proletaria, Leopoldo Awerbach, pa riente de Henrique Yagoda, jefe de la G. P. U., regatea con facundia la vida literaria. (Será más tarde fusilado, junto con su poderoso protector). Las obras de los expulsados del Partido son retiradas de las bibliotecas y a menudo destruidas. Mucho antes de que los nazis encendieran sus hogueras de libros, Stalin, de manera más discreta, había comenzado destrucciones análogas.

Un nuevo mal psicológico, un mal terrible, aparece ahora entre los militantes europeos, en Rusia, en la Internacional Comunista; fórgase una palabra inédita para definirlo: *dvuruchnitchestvo*, que traduciremos por "duplicidad". Tener dos rostros diferentes, uno oculto, el otro aparente, tener dos comportamientos simultáneos, uno conforme a las convicciones en desgracia, el otro de acuerdo a la obediencia impuesta. Todos los que no quieren partir para el Artico, librar sus familias a la miseria, pero continuar pensando igual y murmurar en la actividad, votan a favor de la "línea general", suscriben los mensajes de admiración al Jefe; pero se adivina lo que piensan y se conoce al fin que murmuran. La mayor parte de los capituladores de la vieja oposición son objeto de sospechas, acusados de haber abjurado de la boca para afuera. La reserva de conciencia se transforma en crimen. Para humillar a los capituladores, se exige de ellos que se denuncien a sí mismos, que enumeren desde la tribuna sus errores, que denuncien a sus amigos. Lo hacen, pero habiéndose generalizado la duplicidad, ¿de qué valen esas abjuraciones reiteradas, desmentidas por algunos bruscos gritos de revuelta? Citase el caso de un viejo revolucionario que firmó la Plataforma de la Oposición; luego, llevado por la noche a la Comisión de Control, se retractó; vuelto a su casa, redactó un emocionante mensaje a sus camaradas, en el que les suplicaba perdonaran su cobardía, y otro al Comité Central, en el que volvía a firmar la plataforma subversiva; más tarde se retractó nuevamente. . . ¡Todo ello en tres días! Sábese que por lo menos las cuatro quintas partes de los stalinistas execran a Stalin y desapruedian sin ambages su política: trátase de la "nueva desviación" u Oposición de derecha, integrada por Bujarin, Rykov, Tomsky. Bujarin dirige el Komintern y pasa todavía por teórico del stalinismo; Alexis Rykov es el sucesor de Lenin en la presidencia del Consejo de Comisarios del Pueblo; Tomsky, preside la Unión de los Sindicatos Soviéticos. Están en la cumbre del poder, son los dirigentes más populares del país; pero ya toda la prensa, todo el aparato de los comités, obediente al Secretario General, desencadena contra ellos una campaña de acusaciones, sorda al principio, vehemente después.

VII

En diciembre de 1927, no bien los opositores de izquierda son excluidos del Partido y enviados a deportación, sus previsiones económicas y políticas comienzan a realizarse. En enero de 1928, la "Pravda" revela la crisis del cereal, es de-

cir, el conflicto con los campesinos; los cuales, a cambio de los productos agrícolas, no reciben más que rublos-papel de escaso poder adquisitivo. El aprovisionamiento de las ciudades y del ejército está comprometido. Parece al mismo tiempo que las primeras variantes del Plan Quinquenal, calificadas de absolutamente insuficientes por el "trotskysmo", lo son en efecto; hay que concebir con mayor vigor el proceso de industrialización; sólo así podrán recogerse sus frutos en término relativamente breve. . . Puesto que los arrojados a prisión demostraron tener razón, el Buró Político de Stalin-Bujarin deberá temerlos más todavía. Da un golpe de timón a la izquierda, anuncia medidas contra los kulaks que acaparan los cereales, y la revisión del Primer Plan Quinquenal. Desde el fondo de las prisiones y de la deportación, unos quinientos opositores firman en agosto-setiembre de 1929, un mensaje conciliador dirigido al Comité Central por Rakovsky, Vladimir Kossior y el georgiano Akudjava. Aprueban la regeneración que se esboza, pero insisten sobre la necesidad de la democracia obrera. León Davidovitch, por su parte, le presta reservada adhesión, pero señala que en momentos en que ciertas ideas de la Oposición son adoptadas por el Buró Político, la represión continúa. . . La ejecución de Blumkin será la respuesta de Stalin a ese nuevo llamado al viejo idealismo del Partido.

Los escritos de la Oposición de 1926-1927 subrayan la existencia de una fuerte tendencia de derecha, en el seno del Buró Político, inclinada a tolerar el desarrollo de la pequeña burguesía rural, y a prolongar el marasmo de la industria socializada. Eso abriría el camino de la restauración capitalista. En repetidas ocasiones, la izquierda "trotskysta" publicó que esa derecha, cuya cabeza la constituían Bujarin, Rykov y Tomsky, era mucho más peligrosa para el futuro de la revolución que el "centro" burocrático y oportunista representado por Stalin. ¿Fue equivocada la consigna de "fuego contra la derecha?" No queremos resolver aquí la cuestión. Es hoy evidente que los derechistas conservaban mucho más espíritu socialista que la facción stalinista. Mientras tanto, y de manera continua, Stalin, Rykov, Bujarin, callaban sus desacuerdos para enfrentar el peligro inmediato, y respondían que "jamás el Comité Central ha sido más unánime", más "monolítico".

A partir de julio de 1928, estalla el desacuerdo en el Buró Político. Más instruidos, y sobre todo, más preocupados por los problemas del socialismo, los derechistas consideran con razón que la economía soviética se arrastra hacia las crisis

más graves. Condenan las medidas que Stalin ordena contra los campesinos.

Casi todas las conciencias están enfermas, porque se ha llegado a la negación de todas las promesas y fines de la revolución de octubre de 1917. La Oposición de derecha reconoce la pacificación de las campañas, la renuncia a la industrialización "acelerada", es decir, forzada, la rehabilitación de la clase obrera, que soporta una negra miseria; a su vez, de manera tardía, reclama la democratización... Aunque parece tener al conjunto del país a sus espaldas, jamás se atreverá a librar batalla política a cara descubierta. Ni las persecuciones de sus partidarios, ni las humillaciones a que Stalin los somete en la prensa y en los Congresos, lograrán arrancarle un solo arresto de energía. ¿Tal vez porque es demasiado tarde? En el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, la tendencia Bujarin posee oculta mayoría. El italiano Ercoli (Palmiro Togliatti), la traiciona. Eso es todo.

Puede que sea esa debilidad la que permitirá a la derecha persistir durante diez años, hasta las masacres de 1937. Y aunque durante los años 1932-1934 estaban a su lado las simpatías de la mayor parte del país, jamás pudo librar combate sin quedar aplastada por las dos únicas fuerzas que en el estado totalitario cuentan, el aparato administrativo del Partido y la G.P.U.

Escritor, economista, orador prestigioso, Nicolás Bujarin (40 años en 1928), "el preferido de Lenin", el primero entre la juventud universitaria, autor de "Manual de Materialismo Histórico", es, sin ninguna duda, el cerebro más claro, el más decidido, de la derecha. Stalin, contando con él, le decía: "Tú y yo somos dos Himalayas". Pero es también un emotivo, de risa y emoción fáciles, sin otra ambición que la intelectual. Mide los peligros del país y de la revolución, comprende muy bien al Secretario General, y sabe juzgar a los otros jefes del Partido. Motivos suficientes para horrorizarlo (... y se siente horrorizado). Antes de ser arrestados, los Opositores de Moscú, entre los cuales se escondía un agente provocador, procuráronse y consiguieron publicar en folleto, la versión de las conversaciones entre Bujarin y Kamenev. La derecha del Buró Político buscaba el apoyo de la tendencia Zinoviev-Kamenev (julio de 1928). ¿Cómo, se preguntaba, conseguir la destitución de Stalin? Iagoda está con nosotros, Kalinin y Vorochilov también; pero a estos dos últimos, Stalin los tiene y no sé cómo... Si intervenimos públicamente, nos acusará de preparar la escisión y nos estrangulará... Si no intervenimos, nos estrangulará maniobrando, y nos hará responsables de la falta de trigo..." — "Si el país perece, pereceremos. Si él sale adelante,

si Stalin evoluciona a tiempo, también pereceremos... Es Gen-gis Kan, subproducto del Comité Central... Partido y Estado se han confundido; esa es la desgracia. Stalin sólo piensa en el poder... No conoce más que un medio: la venganza... Apuñalea por la espalda..." En el Buró Político, es salvaje la violencia de las sesiones. Stalin "gobierna hacia la perdición... Conduce a la guerra civil. Tendrá que ahogar en sangre la insurrección campesina...". El embrutecido Molotov, llamado "culo de piedra", lo secunda ciegamente...". Al decir estas y muchas otras cosas, anota Kamenev, Bujarin tiene el aire de un hombre acorralado. Confiesa que, dirigente de la derecha, ha escrito de su puño y letra la resolución del Comité Central contra la derecha. ¿Qué hacer? Prepara una plataforma que piensa publicar. A fines de 1928, en el curso de otro conciliábulo, Piatakov, Zinoviev, Sokolnikov, la viuda de Lenin, participan en coloquios desesperados. Orjonikidze, presidente de la Comisión Central de Control, los interroga oficialmente, él, que en privado, les ha dado testimonios de simpatía, y sufre crisis morales... Según recientes informaciones, Orjonikidze, tras haber roto con Stalin, murió en una clínica, bajo estrecha vigilancia de la G.P.U. (1937).

Es singularmente difícil seguir en pocas páginas la serie completa de los acontecimientos. A fines de 1928, el gobierno estableció el racionamiento de pan en las ciudades. En las campañas, las requisiciones brutales de trigo chocan con una resistencia a menudo sangrienta. El Buró Político, internamente dividido, no ve otra salida para romper la huelga larvada de los agricultores, que la colectivización, naturalmente forzada, de las explotaciones agrícolas; de ese modo, los koljoses o cooperativas campesinas caerán bajo la administración del Partido. Hay que quitar al campesino los frutos de su trabajo, y hasta eliminar su iniciativa. La cooperación agrícola sólo es ventajosa con un equipo moderno, y cuando el mismo agricultor recibe los beneficios de ella. Pero se carece de maquinaria rural. Los campesinos resisten de manera encarnizada; habrá centenares de incendios y de disturbios; verdaderos alzamientos en Usbekistan y en el Cáucaso, centenares de fusilamientos de comunistas. "Pravda" y escritores serviles como Henri Barbusse, llamarán a eso "el entusiasmo de las masas campesinas por la colectivización". Durante años, los mujiks preferirán destruir su ganado antes que entregarlo a las administraciones koljosianas. En 1928, el ganado soviético se elevaba (cifras oficiales), a 35,5 millones de caballos, 70,5 millones de vacunos, 146,7 millones de ovejas y cabras, 26 millones de cerdos. En 1934, tras cinco años de colectivización staliniana, el desastre se traducirá en las siguientes cifras (oficiales): sub-

sisten 15,7 millones de caballos, 42,4 millones de vacunos, 51,9 millones de ovejas y cabras, 20,4 millones de porcinos (estos últimos son los más numerosos porque sirven para la alimentación). El go bierno anuncia que reemplazará caballos por tractores; pero hay que comenzar por construir las fábricas... Por vez primera la penuria y el hambre asuelan las ciudades y los más apartados rincones... La URSS carece de cereales, de materias grasas, de carne, de cuero, de leche, de azúcar, de lino. "El aniquilamiento del kulak como clase" es una tentativa de resolver, por el método del terror, el problema agrario: Todo campesino que objete o desobedezca la espantable sabiduría de Stalin, es calificado de kulak, desposeído de sus humildes bienes, deportado con su familia a las glaciales florestas del norte. Jamás un país civilizado había efectuado tan vastas medidas de deportación contra sus propios ciudadanos y en condiciones tan inhumanas. En 1931, la operación terrorista no estaba todavía terminada, y los observadores extranjeros en Moscú estimaban que de 4 a 5 millones de campesinos habrían sufrido el implacable destino de la "colonización especial" en las llanuras desérticas. El lenguaje abstracto de las cifras arroja luz objetiva sobre estos hechos atroces. En 1929, la URSS contaba con 25,8 millones de familias campesinas de cuatro a cinco miembros; en 1936, quedaban 20,6 millones. En siete años, 5.200.000 familias, es decir, más de 25 millones de personas, había desaparecido (siempre de acuerdo a las estadísticas oficiales). Las ciudades sobrepobladas y controladas, no habían acogido más que a un débil porcentaje de ese número. Ante semejante catástrofe económica, Stalin ordena, el 20 de marzo de 1930, un retroceso parcial. Su artículo se titula cínicamente: "El vértigo del éxito...". Ordena detener hasta el 68 % la colectivización y cesar con la desrurbanización de Rusia; desde sus alturas del Kremlin, expresa que la destrucción de iglesias no es una hazaña marxista.

El primer plan quinquenal de industrialización, varias veces revisado, exige trabajar en condiciones de hambre, esfuerzos desmesurados que se realizan en el caos, bajo el terror. En 1928, hemos indicado que los salarios reales — completados por los seguros sociales —, sobrepasaban el nivel de 1913, y la jornada de 8 horas había reemplazado la de diez. Si designamos con la cifra cien el salario real de un obrero en 1913, hay que designar con 104,6 la de 1928. En 1934, el salario real es un 30 % inferior al de 1928... En 1935, comienza a revalorizarse modestamente, para estabilizarse hasta la segunda guerra mundial en un nivel inferior en un 15 % al de 1913 y en un 20 % al de 1928... No es fácil obligar a un pueblo a que trabaje en esas condiciones. El terror se transforma en el único

estimulante efectivo, llénanse los campos de concentración, y regiones enteras, la de Karaganda, la del norte de Ienissei, las del Mar Blanco, por ejemplo, son invadidas por legiones de deportados. Entre 1928 y 1939 no se interrumpirá el crescendo del terror. "Trotzkystas", kulaks, antiguos burgueses, creyentes, técnicos, obreros "indóviles y arribistas", chkurniki, comunistas de derecha, funcionarios del partido considerados timoratos o excesivamente celosos en sus funciones, serán eliminados en masa. De todo ello, resultará un siniestro endurecimiento de las costumbres.

En 1930 se fusila a cuarenta y ocho técnicos del aprovisionamiento de carnes, con el profesor Karatyguin a la cabeza. Un decreto ley con fecha 7 de agosto de 1932, establece la pena de muerte para el campesino hambreado que robe cereal al koljós (ley sobre el "carácter sagrado de la propiedad colectiva"). Como los obreros hambrientos huyen de la fábrica; como las olas migratorias se extienden por toda la U. R. S. S. los pasaportes interiores son reestablecidos en 1932. En adelante, la población urbana será rigurosamente controlada por la policía y los secretarios de los comités de alojamiento. Una legislación draconiana fija al obrero en su trabajo, e instituye implacables penalidades para las ausencias "injustificadas" y las llegadas tarde. En marzo de 1933 se fusila a treinta y cinco dirigentes comunistas y técnicos de la agricultura, porque el descalabro de la agricultura ucraniana es inimaginable... La responsabilidad de la catástrofe es evidente: incumbe al Buró político. Y en el seno del mismo, a la camarilla Stalin. Todo el país lo sabe: todas las oposiciones comunistas lo proclaman en todas las prisiones de la URSS. Para disculparse, Stalin inventa el sabotaje, el espionaje, los agentes extranjeros; la G.P.U. demuestra la culpabilidad de las víctimas, de los agricultores, técnicos, administradores, dirigentes del Partido que ceden a un exceso de indignación; y los fusilan en los sótanos, sin proceso.

Los grandes procesos públicos, montados con arte, sirven para presentar idéntica demostración ante las masas y la opinión extranjera. La producción cae en el distrito minero del Donietz. Unos cincuenta técnicos comparecen en el proceso de Chakhty, se declaran saboteadores; cinco son fusilados; en julio de 1928, se fusila a cuatro solamente, pues el terror no ha hecho más que comenzar. Es más cómodo fusilar sin proceso. En 1930, el proceso de los ingenieros del supuesto "Partido Industrial" se cierra con siete condenas a pena capital; los condenados son indultados, pero se ignora la suerte de los dos mil "afiliados y cómplices" mencionados en las actas oficiales. Sin embargo, el ingeniero Ramsin y sus co-acusados, se habían declarado

culpables de sabotaje y de conspirar con Poincaré y Briand para provocar la guerra contra la U.R.S.S. Ramsin, arrepentido (en realidad parece haber sido un celoso agente provocador), será más tarde rehabilitado, y recibirá altas recompensas por sus contribuciones a la industrialización victoriosa. Compréndalo quien pueda.

En 1930 sobreviene el proceso de los economistas y planificadores mencheviques. Entre los acusados figura el historiador Nicolás Sujánov, autor de una obra capital sobre la revolución de febrero-marzo de 1917, los economistas Groman y Guinzburg, colaboradores de la Comisión del Plan. Su verdadera culpabilidad consiste en haber multiplicado las advertencias y las críticas elevadas ante el Buró Político. Confiesan hasta lo inconcebible. ¡Han conspirado con la II Internacional socialista, para planear la guerra contra la U.R.S.S.! El dirigente menchevique Rafael Abramovitch ha llegado clandestinamente a Moscú — en el preciso instante en que se hacía fotografiar en Alemania, junto a un numeroso grupo de socialistas internacionales! Los condenados escapan a la pena capital, pero van a desaparecer para siempre en las “cárceles aisladoras”. En la prisión de Verkhneursk, Sujánov revelará a los opositores el acuerdo concluido con la G.P.U. Exigirá el cumplimiento de las promesas de liberación. Tras una larga huelga de hambre, se lo enviará con destino desconocido (1933-4). Riazanov, historiador del marxismo, director-fundador del Instituto Marx-Engels, uno de los veteranos del socialismo ruso, morirá en deportación por haber protestado ante Stalin contra la imposición de semejantes procesos.

En el año 1932, el más sombrío de la extenuación y el hambre, los pequeños grupos de oposición pululan en el partido stalinizado. Syrstov, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de la República Socialista Federativa de los Soviets de Rusia, la más importante de la U.R.S.S. desaparece súbita y misteriosamente. Se rumorea que ha emitido juicios de desoladora severidad respecto a la colectivización de la agricultura. Dos viejos bolcheviques, altos funcionarios, Vladimir Tolmathev y Nicolás Eysmont, ambos miembros del Comité regional del Partido por el Cáucaso del Norte, y del gobierno de la R.S.F.S.R., se han indignado por lo que ocurre en Kuban; desaparecen con sus amigos. El ex-secretario del Comité de Moscú, Riutin, reúne a algunos amigos y redacta un implacable manifiesto político denunciando la tiranía, el atascadero económico, la inimaginable miseria de los trabajadores. Riutin se pregunta si es por incapacidad y espíritu inhumano que el Secretario General ha conducido la revolución a ese callejón sin salida, y concluye comparándolo con el agente provocador

Azef. Rinde homenaje a la firmeza y a la clarividencia de Trotzky. En secreto, la G.P.U. lo condena a muerte. Pero no lo ejecuta... por el momento.

Todas estas protestas provienen de buenos stalinistas, de primera hora algunos, otros de la víspera. Existe además un grupo de “jóvenes stalinistas” (Lominadzé, Ian Sten) a quien Stalin ha patrocinado como discípulos suyos, y que vuelve las armas contra el Jefe. A principio de 1935, los comunistas ucranianos caen en sospecha. Skrypnik, que se había distinguido por su encarnizamiento en la lucha contra Trotzky, se suicida. Chumsky y otros parten hacia los campos de concentración. Zinoviev y Kamenev, por haber tenido conocimiento del documento Riutin sin denunciar a su autor, son nuevamente excluidos del Partido, a fines de 1932. Se los deporta. Nuevamente se humillan, se retractan honorablemente, solicitan la reintegración.

Retengamos estos grandes hechos, sus mismos detalles, porque aclararán el desenlace sangriento que madura en un porvenir incognoscible.

VIII

La lucha política continúa. Los escritos de Trotzky tienen múltiple resonancia. Sólo excepcionalmente llegan a la Oposición de Izquierda en Rusia, a los lugares de cautiverio. Pero la mayoría de los funcionarios y técnicos enviados en misión al extranjero, se apresuran a leer el Boletín, y transmiten las ideas, las fórmulas mismas guardadas en la memoria. Como cierto número de ellos engrosan regularmente las prisiones, los cuadros del “trotskismo” están bastante bien informados, discuten mucho, se atreven a mandar mensajes a Estambul, y a veces lo consiguen. Altos funcionarios, Comisarios del Pueblo, miembros del Comité Central, leen el Boletín con avidez — porque incesantemente, con acrecentada evidencia, los más crueles acontecimientos confirman el pensamiento del exilado. De esa manera, entre sus mismos adversarios, en los medios dirigentes de la URSS, adquiere nueva y acrecida influencia. Durante el primer año de su exilio, la prensa oficial continúa citándolo de vez en cuando para refutarlo. Pero como las diez líneas de Trotzky, a las que rodea un comentario de trescientas impregnadas de odio, son las únicas que cuentan para una gran masa de lectores, llega un día la orden de no citar en absoluto.

En el extranjero, en todo el mundo, los grupos de Oposición se refuerzan y multiplican al margen de los Partidos comunistas, que se ven azuzados por sus críticas, sus informaciones,

sus previsiones, sus revelaciones. En Estados Unidos, en Francia, en Alemania, en Austria, en Argentina, en China, existen publicaciones "trozkystas"; se constituyen grupos en casi todos los países. Este movimiento internacional es numéricamente débil, sufre la persecución de los regímenes reaccionarios, y la de los stalinistas (al punto de que en las prisiones búlgaras, estos últimos golpean a los opositores de izquierda); frecuentes escisiones lo dividen, porque la pasión ideológica arroja a unos contra otros; pero presenta un nivel intelectual y moral netamente superior al de los cuadros del Komintern. Siempre desprovisto de medios, León Davidovitch los ayuda en la medida de sus posibilidades.

En sus numerosos escritos, Trotzky se especializa en dos series paralelas de problemas: los de la economía soviética (y el régimen interior del Partido), y los de la política internacional de la Revolución rusa y del Komintern. No podemos aquí delinear más que lo esencial de sus concepciones.

A partir de 1929, se ha hecho común, en la prensa burguesa y en la prensa socialista de ambos mundos, la afirmación de que Stalin aplica en el terreno de la colectivización de la agricultura y de la colectivización forzada, las ideas de la Oposición izquierda.

Esta opinión tan extendida sólo contiene un grano de verdad, entre mil de incompetencia y mala fe. Es evidente que muy a pesar suyo y movido por imperiosa necesidad, Stalin se vió obligado a entrar en la senda que la Oposición indicaba.

Es cien veces más evidente que lo hizo de manera necia, absurda y rápidamente criminal. La mejor manera de torpedear una idea, es que la apliquen sus adversarios. La democratización del Partido y los sindicatos, artículo fundamental del programa de la Oposición, es totalmente incompatible con el sistema implacablemente totalitario de la burocracia. Su política económica se caracteriza por la brutalidad, las exageraciones, una suerte de aturdimiento y el terrorismo dirigido contra las masas trabajadoras. La exageración brutal es tal vez su peor elemento. Frente a los kulaks, pequeños propietarios en vías de enriquecerse, la Oposición propiciaba el establecimiento de medidas fiscales tendientes a estimular el desarrollo de los cultivos parcelarios y de la cooperación agrícola. Stalin desposee y deporta a millones de familias campesinas. La Oposición preconizaba el Plan Quinquenal, un esfuerzo de industrialización racional y perseverante, que en primer lugar implicaba la mejora de las condiciones de vida del trabajador. Stalin decreta la industrialización a ritmo acelerado, desordenada y hasta caótica, sobre planes en constante modificación, establecidos por técnicos aterrorizados; todo lo cual provoca la

caída vertical de los salarios reales. El plan prometía que los salarios reales habrían de aumentar de un 50 a un 60 %. Pero entre 1931-4, éstos caen a menos de la mitad de su nivel de 1927 y de 1913: el hambre reina en la fábrica y alrededor de ella. Nada de eso era inevitable; errores, expedientes improvisados, crímenes del régimen, forman la cadena inexorable.

En marzo de 1930, Trotzky constataba lo desproporcionado del esfuerzo en relación a las potencialidades del país; no se ha tomado en cuenta la interdependencia natural entre la industria y la agricultura; es torpe la pretensión de construir "un socialismo nacional en el más breve plazo". Hay que poner punto a este insensato "aventurerismo"; se impone el "retroceso" inmediato: debe concluirse con la desposesión y deportación de los kulaks; detener el "galope" de la industrialización; mejorar a toda costa las condiciones del obrero; considerar la calidad de la producción tanto como la cantidad; dominar la inflación; restablecer estadísticas honestas; restablecer una "amplia colaboración" con el mercado mundial" (Mensaje al Comité Central, del 20 de marzo de 1930). Ese mismo 20 de marzo, al detener en seco la colectivización forzada de la agricultura, Stalin pareció obedecer a su adversario. Los gobernantes de Moscú se preguntan entre ellos "¿Cuándo llegará la próxima directiva de Trotzky?" Está absolutamente prohibido hablar de la inflación; sólo se la reconocerá cuando se afirme que en la sociedad socialista el dinero pierde valor, por un proceso natural.

Por negro que sea el cuadro, Trotzky conserva su optimismo. Se guarda de aludir al terrible debilitamiento de la U. R. S. S., producto de estos enormes errores económicos y políticos. Hasta reconoce los éxitos de la industrialización; aún con planes forzados, con un personal de administradores-políticos, con un proletariado extenuado, surgen nuevas industrias. Pero está convencido de que los métodos socialistas permitirían hacer mejor las cosas, disminuirían los gastos generales, transformarían a la U. R. S. S. en ejemplo, en vez de hacer de ella una pesadilla, como resulta para cualquiera que conozca la verdad. Y cuando en España, Joaquín Maurín habla de la "industrialización soviética" sin mencionar sus caracteres a menudo antisocialistas, Trotzky se indigna.

La crisis mundial, inaugurada por la "jornada negra del Wall Street" durante el año precedente, condena al paro forzoso a millones de trabajadores de Europa y América. Trotzky prevé que el paro acarrearía un grave debilitamiento de la clase obrera, particularmente la de Europa Central. En ade-

lante, "el plan deberá establecerse sobre bases auténticamente marxistas, y no sobre la teoría de una sociedad socialista aislada". La U. R. S. S. deberá tomar la iniciativa en el combate contra el paro mundial. "Centenares de miles de trabajadores europeos podrán producir máquinas y utilaje agrícola para Rusia", a condición de que se establezcan "amplios acuerdos comerciales entre la U. R. S. S., Alemania y Gran Bretaña". Con ese fin, deberá elaborarse un plan inteligible para los obreros rusos y para los obreros extranjeros. Proponerlo y buscar acuerdos parciales. Los socialistas reformistas que con Ramsay Mac Donald, gobiernan en Inglaterra y con Herman Müller en Alemania, son "más capaces de entenderse con la U. R. S. S. para luchar contra el desempleo, que para luchar contra el imperialismo". La agravación de la crisis los obligará a ello. Esta sugestión del 14 de marzo no encontrará eco en la U. R. S. S.

IX

Por inspiración de Stalin y Molotov, la Internacional Comunista anuncia en 1929 la "radicalización de las masas", la proximidad de luchas revolucionarias por el poder. Engaño destinado a cubrir las críticas de la Oposición y la teoría de la autarquía socialista. Grosero error sobre las probables consecuencias de la crisis económica mundial. "Tercer período de errores", escribe Trotzky¹ y no de luchas revolucionarias. En el X pleno del Comité Ejecutivo Internacional, Molotov declara que "hemos entrado con ambos pies en un período de inmensos acontecimientos revolucionarios en el campo internacional". "Con ambos pies", observa Trotzky, "el argumento se manifiesta impotente...". El "Bolchevique", órgano oficial, habla del "ascenso revolucionario en Alemania, en Francia, en Polonia...". Molotov prevé la toma del poder por el Partido Comunista de Francia; Jacques Doriot, miembro del Buró Político del Partido Francés, sostiene que los campesinos (¡franceses!) ocuparán las tierras a tiros...". Trotzky refuta con detenimiento esa demagogia lamentable, tanto más peligrosa cuanto que da pie a Molotov para declarar inadmisibles todo contacto con los socialistas-reformistas. Pronto llegará la tesis stalinista sobre el carácter "social-fascista" de los socialdemócratas, y sobre la imposibilidad comunista de combatir exitosamente al fascismo, antes de haber vencido a los socialistas moderados.

Comienza la tragedia alemana: en el país el movimiento obrero más fuerte y mejor organizado, allí donde el socialismo

¹ El "tercer período" de errores de la Internacional Comunista, Librairie de Travail, París, 1930.

ha atraído con más fuerza a millones de conciencias, inauguran los nazis, en el cuadro de la descomposición capitalista, su poderosa marcha hacia el poder. Como es natural, lo sostienen el gran capital y la Schwer Industrie. El hambre y el terror, permanentemente establecidos en Rusia, alejan a la clase media y a importantes sectores obreros del campo socialista. En este sentido, el stalinismo facilita y hasta provoca el ascenso de los nazis. Pero la estrategia del Komintern es directa, y claramente hace el juego al enemigo. Sobre este punto, Trotzky libra una de las batallas más encarnizadas, mientras la prensa oficial de la U. R. S. S. se niega a ver el peligro, y no se cansa de publicar las "victorias" promisoras del Partido Comunista Alemán, dirigido por Thaelmann, a quien el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista ordena llevar una política suicida. Thaelmann se ha convertido en jefe del partido, por la sola virtud de su obediencia absoluta; rodeado de escándalos, también él encarna la corrupción burocrática del "aparato".

Desde noviembre de 1930, Trotzky recomienda oponer al nazismo el conjunto de las fuerzas de la clase obrera alemana. Ello se conseguirá reaproximando para el combate al Partido Comunista, a la social-democracia, a los sindicatos reformistas y a los sindicatos rojos. En setiembre de 1930 los nazis obtienen seis millones de votos. Poco después, los nazis intentan un referéndum para derribar al gobierno socialdemócrata de Prusia presidido por Otto Braun. Stalin ordena a Thaelmann, y Thaelmann a los comunistas, que voten con los nazis. Trotzky revela que las cartas circulares del Partido Comunista Alemán, sostienen que en resumidas cuentas no existe diferencia esencial entre los nazis y los social-demócratas, "social-fascistas". La aberración es flagrante, catastrófica. Hay que decir, escribe Trotzky, que "cada habitación obrera será defendida por los comunistas, contra los nazis, junto a los trabajadores socialdemócratas, cristianos y sin partido" (setiembre de 1931). Hitler no podrá tomar el poder por la senda de la democracia, "deberá recurrir al golpe de estado"; hay "que obligar a la social-democracia a que haga bloque con los comunistas contra el fascismo". El partido conservará su independencia política: "no entenderse sino para batirse" (8 de diciembre de 1931). "La Oposición de izquierda está dispuesta a ponerse a disposición de la Internacional Comunista para las tareas más oscuras, difíciles y peligrosas... siempre que se le permita defender sus ideas..." (16 de junio de 1932).

"La clave de la situación internacional se encuentra en Alemania, escribe Trotzky en diciembre de 1931. El desenlace está próximo: la situación pre-revolucionaria se resuelve en revolución o contrarrevolución... Durante largos años, el des-

tino de Europa y del mundo entero dependerá de este desenlace... La dirección del Partido Comunista Alemán conduce al proletariado a una catástrofe inmensa... a capitular frente al fascismo... La victoria del fascismo alemán significará la guerra inevitable contra la U. R. S. S... Hay que decidirse ya mismo a oponer a Hitler una resistencia armada e implacable... La fuerza del nazismo está en la división de la clase obrera... ¡Unámosla!

¡Pero hablando en una Asamblea de funcionarios comunistas de Moscú, Stalin ha justificado la colaboración del Partido Comunista con los nazis en el "referéndum rojo" de Prusia!

Sordo a las exhortaciones y ciego ante los hechos, el Buró Político de Stalin-Molotov ordena al partido sostener la huelga de los transportes de Berlín, decretada por los nazis en noviembre de 1932.

"Bajo el látigo de la camarilla stalinista, escribe Trotzky una vez más, el Comité Central del P. C. alemán... aterrorizado y desorientado, entrega la clase obrera a Hitler, quien la crucificará...". Toda la prensa del Komintern denuncia a Trotzky, "cómplice de los social-fascistas..."

Esta encarnizada propaganda contra la social-democracia "social-fascista", a quien hay que aplastar antes de batirse con los nazis; la colaboración con los nazis, cuyas bandas continúan matando obreros comunistas; la insensatez y la criminal confusión de ideas, de hechos y de peligros, da sus frutos cuando en las últimas elecciones de la República de Weimar, millones de obreros sin trabajo votan primero por el Partido Comunista y enseguida por Hitler... No se juega impunemente con la conciencia de las masas hambrientas y desorientadas.

A principios de 1933, todo queda consumado. Hitler ha tomado el poder, Thaelmann está preso para siempre, los comunistas alemanes sufren la misma persecución que los demás proletarios... "Rundschau", órgano del Komintern, lleva la aberración al punto de prohibir a los miembros del partido todo reconocimiento de la derrota, porque "el ascenso de la ola revolucionaria continuará ineluctablemente... La dictadura fascista destruye las ilusiones democráticas y libera las masas de la influencia social-demócrata, acelerando así la marcha de Alemania hacia la revolución proletaria... Sólo a ignorantes e idiotas se les ocurre decir que los comunistas alemanes han sido vencidos...". El fiel funcionario stalinista a quien han ordenado firmar esta aberración, Heckert, será fusilado por Stalin algunos años más tarde ("Rundschau", abril 1933, Balesia).

Trotzky realiza el balance: "El proletariado más poderoso de Europa, por su función en la producción, por su importancia

social, por sus organizaciones, no ha opuesto ninguna resistencia al advenimiento de Hitler... Este es el hecho que debe determinar todas las consideraciones estratégicas del porvenir". El hecho provoca tanto pánico en el Kremlin, que temeroso de fechar en Moscú el último manifiesto de la Internacional Comunista sobre la necesidad del frente único con la social-democracia — ¡por fin admitido, aunque mil veces tarde! — lo hace publicar en "L'Humanité", ¡fechándolo en París! Trotzky subraya esa cobardía. "Ahora es Austria la que, amenazada por un pronunciamiento fascista, pasa a primer plano...". Trotzky recomienda cimentar y fortificar la unión obrera en todos los países vecinos a Alemania. No cesará de repetir que la guerra contra la U. R. S. S. se ha hecho inminente. "Pravda" lo denuncia como belicista.

X

Es imposible resumir, aunque sea brevemente, la actividad internacional de Trotzky; pero debemos mencionar algunos rasgos salientes. Los opositores chinos lo consultan en 1929, y él les recomienda centrar su propaganda en la consigna de la Asamblea Constituyente democrática. Cuando se produce el colapso de la monarquía española (1931) dirige una carta al Buró Político fechada el 21 de abril, proponiendo la unidad práctica de todas las fuerzas revolucionarias que actúan en España, país donde el Partido Comunista debe tomar conciencia de su debilidad. Si así no se hiciera, "la derrota inevitable de la revolución española conducirá a un verdadero fascismo de tipo mussoliniano. Inútil señalar las consecuencias que semejante hecho revestiría para Europa y la U. R. S. S. Por el contrario, el desarrollo de la revolución española (en momentos en que la crisis mundial dista mucho de haber concluído) abre posibilidades realmente grandiosas". El Buró Político no responde una palabra. En realidad, no acuerda ninguna importancia a cuanto ocurre en la Península. Algunos textos sobre el tema son verdaderamente sobrecogedores.

A Stalin lo hipnotiza el peligro de guerra en el Extremo Oriente, de parte del Japón. También aquí es completo el desacuerdo. Frecuentemente entrevistado por la prensa americana, Trotzky expone que por ese lado, la U.R.S.S. no tiene motivos de temor. "La colonización de China es el fin que Japón persigue... y ese fin sobrepasa sus fuerzas..." "La clave de la situación mundial no se encuentra en Mukden, sino en Berlín...". Trotzky no duda de la proximidad de la segunda conflagración mundial. El 15 de febrero de 1932, le dice al corresponsal del "New York Times": "El crecimiento de la hegemonía

mundial de los Estados Unidos es inevitable... Económica y políticamente, los Estados Unidos dependerán cada vez más de las crisis, de las guerras y de las revoluciones que se produzcan en todas las partes del mundo. Pienso que en tierra, mar y aire, los Estados Unidos constituirán el sistema militar más vasto que pueda concebirse. La U.R.S.S. se norteamericanizará desde el punto de vista técnico; Europa se sovieterizará o caerá en la barbarie; los Estados Unidos se europeizarán... (U.P., 25 febrero 1932). (Entrevista al "Chicago Daily News", del 23 de abril de 1932).

El 20 de febrero de 1932, el Buró Político ordenaba cancelar la nacionalidad soviética de Trotzky y de los miembros de su familia que se encontraban en el extranjero. Desde Estambul, Trotzky respondió con una "Carta abierta al Comité Central Ejecutivo de los Soviets", oficialmente responsable de esta decisión cuyo origen real debe buscarse en la agravada situación rusa. Corresponde citar algunas líneas, porque ellas contienen una apreciación madura y reflexiva sobre Stalin y una recomendación de timbre singular. "Ustedes conocen a Stalin tanto como yo... Jamás tuvo fuerza en sí mismo; toda le vino del aparato; o si queréis, es fuerte en la medida en que representa la encarnación más acabada del automatismo burocrático... Hay que confiar en la clase obrera, dar a la vanguardia proletaria la posibilidad de que revise críticamente, de arriba a abajo, todo el sistema soviético; de ese modo se limpiará la grasa acumulada en él. Recuerden además la última e insistente recomendación de Lenin: ¡Eliminar a Stalin!" (1º de marzo de 1932).

La "Carta abierta" circuló por los medios dirigentes rusos, en momentos en que la crisis interna del partido parecía próxima a provocar un desenlace... La situación general se había vuelto indescriptible. Los campos desolados, las ciudades hambrientas, los técnicos enloquecidos, los obreros agotados y desesperados, focos de disturbio en Asia Central y en el Cáucaso, trenes repletos de deportados sobre todas las vías de la periferia, cementerios con pequeñas cruces blancas en los bosques del norte, centenares de miles de "colonos especiales" y de condenados de la G.P.U. trabajando en la apertura de canales, y en la erección de fábricas nuevas. En Moscú y otros lugares, con frecuencia incrementada, los funcionarios del régimen se preguntaban casi en alta voz, si podía ser inconsciente ese gigantesco sabotaje de la revolución.

"...El 14 de octubre de 1932, pudimos al fin abandonar Estambul para realizar un corto viaje a Copenhague. Invitado por una asociación científica danesa a dar una conferencia, León Davidovitch había recibido el visado. Partimos en com-

pañía de nuestros jóvenes camaradas Otto Schüssler (alemán), J. Fraenckel (checo) y Pierre Frank (francés). Cuando el barco llegó a Atenas, León Davidovitch fué objeto de una ovación inesperada. En Nápoles, pudimos desembarcar para visitar las ruinas. En Marsella, la policía tomó precauciones extraordinarias. Sin que la prensa lograra informarse de nada, una lancha a motor nos condujo a la costa, donde un agente de civil nos acompañó a Lyon en automóvil; y desde allí a París. Pasamos un día en dicha ciudad, tras lo cual nos embarcamos en Dunkerke, tan rigurosamente vigilados, que la policía impidió aproximarse al secretario del Sindicato de los trabajadores del puerto. En las estaciones de Dinamarca, aparecieron grupitos stalinistas que intentaron manifestaciones, reducidas a algunos gritos y silbidos. En el Stadium de Copenhague, León Davidovitch tomó la palabra en alemán, para hablar sobre la revolución de octubre de 1917¹. Concluyó con una apología al socialismo, "que significa el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad, en el sentido de que el hombre actual, desgarrado por sus propias contradicciones, podrá abrirse camino hacia una existencia más feliz...".

"Por la mano genial de Siegmund Freud, el psicoanálisis levantó la tapadera del pozo que, poéticamente se llama el "alma" del hombre. ¿Y qué nos ha revelado? Nuestro pensamiento consciente no constituye más que una pequeña parte en el trabajo de las oscuras fuerzas psíquicas... Por primera vez la humanidad se considerará a sí misma como una materia prima, y en el mejor de los casos, como una semifabricación física y psíquica".

El gobierno danés negó autorización para transmitir radialmente la conferencia; los ministros socialdemócratas mencionaron las objeciones del rey y de la corte.

"Nos habian acordado un visado de ocho días, y nos enteramos que el rey se oponía a toda prolongación del mismo. Una veintena de amigos políticos, todos ellos munidos de pasaportes en regla, habían llegado para hablar con Trotzky. Esta "conferencia clandestina" nada tenía de clandestina ni de solemne; pero suscitaba la cólera de los reaccionarios y de los comunistas-stalinistas. Ocupamos la pequeña quinta de una bailarina, ridículamente amueblada; nadie entraba en ella, nadie salía, sin ser bien observado... El gobierno social-demócrata de Stau-ning exigió que partiéramos el día mismo de la expiración del visado. Como no zarpaba ningún barco, tuvimos que fingir una

¹ La conferencia ha sido publicada por la Editorial Indoamérica, en la recopilación "¿Qué fué la Revolución Rusa?", de León Trotzky.

partida y pasar veinticuatro horas en un auto, recorriendo los caminos. León Davidovitch había solicitado un visado sueco. Los socialistas de Estocolmo le respondieron que Suecia no tenía inconveniente alguno en otorgarlo; pero que la embajadora soviética, Alejandra Kollontai, presentaba objeciones imposibles de ignorar... Nuestro hijo León Sedov, en esos momentos de paso por Berlín, no obtuvo autorización para venir a vernos; pero diariamente nos comunicábamos con él por teléfono.

“Esperábamos que a la vuelta nos permitirían prolongar nuestra estadía en Francia. Las autoridades francesas se opusieron, sin embargo. Acompañados por algunos amigos, atravesamos el país en auto. El gobierno italiano nos autorizó a embarcar en Génova, y los agentes de Mussolini demostraban tanto apuro, que hasta quisieron exigirnos que nos hiciéramos a la mar en un barco de carga. Todos estos desplazamientos se efectuaban bajo riguroso incógnito, y nos sometían a una vigilancia policial, meticulosa y agitada, aunque cortés. Utilizando mi apellido, León Davidovitch viajaba con el pseudónimo de M. Sédov. Cuando el vapor llegó a Corinto, Grecia, estalló una manifestación al grito de “¡Viva Trotzky!”. Los pasajeros se miraban estupefactos; cayó el incógnito de M. Sédov; nos vimos rodeados de simpatía; pero por prudencia, no salíamos de nuestro camarote.

En una atmósfera de inquietud, los últimos meses de 1932 transcurrieron bajo los luminosos paisajes del Bósforo. Un incendio casual devoró completamente la biblioteca de León Davidovitch y todas las fotos de la revolución. Felizmente, pudimos salvar los archivos. Comenzaban a escasear las postales de Rusia. Por caminos indirectos, conocíamos, sin embargo, la gravedad de la crisis interna, y la cruda represión ejercida contra nuestros camaradas y amigos. Al concluir las condenas de prisión o deportación, la G.P.U. la renovaba sin ningún trámite especial. En otros casos, no bien el detenido abandonaba la prisión, se lo encarcelaba nuevamente por tres o cinco años. Sin que el mundo exterior lograra enterarse, las huelgas de hambre, las violencias, las encarnizadas resistencias, se sucedían en las prisiones...

“Eran unos siete mil los “oposidores de izquierda” presos o deportados, y el número se acrecentaba sin cesar. Ahora le tocaba el turno a los “derechistas”, miles de los cuales tomaban el camino del Artico, de Narym, de Kazakstan... Bastaba que un obrero se limitara a señalar el descenso de los salarios, para que lo calificaran de “trozkysta” o “derechista”, lo arrestaran y sometieran a un régimen indescriptible en las prisiones subterráneas, lo librarán al hambre, y lo hundieran finalmente en las cuadrillas desmontadoras de los bosques del norte.

Los últimos grupos de opositores de izquierda (bolcheviques-leninistas), se agrupaban alrededor de Racovsky, que acababa de cumplir sus cincuenta y nueve años en el mayor aislamiento; de Sosnovsky, hundido en la prisión de Tomsk, donde sufría rigor más severo que el de los condenados a muerte del antiguo régimen; de Muralov, deportado en Tara.

Pese a sus reiterados arrepentimientos, Kamenev y Zinoviev acababan de ser nuevamente deportados, con motivo del arresto de Riutin, del que hablamos arriba. Nos llegó la noticia de que Zinoviev había dicho: “Nuestro mayor error consistió en abandonar a la Oposición en 1927...”. Era sin duda un reconocimiento tardío.

Sinceras o falsas, a fines de 1932, concluye en Moscú la experiencia de las capitulaciones. Sorpresivamente, de noche, en la calle, en sus oficinas, la G.P.U. arresta a la mayor parte de los viejos revolucionarios que han pertenecido a la Oposición y se han inclinado ante Stalin. Tal es, se nos informa, la suerte de Smilga, de Preobrajensky, de Mratchkovsky, de Olga Ravitch, de Ter-Vaganian, redactor de la revista “Bajo el signo del Marxismo” y de Ivan Smirnov... La represión se intensifica en el mismo momento en que Hitler toma el poder en Alemania.

“El 5 de enero de 1933, Zinadia Volkova, hija mayor de León Davidovitch, que acaba de cumplir sus treinta años, se encierra en su departamento de Berlín y abre las llaves del gas... Tuberculosa, el gobierno soviético la había autorizado a someterse a tratamiento en Alemania.

“Llevaba un doble neumotórax, y por momento sufría de neurosis aguda. Zina veía a los camisas pardas conquistar la calle, se enteraba antes que nosotros de los arrestos de Moscú, carecía de noticias de su marido, Platon Volkov, joven intelectual de formación obrera, preso desde hacía mucho. Privada de su nacionalidad soviética, incapaz de adaptarse a Occidente, la pérdida de la nacionalidad fué la gota de amargura que rebosó el vaso.

“En Alemania, León Sédov corría peligro de caer en manos de los nazis. No había podido venir a Copenhague; pero el llamado directo que dirigió a M. Herriot, pidiéndole autorización para que nuestro hijo se nos reuniera a nuestro paso por Francia (diciembre de 1932), le permitió obtener la visación francesa. Nos encontramos en Marsella. Este es el momento de relatar las entrevistas berlinesas con dos viejos bolcheviques. En julio de 1931, de compras en la gran tienda Kadewe, León Sédov se había topado con Ivan Nikititch Smirnov, por quien sentía gran afecto desde la infancia. Smirnov se había sometido a Stalin, tras un período de deportación. Pensaba que toda

lucha política se había tornado imposible en Rusia, y que los viejos revolucionarios debían hacerles útiles a la industrialización. El crecimiento de la producción y del proletariado, tal vez lograran salvar el socialismo ruso... Dirigía la nueva industria de automóviles de Nijni Novgorod. León Davidovitch había fustigado con severidad la capitulación de un amigo cuya rectitud conocía. Smirnov y León Sédov se entrevistaron dos o tres veces. Smirnov mantenía su propia línea de conducta, pero habló espontáneamente de las condiciones internas de la U.R.S.S., del peligro implícito en su crisis económica. Prometió enviar cifras "para que los hechos fueran más inteligibles en el extranjero". Durante un año, no tuvimos noticias de él. En el otoño de 1932, otro jefe de industria, Holzman, llegó a Berlín, y comunicó a León Sédov un mensaje de Smirnov. Holzman simpatizaba con la Oposición, pero no participaba activamente en la vida política; era un bolchevique-liberal, instruido, honesto, moderado. Los datos económicos que nos hizo llegar fueron publicados en el número 31 del Boletín de la Oposición. No contenían nada que fuera secreto. El mismo leyó atentamente nuestras publicaciones, para resumir su contenido a algunas personas de Moscú. Tal era la atmósfera de vigilancia y delación que asfixiaba a Moscú, que estos débiles y esporádicos contactos de dos viejos bolcheviques con nosotros, llegaron a oídos de la G.P.U. El primero en caer fué Holzman, parece que en el mayor secreto; a Smirnov lo arrestaron el 1º de enero de 1933, y sin proceso, lo condenaron a diez años de prisión...

XI

"En 1933, sin ninguna dificultad, el gobierno Daladier nos acordó asilo en Francia. Los primeros intentos en ese sentido se los debíamos a Mauricio Hoertel (Parijanin), traductor de León Davidovitch. Acompañados por nuestros amigos americanos Sara Weber y Max Schachtman, y por dos jóvenes secretarios, Jan Van Heijenoort y Rudolph Klement, el 24 de julio de 1933 llegamos a Marsella.

"La prensa reaccionaria y "L'Humanité", staliniana, protestaron furiosamente contra la generosidad del gabinete Daladier. Ese "radical-fascista", a estar de las palabras de Jacques Doriot y demás jefes del Partido Comunista, sólo pensaba en la guerra contra la U.R.S.S.; prueba de ello, la hospitalidad acordada a Trotzky. Temíanse manifestaciones en Marsella; desembarcamos en Cassis, y en un puesto policial se nos reunieron León Sédov, Raymond Molinier y un comisario de la "Sûreté general". (policía secreta francesa). Partimos hacia Saint-Palais, en los alrededores de Royan.

"En Saint-Palais, Molinier nos había alquilado la quinta "Les Embruns" construída a pico sobre el océano, la quinta merecía su nombre. Acabábamos de llegar cuando estalló un incendio accidental. Mientras lo extinguían, permanecíamos en el auto, sobre el camino. Residimos en Saint-Palais unos dos meses, de incógnito; sólo el Ministro del Interior conocía nuestra presencia, junto con el Prefecto de la Charente-Maritime y pequeño número de amigos nuestros. León Davidovitch recibió unas cincuenta visitas, entre ellas la de André Malraux, la del diputado holandés Sneevliet, la de Parijanin, la de un militante del Independent Labor Party (Partido Obrero Independiente de Inglaterra), la de varios refugiados alemanes. Enfermo, se trasladó más tarde a Bagnères-de-Bigorre, en los altos Pirineos; lo acompañé hasta allí, donde vivimos solos unas dos semanas.

"La Sûrete Generale no vió inconvenientes en que Trotzky viviera, siempre de incógnito, más cerca de París, en el Barbizón. Cambió de rostro, haciéndose afeitado su fuerte perita gris. De ese modo se asemejaba bastante a un francés medio, intelectual o artesano... Las autoridades locales ignoraban nuestra verdadera identidad. Transcurrieron más de tres meses bajo la calma de la floresta de Fontainebleau. Rudolf Klement iba a París en bicicleta para traernos el correo. Un día lo detuvo un agente de policía, porque en el camino se le había apagado la linterna... Lo condujeron a la gendarmería. Nuestra alarma fué grande, porque vivíamos sobresaltados por la posibilidad de un atentado contra Trotzky o contra nuestros amigos. ¡Klement había desaparecido! A la mañana siguiente, tampoco volvió otros de nuestros jóvenes camaradas, salido de compras. La policía y la gendarmería se desplegaron por los caminos; una decena de agentes se presentaron por fin en nuestra casa. La presencia de Trotzky en Barbizón causó sensación; los curiosos se apretujaban en los lindes de la quinta. Tras la verja, dos grandes perros, turbados por tanto movimiento, ladraban sin cesar... Los diarios denunciaron el descubrimiento de un foco revolucionario en Barbizón. ¡Hasta se habló de una imprenta clandestina! Nuestra tranquilidad había concluído. Durante algunos días —fines de 1933— nos ocultamos en París.

"Henri Molinier despliega infatigable actividad. El gobierno francés no pretendía molestarnos, pero temía el escándalo; por nuestra parte, sentíamos la amenaza de la G.P.U., del Partido Comunista, de los emigrados contrarrevolucionarios, de los periodistas sedientos de noticias sensacionales, de la prensa de derecha, de los indiscretos y de los curiosos! Raymond Molinier nos condujo a un hotelcito, próximo a la frontera suiza... Pero también allí nos reconocieron, y hubo que huir nuevamente;

esta vez nos refugiamos en una aldea, cerca de la Gran Charreuse, Isere. La primavera se elevaba sobre las montañas, la casita campesina comenzaba a rodearse de follajes nuevos y de flores. Efectuábamos largos paseos... y hacíamos proyectos para el invierno... De pronto, los diarios comenzaron a hablar del nuevo refugio de Trotzky, y hubo que rehacer los paquetes... Durante algunos días nos albergaron en una pensión familiar, bajo la atenta mirada de un funcionario de la Sûreté. Fingimos estar de duelo —yo me vestía de negro— con el fin de aislarnos mejor; nos hacíamos servir la comida en nuestra habitación. Un preceptor apellidado Beau nos ofreció albergue en su casa, a unos treinta kilómetros de Grenoble. Tuvimos dos piezas hermosas, una compañía amigable, algunos contactos con preceptores franceses. Durante el Congreso de Grenoble de la Federación Unitaria de Enseñanza, Beau y su esposa, Margarita, organizaron una pequeña reunión para León Davidovitch. Permanecimos unos diez meses en compañía de ese excelente matrimonio.

“Nuestro permiso de residencia estaba próximo a expirar. Hostigado por los reaccionarios, que con el apoyo de los comunistas acababan de efectuar el motín de la plaza de la Concordia, y bajo el fuego de la campaña stalinista, el Ministro del Interior, M. Sarraut, exigió nuestra partida de Francia. Firmóse el decreto de expulsión. No podíamos dirigirnos a ninguna parte: para nosotros, el planeta permanecía sin visado. La Sûreté General nos informó que en lo sucesivo nos someterían a una vigilancia especial. Tiempo después, León Davidovitch anotaba que “durante el último año de mi estadía en Francia, estuve más aislado del mundo que en la isla de Prinkipo”...

“¡Una vez más, el planeta sin visado! Nos era realmente imposible encontrar nuevo asilo. Abandonamos Beau, para residir por un tiempo en una casita arruinada, que León Sédov y su esposa habían alquilado en las cercanías de París. Casi diariamente, la policía venía a informarse de nuestros proyectos... Un gobierno obrero acababa de constituirse en Noruega; nuestros amigos de Oslo solicitaron asilo para nosotros, y finalmente lo lograron.

“En mayo de 1935, nos llegó la noticia del arresto en Moscú de Sergio, nuestro hijo mayor. Desapareció a los veintisiete años. Su único crimen consistió en ser hijo nuestro, en conocer la probidad sin tacha de su padre, en no consentir en renegar de él, acusándolo falsamente, como sin duda se lo han exigido. Sergio no se interesaba activamente por la vida política. Su espíritu se inclinaba hacia la ciencia y las matemáticas. Junto con otros dos jóvenes ingenieros, había publicado un

estudio sobre “los generadores ligeros de gas en los tractores...” Mi protesta pública no surtió efecto alguno. Pasaron algunas semanas, y una carta postal que había enviado a la esposa de Sergio retornó con el siniestro sello de “partido sin dejar dirección”. También arrestaron a Lola, que también debe perecer, porque conoce la absoluta inocencia de su marido, el carácter y las ideas de León Davidovitch... Imposible averiguar la suerte que han corrido.

“En junio de 1935, embarcamos en Amberes para dirigirnos a Oslo. El gobierno belga (Vanderveelde) nos negó autorización para pasar un día en Amberes y visitar los museos”.

SEXTA PARTE

LA PESADILLA

I

¡Calma, severa y acogedora Noruega! En ella encontramos la ilusión de una seguridad verdadera, en compañía de hombres honestos que pronto fueron nuestros amigos. Los miembros del gabinete obrero nos habían recomendado aceptar la hospitalidad que nos brindaba Konrad Knudsen, viejo y conocido socialista, miembro del Riksdag. Vivíamos, pues, en la pequeña ciudad de Weksal, cerca de Honefoss, a unos sesenta kilómetros de Oslo. Una población modesta, una casa espaciosa con amplio patio sobre el camino, cuya entrada permanecía abierta tanto de día como de noche... Sólo en Noruega concíbense estas cosas. Si nos hicieron objeto de vigilancia o de algunas medidas de protección, fué sin que tuviéramos la menor oportunidad de darnos cuenta de ello. Martín Tranmael, viejo dirigente del Partido Obrero, sindicalista que durante un tiempo había pertenecido a la Internacional Comunista, nos hizo una visita amigable. Lo mismo ocurrió con Trygve Lie. A esto se limitó nuestro contacto con las autoridades.

"Ocupábamos dos cómodas habitaciones en casa de los Knudsen: En una de ellas trabajaba León Davidovitch. La otra servía de dormitorio. Comíamos en familia. Nuestros secretarios vivían en una casa próxima. Juan Van Heijenoort fué el primero; después vino un joven intelectual checo, Erwin Wolf, que no tardó en casarse con la hija de nuestro huésped, Jorkis Knudsen, hermosa joven de cabellos rubios, sana y sencilla, toda rectitud y finura (no sospechaba que por haber conocido a proscritos, pronto sufriría, también ella, la peor de las torturas morales...). El padre, socialista moderado, hablaba un poco de inglés... Eran gente acogedora, de rigurosa probidad.

"Recibíamos escasas visitas: algunos socialistas noruegos; algunos extranjeros. Nadie podía acercarse a nosotros sin an-

tes pasar por la redacción del periódico socialista de Honefoss, dirigido por Conrad Knudsen. Por fuerza, nuestros visitantes se transformaron en huéspedes de la familia.

“Iba a Honefoss a hacer mis compras. A veces concurríamos al cinematógrafo del pueblo, en compañía de los Knudsen, donde pasaban películas antiguas... Tan seguros nos sentíamos, que León Davidovitch llegó a hacer solo largas excursiones por los bosques... Trabajaba intensamente en su correspondencia, en el examen de las publicaciones rusas y de otros idiomas, en la redacción del boletín publicado en París por León Sédov, en un libro al que acordaba capital importancia, “La Revolución Traicionada”. Recibía informaciones bastante abundantes sobre la persecución de nuestros camaradas, la vida política en las prisiones, los dramas de la deportación... Como por milagro, tres opositores habían logrado salir de Rusia en 1935 y en la primavera de 1936. Tarov, un obrero, arrastrado de prisión en prisión por el Asia Central, bajo los lamentos de los torturados y las salvas de fusilamientos, habiase evadido por el Irán; Anton Ciliga, ex miembro del Comité Central del Partido Comunista Yugoslavo, preso durante años en Verkhneouralsk, había logrado su expulsión de la U.R.S.S. apelando a la huelga de hambre. Otro tanto habían conseguido con Victor Sérge las protestas de los sindicalistas y de los intelectuales franceses.

“Las noticias de la U.R.S.S. eran terriblemente contradictorias. Por un lado se sucedían y multiplicaban las encarnizadas proscripciones; por otra parte, la revalorización mínima del rublo, decretada en 1935, lo colocaba al nivel de un kilo de pan negro, y de esa manera atenuaba el hambre de los trabajadores; la situación económica daba indicios de mejoramiento; hablábase de una constitución democrática y hasta —según ciertos rumores— de una amnistía política... La U.R.S.S., miembro de la Sociedad de las Naciones, efectuaba su política de paz. Los Partidos Comunistas viraban hacia los Frentes Populares. En contraste con el III Reich, donde Hitler había procedido al asesinato en masa de una parte de los cuadros de su propio partido, la U.R.S.S. podía desempeñar ahora un papel positivo en la “defensa de la cultura europea”. Y los propagandistas no cesaban de referirse a ello”.

Pero Stalin chapoteaba en charcos de sangre, y en las tenebrosas contradicciones del asunto Kirov. El 1º de diciembre de 1934, Sergio Kirov, miembro del Buró Político, sucesor de Zinoviev en la segunda capital, había sido muerto en el Smolny de un tiro en la nuca. El asesino era un joven comunista de nombre Nikolaev. Stalin se había dirigido a Leningrado para interrogar personalmente al culpable, cuyas declaraciones es-

critas, preparadas de antemano, jamás fueron publicadas. Tras un proceso secreto, lo fusilaron junto a todos sus amigos, catorce jóvenes comunistas en total. En los diez días que sucedieron al atentado, fusilaron también a ciento catorce detenidos en diversas prisiones. Unos tres mil comunistas de un modo u otro vinculados con la tendencia Zinoviev fueron arrestados en Leningrado. Contra este último, Kamenev, Evdoki-mov, Bakaev — y muchos otros — se instruyó un primer proceso secreto, en el curso del cual reconocieron, a estar de la prensa stalinista, cierta responsabilidad moral en el asunto. Dóciles a todas las exigencias del Partido, admitieron que la atmósfera de descontento por ellos provocada, había podido sugerir en otros la idea del atentado... Se los condenó a largas penas de prisión. Al mismo tiempo, miles de otros comunistas partían para los campos de concentración... Se había intentado, sin ninguna habilidad, mezclar a Trotzky en el asunto, afirmando que Nikolaev había recibido una carta le él, a través de un cónsul leton. Stalin dejó caer esta acusación, sin volver más sobre ella. Por el contrario, la G.P.U. pronunciaba condenas relativamente suaves contra los jefes de la policía política de Leningrado, confesos de haber conocido la preparación del atentado, sin intentar impedirlo. Esto arrojaba débiles resplandores sobre las oscuras bambalinas. Por orden directa de Stalin, la G.P.U. procedía a una depuración total de la población de Leningrado: deportaba a unos cien mil habitantes, ex-capitalistas, ex-funcionarios, oficiales, intelectuales del antiguo régimen, familias de opositores comunistas, elementos religiosos, heréticos de todas las tendencias (1935). El Buró Político parecía vivir bajo la hipnosis del terrorismo y de la represión.

Hasta ahora no se había mezclado a los trozkistas. La razón era sencilla: todos ellos vivían desde hacía años en la prisión y en la deportación, bajo la diaria vigilancia de la G.P.U. No bien alguno de ellos cumplía sus cinco años de prisión, era nuevamente detenido y se le ampliaba la condena. En Barnul, Rakovsky, ya de sesenta y dos años, desgastado por siete de privaciones, de rigurosa vigilancia y de aislamiento, sometíase a Stalin, “vistas las amenazas de guerra y el peligro fascista”. Bien recibido en Moscú, el Buró Político le confiaba una breve misión en Japón.

II

“A fines de 1935 y principios de 1936, vivíamos en Weksal, rodeados de gran soledad. El invierno noruego tiene la inmaculada belleza de sus cielos puros, de sus nieves deslumbrantes, de sus oscuros pinos nevados. Al caer la tarde, llamas pur-

purinas se expanden por las planicies blancas, y el cielo reluce unos instantes... Solíamos visitar a los Knudsen en su chalet de la montaña, al que sólo se llegaba con skies. Allí se vive bajo el duro encantamiento del frío”.

Toda la vida de León Davidovitch hállase concentrada en su pensamiento; y este se expresa en escritos de asombrosa precisión. Su producción de la época merece estudio detenido, porque sin sospecharlo nos hallamos en víspera de un drama histórico espantoso. León Davidovitch continúa la labor de su vida; en lo que concierne a la U.R.S.S., persevera rigurosamente en la senda de la revolución de 1917 y de la Oposición de 1923. Todavía en marzo de 1933, en el Boletín de la Oposición, (nº 33), reclama la reforma soviética, “un régimen honesto en el Partido”, “la democracia soviética”. Como hemos visto, la toma del poder por Hitler en Alemania, reviste doble significado para él: anuncia la guerra europea, y la quiebra de la Internacional Comunista stalinizada.

En octubre de 1933 (Boletín nº 37), León Davidovitch publica un llamado que firma el “Sozialistische Arbeiterpartei alemán”, el Partido Socialista Independiente de Holanda, el Partido Socialista Revolucionario de Holanda, la Oposición Bolchevique leninista rusa, en favor de la próxima constitución de una IV Internacional, llamada a reanudar la tradición del marxismo revolucionario que el Komintern abandona. “No existe ya Partido bolchevique, afirma el documento. La reforma del Partido Comunista ruso es imposible... Corresponde reconstruir un Partido Bolchevique... Sólo el movimiento revolucionario mundial podrá salvar al Estado Obrero... El Komintern ha muerto para la revolución”. Las implicaciones de esta nueva orientación son importantes, y puede decirse que, vista la gravedad de la situación interna, provocan en Moscú una verdadera ola de pánico. Si en efecto la reforma soviética se ha hecho imposible, si la Oposición asume la iniciativa de constituir una nueva Internacional, ello significa que ha puesto a la orden del día la constitución del segundo Partido, el cual se reserva el derecho de recurrir a la revolución contra la burocracia.

Bien entendido, ese nuevo Partido no existe en la U.R.S.S. sino en estado embrionario y en cautiverio total; pero hay temple valerosos, capacidades reconocidas, y bajo su unanimidad de fachada, el partido oficial se encuentra roído por la duda, la inquietud y la sorda revuelta.

En 1935, Stalin decide convocar al VII Congreso de la III Internacional; desde hacía siete años, la Internacional Comunista no convocaba Congresos, lo que evidenciaba su subordinación a Stalin, quien, por su parte, consideraba supérfluo

mantener las apariencias estatutarias. “Todo el problema, afirma Trotzky, consiste en saber si la burocracia continúa necesitando a la Internacional Comunista”. En escritos anteriores, ha calificado al aparato stalinista —que corrompe, desmoraliza, extravía, y embrutece a las masas comunistas— de “sífilis del movimiento obrero”, de “la plaga más grave del movimiento obrero”.

Respecto a la naturaleza social del régimen soviético, desarrolla la teoría del “bonapartismo soviético”, inspirada en el análisis de Karl Marx sobre el golpe de Estado de Bonaparte y de Luis Napoleón. En “La Revolución Traicionada”, obra en la que diariamente trabaja en Weksel, esboza una visión de conjunto, destinada al gran público. Es la exposición más acabada y completa de su concepción. Valiéndose de las estadísticas, Trotzky demuestra que “la condición material de las masas (soviéticas) sigue siendo inferior a la de los países capitalistas”. Responsabiliza al pasado de Rusia de este estado de cosas. “No había más salida hacia el progreso que la subversión del régimen capitalista”. Explica la burocracia por la debilidad de la producción, el racionamiento, la miseria, la incultura. Refuta la tesis oficial de “la victoria completa del socialismo”. Sus análisis económicos son ajustados; se fundan escrupulosamente en los datos de las estadísticas oficiales. Denuncia “el acrecentamiento de la desigualdad” y la trágica condición del obrero, que como “Trud”, órgano de los sindicatos soviéticos, se ve obligado a reconocer, recurre a veces al “sabotaje de las máquinas” para luchar contra el estajanovismo, es decir, contra el total agotamiento. El estajanovismo divide en dos categorías a la clase obrera: la de los privilegiados y la de los hambrientos: “dividir, para reinar”. Denuncia al “Thermidor en el hogar, en la familia”, la agravación de las condiciones de existencia de la mujer y del joven; el pensamiento dirigido. “La vida del arte soviético es un martirologio”. “En verdad sea dicho, excepciones a un lado, la época thermidoriana entrará en la historia como la de los mediocres, los laureados y los astutos”. En su política extranjera, la U. R. S. S. ha dejado de sostenerse en el proletariado internacional, “sin cuyo apoyo no hubiera podido mantenerse durante doce años”. Denuncia la “ficción nefasta” del desarme propuesto por Stalin-Litvinov. Alemania “se arma febrilmente, en primer lugar contra la U. R. S. S.”. “El decreto que restablece el cuerpo de oficiales en todo su esplendor burgués, ha constituido uno de los golpes más duros lanzado contra los principios de la Revolución de Octubre”, contribuyendo a destruir la tradición socialista del Ejército Rojo. Encara el peligro de la guerra con reflexiva confianza.

La U. R. S. S. posee grandes ventajas: su extensión, sus reservas humanas. "La inestabilidad del régimen (nazi) de Alemania, proviene de que desde hace mucho las fuerzas productivas han sobrepasado las formas de la propiedad privada. La inestabilidad del régimen soviético, por el contrario, débese al hecho de que las fuerzas productivas están todavía lejos del nivel de la propiedad socialista". "Hitler tiene muchas menos probabilidades que Guillermo II de llevar la guerra a la victoria... Una revolución efectuada a tiempo, es el único medio para evitar que Alemania se lance a la guerra, para ahorrarle una nueva derrota". Estima que Japón y Polonia, adversarios potenciales de la U. R. S. S., atraviesan una situación francamente mala. "Tanto el peligro de guerra, como el de una derrota de la U. R. S. S., constituyen realidades. Si la revolución no impide la guerra, ésta puede ayudar a la revolución... Nadie le exige al gobierno soviético que se exponga a aventuras internacionales, que cese de obedecer a la razón, que intente torcer el curso de los acontecimientos mundiales. Tentativas de esa clase (Bulgaria, Estonia, Cantón...), sólo a la reacción sirvieron, y la Oposición de Izquierda las condenó a su debido tiempo. De lo que se trata, es de la orientación general de la política soviética. La contradicción entre la política exterior de la U. R. S. S. y los intereses del proletariado mundial y los pueblos coloniales, encuentra su expresión más funesta en la subordinación de la Internacional Comunista a la burocracia conservadora y a la nueva religión de la inmovilidad". "La decadencia de Europa resulta de su parcelación económica en cuarenta estados casi nacionales... La tarea del proletariado europeo no consiste en eternizar las fronteras, sino en suprimirlas revolucionariamente. ¿Statu quo? ¡NO! ¡Estados Unidos de Europa!".

Finalmente "no está todavía resuelto el problema del carácter social de la U. R. S. S...". No puede hablarse ni de capitalismo, ni de capitalismo de Estado, ni de socialismo; la U. R. S. S. es una sociedad intermedia entre el capitalismo y el socialismo... la evolución de las contradicciones acumuladas puede impulsarla al socialismo, o retrotraerla al régimen capitalista". La nueva Constitución es un pobre disfraz. "En un país donde la lava revolucionaria todavía está fresca, los nuevos privilegiados se sienten incómodos por sus privilegios"... El "bonapartismo soviético" es "un régimen de crisis"... "La nueva revolución resulta ineluctable...". "Hoy más que nunca, el destino de la revolución de Octubre se liga al de Europa y el mundo...". "La burocracia sin ley deberá ceder su lugar al democratismo soviético... Implícito en ello, está el restablecimiento de la libertad para los partidos sovié-

ticos, comenzando por el Partido Bolchevique, y el renacimiento de los sindicatos". El libro concluye con una nueva refutación del "socialismo en un solo país", y con una crítica a los "amigos" ciegos y complacientes de la U. R. S. S. staliniana, "porque es la verdad y no la mentira, el verdadero motor del progreso".

Nos ha parecido indispensable resumir de manera esquemática los puntos de vista de Trotzky, pues trágicos momentos se aproximan en que desvergonzados impostores se atreverán a ponerlos en cuestión.

III

"Súbitamente comenzaron los días de inquietud. León Davidovitch acababa de concluir "La Revolución Traicionada"; la primavera estallaba en brotes nuevos, en flores y en arroyos, en tibias claridades montañosas. Partimos a una excursión de pesca en compañía de Conrad Knudsen y su esposa. Pensábamos pasar varios días en un chalet, al borde de un lago, en un paraje claro de un fiord boscoso. Un auto nos seguía de cerca; temíamos un incidente, tal vez un atentado. Bruscamente interrogados por Knudsen, los jóvenes que ocupaban el auto sospechoso, se turbaron y abandonaron la persecución... Pero en ausencia nuestra, otros jóvenes pertenecientes a una organización fascista noruega, intentaron penetrar en la casa; Jordis Knudsen se lo impidió. El valor físico de un joven bastó para desarmar a esos jóvenes fascistas o profascistas, pero incapaces de recurrir a la violencia. El episodio significaba que algo se estaba tramando contra nosotros.

"Pasamos algunos días calmos, en el frío chalet junto al lago. En la noche del 14 y 15 de agosto, Knudsen escuchó el comunicado de Radio Moscú, en el que se anunciaba la apertura de un proceso contra "un centro trozkysta-zinovievista", acusado de actividades "terroristas". Un decreto-ley promulgado al día siguiente del asunto Kirov, condenaba a los terroristas a la pena de muerte. No se les confería derecho de apelación ni se les permitía solicitar indulto. Las sentencias debían ser ejecutadas una hora después de su pronunciamiento... La inconcebible acusación de terrorismo, significaba por lo tanto, que Stalin se preparaba para el asesinato legal. Entre los trece acusados figuraban Zinoviev, Kamenev, Iván Nikitich Smirnov, Evdokimov, Bakaev, Mrachovsky, el soldado del Ural, Dreitser, que había vivido en el tren militar de Trotzky, y otras personalidades menos conocidas, o desconocidas del todo... "¡Un proceso!", dijo León Davidovitch profundamente extrañado. ¡Un proceso público! ¡Será necesario traer pruebas y es imposible que existan! Conocía de-

masiado bien a los principales acusados, como para dudar un instante de la enormidad de la imputación en su conjunto. Por lo demás, la ruptura completa había sobrevenido hacía ya muchos años. ¿A qué venía entonces ese "centro trotskyista-zinovievista"? ¿Acaso una invención del Buró Político? Pero, ¿cómo podían prestarse revolucionarios a semejante comedia, en la que arriesgaban perder la vida? León Davidovitch no dudaba de que Stalin quería verter la sangre de los colaboradores de Lenin, pero ¿cómo haría para lograrlo? Todo cambió de aspecto en el rústico chalet de colores vivos, donde por momentos, podíamos sentirnos tan lejos de cualquier crimen... El mismo lago se ensombreció.

"Ansiosos regresamos a Weksal. Los periódicos soviéticos nos esperaban. Mencionaban gran número de arrestos de militantes del Partido. Sabíamos que por cada nombre publicado, decenas de ellos permanecían secretos. La impresión neta era la de un golpe de Estado policial contra el conjunto de los militantes de la revolución y de los combatientes de la guerra civil.

"El "Proceso de los Trece" se abrió en Moscú el 19 de agosto de 1936. Cuando recibimos el texto del acta de acusación publicada por la prensa de Moscú, todo había terminado sin que León Davidovitch, mil veces puesto sobre el tapete, hubiera tenido tiempo de refutar una sola mentira, de exigir una sola verificación de los hechos alegados. Fueron para él jornadas de delirio, un súbito hundirse en la pesadilla más insensata y aberrante. Harto bien conocía la corrupción, la ferocidad del régimen, el sacrificio tortuoso pero absoluto con que la enorme mayoría de las víctimas se offendaban al Partido, incluso al Partido estrangulado por el Secretario General: pero de todas maneras, lo desorientaba esa caída hacia un abismo de locura, que el día anterior le hubiera parecido inconcebible. Los despachos de las agencias, los textos oficiales, acumulaban mentiras y contradicciones, equívocos y afirmaciones de doble sentido, imposturas y agitación, falsedades renovadas; todo era evidente para quienes conocían a los hombres implicados, y estaban al tanto de los hechos que se mencionaban. ¿Pero, cuántas personas estaban en esa situación? Para León Davidovitch y para los raros iniciados, es decir, los escasos testigos de la Revolución Rusa y de la lucha de las oposiciones antitotalitarias que sobrevivían en el extranjero, el proceso condenaba a toda la generación activa de 1917 a 1923.

El acta de acusación menciona a unos cincuenta acusados. ¿Por qué se juzga solamente a trece? Porque son los únicos que han consentido en reconocer todo cuanto se les ha querido dictar. Del resto no volverá a hablarse más. El fiscal Vi-

chinsky afirma que los sumarios de una decena de ellos han sido "desglosados"... Y eso es todo. Se les ejecuta sin proceso¹.

Los acusados confiesan; confiesan lo falso, lo imposible; deliran conforme a las recetas conocidas. Hay algunos que como Ivan Smirnov y Holtzman, parecen recobrase por momentos, y amenazan echar por tierra — con sólo algunas palabras — todo el andamiaje del procurador Vishinsky. Luego se resignan, dejando entrever que un pacto concluido con la acusación, en el curso de la instrucción secreta, los liga a la disciplina del Partido, a la amarga preocupación de los seres queridos, a la certidumbre del fusilamiento si se rebelan.

Les habían tendido numerosos lazos. En primer lugar, parecía concebible la aplicación de la pena de muerte a los viejos bolcheviques culpables de oposición; en segundo lugar, poco tiempo antes, los "traidores, saboteadores y cómplices del extranjero" del pretendido "Partido Industrial de los Técnicos", Ramsin y otros, habían sido indultados y rehabilitados por servicios eminentes prestados a la industrialización; en tercer lugar, se acababa de promulgar un nuevo decreto ley que autorizaba a los Trece a presentar recurso de gracia; finalmente, parecía obvio que si se prestaban a esa colosal impostura judicial para deshonorar a Trozky, si acompañaban sus falsas confesiones con elogios a Stalin, si constataban el "deslumbrante" éxito de su política de construcción del socialismo, era evidente que algo les habían prometido en cambio: el indulto, la prisión en células totalmente aisladas del mundo, el retorno a la vida para más tarde.

En sustancia, confiesan haber constituido una especie de Comité Central, un "centro", según directivas de Trozky, misteriosamente ligado a la Gestapo; haber organizado el asesinato de Kirov por Nikolaev, en diciembre de 1934, en una época en la que Ivan Smirnov llevaba dos años incomunicado en una prisión, en la que Zinoviev estaba deportado en Kazakstan, y Kamenev en Minussinsk, todos ellos bajo vigilancia; muchos procesos secretos habían ventilado a fondo el asunto Kirov, seguido, como hemos visto, de más de ciento treinta ejecuciones; confiesan haber meditado, y preparado otros atentados, contra casi todos los miembros del Buró Político, excepción hecha de Molotov (asunto curioso; ¿quizás Molotov ha hecho objeciones contra la farsa?). Los comparsas

¹ Los trece son: Zinoviev, Kamenev, Evdokimov, Iván Bakesev, Iván Smirnov, Ter-Vaganien, Holtzman, Rheingold Dreitser, todos conocidos; Moisés Lowrié, Fritz David, Benan Yurin, Olberg, comparsas.

confiesan haber sido enviados por Trotzky a la U. R. S. S., con el fin de librarse a actividades terroristas. De estos comparsas, nada absolutamente sabía León Davidovitch, excepción hecha de uno: Olberg. Este último le había ofrecido sus servicios en calidad de secretario; pero León Davidovitch se los había rechazado, luego de recibir pésimas referencias de parte del viejo escritor revolucionario alemán Franz Pfemfert. Demasiado tarde para utilizarla, encontró la carta que Franz Pfemfert le había enviado. Aunque convictos de preparar una docena de atentados, los "terroristas" no habían cometido ninguno; de modo que las simples intenciones equivalían a los actos probados. No se produjo prueba material de ninguna especie. Las declaraciones escritas del asesino de Kirov, única pieza auténtica e indiscutible sobre el único atentado real, permanecen en los archivos del Buró Político.

"La falsedad ideológica y política del proceso podía no resultar evidente para la opinión pública extranjera. Así, para demostrar que Trotzky preconizaba el derrotismo en caso de guerra, el procurador Vishinsky citaba su "Tesis Clemenceau": "Haríamos lo que Clemenceau ha hecho en Francia...". Pocos en Rusia conocían el hecho de que Clemenceau, aunque criticando implacablemente a los gobiernos anteriores al suyo, siempre había sido partidario fanático de la guerra con Alemania. Nada detenía al procurador, que sabía que una simple insuficiencia de cinismo le costaría la vida, tanto más cuanto que hasta 1921-1922 él mismo había pasado en Rusia por contrarrevolucionario (menchevique). Vishinsky transformaba un mensaje de Trotzky, ampliamente difundido, donde figuraban las palabras "¡Eliminad a Stalin!", en "directiva terrorista". Como ese mensaje apenas acentuaba la recomendación del testamento de Lenin, el "terrorismo" se remontaba a este último, lo que por supuesto, no importaba mayormente. Pero la falsedad estalló. Holtzman, que según hemos relatado, habíase encontrado con León Sedov en Berlín, declara que Trotzky lo recibió en Copenhague y le dió la directiva de asesinar. Holtzman afirma también haberse encontrado con León Sedov en el Hotel Bristol de Copenhague. León Davidovitch se informa: ¡No existe Hotel Bristol en Copenhague! De numerosas maneras podíamos probar que León Sedov no había estado en aquella ciudad. Así lo hicimos, pero demasiado tarde, cuando todo había concluido. También se puede probar que Holtzman no estuvo en Copenhague durante la semana que León Davidovitch pasó en dicha ciudad, rodeado de un número restringido de testigos y estrechamente vigilado por la policía danesa. Pero, ¿para qué? Aunque insensato, todo se

derrama sobre los diarios del mundo entero, desborda en la prensa stalinista, y traducida a diversos idiomas, transformase en versión, no taquigráfica, por cierto, del proceso... Durante los meses siguientes, nuestros amigos y nosotros mismos recogimos en multitud de pruebas las criminales imposturas de la acusación. De Praga nos informan sobre Olberg; de París sobre otros comparsas como Lourié y un tal Fritz David, buenos funcionarios stalinistas; el "terrorista" Lourié, era hombre de gabinete, director de un Instituto de Historia... ¿Qué oscuro azar lo ha elegido para ese papel?

"En el curso de sus confesiones, los principales acusados ponen sobre el tapete a toda la oposición de derecha, a todos los viejos jefes del Partido, a Alexis Rykov, a Bujarin, a Toms-ky. Toms-ky, dirigente oficial de la Unión de Sindicatos Soviéticos, no espera que vengan a arrestarlo para que confiese crímenes en los que ni siquiera ha soñado: se mata de un disparo de revólver. Al concluir el proceso, los acusados, que tanto han dicho contra sí mismos, que de tan odiosas mentiras se han cubierto, lindan con la desesperación. Hay notas patéticas en sus últimas declaraciones, sobre todo en la de Kamenev. Siguen acusando a Trotzky, puesto que es necesario, pero ven abrirse la tumba, sienten que se han ensuciado vanamente. Dícese que Holtzman se niega a firmar el inútil recurso de gracia. Puede suponerse que ha mentido conscientemente sobre el hotel Bristol, para que la ignominia de todo el proceso resalte en su desnudez. La requisitoria de Vishinsky contiene términos que jamás fiscal alguno ha empleado en un país civilizado: "Exijo, camaradas jueces, que esos perros rabiosos sean fusilados del primero al último". Miles de manifestaciones celebradas en toda la U. R. S. S. también lo exigen, y la prensa comunista del mundo se expresa en términos unánimes... La noche del 23 de agosto, trece cráneos son hechos pedazos por las balas de un equipo seleccionado de funcionarios de la G. P. U. León Davidovitch y nuestro hijo León son condenados en contumacia a la pena de muerte. Stalin reposa en el Cáucaso; paséase por su Riviera, a lo largo de avenidas bordeadas de naranjos en flor. Monta en indescriptible cólera al leer las actas del proceso; piensa que Zinoviev y Kamenev se han burlado de él — frente a los verdugos — al declarar que "no tenían ninguna plataforma política", y que la "sed de poder" era el único móvil que los guiaba. La acusación ha sido mal montada, habrá que hacer las cosas mejor. Proyéctanse nuevos procesos.

"Retengamos aquí un nombre que no ha sido pronunciado ante los tribunales: el de Yagoda. Todas las instrucciones secretas han sido dirigidas por el Comisario del pueblo en lo

Interior, jefe de la policía política, Yagoda; Yagoda ha recibido instrucciones directas del Secretario General. Si hay hombres que conocen a fondo la verdad sobre las bambalinas del proceso, ellos son Yagoda y sus principales colaboradores... Por consiguiente, deben desaparecer.

IV

“La pesadilla se ha abatido sobre la tranquila casa de Weksal. La sangre vertida en Moscú expande hasta ella vahos asfixiantes. Nuestros amigos, nuestros huéspedes, nos conocen; nos ven vivir. Pero la prensa reaccionaria desencadena sus ataques... Con las cejas contraídas, a menudo afiebrado, León Davidovitch prosigue su trabajo de laboratorio. Provido de lápices rojos, azules, negros, anota las actas, escribe sus observaciones sobre hojas sueltas. Su cuarto de trabajo se llena de páginas impresas y manuscritos sobre cada uno de los cuales pululan los crímenes. Luego, agotado, sale, descansa sus espaldas, marcha hacia los pinos, contempla la montaña, increíblemente calma. Entre las nieves del invierno, antes de que se desencadenara esa locura asesina, me había dicho un día: “Estoy cansado de todo, de todo, ¿comprendes?”. No son desfallecimientos. No es debilidad. El revolucionario es simplemente un hombre.

“Recibe a periodistas, concede entrevistas. Por lo general, encontramos inteligente simpatía. Las confesiones de los fusilados han pasado la medida de lo imaginable. Sus muertes — luego de sus protestas de patriotismo y de fidelidad al Partido, selladas por una especie de suicidio — han traspasado los límites de la crueldad. Nada se comprende, pero el crimen está a la vista. Aclararlo es malsano. Del mismo modo que ciertas enfermedades mortales fueron incomprensibles antes de que el microscopio hubiera penetrado los secretos de la célula viva y de los organismos invisibles a simple vista, el mal sin nombre que corroe la sociedad “soviética” debe ser estudiado en sus manifestaciones invisibles a distancia, sobre las cuales el procurador *siempre* guarda obstinado silencio. Había que verificar incontables hechos, los pasaportes, las fechas, una multitud de testimonios; se ha matado a los acusados antes de que León Davidovitch pudiera exigir la menor verificación material. Un cierto Berman Yourine manifiesta haber visitado a Trotzky en Copenhague... Ignoramos completamente de quién se trata. Pero León Davidovitch recuerda que sólo recibió en Copenhague a una sola persona que hablaba bien el ruso, y ésa, perfectamente identificada. Va-

rios testigos que no nos abandonaron ni por una hora pueden certificarlo... El fusilado Dreitser relata haber recibido una carta manuscrita de Trotzky, escrita con tinta simpática; la reveló; tras lo cual la envió al fusilado Mratchkovsky, en Kazakstán. Mrachkovsky declara haberla recibido *sin revelar*: incoherencia de falsarios... La carta no contenía más de una docena de líneas, pero en ella estaba incluida, a lo que parece, “la directiva del sabotaje y del terrorismo”. Puede, en efecto, que falsas cartas de Trotzky, “reveladas” o no, hayan sido enviadas.

“León Davidovitch comienza a sumar: del Buró Político de siete miembros de la época de la revolución, uno de ellos Lenin, ha muerto; cinco han sido fusilados o sometidos a inculpación (Trotzky entre ellos); sólo Stalin permanece en el poder. Dieciocho miembros del Comité Central son o serán fusilados. Ciento treinta y nueve acusados han sido mencionados en el proceso de los Trece: ¿qué se ha hecho de ellos? Todos pertenecen a la aristocracia revolucionaria. Por el único atentado cierto, el cometido contra Kirov, obviamente un acto individual, o iniciativa de algunos jóvenes exasperados, se ejecuta, a estar de las cifras oficiales, a ciento sesenta y cinco personas. Y hay ejecuciones que permanecen secretas.

“Lo más grave de todo, es la confusión de las conciencias. La revolución socialista ha sido dura con los enemigos frente a quienes se batía. Pero luchaba, quería vivir, se resistía a mortales peligros, oponía su acero al acero enemigo. Y perseguía objetivos de extraordinaria magnitud, justos, visibles, tangibles; hablaba un lenguaje recto, que algunos execraban, pero cuya honradez y sinceridad nadie podía desmentir. Pero ahora, los hombres de 1917-1920 mienten, se cubren de infamia, y sus camaradas los masacran.

“Precisamente en el Nº 51 del Boletín de la Oposición, publicado en París con fecha julio-agosto de 1936, pocos días antes del anuncio del proceso de los Trece, puede encontrarse una explicación neta del “misterio de las confesiones”. En la prisión de Verkhneuralsk, el historiador social-demócrata Nicolás Sujanov, publicó y repartió entre los detenidos, declaraciones en las que relata sus entrevistas con los inquisidores, antes del proceso en el que efectuó las más insensatas confesiones. “Habéis exigido de mí, dice en resumen a los agentes de la G. P. U., el mayor sacrificio; habéis pretendido que me calumniara personalmente... Creí mi deber consentir admitiendo que ello respondía a los intereses superiores de la U. R. S. S. Tanto los acusados como los funcionarios instructores, hemos estudiado conjuntamente nuestros papeles, y rea-

lizado verdaderos ensayos de la comedia que, bajo forma de proceso, habría de representarse poco después. Nos prometieron una condena condicional o formal... Pero tras imponernos la calumnia, nos mantenéis ahora en prisión...". (Carta de un camarada, firmada N. S.).

Pasaron algunos días... El gobierno de la U. R. S. S. envió una nota conminatoria al de Noruega. "La presencia de León Trotsky en Noruega... es contraria a la mantención de normales relaciones diplomáticas...". M. Punterwold, abogado noruego de León Davidovitch, relata que el embajador de Stalin en Oslo, Iakubovitch, amenazó a Noruega con represalias económicas. (Ese Iakubovitch desaparecería en Moscú poco después). M. Trygve Lie, ministro de justicia del gobierno obrero, exigió a León Davidovitch la aceptación de nuevas condiciones de residencia, entre las que se hallaban la abstención de tratar problemas políticos en sus escritos, y el visado de toda la correspondencia enviada y recibida... ¡Callar frente a los crímenes de Stalin!

León Davidovitch se negó de plano. "¿Si pretenden arrestarme, por qué me piden autorización?". — "Pero, respondió el ministro: ¿entre el arresto y la completa libertad pueden existir situaciones intermedias!". — "Cárcel o equivoco, concluyó León Davidovitch, me quedo con lo primero". "El ministro, escribe, me hizo esa concesión, y dió sobre el terreno las órdenes pertinentes".

Erwin Wolf, secretario de Trotsky, fué expulsado de Noruega sin ningún género de explicaciones. Partió hirviendo en deseos de batirse en España contra Franco. Otro amigo, refugiado alemán, naturalizado noruego, no consiguió autorización para vernos... Retenga estos nombres el lector. Pronto hablaremos del terrible destino de ambos jóvenes.

"A principios de setiembre de 1936, fuimos transferidos, bajo escolta numerosa, a Sundby, cerca de Storsand, e internados en una amplia casa, al borde de un fiord. Ocupamos el primer piso. Una quincena de policías se ubicó en el piso bajo. No podíamos salir del patio. Nuestra correspondencia quedó sometida a censura. Nadie nos podía visitar. Hubo que promulgar una ley especial que legalizara esa internación anticonstitucional de refugiados irreprochables.

"Los primeros días de la internación, anota León Davidovitch, nos parecieron días de reposo reparador, después de la extraordinaria tensión nerviosa de la semana "moscovita". Hacía bien permanecer solos, sin noticias, sin telegramas, sin cartas, sin llamados telefónicos. Pero cuando recibimos los primeros periódicos rusos, la internación se convirtió en tor-

tura... "Las protestas, las refutaciones, los mensajes que León Davidovitch enviara, eran retenidos sin explicaciones por la censura... Pretendió querellar a los fascistas noruegos que habían intentado violar nuestro domicilio, y nos calumniaban en sus periódicos. El 20 de octubre, una ley autorizó al ministro de justicia a impedir a un extranjero internado el ejercicio de toda acción judicial.

"León Davidovitch recomendó epistolarmente a sus amigos residentes en el extranjero que intentaran procedimientos análogos contra sus calumniadores de París, de Praga, de Londres, los stalinistas en primer lugar... El Ministro de Justicia le informó que le estaba prohibido entablar acción judicial en el extranjero, antes de haber abandonado Noruega. Todo derecho había desaparecido para el proscrito. Temimos que aunque "privados" de la nacionalidad soviética, Noruega consintiera en librarnos a la G. P. U.

"Sin embargo, el proceso de los jóvenes fascistas que habían intentado violar nuestro domicilio, se realizó a puertas cerradas, y León Davidovitch pudo deponer libremente, hablar de la tragedia de Moscú, refutar las acusaciones de que era objeto, dar a conocer un hecho nuevo que acababa de producirse en París, en noviembre de 1936.

"Una parte de los archivos de León Davidovitch estaba depositada en el Instituto de Historia Social de París, calle Michelet Nº 7, bajo la protección del historiador social-demócrata ruso Boris Nicolaevsky. Una noche, un grupo de técnicos del robo perfecto, detuvieron sus automóviles frente al Instituto, penetraron en él utilizando un soplete eléctrico con el que forzaron la puerta de servicio, y desentendiéndose de los documentos históricos provistos de valor económico, sólo se llevaron los papeles de Trotsky... Este robo lleva la firma de la G. P. U.; nunca se descubrió a los autores. Ahora que la G. P. U. se encontraba en posesión de numerosos papeles pertenecientes a Trotsky, podían temerse más hábiles falsificaciones... Y León Sedov, nuestro hijo, sentía en París que funestas vigilancias ocultas se cernían estrechamente sobre él.

V

"¿Cómo escapar a la hospitalidad noruega, convertida en prisión? ¿Adónde ir? Llovía. El frío aumentaba bajo el cielo de plomo, los agentes de policía jugaban a las cartas; estábamos solos como nunca, solos, en un diálogo sin testigos con los periódicos delirantes de Moscú. Allá continuaba la masacre, centelleaba la infamia, las conciencias deshechas se envilecían inexplicablemente — inexplicablemente a pesar de todo, por-

que al fin de cuentas no parece tan difícil morir sin envilecerse... En el "Pravda y en el "Izvestia", Karl Radek reclamaba la muerte del "superbandido Trotzky...". Racovsky, nuestro amigo de otros tiempos, probo e intrépido, escribía: "...¡Ninguna piedad para los agentes trozkistas de la Gestapo! ¡Que los fu silen!" Es necesario, venciendo el desaliento y el horror, citar algunos párrafos del artículo de Piatakov: "En el aire fresco y puro de nuestro magnífico y próspero país socialista, se expande de pronto la repugnante hediondez de una morgue política... En el último estado de descomposición (esos criminales trozkistas) no se limitan a heder... Hay que aniquilarlos como a carroña...". Todos alaban a "nuestro bienamado Jefe, Stalin". Les hacen escribir o firmar esto, y mañana la G. P. U. los arresta y fusila como a miles de otros... Habían sido grandes, valerosos, inteligentes, socialistas hasta el fondo de sus almas. ¿Cómo comprender? ¿Cómo admitirlo?

"En el otro extremo del mundo, amigos desconocidos trabajaban para nosotros. Amigos mejicanos y norteamericanos intervenían ante el General Lázaro Cárdenas. Entre ellos, el publicista Antonio Hidalgo y el pintor de frescos Diego Rivera. No conocíamos ni al uno ni al otro. El presidente Lázaro Cárdenas se había dado a conocer ante la opinión pública mundial por su apoyo a los republicanos españoles; nos acordó asilo. En diciembre de 1936 nos embarcamos en Oslo, sobre un petrolero noruego, el "Ruth". Jonás Lie, oficial de policía, viajaba con nosotros. Eramos cuatro a la mesa del capitán; viajábamos solos. Nunca velveríamos a ver a nuestros amigos, los Knudsen, Walter Held y algunos otros... El mar está aceitoso, el carguero cabecea, marchamos hacia lo desconocido. León Davidovitch acumula tranquilamente sus anotaciones. El 1º de enero de 1937, dos disparos del cañón de alarma del "Ruth", saludan, en la inmensidad del océano, el año que comienza... Ningún eco le responde. No nos permiten escuchar la radio; el estado de nuestros nervios mejora. Durante dieciocho días, el carguero avanza por una ruta des acostumbrada. Aumenta el calor, la abrasadora luz de los trópicos. El 9 de enero entramos en el puerto de Tampico. León Davidovitch advierte a Jonas Lie que no consentirá en descender a tierra a menos que gente amiga salga a recibirnos. Como en todas partes, también en México la G. P. U. tiene sus agentes. Acércase una lancha patrullera que disipa nuestras inquietudes. Rostros honestos y sonrientes nos saludan: nuestro amigo norteamericano Max Shachtman; George Novak, que se dió a conocer como secretario del Comité de Defensa

de Trotzky en los Estados Unidos; la artista Frida Kahlo de Rivera, esposa del pintor Diego Rivera; periodistas, funcionarios mexicanos, camaradas; todos ellos amigos, afectuosos, espontáneos, felices de acogernos. Una ola de noticias alentadoras nos llega de Nueva York. De este lado del mundo, más que de ningún otro, el crimen sacudía las conciencias. Respirábamos libremente.

"Un tren puesto a nuestra disposición por el gobierno mexicano nos condujo a través de parajes desconocidos, abrasados por el sol, sembrados de cactus y palmeras. La montaña ardía, espléndida. En una pequeña estación nos aguardaban Antonio Hidalgo y Fritz Bach: un socialista suizo y un antiguo compañero de lucha de Emiliano Zapata. Todas las precauciones de seguridad se desvanecieron cuando una multitud de amigos desconocidos nos rodeó con su efusión. Me esforzaba por no perder de vista al único rostro conocido, el de Frida Kahlo. Nos pidieron subir a un auto en el que se encontraba un grupo de policías y de personas hasta ese momento desconocidas. El temor nos volvió a asaltar: ¿no nos conducirían una vez más hacia un nuevo cautiverio? Descendimos en los alrededores de México. Una residencia azul, baja; un patio lleno de plantas, salas frescas, colecciones de arte precolombino, profusión de cuadros... Nos hallábamos en un nuevo planeta, en casa de Frida Kahlo y Diego Rivera.

"Al fin logramos informarnos de gran número de sucesos que nuestro severo cautiverio en Noruega nos había impedido conocer. El "proceso de los trece" había turbado la conciencia de todos los círculos pensantes. Que hombres de estado, revolucionarios templados en la lucha, pudieran conspirar, y de manera unívoca, frente a un fiscal desprovisto de escrúpulos, requerir castigo contra sí mismos; que se atrevieran a mentir para mejor acusarse, y que tras esas pruebas extravagantes de sumisión al partido, terminaran fusilados; todo ello desafiaba la psicología del mundo occidental. "¡Proceso de exorcismo!", exclamaba Frederic Adler, evocando con derecho las costumbres de la Edad Media. Para León Davidovitch, para mí, para un pequeño número de personas informadas, el misterio de las confesiones no existía. Desde 1927, Zinoviev y Kamenev habían recorrido el camino de las capitulaciones, sin poder acallar sus conciencias, esperando el día en que las circunstancias les permitieran hablar al fin en voz alta. Frisaban en los cincuenta años; persecuciones y prisiones los habían quebrantado; en un ambiente social cada vez más asfixiante, innúmeras amenazas se cernían sobre sus familias y amigos. Por más que renegaran, permanecían peligrosos para el totalitarismo cuyas pesadas responsabilidades políticas no compartían. En nombre

del Partido para el cual habían vivido, Stalin exigía de ellos el sacrificio supremo. ¡Cubrios de barro para desarmaros irremediablemente ante mí, para desacreditar a Trotzky! Consintieron en hacerlo; por otra parte, no les quedaba otra salida, por débil y miserable que fuera, ni siquiera la de ser fusilados en la oscuridad, junto a los que se negaban a prestarse a esa comedia.

VI

“Un segundo proceso el “de los diecisiete” acababa de clausurarse en Moscú, el 30 de enero de 1937. La pesadilla continuaba, se extendía; la masacre de los diecisiete anunciaba otras... Escuchábamos la radio, leíamos el correo y los periódicos de Moscú; la locura, el absurdo, el ultraje, la impostura, la sangre, desbordaban a nuestro alrededor, en México tanto como en Noruega. Con el lápiz en la mano, León Davidovitch, hipertenso, agotado, a menudo con fiebre, pero siempre incansable, anotaba las falsedades, tan numerosas que la refutación era imposible. La enorme máquina gubernativa destinada a fabricar crímenes e imposturas, funcionaba a pleno pulmón, sin preocuparse en lo más mínimo por la verdad de las cosas. Apenas anotábamos un hecho y lo explicábamos, revolviendo documentos y computando datos con el fin de tornarlos inteligible para el gran público, cuando otras diez, otras veinte falsedades surgían! El acta abreviada — en modo alguno, y con motivo, taquigráfica — del proceso de los diecisiete consta de seiscientas páginas!

“La segunda carreta que Stalin envió al verdugo, llevaba esta vez a Iuri Piatakov, vicecomisario del pueblo en Industria Pesada; Karl Radek, cuya reciente intimidad con Stalin era bien conocida en Moscú; Sokolnikov, economista, diplomático y financista; Serebriakov, ex-secretario del Comité Central, apreciado en los Estados Unidos donde había desempeñado misiones económicas; Muralov, intrépido opositor; héroes de la guerra civil como Drobnis y Boguslavsky (este último, ex-secretario del Consejo restringido de los Comisarios del Pueblo), un vicecomisario del Pueblo en los transportes, Livchtz, condecorado por los servicios prestados a la industrialización; jefes de la industria química y varios desconocidos. El procedimiento empleado por la acusación era el de la amalgama, inventado por Fouquier Tinville durante la Revolución Francesa; consistía en sentar sobre el mismo banquillo de los condenados a celebridades políticas, a jefes de la producción, a oscuros personajes, tal vez espías, agentes dobles, confidentes, criminales auténticos, con el fin de ensuciar a todos por igual.

Nuevamente, León Trotzky y León Sedov eran los principales acusados. Excepto Muralov, todos los inculpados habían roto con él a partir de 1927-1928, lo que provocó reiteradas censuras de su parte a la conducta política de sus ex-compañeros”.

Desde la primera audiencia se vió claro que iban a desarrollar un nuevo tema: la acusación de sabotaje. Procurábase imputar la inconcebible crisis de la industrialización, el desastroso estado de los transportes, los accidentes cuya estadística espanta, la miseria de los obreros, al “sabotaje trozkysta”. Ninguno de los acusados, titubeaba lo más mínimo por el hecho de que Trotzky hubiese recomendado infatigablemente en sus escritos (desconocidos en Rusia) el abandono de los métodos caóticos, arbitrarios y violentos en la producción. Que sería necesario acusar a cincuenta mil personas, el procurador Vys-hinsky responde que están arrestados y que el arresto continúa... Con azoramiento y disgusto, escúchase a uno de los acusados, Livchtz, reconocer, tartamudeando de vergüenza, que “obedeciendo directivas de Trotzky” había organizado una serie de descarrilamientos. El director de la red del Ural-Sur, Kniazev, reconoce haber organizado junto con algunos cómplices, unos quince accidentes graves y mil seiscientas averías en 1934. El acta publicada por “Temps” indica que este Kniazev imputa al trozkismo tres mil quinientos accidentes ferroviarios, pero no se encuentra esa cifra en el acta oficial. Poco importa...

Detengámonos un momento sobre el problema del sabotaje que para nadie que haya vivido en Rusia durante la aplicación de los planes quinquenales resulta problema. Los acusados reconocen haber dado la siguiente forma al sabotaje: “dispersaban los fondos proyectando la construcción de empresas secundarias”; “frenaban la construcción de fábricas”; “retiraban prematuramente las locomotoras de circulación, saboteaban el horario de trenes, embotellaban las estaciones”; “ponían en marcha locomotoras insuficientemente reparadas...”. Cualquiera sabe que un ingeniero, si toma la decisión de enviar a taller de reparaciones una locomotora *insuficientemente averiada*, arriesgaba la acusación de sabotaje; y si tardaba en volver a poner en marcha la locomotora *susceptible de servir, aunque incompletamente reparada*, corría el riesgo de sufrir análoga acusación. Cualquiera sabe que, a falta de materiales, de utillaje, de vagones, las construcciones amenazaban retardarse siempre — tanto más cuanto que Stalin ordenaba la terminación del Primer Plan Quinquenal en cuatro años, orden que Trotzky denominó “el insensato galope de la industrialización”. Cualquiera sabe en Rusia, que el técnico que se niega a construir con materiales de baja calidad, será acusado de sabo-

tear el plan; si consiente en construir con tales materiales podrán acusarlo de no conformarse a las instrucciones sobre la calidad de los trabajos; si toma precauciones y redacta un memorándum dirigido a las autoridades superiores, lo acusarán tal vez de "defender el sabotaje mediante el papeleo" (como ha ocurrido en el proceso de los ingenieros). Cualquiera sabe que, durante el terror, la mayor parte de las estadísticas eran falsas y que los planificadores, temerosos por encima de todo de disgustar al Buró Político, ganaban tiempo recurriendo a sucesivas improvisaciones. Todos conocen en Rusia la magnitud del desorden, heroicamente soportado por los obreros, afrontado con inteligencia y sacrificios por la gran mayoría de los técnicos...

El director de la industria química reconoce que sus colaboradores trotskystas han organizado accidentes que han costado la vida a numerosos obreros; en una oportunidad, Rataitchak ha dirigido personalmente la limpieza de una fábrica destruida. La operación ha provocado el sacrificio de unos quince obreros, pero se ha logrado salvar a doscientos. Vychisnky le imputa esas muertes... A partir de 1932, 1933, la situación es tan espantosa en Rusia que se habla con frecuencia de un inmenso sabotaje organizado desde algún lugar, desde la cima del gobierno. Frecuentemente, en voz baja, los viejos bolcheviques acusan entre ellos al Jefe Genial, a Stalin.

Lo escriben con todas las letras en el documento Riutin de 1932. Algo así como una resistencia espontánea, casi unánime, a este sabotaje gubernativo, a este régimen inhumano, se produce generalizadamente. Si el plan no es realizable en el tiempo fijado, si no se puede hablar de ello, son muchos los que se esfuerzan por atenuar sus efectos, por apaciguar el agotamiento, por defender obreros y maquinarias contra el desgaste excesivo, contra los accidentes. Pues bien, ¡todo esto será calificado de sabotaje!

Súbitamente, en la sesión del 23 de enero de 1937 por la noche, Piatakov, pálido y ascético, endurecidos los trazos bajo la barba rala, emite una reclamación tan sensacional, que un rumor atónito recorre la sala, y tanto periodistas como diplomáticos extranjeros, apenas se atreven a dar crédito a sus oídos. Piatakov confiesa que hacia mediados de diciembre de 1935, ha viajado de Berlín a Oslo en aeroplano; que ha penetrado en Noruega con pasaporte falso y ha celebrado una larga entrevista con León Trotzky; que este último lo ha puesto al tanto de sus negociaciones con Rudolf Hess, segundo Führer nazi, en las cuales se discutió la próxima guerra contra la U. R. S. S.; que Trotzky le ha ordenado extender el terrorismo y el sabotaje... Pero al día siguiente toda esa armazón

amenaza derrumbarse, ya que las falsedades dietadas a Piatakov por sus inquisidores, se hacen lúcidas, palmarias. El director del aerodromo de Kjeller, próximo a Oslo, anuncia que ningún aeroplano extranjero ha aterrizado allí entre el 19 de setiembre de 1935 y el 19 de mayo de 1936. Konrad Knudsen, su familia, Erwin Wolf, todos cuantos rodearon a Trotzky en Weksál, afirman que ningún visitante extranjero ha estado allí en el mes de diciembre, y que Trotzky no se ha ausentado ni por un día. Desde Coyacán, León Davídovitch telegrafía al tribunal presentándole un pliego de interrogaciones para el acusado Piatakov, con el fin de demostrar incontestablemente la falsedad de sus ponencias. Piatakov ha afirmado que el viaje a Oslo duró media hora; pero en invierno, ese viaje no dura menos de dos horas. ¿Quién lo ha conducido? ¿Por qué medios? ¿Dónde aterrizó, si no fué en Weksál? ¿Qué día exactamente? ¿Quién lo ha recibido y a qué residencia lo condujeron? ¿Dónde ha pasado la noche antes de regresar? ¿Por qué medios ha vuelto a Berlín? Los miembros del gobierno soviético en misión extranjera son cuidadosamente vigilados y protegidos, tanto de día como de noche, por la G. P. U. Se lleva un diario registro de sus actividades. Numerosos telegramas y desmentidos se reciben en Moscú; pero ninguna mención de ellos se hace durante el proceso. La prensa soviética los ignora. Por su parte, el procurador Vischinsky se abstiene de efectuar la menor pregunta molesta, que implique fechas, acontecimientos, nombres. El Tribunal Militar de la Corte Suprema, presidido por V. V. Ulrich, el procurador Vichinsky y el Buró Político, saben perfectamente bien que las confesiones de Piatakov son falsas. Nuevo motivo para fusilarlo de inmediato. Por lo demás, ¿qué puede hacer ese Tribunal? Ejecuta órdenes del Buró Político, es decir de Stalin, "Jefe Genial". Semejante justicia en nada se asemeja a la que, aunque sumamente imperfecta, se imparte en los países civilizados. Jueces y fiscales tiemblan ante la sola idea de que su celo en cumplir la misión que se les ha encomendado parezca insuficiente. Saben que Yagoda, autor del proceso de los Trece, ha sido relevado del Comisariato del Pueblo en lo Interior y en sus funciones de jefe de la policía política, razón por la cual todo Moscú espera su inminente arresto.

Vladimir Romm, corresponsal del "Izvestia" en París, sólo comparece como testigo (¿por qué?). Reconoce haberse entrevistado con Trotzky en los bosques de Boulogne, a fines de julio de 1933; éste le habría confiado una carta para Radek, en la que nuevamente se daban "directivas terroristas". La

carta, como otras tantas ya invocadas o en vías de serlo, no había sido conservada, fotografiada, ni interceptada, de modo que ningún rastro quedaba de ella... Aunque el fiscal Vishinsky no exige a Romm mayores precisiones que a Piatakov, la falsa confesión no es menos evidente. Trotzky llega a Francia el 24 de julio de 1933; desembarca en Cassis en la madrugada de ese día, y acompañado de amigos y de un funcionario de la Sûreté Francesa, se dirigen, no a París sino a Saint-Palais, (Charente-Maritime), a buena distancia de la capital. Allí vive rodeado de amigos y vigilado por la policía, hasta el 9 de octubre. Reunimos a ese respecto veintiocho testimonios directos e indirectos. No puede descartarse la posibilidad de que la G.P.U. fabricara falsas cartas de Trotzky, expediente más sencillo que el de las falsas confesiones.

Se habla de "grupos terroristas" que pululan por toda Rusia, siempre dirigidos por viejos bolcheviques, incapaces, pese a su multiplicidad, de concretar uno solo de los atentados que proyectan. ¿De dónde viene la información? De los propios inculpados, que no se cansan de hablar entre ellos de las "directivas de Trotzky" y de los atentados. Se consagran horas a estudiar un pretendido atentado contra Molotov en Siberia: el conductor del auto debía despenarlo en un barranco; pero a último momento se acobardó. Y eso es todo. ¡En un país donde el terrorismo revolucionario, en épocas del antiguo régimen, creó sus técnicos, sus tradiciones, su profusa experiencia! Claramente se ve que existe la orden de denominar "terroristas trozkistas" a todos los descontentos, a viejos y a jóvenes que siendo miembros del Partido se atreven a murmurar, a los que se desesperan y se indignan. El autor de este libro conoció a numerosos "terroristas" mencionados en el proceso, pero cuya ejecución se hará sin ninguna clase de juicio previo. Tal es el caso de Sachs-Gladnev y de Tivel (fusilado este último junto con Zinoviev). Sachs-Gladnev era un viejo marxista erudito, gran lector, editor concienzudo, de vida tranquila, de firmes convicciones, estudiaba el hinduismo... Otro "grupo terrorista" era el que formaban los jóvenes historiadores marxistas Seidel, Friedland, Vanag, Piontkovsky, autores de obras pasables, todos ellos celosos stalinistas de la primera hora.

Caído Trotzky, Piontkovsky se hizo conocer por sus colaboraciones en favor de Stalin, en los manuales sobre la Revolución de Octubre.

Karl Radek salva en alguna medida el proceso de los Veintuno, no sin subrayar la ausencia de pruebas materiales. "Todo reposa sobre mis confesiones y las de Piatakov". Explica que no es la verdad sino "la utilidad" lo que mueve sus confesiones. En una palabra, pretende hacer valer sus servicios. Ad-

vierte a "los trozkistas de España, de Francia y de otros países, que pagarán con su cabeza, si nuestro ejemplo no es capaz de aleccionarlos". Retengamos sus palabras, que serán trágicamente confirmadas en Barcelona y en París. Radek lanza también alguna luz sobre el proceso. Durante muchos meses él ha negado y dicho "la verdad". Más tarde, cuando los instructores le han puesto al corriente de quince expedientes repletos de las confesiones de los demás inculpados, comprendió "la inutilidad de toda resistencia". Es evidente.

El procurador Vishinsky habla durante muchas horas para demostrar que Trotzky ha sido, desde 1904, el adversario de Lenin y el saboteador de la revolución rusa. Se entenece ante el recuerdo de las víctimas de los accidentes ferroviarios. Monta en indignación ante los artículos — repugnantes en efecto — que Radek y Piatakov se han visto obligados a escribir antes de su arresto. Cita, falsificándolos, pasajes del "Boletín de la Oposición".

En la noche del 1º al 2 de febrero de 1937, Piatakov, Murálov y Serebriakov, compañeros de Lenin, son fusilados junto con Drobnis, Bogulavsky y cierto número de combatientes de Octubre, jefes de gobierno, fundadores y directores de industrias, agentes provocadores, espías y víctimas. Son en total 17 condenados. Los cuatro restantes salvan la vida: Sokolnikov, Radek y un par de dóciles comparsas. Pero a Radek no tardarán en ejecutarlo secretamente.

Señalemos una característica psicológica del proceso, que Trotzky anota marginalmente en una de las actas. La acusación es fiel a la mentalidad totalitaria, absolutamente subordinada a los dictados del "jefe genial". ¿Qué necesidad tenían los "conspiradores" de las "directivas de Trotzky"? Todos aquellos acusados que hasta 1928 conocieron a Trotzky y fueron partícipes de muchas de sus opiniones, no escatimaron discusiones con él, y concluyeron rompiendo. La Oposición de izquierda contaba con ilustres militantes, sumamente respetados; pero carecía de "jefe" y aún más, se rebelaba contra la concepción misma de la jefatura unipersonal. En las prisiones de Stalin, los trozkistas auténticos, aún cuando acepten este calificativo como homenaje al "Viejo", se denominan a sí mismos "Oposición de izquierda de los bolcheviques leninistas", y someten las ideas de Trotzky a discusiones tan incasantes como apasionadas. Las "directivas" autoritarias son el producto de una imaginación perversa por el nuevo absolutismo.

Para referirse a todo esto, León Davidovitch debía pronunciar un discurso radiotrasmitido a Nueva York. El 9 de febrero de 1937, seis mil quinientos oyentes se reunieron para escu-

charlo; pero un sabotaje impidió el funcionamiento de los aparatos radiotelefónicos. Hubo que contentarse con leer el texto del discurso, previamente enviado al Comité de Nueva York en previsión de cualquier interferencia como la que se produjo. Decía en uno de sus párrafos: "Si una investigación imparcial constata mi culpabilidad — aunque sea con respecto a una mínima parte de las acusaciones presentadas por los falsarios — ¡me comprometo a entregarme voluntariamente a los verdugos de la G.P.U.!"

VII

Sobre la residencia de Coyoacán se ciernen los espectros de incontables torturados y desaparecidos. Día a día se acrecienta su número: nuevos contingentes siguen la suerte ineluctable. Tal vez sea Trotzky el único en este mundo capaz de medir la amplitud, la profundidad de los ciclos infernales en los que se hunde la revolución rusa. No por ello deja de trabajar, ya que hay que oponer a la degradación de la conciencia socialista un espíritu templado, una verdad evidente, razonamientos inteligibles a la opinión pública, explicaciones coherentes, conforme a la sociología marxista y la teoría revolucionaria. Ahora más que nunca es necesario salvar el pensamiento y la experiencia revolucionarias, aplastadas bajo la monstruosidad de tantos delirios. León Davidovitch proyecta obras nuevas, escribe durante un tiempo artículos casi cotidianos para el "New York Times"; publica análisis y ensayos en el "Boletín de la Oposición"; edita en París "Los crímenes de Stalin", de 376 páginas... Trabajo duro, amargo.

Y el sangriento delirio continúa. Pocos días después de la ejecución de su colaborador Piatakov, Sergio Ordjonikidzé, comisario del pueblo en la Industria Pesada, muere súbitamente de una crisis cardíaca. Se descompone en plena sesión del Buró Político. Sábese de sus protestas vehemente, de sus intentos de proteger a los técnicos contra la G.P.U., de sus pasadas objeciones a la persecución de los Opositores. El proceso de los Veintiuno no podía menos de aterrarlo.

"Un comunicado de pocas líneas anuncia la ejecución de ochenta y tres "trotskystas" en el Extremo Oriente. También fusilan a Sergio Sédov, nuestro hijo, que como sus hermanos lleva mi apellido. Tenía 28 años; lo habían deportado a Krasnoyarsk, Siberia-Central. Los periódicos de Moscú mencionan su nombre: en la fábrica donde trabajaba se produce un accidente y lo acusan a él de "organizar con escapes de gas la asfixia general de los obreros del establecimiento". La perversión psicológica de estos verdugos ya no nos sorprende.

Nos miramos en silencio. Las palabras son huecas, la razón vacila, ante esta acumulación de crímenes, ante este delirio aniquilante. Escribo un "Llamado a la conciencia del mundo", que enviamos a la prensa. Defiendo inútilmente (¿cómo ignorarlo de antemano!) a nuestro hijo desaparecido, a nuestro hijo inocente. Su última carta, fechada el 12 de diciembre de 1934, tiene más de dos años y está ahora sobre mi mesa. Menciono de ella algunos párrafos intensos: "¡Mi situación es penosa, infinitamente penosa, tanto, que no se la puede concebir!". ¿Qué no habrá sufrido durante esos últimos años? Jamás se interesó mayormente por la vida política. En el colegio, no quiso afiliarse a las Juventudes Comunistas. Nosotros no pretendimos obligarlo. Amaba la literatura, la música, el deporte. Esperábamos que su desarrollo intelectual terminara interesándolo por las ideas políticas, pero en realidad se apasionó por las matemáticas primero y más tarde por la técnica industrial. Vagamente sabíamos que fué arrestado en 1935, que pasó unos ocho meses en prisión, que lo enviaron a Krasnoyarsk, que la G.P.U. le permitió trabajar como ingeniero en una fábrica. ¿Podían permitir que el hijo de Trotzky viviera? Afirmo desesperada que es inocente, que es digno, que amaba su trabajo, su país, la gente laboriosa. ¿Nadie elevará la voz para defenderlo? Nadie, fuera de nuestros amigos. ¡Ningún proceso! Los verdugos se callan. Sergio Sedov nada ha confesado, y con la indignación que le daba su recta idiosincracia, supo, sin duda alguna, acusar a sus acusadores. Ya nunca más sabremos de él.

"León Davidovitch atraviesa momentos de desmoralización. "Tal vez mi muerte, dice, hubiera salvado a Sergio...". A veces experimenta el agudo remordimiento de seguir con vida".

VIII

Es característico en Norteamérica que todos los grandes procesos clasistas cerrados por veredictos injustos, hayan suscitado enérgicos y tenaces movimientos de protesta. En 1892, el gobernador de Illinois, Altgeld, defendió a los anarquistas condenados, y mantuvo la memoria de los "mártires de Chicago". Clarence Darrow escribió una de las páginas más intensas de su vida, defendiendo a Ettor y Giovanetti. Siete años duró el proceso de los dos libertarios Sacco y Vanzetti. Los procesos de Moscú, la persecución de un viejo revolucionario proscrito, suscitaron en el mundo entero un movimiento de opinión — y simpatía — que en los EE.UU. adquirió su máxima profundidad y resonancia. El comité norteamericano por la defensa de León Trotzky reunió cientos de adhesiones, en-

tre las que corresponde mencionar la de intelectuales sumamente calificados como Franz Boas, John Dewey, John Dos Passos, Max Eastman, James T. Farrell, Sidney Hook, Dwight Mac Donald, Renhold Niebühr, Norman Thomas, Carlo Tresca. En la lista figuraban antiguos adversarios del bolchevismo, como Max Nomad, liberales, sabios, teólogos como Niebühr, militantes como Tresca¹. Una joven perteneciente a una ilustre familia, Suzanne Lafollette, asistida por un joven abogado de izquierda, George Novak, se convirtió en infatigable animadora de los trabajos prácticos del comité.

El comité norteamericano estaba secundado por un Comité Investigador de los Procesos de Moscú, constituido en París (Magdalena Paz, Alfred y Marguerite Rosmer, Marcel Martinet, León Weth, Gerard Rosenthal, Pierre Naville, Félicien Challaye, Maurice Wullens, André Philip, Víctor Serge, André Breton, P. Monatte, J. y M. Alexandre, Lucie Colliard, M. Dommanget, Daniel Guerin, etc.). Formóse en París una comisión rogatoria, presidida por el socialista italiano G. E. Modigliani, y asistida por Mme. César Chabrun, presidente del Comité de Ayuda a los Prisioneros Políticos; M. Delépine, abogado, presidente del grupo de los abogados socialistas; J. Galtier-Boissière, escritor, director de "Crapouillot"; J. Mathé, ex-secretario de la Federación Postal, que procedió a una investigación, recibió testimonios, entre los cuales figuraba el de León Sédov, quien completó su deposición publicando un "Libro Rojo" en donde se reunían un conjunto de hechos y de documentos que reducían a polvo las groseras invenciones y los fraudes de la G.P.U. y del fiscal Vishinsky. Un comité análogo se constituía en Praga, bajo la presidencia del ex diputado obrero ante el Reichstag, Anton Grilewicz. Pero las maquinaciones de la G.P.U., que como supimos más tarde, cumplía al respecto las órdenes directas de Stalin, ocasionaron el arresto seguido de deportación del refugiado político Grilewicz.

El Comité de Nueva York consideró necesario constituir una comisión que estudiase a fondo el caso de Trotzky y se pronunciara imparcialmente, conformando su actividad a las normas procesales de los tribunales norteamericanos. John Dewey aceptó presidir la instrucción. Como no era posible que Trotzky obtuviera un pasaporte para entrar en los Estados Unidos, la sub-comisión de instrucción decidió trasladarse

¹ Carlos Tresca, libertario italo-americano, cuya vida ha sido un combate infatigable y valiente, sostenido con buen humor y relevante talento, fué misteriosamente asesinado en N. York el 11 de enero de 1943.

a México. "¡Caramba — le dijo John Dewey a Suzanne Lafollette, temerosa de las fatigas que le producirían estos desplazamientos —, si no tengo más que sesenta y siete años!".

La Comisión Preliminar de Encuesta comenzó sus trabajos en México el 10 de abril de 1937, y los clausuró provisionalmente el día 17. Estaban presentes: John Dewey, su presidente, el escritor Carlton Beals, vocal; Suzanne Lafollette, secretaria; Otto Rühle, antiguo diputado social-demócrata en el Reichstag, vocal; el escritor Benjamín Stolberg, vocal; John F. Finerty, antiguo defensor de Tom Mooney y de Sacco y Vanzetti, abogado; Albert Goldman, abogado, en calidad de defensor de Trotzky; Alberto Glotzer, secretario de actas; Trotzky y su secretario Frankel, testigos: la prensa y los invitados.

"La Comisión se reunió en casa de Diego Rivera, Coyoacán, donde aún vivíamos, bajo la vigilante protección de la policía mexicana. La embajada de la Unión Soviética en Washington, los Partidos Comunistas de México y de los Estados Unidos, las principales organizaciones obreras de México, habían sido invitadas para participar en la investigación, es decir, en primer lugar, en el interrogatorio de Trotzky. El embajador Troyanovsky se abstuvo de responder a la invitación. Vicente Lombardo Toledano la declinó en términos ofensivos, en nombre de la Confederación de los Trabajadores de México. Otro tanto hizo Hernán Laborde, en nombre del Buró Político del Partido Comunista Mexicano. La Liga Cultural Israelita delegó a Jacobo Abrahams; M. Luis Sánchez Pontón, miembro corresponsal mexicano del secretariado de la Sociedad de las Naciones aceptó la invitación.

"Rara vez la asistencia fué inferior a unas cincuenta personas. Estimamos, dijo John Dewey al abrir la primera sesión, que no se puede condenar a un hombre sin que previamente se le haya dado la oportunidad de defenderse... Nuestra única tarea es la de establecer la verdad, en cuanto ello sea humanamente posible... Si León Trotzky es culpable de los crímenes imputados, ninguna condena sería demasiado severa...". Y hablando a nombre propio, el viejo filósofo agregó: "Toda mi vida la he consagrado a la educación, a la que considero una obra de esclarecimiento espiritual en interés de la sociedad. No he renunciado a las responsabilidades de esta presidencia, sino porque al hacerlo hubiera faltado a la obra de toda mi vida".

"León Davidovitch subrayó que, desde el año anterior, había invitado al gobierno soviético a formular contra él un pedido de extradición, a fin de suministrar ante los tribunales extranjeros las pruebas de la acusación del procurador

Vishinsky. Agreguemos que nada impedía a la Corte Suprema de la U.R.S.S. procesar a Trotzky y a León Sédov en rebeldía, y condenarlos por contumacia. Pero ello les hubiera permitido defenderse ante la opinión pública mundial. La situación de León Davidovitch era completamente extraordinaria. Alejado del poder desde fines de 1923, sometido en la Unión Soviética, a partir de 1927 y hasta 1929, a la más estrecha vigilancia de la policía política, exilado más tarde al extranjero, aparecía como jefe de una inmensa conspiración que abrazaba la mayoría de los dirigentes rusos que lo habían perseguido, a la mayoría del partido de Lenin y a decena de miles de intelectuales, de técnicos, de trabajadores soviéticos de todas las categorías! Militante socialista desde sus diecisiete años, veterano de dos revoluciones, jera acusado de traicionar sus convicciones, de fomentar los crímenes más monstruosos, de colaborar contra la U.R.S.S. en compañía de los nazis y del espionaje japonés! Puso en manos de la Comisión todos sus papeles, sus archivos, su correspondencia, sus cuentas de ingresos y de gastos, sus escritos; todo, absolutamente todo. Respondió en inglés a cuanta pregunta le quisieron hacer.

“La tesis del procurador Vishinsky es que la vida entera de Trotzky ha sido de lucha contra el bolchevismo y la URSS., desde las polémicas con Lenin en 1904, hasta los descarrilamientos en los ferrocarriles siberianos. Para verificar esta tesis, la comisión estudió libremente la biografía de León Davidovitch, sus ideas políticas. El folleto publicado en 1904 por Trotzky, “Nuestros Fines Políticos”, en el cual opone al “jacobismo proletario” de Lenin una concepción socialista de la democracia revolucionaria, fué agregado al expediente; León Davidovitch reconoció que en lo referente a los problemas organizativos, Lenin había tenido razón, treinta años atrás, contra él. También se agregó un artículo del “Pravda”, fechado el 14 de marzo de 1923, titulado: “León Trotzky, el organizador de la victoria”; un artículo anónimo del mismo “Pravda”, edición 8 de marzo de 1929, titulado “L. Trotzky al servicio de la burguesía británica”. Eran en total treinticuatro documentos o series de documentos. Un sólo incidente se produjo, cuando M. Carlton Beals preguntó si en 1919 Trotzky no había enviado a Borodin a México para fundar allí el Partido Comunista. León Davidovitch consideró que esa pregunta — a la que opuso un desmentido — era susceptible de crearle dificultades ante la opinión pública de su país de asilo, oído lo cual M. Carlton Beals se retiró de la comisión.

“Si exceptuamos a Albert Goldman, la comisión estaba formada por intelectuales hostiles al bolchevismo, en el cual

veían el lógico predecesor del stalinismo. El único marxista, Otto Rühle, uno de los mejores militantes de la revolución alemana de 1918, autor de una biografía de Marx y de numerosas obras científicas, profesaba la misma idea; Trotzky se obstinó, la refutó detalladamente invocando a su favor numerosos hechos históricos. El análisis de los dos procesos de Moscú requirió bastante tiempo. Durante los debates, fué evidente que León Trotzky se atrajo las simpatías de la comisión.

“Anotemos dos pormenores interesantes, por cuanto se anticipan a los próximos acontecimientos. Otto Rühle citó un artículo de la “Prager Presse” sobre el acrecentamiento del volumen de exportaciones del III Reich a Rusia, el viaje secreto de miembros del Estado Mayor hitlerista a Moscú, y la vinculación posible entre la URSS y el Imperio nazi. “Se trata, respondió León Davidovitch, de la confirmación parcial a una de mis hipótesis. Puede que sea una farsa; pero hay farsas que se convierten en asunto perfectamente serio...”. Transcurría entonces la guerra civil española. León Davidovitch señaló que había que esperar nuevos crímenes stalinistas en ese país ensangrentado por la guerra...”.

“La comisión retornó a Nueva York para someter el resultado de sus tareas a la comisión plenaria que habría de emitir sentencia”.

IX

Aquella semana de lucha ante la Corte de Justicia — en el más noble sentido de las palabras — que John Dewey presidió, ese anciano enérgico y atento, “encarnación del idealismo norteamericano”, de calmo rostro esculpido por más de medio siglo de intensa labor intelectual; la oportunidad de evocar su existencia, de exhibir sus papeles y documentos, de probar la falsedad de cuanto se le imputaba, aliviaron el ánimo de León Davidovitch. ¡Verdadera claridad tras la pesadilla! ¡Pero qué fugaz, sin embargo!

Tres semanas más tarde llovieron noticias siniestras. A principios de mayo de 1937, una provocación del Partido Comunista en Barcelona desencadena sangrientas luchas. Por su negativa a poner fuera de la ley a un partido revolucionario, el POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), Largo Caballero se ve obligado a abandonar el poder que retoma el doctor Negrín. La represión aplasta al POUM y una ola de crímenes mancha ferozmente a la República Española.

Los equipos de la G.P.U. enviados de Rusia a España, comienzan la liquidación, mediante secuestros y asesinatos, de los adversarios del stalinismo. Ya ha desaparecido el ingenie-

ro socialista Marc Rhein, hijo del dirigente menchevique ruso Rafael Abramovitch. Lo han raptado en un hotel, tal vez para matarlo en secreto, tal vez para mandarlo por barco a la URSS. En una callejuela de Barcelona se encuentran los cadáveres acribillados del filósofo libertario Camillo Berneri y de otro anarquista conocido; ambos acababan de ser detenidos por la policía comunista. El Partido Comunista tiene su propia policía política y numerosos agentes en la policía de la Generalidad de Cataluña y en la de la República... Andrés Nin desaparece. León Trotzky lo había conocido en Moscú donde mantuvo con él afectuosas relaciones durante años. Secretario de la Internacional Sindical Roja, Nin se había unido a la Oposición de Izquierda; vuelto a España en 1931 tras la caída de la monarquía, fué uno de los fundadores del POUM, y había sido Ministro de Justicia en la Generalidad de Cataluña. León Davidovitch y Nin sostuvieron más tarde una viva discusión epistolar, que culminó en ruptura política. Pero nunca desconoció el primero la probidad, la erudita inteligencia de su concontrincante. Algunos ministros de la República, alertados, intentan, sin conseguirlo, salvar la vida de Nin. Conducido de Barcelona a Valencia, más tarde a Madrid, por agentes del Partido Comunista, desaparece sin dejar rastros en las proximidades de un aerodromo soviético, en Alcalá de Henares.

"El 12 de mayo de 1937, un comunicado anuncia la condena a muerte, por un tribunal militar secreto, y la ejecución inmediata, del mariscal Tujachevsky y de siete jefes militares — los más eminentes — de la época revolucionaria. "El Ejército Rojo ha quedado decapitado", constata Trotzky, que conoce el valor de esos hombres: decapitado en momentos en que la situación internacional se agrava de mes en mes, cuando Hitler y Mussolini tienen la victoria en España al alcance de la mano. Gamarnik, jefe del servicio político del Ejército Rojo, se suicida. Arrestos, desapariciones, ejecuciones secretas en toda la U.R.S.S. En el mes de julio, Boudu Mdivani, Okoudjava, Eliava y muchos otros viejos bolcheviques georgianos, a quienes Lenin había prometido "apoyar con todas sus fuerzas" son igualmente fusilados; parece que al ser sometidos al juicio de un tribunal secreto denunciaron energicamente a los falsarios y verdugos. Otros como Kavtaradzé, asesinados en los sótanos policiales, ni siquiera han tenido esta última satisfacción... Los hermanos Néstor y Mijail Lakova, cuyos huéspedes habíamos sido en Sujum, también perecen. Néstor Lakova, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de Abjasia autónoma, es fusilado sin que se sepa cómo; Mijail, más débil, sobrelleva un juicio, confiesa crímenes ima-

ginarios, y es a renglón seguido ejecutado. Ambos habían mitigado, en su pequeño país siempre alumbrado por el sol, los rigores de la colectivización forzada. Todas estas caras — y tantísimas otras de innumerables condenados — nos son bien conocidos. Al pasear por nuestro jardincito de Coyoacán sentimos que espectros de frente agujereada nos rodean.

"Desde hace ocho años, nos hemos acostumbrado a vivir en la espera cotidiana de una tentativa de asesinato. Ahora el círculo se estrecha, pues los muertos nos rodean. En la requisitoria del segundo proceso de Moscú, Vishinsky ha exclamado: "¡Este es el fin de Trotzky y del trozkysmo!". La lógica del exterminio se revela inexorable.

A fines de julio de 1937, nuestro joven amigo Erwin Wolf, que con tan fiel adhesión se había desempeñado como secretario de León Davidovitch en Oslo, desaparece en Barcelona. De origen burgués, hervía en deseos de servir a la causa proletaria. El autor de este libro, al encontrarlo en Bruselas mientras preparaba su viaje a España, le dijo: "¡Pero usted está loco!" ¡Marcha hacia un asesinato seguro! Comprenda que usted es el testimonio irremplazable de la vida y de la actividad de Trotzky en Noruega, y que la G.P.U. hará desde ahora mismo cuanto esté a su alcance para suprimirlo". Erwin Wolf sacudió su cabeza de frente amplia, diciendo que tomaría el máximo posible de precauciones... Entró en España, sin embargo usando su verdadero nombre, y se unió al grupo de la IV Internacional. Lo arrestaron una vez, pero se vieron obligados a dejarlo en libertad pues nada podían probarle. Tres días más tarde, desaparece secuestrado en plena calle. Su joven esposa, la valiente Jordis Knudsen, sólo por milagro escapó a suerte parecida. El cónsul de Noruega la ayudó a ocultarse y consiguió más tarde hacerla llegar a Francia. El terror staliniano reinaba en Cataluña. El gobierno checo emprendió ante el de España enérgicas reclamaciones en favor del desaparecido. El 20 de octubre de 1937 recibió una nota oficial en la que se afirmaba que Erwin Wolf había sido puesto en libertad con fecha 13 de setiembre. De esa manera, se reconocía el hecho del arresto, y la imposibilidad de formular inculpaciones contra él. Si en verdad lo pusieron en libertad ha sido en connivencia con el servicio secreto ruso-comunista, de modo de secuestrarlo en el mismo momento en que salía de la prisión. Jamás reapareció.

"El 4 de setiembre asesinaron a Ignacio Reiss en Lausana. Era uno de los jefes del servicio secreto soviético en el extranjero. Tras una larga crisis de conciencia, acababa de romper con Moscú en una carta dirigida al Comité Central de la URSS, donde se protestaba contra la masacre de revolucionarios.

Para proceder a la ejecución de viejos bolcheviques condenados, se habían constituido equipos de fusilamientos reclutados entre los funcionarios más adictos a la G.P.U.; como se hubiera condecorado con la Orden de la Bandera Roja a cuantos participaron en la empresa (antes de que les llegara el turno del fusilamiento), Reiss devuelve su propia condecoración. La policía suiza investigó seriamente el asunto; gracias a la actitud personal del ministro socialista del interior, Marx Dormoy, la policía francesa hizo lo mismo. Quedó al despudo la totalidad de los hilos de una sangrienta intriga tramada en París por altos funcionarios de la G.P.U. Logróse identificar a los asesinos. Se arrestó a los confidentes, Spiegelglass, enviado especial de Moscú, había organizado el crimen, secundado por funcionarios de la misión comercial de la U.R.S.S. en París: Bieletzky, Grozovsky, Lydia Grozovskaya. Como varios de estos personajes se cubrían con la inmunidad diplomática, se les exigió el inmediato abandono del país. Lydia Grozovskaya, puesta en libertad provisional bajo fuerte fianza, desapareció. La policía francesa estableció que uno de los agentes de la G.P.U., de nombre Semirensky, ocupaba, en la calle Lacretelle una pieza contigua a la de nuestro hijo León Sédov. Pudo establecerse que hilos invisibles rodeaban a este último; que habían preparado su secuestro en el curso de un viaje que pensaba hacer a Mulhouse... También en Antibes, donde había pasado algunos días de descanso sin darle la dirección más que a uno de los amigos íntimos, le tendieron lazos inadvertidos; y una confidente, que se vió envuelta en el asunto Reiss, le ofreció acompañarlo en una excursión fluvial.

"A fines de setiembre de ese mismo año, Kurt Landau, joven marxista conocido en Europa central, es secuestrado en Barcelona por policías uniformados que son en realidad agentes del stalinismo. Desaparece como tragado por el océano. Había pertenecido al Buró Internacional de la Oposición de Izquierda comunista; ahora criticaba con aspereza algunas de las ideas de Trotzky, pero esto es secundario.

"El 13 de diciembre de 1937 dió su veredicto la Comisión Investigadora de las acusaciones formuladas contra León Trotzky. Los doscientos cuarenta y siete considerandos forman un volumen de 400 páginas, que ha sido publicado por la editorial Harpers de Nueva York, bajo el título: "¡Nor Guilty!" ("¡Inocente!"). "Constatamos la impostura (the frame up) de los procesos de Moscú. Constatamos la inocencia de Trotzky y de León Sédov". El documento está firmado por John Dewey, presidente; Suzanne La Follette, escritora, secretaria; John Chamberlain, escritor y periodista; Alfred Rosmer, miem-

bro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista entre 1920-1921, redactor en jefe de "L'Humanité" entre 1923-1924; Edward Alsworth Ross, profesor de sociología en la Universidad de Wisconsin; Otto Rühlé, ex diputado del Reichstag; Benjamin Stolberg, periodista; Carlo Tresca, editor de "Il Martello"; Francisco Zamora, periodista, ex miembro del Comité Nacional de la Confederación de Trabajadores Mexicanos; Wendelin Thomas, ex miembro del Reichstag; John Finerty, abogado, defensor de Tom Mooney.

"Fué para nosotros una gran alegría, si es permitido hablar de alegrías bajo tales circunstancias. Seis días después, un comunicado de Moscú anunciaba la ejecución, sin proceso, de ocho prisioneros: seis colaboradores del comisariato de Asuntos Exteriores y nuestro vecino del Kremlin, el georgiano Avelli Enoukidzé, que durante más de quince años había sido el secretario del Comité Ejecutivo Central de los Soviets. Le teníamos gran afecto a ese hombre rubio, hermoso, más bien corpulento, de trazos regulares, ojos azules y bondadosa gravedad. Muy trabajador, muy liberal de temperamento, inclinado a combatir los abusos y a mitigar las persecuciones, conocía a Stalin desde su juventud, como un hermano. Que éste último hubiera ordenado su ejecución nos pareció, aún en medio de la hecatombe, algo inconcebible. "¡Caín Dugachvili!", repetía León Davidovitch. Otros de los fusilados era Karajan, llamado de la legación soviética en Angora con la promesa de la embajada en Washington. El elegante Karajan, participante de las críticas jornadas de Brest-Litovsk (1918), había sido en China y en Turquía uno de los mejores diplomáticos soviéticos..

X

"Concluidos los debates de la Comisión Dewey, León Davidovitch experimentó una crisis de agotamiento. Un universitario americano puso a nuestra disposición su casa de campo de Taxco, en una de las comarcas más imponentes de México. Pasamos allí algunos días de calma. Vueltos a Coyoacán, León Davidovitch retornó a su labor acuciado por los procesos de Moscú y las ejecuciones. Compulsaba fechas, recorría la nómina de las víctimas y asistía día y noche al exterminio de una generación cuyo auténtico valor sólo él podía medir en su plenitud. Nunca en la historia gobierno alguno se había encarnizado tanto por aniquilar la flor y nata de un país. Veíamos a muy poca gente; nos sentíamos solos.

"Entre tanto, Diego Rivera, extremadamente imaginativo, pero al mismo tiempo huésped vigilante, temía constantemen-

te por la seguridad de León Davidovitch. Las idas y venidas en una casa próxima despertaron sus sospechas. León Davidovitch pasó algunos días en la morada de nuestro amigo Antonio Hidalgo, viejo revolucionario mexicano, que ocupaba una tranquila residencia cerca del bosque de Chapultepec. Hidalgo se ausentaba por motivos de trabajo, su mujer dormitaba por efectos del calor y la luz cruda; León Davidovitch trabajaba solo.

“Los periodistas telefoneaban... Diego corrió a casa de Hidalgo, entró en la habitación de León Trotzky y en forma brutal, tal vez debido a la emoción, tal vez a una singular inconciencia, le dijo a quemarropa: “Ha muerto León Sédov”. “¿Qué? ¿Qué dice?”. Diego muestra el despacho: “Váyase”, le dice León Davidovitch. Quería quedarse solo porque se sentía desfallecer físicamente. Quedó un largo rato exánime, en sopor desesperado.

“Yo estaba en Coyoacán ocupada en clasificar antiguas fotografías de mis hijos. Llamaron a la puerta y me sorprendí de ver entrar a León Davidovitch. Nunca lo había visto tan anonadado. Tenía la piel grisácea. En pocos instantes se había transformado en un anciano. “¿Qué pasa?, le pregunté inquieta. Te sientes mal?”. Respondió en voz baja: “Liova está enfermo, nuestro pequeño Liova...”. Comencé a comprender. Tanto temía por León Davidovitch, que la idea de un percance a Liova nunca se me había cruzado por la mente.

“Liova, León Sédov, acababa de morir en París, ese 16 de febrero, en circunstancias oscuras, que excluyen casi por completo la posibilidad de una muerte natural. Vigoroso y activo, pobre, lanzado a un torbellino que lo envolvía tanto como a nosotros mismos, hacía tiempo que por las tardes sufría de fiebres ligeras. Declaróse un apendicitis agudo. Transportáronlo a una clínica atendida por un médico ruso emigrado, el doctor Simkov, fué inscrito bajo el nombre de Martín, ingeniero francés. La urgente intervención quirúrgica, fácil en sí misma, se efectuó sin complicaciones. Días más tarde, tras corto delirio, Liova sucumbía como resultado de una operación de naturaleza sencilla. Extraños pormenores surgieron a la luz. El enfermo había ingerido alimentos en circunstancias post-operatorias que lo vedaban terminantemente. ¿Negligencia o algo peor? Un médico le había hablado en ruso. ¿Estaba identificado? Una enfermera perteneciente a la emigración rusa frecuentaba los medios stalinistas. Ordenóse la autopsia; pero ni nuestros amigos, ni Juana, la compañera de León Sédov, ni siquiera su abogado, pudieron conocer los resultados. El gobierno del Frente Popular, maniobrado por el Partido Comunista y subordinado a la alianza con la U.R.S.S.

temía que el escándalo arrojara excesiva luz sobre los servicios secretos soviéticos. Permanecían sin explicación crímenes tan notorios como el asesinato del economista ruso Navachin en los Bosques de Boulogne y el secuestro del General Miller cometido por la G.P.U. en pleno París.

La instrucción judicial, reticentemente conducida, no arrojó luz sobre las causas verdaderas de la muerte de nuestro hijo. ¿Trágica coincidencia o algo peor? El Dr. Simkov, director de la clínica, perdió más tarde a sus dos hijos en un extraño accidente: fueron secuestrados mientras jugaban en una playa. Los periódicos dijeron que no lejos del lugar se había visto a un automóvil estacionado.

“León Sédov desaparecía a los veintinueve años. Compartía por entero las convicciones de su padre. Había crecido en épocas de revolución victoriosa y amenazada; su mentalidad se había formado en la organización semiclandestina de la Juventud de la Oposición; en Estambul, en Alemania, en Francia, había desplegado actividad como publicista militante; sobre sus hombros recayó la tarea de publicar y difundir el Boletín de la Oposición. Sus artículos eran sólidos; el último que escribió, referente a la ejecución de los Ocho, jamás lo recibimos, porque el juez instructor lo retiró durante la investigación. Había cursado en Berlín buenos estudios de matemáticas. Con poco vivía, casi frugalmente, en dos picetas de un quinto piso. Se sabía acechado por la G.P.U.; pero muchas cosas las ignoraba, y de ello la policía francesa tiene pruebas suficientes. Su carácter, precozmente maduro, revelaba una energía interior extremadamente tensa. Su inteligencia precisa era la del investigador científico.

“León Davidovitch acababa de concluir, cuando esta desgracia nos golpeó, un librito titulado “Su moral y la nuestra”, que dedicó a la memoria de nuestro hijo”.

XI

Quince días más tarde, como si se intentase un nuevo desafío a la opinión internacional, ya profundamente desorientada por los anteriores procesos, y convenientemente advertida por la sentencia de la Comisión Norteamericana, se inicia en Moscú un tercer proceso, más monstruoso, si cabe, que los anteriores, (2-13 de marzo de 1938). Entre los veintinueve acusados figura esta vez el mejor teórico del comunismo: Nicolás Bujarin; Alejo Rykov, sucesor de Lenin en la presidencia del Consejo de los Comisarios del Pueblo; Enrique Yagoda, ex-comisario del Pueblo en el Interior, jefe de la policía política y autor del primer proceso contra los viejos bolcheviques; los ex-

diplomáticos Cristián Rakovsky y Nicolás Crestinsky; el ex-Comisario del Pueblo de Comercio Exterior, Rosengoltz; otros dos miembros del gobierno: Chernov y Griako; el más conocido estadista del Asia Central soviética, Paysal Dodjaev; numerosos médicos, célebres en Rusia, y personajes menores. A todos se les imputaba alta traición, conspiración, espionaje, sabotaje, terrorismo, la constitución, según las terminologías del fiscal Vyshinsky, de un "bloque antisoviético de trozkyistas y derechistas".

A un régimen totalitario poco le interesa lo verdadero o lo falso; lo verosímil o lo inverosímil; lo que ve y piensa quien soporta su imperio; lo que piensan y demuestran quienes viven en otros países. El presidente del Tribunal Militar de la Corte Suprema, sus asesores, el infatigable fiscal, jamás se turban ante las pruebas de su impostura. Lo único que tienen presente es la tajante orden del Buró Político stalinista.

Trotzky es una vez más el principal acusado. En la URSS., cientos de miles de funcionarios-agitadores, la prensa, la radio, la literatura, el teatro y el cine, lo cubren de acusaciones con el ánimo de transformarlo, ante los ojos de las masas obedientes y postradas por un terror que se insinúa en cada hogar, en la encarnación misma de la perversidad, en lo que era Satanás durante la Edad Media. Los brujos reconocen haberle vendido el alma. El anciano Rakovsky, desgastado por una larga y altiva resistencia, declara: "Sabía desde 1926 que Trotzky era un agente del Servicio de Inteligencia británico. El mismo me lo ha dicho". Otros afirman que Trotzky, su jefe — ¡sí, su "jefe"! —, ha "concluido acuerdos con Alemania nazi y el Japón, no se sabe muy bien si para desmembrar la URSS, o restaurar el capitalismo bajo formas fascistas sobre los despojos de la pobre Rusia. Se habla una vez más de las "directivas terroristas" de Trotzky. Pero la impostura vuelve a estallar como en anteriores ocasiones.

Cierto Bessonov, funcionario de la misión comercial y más tarde consejero de la embajada soviética en Berlín, declara haber sido confidente de Trotzky y de León Sédov, y haber llevado sus mensajes a Moscú. Afirma haber recibido una carta de Trotzky fechada a fines de diciembre de 1936. Ninguna de estas cartas existe por cierto; pero en este caso, Bessonov exagera. Desde comienzos de setiembre, Trotzky estuvo internado en Noruega, bajo la más rigurosa vigilancia. Por lo demás, el acusado especifica que la carta es de fines de diciembre; ahora bien, el día 13, Trotzky embarcó, junto con Jonas Lie, oficial de la policía noruega, en el "Ruth", con destino a México. El funcionario noruego declaró a la prensa que Trotzky carecía de medios para enviar cartas, por cuanto

se hallaba en mitad del océano Atlántico. Pero el mensaje, ¿no habrá sido fechado con anticipación? No, porque respondía a otro de Messanov, cuyos rastros jamás han podido descubrir las autoridades noruegas.

Y eso no es todo: Krestinsky reconoce haberse encontrado con Trotzky y Sédov hacia el 10 de octubre de 1933, en Merán, Alpes italianos. Es fácil demostrar que Trotzky vivía entonces cerca de París, en Barbizón, rodeado de amigos, diariamente visitados por ellos, bajo la discreta vigilancia de la Sûrete General. ¡Pero eso no tiene importancia! Mañana los secretarios de Stalin pueden declarar haberse entrevistado con Trotzky en China. León Sédov acaba de morir: tal vez por eso, se multiplican las entrevistas con él.

El crescendo de falsedades alcanza vertiginosas proporciones en lo referente "a la financiación del movimiento trozkyista por el comisariato del Pueblo de Comercio Exterior". Rosengoltz, ex-titular de ese puesto, se exhibe largamente sobre el tema. Quien lea las actas no dará crédito a sus ojos. Entre 1931 y 1933, sin que se vea claramente por qué medios, ya que el acusado y el fiscal Vyshinsky todo lo embarrullan, Trotzky habría recibido trescientos mil 'dólares, veintisiete mil libras esterlinas, veinte mil marcos malversados de los fondos del Estado Soviético en el extranjero. ¿Cómo? ¿Mediante qué maniobras? ¿Por qué operaciones bancarias o de otro tipo? ¿Cómo sortear los controles ordinarios y extraordinarios que tan minuciosamente se ejercían sobre todas las operaciones comerciales soviéticas en el extranjero? El procurador Vyshinsky jamás exige precisión en los hechos. Y no es por casualidad. Es cierto que se habían derivado sumas extraordinarias hacia canales misteriosos; pero ello no se debía al manejo personal que de los fondos del comercio exterior pudiera haber hecho el comisario del pueblo Rosengoltz, sino a órdenes recibidas desde el Buró Político, con el ánimo evidente de engrosar los caudales del Komintern y proveer a ciertas empresas secretas. ¡No confundamos las cosas! A su vez Krestinsky revela que desde 1923, es decir, durante los siete años, en que fué embajador de la URSS. en Alemania, recibió doscientos cincuenta mil marcos (sesenta mil dólares) anuales para las necesidades del trozkyismo. En total, unos dos millones de marcos. El lector advertido recuerda enseguida que tras la firma del tratado de Rapallo, el Ejército alemán obtuvo bases de estudio en Rusia, por las cuales debió efectuar pagos.

"Algunos cientos de testigos saben de la vida de Trotzky, cuáles han sido sus dificultades materiales, con qué frecuencia amigos y camaradas han debido acudir en su ayuda. La

Comisión Dewey lo ha comprobado recorriendo sus cuentas personales; otros han presenciado la vida y la muerte de León Sédov, su pobreza, que por momentos merecía otro nombre. Llegados a México, casi nada teníamos; amigos americanos tuvieron que proveer a nuestras primeras necesidades. Pero, ¿el movimiento trozkista? En todos los países donde existían Grupos de la Oposición — más tarde de la IV Internacional —, era conocida la escasez de sus recursos, los inmensos sacrificios con que los obreros simpatizantes ayudaban a mantener sus intermitentes publicaciones. ¿O es que acaso todos estos dólares servían para conspirar dentro de la URSS? Pero entonces, ¿cómo se pudo transformarlos en rublos, por qué medios, en un país donde el Banco de Estado colabora estrechamente con la policía política, donde el ciudadano que recibe veinte dólares se hace sospechoso? ¿Y cuál ha sido el destino de esos rublos? Nada más fácil en Rusia que conocer la magnitud y el carácter de los gastos de un ciudadano. Ni el fiscal ni los acusados aclaran nada al respecto, puesto que ninguna pregunta se formula durante el juicio. Uno se pregunta qué motivos ha tenido la acusación para insertar tan fantástico capítulo. Tal vez ha querido llenar una laguna lógica, ya que la malversación de fondos nada agrega a crímenes infinitamente más graves. El trozkismo internacional, la conspiración antisoviética sin medios materiales, no tendría ninguna verosimilitud — suponiendo que la verosimilitud fuera el objeto deseado. Conviene asociar, ante los ojos del pueblo más miserable del mundo, el nombre de Trozky con sumas fabulosas de dinero”.

Estos datos exhiben al desnudo la técnica de la acusación. Todo consiste en servirse de lo verdadero para hacer pasar lo falso. Muy a menudo, lo falso surge de la criminal interpretación de lo verdadero. En tal o cual fecha, miembros del gobierno y altos funcionarios han mantenido ciertas conversaciones sobre asuntos de trabajo; ahora se les exige que reconozcan haber conversado en ellas de sabotaje, traición, etc. Chernov, comisario del pueblo en la Agricultura, se ha preocupado por el estudio de las epizootias: lo obligan a confesar que era para fomentarlas. Grinko, comisario del Pueblo en asuntos financieros, se ha debatido durante años entre la inflación planificada y la lucha contra la inflación, conforme a las órdenes recibidas del Buró Político. Reconoce haber saboteado las finanzas, durante una época en que Rusia entera gemía bajo el peso del espantoso sabotaje gubernamental contra la vida económica. La colectivización forzada ha provocado numerosos levantamientos populares en Uzbekistan, tema delicado, del cual nada se dice. Pero el gobernante más

influyente del Asia Central, reconoce haber saboteado la política del Partido en nombre de Alemania, del Japón y de Inglaterra. Rakovsky, enviado al Japón, se ha topado allí con estadistas hipócritas. Confiesa haberse vendido al espionaje japonés. Rykov, Bujarin, Tomsy (suicidado) han mantenido cientos de conversaciones sobre el peligro de guerra, y temen, exactamente igual que todo el mundo, que en medio de tanta hambre, del agotamiento y del descontento general, ella concluya en derrota. Son, por lo tanto, derrotistas. Si se atreven a pensar en las consecuencias de una guerra perdida y se preguntan cómo limitarlas, entonces está claro que planean el desmembramiento de la U.R.S.S. Trasladando a las relaciones familiares el mecanismo psicológico de la acusación, podemos resumirlo en el siguiente diálogo: El médico, a la madre del niño enfermo: “Señora, considero que el caso es grave; será necesario, etc.” La madre: “¡Maldito doctor, quiere que mi hijo se muera!”

El proceso se hunde en simas de locura. Y como en ésta, sobre un fondo de auténtica angustia, se entremezcla lo cierto con lo pueril, lo verosímil con lo inverosímil. Locura de un régimen de transición: el totalitarismo está en trance de liquidar cuanto subsiste de la era revolucionaria. Podría concluirse que nunca hubo revolución rusa, que jamás existió el bolcheviquismo; una formidable estafa política urdida por aventureros sin fe y sin ley arrastra el país a abismos sin fondos. Y sobre todo ello flota la idea de una U.R.S.S. próspera, bajo la jefatura de un “Jefe Genial”. El fiscal Vishinsky insinúa que Bujarin puede haber sido espía desde antes de su llegada a Rusia en 1917. Hace comparecer a socialistas revolucionarios de izquierda, presos desde hace diecinueve años, para “probar” que en 1918, Bujarin preparaba con ellos el asesinato de Lenin, y que el atentado contra este último tuvo a Bujarin y a Trozky como inspiradores.

Nuevas luces alumbran las bambalinas de los anteriores procesos. ¡Los reflectores divagan! Sábese así que Yagoda, promotor del proceso de los Trece, visitaba a Iván Smirnov en su celda, para “adoctrinarlo”.

Los datos que acabamos de dar han sido confirmados por otras fuentes, particularmente el libro de Krivitsky.

Y súbitamente, cuando interrogan a Yagoda, presenciamos un ángulo infernal del Estado policíaco. Antiguos médicos del Kremlin reconocen haber provocado, por orden de la G.P.U. y mediante “tratamientos contraindicados” la muerte de Máximo Gorky, de su hijo, de Kuybichev, de Meniinsky. ¡Yagoda poseía un laboratorio de venenos! ¿Por qué no? ¡Todo es posible! Mientras el autor de este libro permanecía

preso en una de las celdas interiores del edificio de la G. P. U. en Moscú — corría el año 1933 — sufrió cierta noche un ataque extremadamente doloroso e inexplicable. En noviembre de 1936 publicó en París un artículo titulado “Métodos florentinos”. En lo que respecta al viejo Gorky, tuberculoso desde su juventud, muerto a los sesenta y siete años, sabemos que en el último período de su vida había roto con Stalin, que le negaban pasaporte para el extranjero y que se vigilaba su correspondencia con Romain Rolland. Su secretario confiesa el asesinato; reconoce haber sido un confidente policial. Todo Moscú tenía a Kriutchkov por un canalla.

A lo que parece, el conjunto de los viejos bolcheviques de la tendencia de derecha, Bujarin, Rykov, Tomsy, Rudzutak, y muchos otros, tras eliminar a Trotzky y contribuir al desplazamiento político de los opositores de izquierda, concluyeron por desesperar de todo, viendo incrementarse la magnitud de un monstruoso régimen antisocialista. Celebraron entre ellos centenares de inquietos conciliábulos. ¿Era eso conspirar? Parece razonable admitir que tras la ejecución de los dos primeros contingentes, se hayan sentido totalmente perdidos y hayan pensado en una “revolución de palacio”. Más enérgicos, y sobre todo mejor ubicados, los viejos soldados de la revolución, con Tujachevsky y Gamarnik, habrán pensado en apoderarse del Kremlin... Es muy posible y hasta humanamente probable. Para que esos hombres no pensaran en nada de eso, hubiera debido tener almas de corderos designados al sacrificio.

Este proceso es evidentemente el último; continuar por esa vía constituye un peligro para el régimen. Una y otra vez, jueces y fiscal tiemblan ante la posibilidad de que caiga por tierra el armazón de sus imposturas. Los principales acusados están manifiestamente desesperados y exasperados. Durante las dos primeras audiencias, Krestinsky todo lo complaca, rechazando su culpabilidad y defendiéndose con calma. Es un intelectual de amplia frente prolongada por la calvicie, de mentón aguzado por una barba en punta, de gafas brillantes; uno de los hombres más cultos del gobierno. Cincuenta y cuatro años; marxista militante desde 1902, bolchevique desde la fundación del partido, numerosas veces preso durante el antiguo régimen, ex-comisario del pueblo en Finanzas, ex-secretario del Comité Central, ex-colaborador de Lenin, ex-embajador de la U.R.S.S. en Berlín. “No, le responde a Ulrich, presidente de la audiencia, al comenzar la primera, no me reconozco culpable de ningún crimen. Soy un miembro del Partido...”. Vyshinsky reinicia el ataque una y otra vez. “He mentado durante la instrucción secreta”, afirma Krestins-

ky. “¿Por qué?”, aventura el fiscal. “Krestinsky se calla”, consigna el acta oficial — y también lo hace el fiscal, pues no se atreve a insistir. Una hora después, Krestinsky vuelve a hablar: “Mi ruptura con Trotzky data de 1927; he pedido que esa correspondencia se incluya en el sumario”. Y tres veces consecutivas repite que sus confesiones durante la instrucción han sido falsas. El fiscal no insiste, pero tanto lo preocupa este cambio de conducta que no cesa de reiniciar el ataque. Y Krestinsky reitera: “Mi deposición del 5-9 de julio es falsa de cabo a rabo”. Vyshinsky: “No es eso lo que le pregunto y le ruego no precipitar las respuestas” (¡Evidentemente!). Vyshinsky se dirige a los otros acusados, e invoca una solidaridad establecida en las tinieblas por la cual sus vidas deben estar recíprocamente encadenadas. “¿Es trozkista Krestinsky?”. El coro responde: “¡Lo es!”, y el acusado se limita a decir: “Me siento mal...”. Una hora más tarde, Krestinsky niega haberse entrevistado con Trotzky en Meran. “¡Mis declaraciones son falsas!”. Vyshinsky: “¿Qué necesidad tenía de inducirme a error?”. ¡Imprudente pregunta! Krestinsky: “Consideraba que si decía la verdad (en la instrucción secreta) ella no llegaría a los jefes del Partido y del gobierno”. ¿Está claro? “Yo no hablaba libremente... Los otros acusados no dicen la verdad...”. ¿Qué va a ser del proceso? Vyshinsky abandona al acusado. Pero a último momento, antes de cerrar la audiencia, bajo un tono de amenaza sobreentendida, se produce un nuevo diálogo, terrorífico para los jueces:

Krestinsky: Niego.

Vyshinsky: ¿Absolutamente?

Krestinsky: Absolutamente.

Vyshinsky: ¿Bien entendido?

Krestinsky: Bien entendido.

Así concluye la audiencia del 2 de marzo de 1937. ¿Qué ocurre durante la noche? ¿Han amenazado a Krestinsky? ¿De qué manera? ¿Qué amenazas puede actuar sobre ese hombre, que ya se considera un fusilado? ¿Qué promesas? ¿Basta acaso con demostrarle que su actitud en el proceso debilita a la U.R.S.S. ante los ojos del mundo? Sea lo que fuere, en la audiencia del día siguiente, Krestinsky declara que lamenta sus negaciones, debidas a su estado nervioso, y que se reconoce culpable de todo. A partir de ese momento confesará cuanto le pidan, prolijamente.

Entre otros acusados principales aflora también la rebelión. Se palpa el peligro de que el pacto concluido entre ellos y la acusación pueda desgarrarse por un sobresalto irracional. Súbitamente Yagoda comienza a oponer a Vyshinsky categóricas negativas. Crimen más, crimen menos, ¿qué importancia tie-

ne? Los delirantes no miden sus palabras. "Sí, afirma el jefe de la G.P.U., eso dije en la instrucción, pero es inexacto". Vyshinsky: "Por qué lo ha dicho?". Yagoda: "No lo sé". El fiscal, a punto de exasperarse, abandona por un momento al acusado; después vuelve a la carga:

Vyshinsky: "¿Por qué ha formulado declaraciones falsas?".

Yagoda: "Permítame no responder a la pregunta".

¡Y el fiscal lo permite! Dos veces ha respondido así el acusado, y otras tantas el fiscal queda callado.

También Bujarin se defiende por instantes, con bravura insolente. El coro de confesiones está atravesado por notas discordantes.

En su requisitoria, el fiscal Vishinsky vincula a derechistas, trozkistas, mencheviques, socialistas revolucionarios, nacionalistas burgueses, "a ese hatajo de asesinos, de espías y de saboteadores..."; dicho de otro modo, relaciona a la oposición interna del Partido Comunista con los dos partidos tradicionales del socialismo ruso y con los movimientos nacionales, lo que basta para descalificar la acusación por disparatada y vacía. Estos criminales "sin principios" han acumulado crímenes bajo la dirección de Trotzky y de los servicios de espionaje británico, alemán (los de la República de Weimar y los de Hitler reunidos), polaco, japonés, etc. "En la actualidad, cuando todos los archivos del nazismo, del Estado Mayor alemán y del Imperio japonés obran en manos de ingleses y norteamericanos, sábese a ciencia cierta a qué atenerse respecto a las odiosas falsedades del fiscal, que no podía prever el acontecimiento, y de haberlo hecho se hubiera encogido de hombros. La frenética acusación también alcanza a los viejos socialdemócratas del menchevismo ruso, refugiados en el extranjero desde 1922, a Magdalena Paz, a Alfred Rosmer, a Emile Buré, director de "L'Ordre" de París, a una filántropa inglesa, lady Paget.

Si exceptuamos a Racovsky, a un viejo médico del Kremlin y a Bessonov, para quienes se pide veinticinco años de prisión, todos los inculcados serán fusilados como perros sarnosos, aplastados como reptiles malditos". "Y nuestro radiante sol continuará iluminando nuestro hermoso país", mientras que "guiados por nuestro jefe y bienamado maestro, Stalin, marcharemos... siempre avanzando, hacia el comunismo!". Tras esta "brillante" alocución, Vyshinsky repite durante horas los argumentos acusatorios, encarnizándose particularmente contra Bujarin, uno de los cerebros del partido. Los crímenes de Bujarin comienzan en 1909, ¡pues en ese año ha discrepado con Lenin respecto a la Duma del Imperio! Saboteador de la revolución, reincide en 1915, cuando escribe

un artículo sobre "La economía mundial y el imperialismo" que Lenin calificó de anarquizante. Y así sucesivamente. Esta maniática senilidad sería ridícula si no chapoteara en sangre, si no encerrara un tremendo significado. Proclama el advenimiento de un régimen sordo a toda lógica, ciego ante los hechos históricos, los valores morales, la inteligencia o la verdad.

Al final de ese proceso, son los acusados mismos quienes se acusan en términos análogos a los del fiscal. El régimen lo tiene cogidos como al fiscal y a los jueces. Señalemos un rasgo importante: aunque confiesan, esperan que se cumpla la promesa de perdonarles la vida. Krestinsky explica curiosamente sus negaciones de la primera audiencia. "Era subjetivamente honesto; pero mi error era objetivo". Cualquiera que conozca la terminología "marxista" de la década totalitaria comprende que lo que Krestinsky quiso decir es que no había mentido al rechazar las acusaciones insensatas; pero que la razón de Estado, superior a su propio destino, le exigía confesar. Yagoda, aunque debería comprender que como a testigo intolerable es el primero cuya eliminación se busca, declara su deseo de trabajar en la apertura de canales, integrando uno de los ejércitos carcelarios que él mismo ha organizado. Rakovsky invoca sus treinta y cuatro años de amistad con Trotzky, "un hombre que ha combatido abiertamente al Partido" (¡qué decencia en la expresión!), se reconoce espía al servicio de Inglaterra y del Japón, suplica a sus jueces que consideren que a los 65 años una condena de un cuarto de siglo es quizá excesiva... Ronsengoltz invoca sus servicios en el frente, se las toma con Trotzky y termina gritando: "¡Viva el Partido Bolchevique, con sus tradiciones de entusiasmo, de heroísmo, de abnegación, admirables e inigualadas, bajo la dirección de Stalin!".

Bujarin actúa de otro modo. Ha destruido tan completamente la acusación en cuanto a él concierne, que las frases en las cuales se reconoce culpable de los peores crímenes, tienen todo el aspecto de interpolaciones convencionales, y así lo son en efecto. Con gran lucidez intenta explicar el proceso; adviértese la vergüenza que siente no sólo por sí mismo sino por los demás. Con dialéctica clara a la vez que circunspecta, habla de la "degeneración de los hombres" que "nos ha llevado al borde de un fascismo pretoriano de campesinos atrasados". El "nos" es de amplia significación. Avizora "un abismo absolutamente negro", y se pregunta por qué causa ha de morir. Enfrenta la muerte (no la verdad) con la esperanza aniquilada, y decide "ponerse de rodillas ante el Partido". Reconoce que Trotzky y la II Internacional Socialista han sido sus aliados, pero que Stalin es "la esperanza del mundo".

A las 4 de la mañana del 13 de marzo se da lectura al veredicto. Todos los acusados — con excepción de Racovsky y del anciano médico Bessonov, condenados a veinte y a quince años de prisión — son muertos dentro de las veinticuatro horas en los sótanos de la G.P.U.

En toda la conducta de los principales acusados de los tres procesos, se encuentra, sobreponiéndose a la duda y el horror, un mismo acto de fe, que contribuye a destruir la mentira que ellos acumulan sobre sí mismos. Sea cual fuere las inhumanidades del régimen stalinista, los acusados permanecen convencidos de que la U.R.S.S. ha echado los basamentos de una sociedad nueva. Stalin pasará y el porvenir será grandioso. Tal es igualmente, fuera de Rusia, el pensamiento de numerosos comunistas honestos y de simpatizantes de la U.R.S.S.

León Davidovitch mismo afirma que las conquistas de la Revolución de Octubre no se han perdido todavía, que el organismo social colectivista y planificado de la U.R.S.S. constituye un gran progreso en la historia humana; pero piensa también que el totalitarismo staliniano pone en peligro todas esas conquistas y que por consiguiente, la acción revolucionaria contra ese régimen de reacción es tan necesaria como legítima. Este pensamiento, y las normas éticas del marxismo a las que *permanece fiel*, lo separan profundamente de los acusados-fusilados. Los más enérgicos de entre estos últimos no han ido más allá de la idea de una "revolución de palacio": apoderarse del Kremlin, cambiar el gobierno, proceder de inmediato a decretar reformas más o menos importantes. Desde 1922, León Davidovitch preconiza la democratización del régimen; y como lo declaró ante la Comisión Dewey, es a partir de 1933, año del advenimiento de Hitler en Alemania, cuando "poco a poco, bajo el imperio de acontecimientos incontestables, he llegado a la conclusión de que *las masas populares no pueden derrocar la burocracia sino por la violencia revolucionaria*. Desde entonces conforme mi actividad a ese principio y así lo expreso públicamente. Sí, pienso que el bonapartismo staliniano sólo será abolido por una nueva revolución política. Pero ninguna revolución se hace por encargo. Surge del desarrollo de la sociedad. Imposible provocarla artificialmente. Más imposible aún sustituirla con el aventurerismo de la actividad terrorista..."¹

Hecho notable: jamás en esta campaña de exterminio de los revolucionarios del 17 y de la guerra civil, el nombre de los verdaderos trozkistas, opositores de izquierda, bolchevi-

¹ "El caso de León Trotzky", actas de la Comisión Preliminar Investigadora Harpers, N. York, 1937, p. 574.

ques leninistas — para emplear las designaciones que ellos mismos empleaban — apareció ni en los periódicos ni en las versiones de los procesos. Eran algunas centenas de irreductibles, encarcelados o deportados desde hacía diez años (1923). Bajo la más cruel persecución a que estaban sometidos, mantenían sin embargo su valerosa conciencia. Conocíamos las atrocidades cometidas en prisión; pero ninguno de esos hombres templados en la lucha se prestó a las maquinaciones de la G. P. U. ¿Qué ha sido de ellos? Muy poco probable es que alguno haya sobrevivido. Sus nombres figuran en el Boletín de la Oposición y en dos libros de exilados².

Una de las escasas informaciones sobre la suerte de los trozkistas prisioneros en Rusia, ha sido publicada en Roma por los polacos que conocieron entre 1939-1941 el horror de los campos de concentración de Stalin. La daremos sin precisar fecha, aunque pensamos que se refiere a los años 1938-39, porque el recuerdo era reciente cuando un abogado polaco lo recogió en el lugar: "Varias decenas de trozkistas, entre los que figuraban los más conocidos, fueron enviados al campo de trabajo forzado de Vorkuta", en la región desértica de la desembocadura del Petchora, sobre las costas del Océano Artico que dan a las islas de Nueva Zembla. "Reunidos, decidieron perpetuar su memoria con una última manifestación de inflexible voluntad... Exigieron: 1º) Régimen de detenidos políticos. 2º) Trabajo que estuviera de acuerdo a sus profesiones. 3º) No ser nunca separados los unos de los otros. Apoyaron sus reivindicaciones con la amenaza de una huelga de hambre hasta la victoria o hasta la muerte. Se las rechazaron por cierto. Los trozkistas comenzaron una huelga de hambre que duró ciento veinte días consecutivos... La administración les imponía por la fuerza una alimentación artificial, lo que no impidió sin embargo la muerte de muchos. Los trozkistas fueron separados con perros furiosos que penetraron dentro de la barraca. Los soldados se llevaron finalmente a los menos firmes. Al poco tiempo no se supo más de ellos. Es casi seguro que los han fusilado, pues desaparecieron sin dejar rastros".

XII

La pesadilla se arremolina tempestuosamente. El más tremendo golpe policial ha paralizado la revolución rusa y la

² Antón Ciliga: "En el país de la gran mentira". Paris, Gallimard, 1938. Victor Serge: "Destino de una Revolución", Grasset, Paris, 1938. Traducción inglesa y americana.

sustituye por el totalitarismo. Sobre la mesa de trabajo de León Davidovitch en Coyoacán, los hechos se amontonan. Cada uno de ellos significa la masacre de hombres que en una u otra medida eran sus conocidos. Años atrás los había conducido a la victoria; lo querían; los quería.

Tres acusados invisibles del proceso Bujarin-Rykov-Yagoda, mencionados constantemente en las actas, han desaparecido simplemente. Porque rechazaron componendas con la G. P. U. fué imposible juzgarlos; los fusilaron sin esta ceremonia propagandística. Karajan, el joven camarada que salió a recibirnos en la frontera ruso-finlandesa en el año 1918, el que acompañó a León Davidovitch a Brest-Litovsk y fué luego embajador en Peiping y en Angora. Erukidzé, brazo derecho de Lenin y cabeza de la administración soviética. Jan Rudzutak, miembro del Buró Político durante once años, un letón sencillito, ex metalúrgico, que había pasado 10 años de trabajos forzados durante el antiguo régimen. ¿Qué pensar de procesos a los que ciertos juristas extranjeros afectan considerar correctos, cuando un viejo miembro de la más alta institución del Estado-Partido puede desaparecer en las tinieblas absolutas? En los dieciocho meses que siguen al proceso secreto del mariscal Tujachevsky y de los siete generales rojos — un proceso, pensamos, que jamás ocurrió, salvo en un film impúdico — la mayor parte de los mariscales, generales y almirantes que firmaron el comunicado desaparecieron a su vez. En enero de 1928 la "Pravda" había publicado la lista del Buró Político modificado: Stalin, Molotov, Lazaro Kaganovitch, Vorochilov, Kalinin, Andreiev, Kossior, Mikoyan, Chubar, Pretrovski, Zdanov, Eyché, Iejov, Jrustchev. De esta lista, cinco desaparecieron misteriosamente: Kossior, Chubar, Petrovsky, Ayche, Iejov. En el tercer proceso, los reos se acusaron de meditar o preparar atentados contra Eyché, dirigente de la colectivización agrícola en Siberia Occidental, considerado uno de los más capaces administradores stalinianos, y contra Iejov, nuevo Comisario del Pueblo en el Interior, jefe de la G. P. U., y autor del proceso. ¡Y es el mismo Buró Político quien no tardará en hacerlos desaparecer!

León Davidovitch comenta en el "Boletín de la Oposición", publicado en Nueva York, las primeras elecciones celebradas en la U. R. S. S. conforme a la nueva "Constitución Stalinista" que Romain Rolland ha reconocido ser la más democrática del mundo, aún cuando establezca la dominación del Partido único y, por consiguiente, las elecciones sobre lista única. En vísperas del escrutinio, cincuenta y cuatro candidatos oficiales, seleccionados por el aparato del Partido, han desaparecido. Entre ellos figuran el vicepresidente del Consejo de los

Comisarios del Pueblo, Valerio Mejlauk; otros seis miembros del gobierno; el general Alksnis, jefe de la Aviación y otros siete generales; Latis y Peters, los chequistas de comienzos de la revolución.

Paralelamente se efectúa la limpieza del Komintern: disparos en la nuca, reclusión de comunistas extranjeros en "celdas aisladoras" secretas. Nuestro deber es dar los nombres; el del lector, seguir la enumeración. Desaparecen los siguientes comunistas alemanes: Kaupferstein, uno de los dirigentes del Frente Rojo de Ex-Combatientes, que había matado a dos oficiales nazis en el curso de un combate callejero. Con él, su mujer. Los escritores Ernst Otwald y Gunther; los miembros del Comité Central del Partido Comunista Alemán, Heinz Neumann, Heckert, Remmele; el diputado al Reichstag Schbert; el secretario de Thaelmann, Werner Hirsch, escapado de un campo de concentración del III Reich; los periodistas Zisskind, de la "Rote Fahne", Kurt Sauerland del "Aufbau", Gerber (o Herber) de "Die Internationale"; el escritor militar Rudolf Hausse (Hauschild); el jurista Felix Halle, un "amigo de la U. R. S. S." lleno de ingenuidad. Con los nazis a sus espaldas, los comunistas alemanes refugiados en la U. R. S. S. carecen de defensa.

En la misma condición están los comunistas polacos, cuya retirada corta el gobierno de coroneles de su país: Jarski y su mujer; el diputado Sojatski; Voevudski, Klonovitch, Khrosstel, Inulski-Buchshorn; Anton Werner, miembro del Comité Central; el poeta Vandurski, el novelista Bruno Jascinski; Linski, el dirigente de la víspera; Herikowski, Bronkowski; viejos militantes eruditos como Waletski y Lapinski; Unschlicht y su hermana. Unschlicht, viejo bolchevique del Partido ruso, había desempeñado importante papel en la Checa, en el ejército, en la política exterior, en la aviación.

Bela Kun, jefe en 1919 del gobierno soviético de Hungría, siempre un buen stalinista, antitrotzkysta, parece haber muerto torturado en prisión. Los sobrevivientes de la Revolución finlandesa de 1918 siguen el mismo camino. Hay miembros de los Comités Centrales de los partidos comunistas búlgaro, yugoslavo, chino, etc., en las "celdas aisladoras" secretas de Yaroslavl. De ese modo se considera asegurada la disciplina — ¡no sólo ideológica! — del Komintern stalinista.

Antonov Oyseenko, viejo compañero de lucha de León Davidovitch, el insurgente que en octubre de 1917 dirigió la toma del Palacio de Invierno, vivía en Barcelona desempeñándose como Cónsul General Soviético. Hay motivos para creer que en ese puesto fué cómplice de oscuras tareas gepeuistas cometidas en España, con la muerte en el alma, sin duda, mas

por otra parte, ¿qué importa el alma? Nombrado Comisario del Pueblo de Justicia en la República Soviética de Rusia, se embarca sobre un navio ruso. Al enterarse por los diarios, el autor de este libro escribió: "Terminaste, Antonov-Ovseenko". El hecho es que el nuevo Comisario del Pueblo no desembarcó en ningún lugar, salvo en el de su ejecución. Podríamos agregar miles de nombres. Todos los gobiernos federales y autónomos de las repúblicas de la U. R. S. S. son expurgados — ¡y cómo! — por lo menos dos veces por la policía política.

¿Qué ocurría con las familias de los fusilados y desaparecidos? Eran numerosísimas, su dolor suscitaba piedad, indignación; planteaban problemas cotidianos a la burocracia subalterna. Había que arrojarlas de sus alojamientos, de su trabajo, de las escuelas a que concurrían las esposas, los hijos y las hijas. La G. P. U. creó para estas víctimas un gran campo de concentración a corta distancia de Moscú. Según noticias posteriores, numerosas decenas de miles de mujeres y niños de fusilados fueron reunidos allí bajo condiciones de miseria inimaginable. ¡Qué infierno terrestre! La ley prescribía que las familias de los "traidores" — incluidos sus abuelos — serían enviados "a las regiones más alejadas de la U. R. S. S.". Me enteré que la esposa de Racovsky y su hija — una criatura de extraordinaria gracia — sufrían esa internación desesperada.

Un ex-secretario de León Davidovitch, que lo había acompañado en Estambul y más tarde en Francia, Rudolf Klement, desempeñaba en París las funciones de Secretario del Buró de la IV Internacional. Era un refugiado alemán, hombre joven, estudioso y trabajador; bastante alto, magro, encorvado, de cara pálida, mirar atento. Rudolf Klement fué secuestrado en la mañana del 13 de julio de 1938. Unos desconocidos penetraron en su casa a la hora de tomar el desayuno, que quedó intacto sobre la mesa. Días más tarde apareció en el Sena un cadáver decapitado que se le parecía. León Davidovitch recibió una extraña carta de ruptura, escrita con letra similar a la de Klement, pero forzada y nada firme; su estilo no era el suyo; firmaba con un nombre de pila, que era un seudónimo abandonado desde hacía muchos años. O la carta era enteramente falsa, o había sido escrita bajo la amenaza del revólver. "La G. P. U. ha suprimido a Klement", concluye León Davidovitch. Los periódicos comunistas de París suscitan, durante la investigación, pistas falsas. Cierta testigo que nunca más volvió a aparecer — un oficial ruso —, declaró haber visto cerca de los Pirineos a una persona parecida a Klement. Eso fué todo.

SÉPTIMA PARTE

LOS ASESINOS

I

Algunos de los mejores escritos de Trotzky datan de esta época. Las amarguras de la lucha — a las que en modo alguno era insensible — no amenguaron su capacidad de concentración y de trabajo, igual a la desplegada en el tren blindado cuando viajaba próximo a la línea de fuego. No es nuestra intención analizar aquí una obra demasiado densa para correrla. Pero el hombre se identificaba con su acción y su acción se reducía en esos momentos al pensamiento, al influjo que ejercía. Debemos pues anotar los trazos más relevantes.

Trotzky defiende el bolcheviquismo contra el stalinismo, que es su degeneración más espantosa. Lo ha conmovido el hecho de que John Dewey y la mayor parte de los intelectuales norteamericanos que supieron demostrar durante los procesos de Moscú una valentía moral y un espíritu crítico considerable, tienen al stalinismo como lógica continuación (y expresión del fracaso) del bolchevismo. Este error se explica a sus ojos por el insuficiente conocimiento tanto del marxismo como de la historia de Rusia y de la Revolución de Octubre. "El Estado fundado por los bolcheviques, expresa a un tiempo el pensamiento y la voluntad del bolchevismo, el nivel cultural del país, su composición social, el peso de un pasado de barbarie. Sin victoria más o menos rápida del proletariado en los países avanzados, el Estado Obrero en Rusia... estaba condenado a hundirse o a degenerar". El bolchevismo, representado por la Oposición de izquierda, ha sabido romper con la burocracia y su Komintern. La supresión de los demás partidos en el seno de la revolución no ha sido de manera alguna una medida inspirada en la doctrina bolchevique; fué, por el contrario, una medida de Estado de sitio impuesta por la guerra civil. Lo

mismo ocurrió con la represión a los anarquistas. Más de una vez Trotsky conversó con Lenin sobre la posibilidad de reconocer a los anarquistas ucranianos un territorio autónomo para que pudieran intentar en él la experiencia de un régimen sin autoridad”¹.

Vuelve sobre estas ideas en un librito que resume fielmente su pensamiento y que dedica a la memoria de León Sedov: “Su Moral y la nuestra”. “El stalinismo es un producto de la vieja sociedad”. ¿Se reprocha a los marxistas revolucionarios haber adoptado la divisa de que el fin justifica los medios, como lo hicieron en el siglo xvi los jesuitas, en el campo de la ética cristiana? Eso es calumniar simultáneamente a los jesuitas y a los bolcheviques. El revolucionario “reconoce la interdependencia dialéctica entre el fin y los medios”. El medio no puede justificarse sino por el fin; pero éste a su vez necesita de justificación. Desde el punto de vista marxista, que expresa los intereses históricos del proletariado, el fin está justificado si conduce a un aumento del poder del hombre sobre la naturaleza y a la abolición del poder del hombre sobre el hombre. Todo lo que efectivamente lleve a la liberación de la humanidad está permitido. Como ese fin no puede alcanzarse sino revolucionariamente, la moral liberadora del proletariado tiene por fuerza un carácter revolucionario...”. “Los medios derivan del movimiento histórico. Están orgánicamente subordinados al fin”. La participación en el desarrollo histórico, “con los ojos abiertos y la voluntad tensa, es lo único capaz de producir al ser pensante el máximo de satisfacción moral”².

Invitado por la “Partisan Review” a expresarse sobre las relaciones entre el arte y la política, Trotsky responde “con vacilación... y al sólo efecto de plantear correctamente el problema”. “El arte expresa la aspiración del hombre a esa vida armoniosa y completa, que la sociedad dividida en clases le niega”. De ese modo, una obra creadora implica una protesta, consciente o no. El arte no puede hallar la fecundidad en sí mismo, porque depende de una sociedad que no puede ser salvada sino por la revolución”³. “La lucha por las ideas revolucionarias en el arte, comienza con la lucha por la verdad artística, concebida no como obediencia a tal o cual

¹ “Stalinismo y Bolchevismo”, setiembre-octubre de 1937.

² “Su moral y la nuestra”, 16 de febrero de 1938.

³ “Arte y Política”, 18 de junio de 1938, Partisan Review, agosto-setiembre de 1938.

escuela, sino como inflexible fidelidad del artista a su yo interior. ¡Nunca mientas! He ahí la fórmula salvadora”⁴.

Los problemas que Trotsky más frecuentemente considera, aquellos sobre los que con mayor abundancia escribe, son los de la próxima guerra mundial, que considera inevitable, y los de la naturaleza social de la U. R. S. S. Comentando un libro sobre el “Colectivismo Burocrático” publicado en París bajo la firma de “Bruno R.”, constata que “todos estos regímenes (U. R. S. S., el fascismo, el nazismo, el New Deal americano), tienen indudables rasgos comunes, determinados en último análisis por las tendencias colectivistas de la economía moderna” que ha trascendido en mucho el estadio de la propiedad privada de los medios de producción. “Debido a la postración del proletariado, estas tendencias revisten la forma del colectivismo burocrático”. En cuanto a la burocracia soviética, no es un órgano, sino un “tumor” del cuerpo social; ha desempeñado una función útil durante el período de importación y asimilación de la técnica extranjera, luego se ha transformado en obstáculo al desarrollo de las fuerzas productivas⁵. Las bases económicas de la U. R. S. S. — propiedad colectiva y planificación — constituyen sin embargo un progreso sobre los otros sistemas de producción existentes, y deben ser defendidas contra los peligros exteriores y contra el régimen totalitario. Sobre esta idea Trotsky machaca infatigablemente.

Escribe a menudo sobre la guerra civil española, y prevé su derrota que es la de la República burguesa. Para vencer, habría que dar un significado social a esa guerra, constituir Soviets, depurar el ejército republicano de elementos contrarrevolucionarios, aplicar una estrategia de lucha de clases. La alternativa es: o victoria de la revolución o victoria del fascismo. “La trágica experiencia de España constituye una seria advertencia, tal vez la última antes de que se desaten acontecimientos de más vasta magnitud”⁶. Si la revolución socialista no estalla, la guerra mundial será inevitable.

En agosto de 1937, consagra a la próxima guerra un estudio profundo, y en muchos aspectos, profético. Cita las palabras de Spinoza: “Ni reír ni llorar; comprender”. La inestabilidad de las coaliciones de Estados es todavía grande; Alemania desea la dominación mundial, y para conquistarla, pue-

⁴ Carta a André Breton y a los artistas y escritores revolucionarios franceses, del 22 de diciembre de 1938.

⁵ “El colectivismo burocrático”, octubre de 1939.

⁶ “Lecciones de España, ¡última advertencia!”, 17 de diciembre de 1937.

de llegar a un acuerdo con la U. R. S. S., si fracasan sus intentos de aliarse a Gran Bretaña contra esta última. "Los pequeños países son satélites que ignoran alrededor de qué sol deberán girar". "Todos quieren la paz... Todos derramarán a mares la sangre de los hombres". Estados Unidos querría mantenerse al margen del conflicto, pero no se es impunemente la mayor potencia del orbe. Para ellos, la amenaza principal viene del Extremo Oriente. La iniciativa de la fiebre armamentista corresponde a Alemania "que ha sabido, con instinto infalible, acompañado de accesos de locura furiosa, liberarse de las cadenas de Versalles". "La II Internacional socialista y la III Internacional stalinista, estiman que la guerra tendrá por objeto la defensa de la libertad y de la cultura contra la agresión fascista, pero no será tan fácil distinguir los lobos de los corderos". El sistema político de Stalin se aproxima cada vez más al de Hitler. Y las democracias permiten el estrangulamiento de la República española. El Estado Totalitario responde mejor a las necesidades de la guerra total; las democracias entrarán por ese sendero. ¿Cuándo estallará la conflagración? La situación en Alemania necesita todavía dos años por lo menos para ultimar los preparativos, de modo que el término más próximo se sitúa en agosto de 1939; pero en todo caso, la guerra será inevitable en 1940 ó 1941. Los beligerantes tratarán de reunir el mayor número de combatientes provistos del mejor armamento. No se podrá contar con una victoria fulminante; el arma aérea será estratégicamente insuficiente. "Es más seria la posibilidad de que un secreto técnico excepcional permita barrer al enemigo sorprendido", pero la fabricación de armas nuevas exige no menos de dos años, lo que parece excluir verdaderos secretos de guerra. La próxima guerra comenzará al nivel de la anterior, y las nuevas técnicas irán acumulándose. Inglaterra deberá defenderse sobre el continente. La guerra se decidirá en tierra, no en el mar. "La espiral abrazará inevitablemente todo el planeta. Librada a su propia lógica, bajo las condiciones de la técnica moderna, la guerra constituirá, por su inhumanidad, un procedimiento de lento suicidio, complejo y costoso". "La técnica asegura a los Estados Unidos una inmensa ventaja sobre los demás países... la dominación del mundo le pertenecerá, pero tal vez se trate ya de un mundo devastado... vuelto a la barbarie... lo que podrá significar el crepúsculo de la civilización americana".

"Todo depende de los acontecimientos políticos y sociales; la revolución puede interrumpir la obra de la guerra. Pocas esperanzas hay de que la clase obrera logre oponerse a la guerra; pero es posible que las masas reaccionen más rápida-

mente que durante la primera guerra mundial. La U. R. S. S. se ha debilitado por su régimen interior, que será derrocado por la guerra; se beneficia con el prestigio alcanzado y con las realizaciones de su industrialización. Sus bases sociales soportarán la prueba y hasta saldrán fortalecidas. En lo que concierne a los países capitalistas, los que no han resuelto el problema agrario — Polonia, Rumania, Hungría — serán los primeros en caer. Alemania e Italia obtendrán tal vez resonantes éxitos iniciales; pero la oposición de sus adversarios suscitará convulsiones sociales. La situación mundial de Francia no corresponde a sus recursos internos, y más que cualquier otro país dependerá de sus aliados, Gran Bretaña y los Estados Unidos. Se convertirá en potencia secundaria, con un régimen social desquiciado. Tanto la decadencia como el debilitamiento del imperio británico son hechos inevitables. "El hundimiento del imperialismo abrirá una época de convulsiones sociales que cambiarán la faz del mundo"¹.

Trotsky no se sorprendió por los acontecimientos, ni siquiera ante el contubernio Hitler-Stalin de agosto de 1939. "La tarea que Alemania se asigna, escribe, es irrealizable. Alemania llega demasiado tarde" para dominar el mundo. Stalin la sostiene, por la única razón de que en estos momentos es la más fuerte. "¿Alguien sabe, acaso, si el gobierno francés y sus aliados no acabarán buscando asilo en Inglaterra?". Mientras Hitler conserve su fuerza, Stalin, por penoso que le resulte, lo seguirá. Pero "si Stalin sigue a Hitler, ello no sucederá por mucho tiempo; la doble estrella concluirá por eclipsarse"².

Considera que la ocupación de media Polonia por el Ejército Rojo es un mal menor en relación con su ocupación por los nazis; pero que Stalin ha comenzado por permutar el mal mayor. Denuncia "el imperialismo stalinista; pero hay que tener cuidado de precisar que no se trata del imperialismo del capital financiero, definido por los marxistas. Nunca se nos ha ocurrido defender todas las acciones del Ejército Rojo, instrumento de la burocracia bonapartista... No defendéremos de la U. R. S.S. más que lo que en ella queda del estado obrero". Las bases sociales de la U. R. S. S., su economía colectivista y planificada, merecen la defensa incondicional. En Polonia y en Finlandia, el Ejército Rojo aplica todavía impul-

¹ Aunque con brevedad, hemos resumido fielmente este ensayo, titulado "Ante la nueva guerra mundial", fechado en Coyoacán el 9 de agosto de 1937.

² "La doble estrella: Hitler-Stalin", enero de 1940.

sos revolucionarios... Tras la derrota de dicho ejército en Finlandia, atribuible en parte a la estupidez de la campaña de invierno, Trozky señala que "se comienza a subestimar la capacidad defensiva del Ejército Rojo..., infinitamente mayor que su capacidad ofensiva"².

Durante los largos interrogatorios a los que lo somete la Comisión Dewey, Trozky expresó algunas ideas que no tuvo ocasión de desarrollar en sus escritos. John F. Finerty le había preguntado si consideraba el ejercicio del terror por un gobierno revolucionario como derecho legítimo. Trozky respondió: "No se trata de un derecho abstracto. Espero que luego de una o dos victorias en otros países (distintos de Rusia), la revolución se hará completamente pacífica". Finerty: "¿Revolución sin efusión de sangre?". Trozky: "Exactamente, revolución sin efusión de sangre. Pero en estas cosas, los pioneros han sido siempre severos. Ustedes, norteamericanos, lo saben mejor que yo..."¹.

Finerty le preguntó si opinaba que al día siguiente de las revoluciones socialistas los nuevos Estados podrían entenderse pacíficamente, y Trozky respondió que consideraba que la planificación mundial era absolutamente posible (absolutely possible): "Los sabios, los ingenieros, los dirigentes sindicales, establecerán en una conferencia mundial qué es lo que tenemos, cuáles son nuestras necesidades, medirán la capacidad de producción, los recursos naturales, las fuerzas creadoras de la humanidad... Comenzarán prudentemente... con un plan... y no con la guerra... Es absolutamente posible"².

Benjamín Stolberg vuelve sobre esta concepción de una humanidad racionalmente organizada. "Hasta ahora, dice Trozky, el hombre no ha conseguido subordinar a la razón la historia. Aunque humanos, no hemos podido tornar racionales nuestra carne y nuestra vida mental. El problema no consiste en preguntar si es posible obtener una perfección absoluta de la sociedad. Lo que interesa es saber si podemos efectuar avances considerables. La historia no adquiere carácter racional cuando tras cada avance ejecuta serios retrocesos, de los cuales, lamento mucho, no soy de manera alguna responsable (Risas)... Cuando la revolución mundial culmine, es posible que el hombre se sienta cansado. Según algunos, podrá surgir una nueva religión..."¹.

² Artículos y entrevista de enero de 1940.

¹ "El caso de León Trozky". Harpers, Nueva York, 1938; página 370.

² *Ibidem*, pág. 435.

¹ "El caso de León Trozky", pág. 436.

Trozky responde a Stolberg sobre la naturaleza social de la burocracia dirigente de la U. R. S. S. Ni clase ni casta, "una categoría intermedia" que pueda destruir sus actuales bases de sustentación económica, y transformarse en clase dirigente, depende del curso de los acontecimientos internos, y de los que se desarrollan en la arena internacional. La tendencia existe².

II

"Ha cumplido sesenta años. Está solo. Se siente el último combatiente de una legión aniquilada. Para muchos se ha transformado en símbolo, y él lo sabe. Su deber consiste en mantener recta, clara, una doctrina, una verdad histórica, una tensa espera. Por todos estos motivos está condenado. Las ejecuciones de Moscú, de Siberia, del Turquestán, de Ucrania, los asesinatos de Barcelona, de Lausana, de París, condenan al proscrito de México. El lo sabe, nosotros también. Desde el primer proceso de Moscú, es decir, desde hace ya tres años, esperamos a los asesinos con tremenda certidumbre interior.

"En la misma Coyoacán habíamos alquilado una gran residencia ruinoso, que reconstruimos sumariamente; la rodeaba un jardín bastante espacioso cuyos viejos árboles, durante las mañanas, se llenan de cantos de pájaros. El lugar es desierto; de un lado corre un arroyo, casi siempre seco; del otro, hay una calzada polvorienta y algunas chozas mexicanas de adobe. Construimos un muro que rodeaba la morada. El visitante entra por una sólida puerta de hierro que un camarada abre tras detenido examen por la mirilla. Afuera, la policía ha construido a treinta pasos de la entrada, una casita de ladrillo provista de troneras. Los agentes velan por nuestra seguridad. Entrase atravesando el jardín lleno de cactus poderosos y de pitas, dominado por elevadas frondas; el visitante penetra en una habitación que sirve de biblioteca y de secretaría. Archivos, libros y periódicos, algunas mesas con máquina de escribir. Trabajan allí los colaboradores de Trozky, que son también sus guardaespaldas.

"Una puerta interior da acceso al comedor: gran mesa de madera blanca; sillas pintadas al estilo hispanoamericano, alacenas y nada más. La sala donde León Trozky trabaja está a la izquierda. Es una habitación cuadrada, de techo alto, bien iluminada y aereada, con los muebles estrictos. Mesa de madera blanca, anaqueles con libros, teléfono; eso es todo.

² *Ibidem*, pág. 438.

Entre los libros, las obras completas de Lenin, encuadernadas en cuero rojo y azul. La luz viene de una ventana-balcón a la que León Trotzky da la espalda mientras trabaja. El gabinete de trabajo comunica directamente con el dormitorio, que también es sencillo. Camaradas y amigos se alojan en las dependencias, que dan al fondo del jardín.

León Davidovitch se levanta muy temprano, a la hora en que la luz ofrece frescas tonalidades, y el cielo, siempre radiante, no reverbera todavía. Su jornada no empieza de inmediato: se distrae unos instantes alimentando sus conejos y los pollos. Observa los cactus recién traídos de Pedregal, un desierto de lavas caóticas y ardientes. Mucho le agradan esas plantas extrañas, resistentes y guerreras. Luego se aísla en su despacho, para no salir más que a la hora de las comidas. Toda la vida de la casa es de trabajo intenso y concentrado: correspondencia, artículos, libros, notas para proyectos de artículos. Casi siempre dicta a una secretaria rusa. Ha firmado con Harpers un contrato para una biografía de Stalin. El libro lo preocupa constantemente. Me dijo muchas veces que hubiera preferido escribir algo distinto, un libro en el que desde hace mucho soñaba, sobre la amistad, la fecunda colaboración a lo largo de dos vidas enteras, entre Karl Marx y Federico Engels. La correspondencia entre los dos espíritus científicos dedicados a la causa del proletariado, sus descubrimientos, sus matices, el indefectible afecto que los unía: todo eso ansiaría reconstituir y recrear. Los editores y el público se interesan más por el jefe de una tiranía espantosa. Para escribir su "Stalin", León Davidovitch se rodea de documentos y de innumerables notas. Los orígenes del personaje son oscuros, su papel, aún en 1917, difícil de determinar, las razones de la simpatía que Lenin le profesa antes de conocerlo a fondo — demasiado tarde — no son fácilmente discernibles. Trotzky anota, a menudo con irritación, el "Stalin" de Boris Suvarin; dice que la documentación es notable; pero el pensamiento desesperadamente mediocre.

"Es escrupuloso hasta la meticulosidad en el trabajo; jamás emplea referencias sin verificarlas y hasta se preocupa porque la puntuación de los textos sea correcta. Pesa el valor de los testimonios, se esfuerza por ubicar cada documento en su contexto. Al estudiar a su adversario, quiere ser más objetivo que nunca; no importa que con ese motivo la obra se resienta de cierta pesadez académica. La única pasión ha de ser la de la verdad, no incompatible con la indignación violenta ante lo inhumano. Puede que los fragmentos que arroja sobre el papel hiervan de indignación; no se trata sino de es-

bozos; el texto definitivo será meditado hasta la sangre fría.

"No es fácil que le permitan trabajar en paz. "En paz"... Referidas a él, estas palabras suenan extrañas y distantes. La pesadilla lo rodea constantemente; los innúmeros fusilados se encuentran siempre próximos, y los asesinos — no lo dudemos — tejen su trama en torno a nuestra morada. La prensa comunista y comunizante — a coro con la prensa reaccionaria — mantiene alrededor de Trotzky una atmósfera de persecución. En las montañas, el general Cedillo se pronuncia contra el general Cárdenas: la prensa publica que Trotzky ha participado en la conspiración. León Davidovitch se entera por los diarios de la nacionalización del petróleo mexicano. Esta imprevisible decisión lo sorprende por la audacia, y jamás dudó que correspondía a las verdaderas necesidades del país. La prensa publica que es Trotzky quien la inspira. Hay que desmentirlo; ¿pero qué utilidad tienen los desmentidos, en ese ambiente asfixiado por la mala fe? Jamás habíamos visto al presidente Lázaro Cárdenas, por quien profesábamos profunda estima y que sólo nos había escrito para expresarnos su pesar por la muerte de León Sedov.

"León Davidovitch conservaba su porte erguido, su marcha alerta y enérgica, su vivacidad de gestos; no parecía envejecer, aunque su cabellera rebelde se había tornado gris. Por lo común, recibía a sus visitantes en la mesa de trabajo, ligeramente inclinado para mejor escucharlos, atenta su mirada azul. Hablaba con voz siempre neta, escandía las frases, se esforzaba, aún en inglés, en alemán, en francés, por construir las correctamente. Era cortés, y se preocupaba por no crear, aún involuntariamente, pequeños malentendidos que pudieran deteriorar o echar sombras sobre las relaciones personales. Actuaba así por benevolencia natural, que no excluía la objetiva valoración de las personas, aparentemente rigurosa. Evitaba decirme lo desfavorable, cuanto le desplacía; y aún él prefería pasarlo por alto. Se entusiasmaba fácilmente por un hombre, por un escrito, por una idea. Pero subordinado como estaba a un pensamiento riguroso al que no concebía separado de la acción o en contraste con ella, nunca eludió la discusión intransigente, aun con sus amigos y camaradas más queridos, ni vaciló en romper políticamente con ellos cuando el proceso de las divergencias así lo exigía. Jamás las ideas se le aparecieron como categorías de un elevado juego del espíritu; las tomaba como hechos vivientes que comprometían la totalidad de la persona obligándola a conducirse conforme a ellas. Por lo demás, los intereses de la inteligencia revolucionaria tenían en él primacía absoluta.

“Por estos motivos se produjeron numerosas rupturas entre León Davidovitch y hombres que lo comprendían, le tenían cariño y continuaban defendiéndolo a pesar de las discusiones y las polémicas. Con Max Eastman, por ejemplo, y más tarde con James Burnham, el desacuerdo se desarrolló sobre el plano de la filosofía marxista, principalmente sobre el problema del materialismo dialéctico. Con Otto y Alice Rühle, nuestros vecinos en Coyoacán, León Davidovitch tuvo numerosas y ásperas discusiones. El viejo marxista alemán era también un hombre de carácter firme, de convicciones elaboradas a lo largo de una vida de estudios y de lucha, y desde 1917, censuraba “los métodos de Lenin”, el bolchevismo. En una ocasión acusó a Lenin de actuar de mala fe, “¡Lenin mentiroso!”, exclamó León Davidovitch que conocía mejor que nadie la rectitud medular de Vladimir Illich. No quiso escuchar una palabra más. Las relaciones se espaciaron, aunque no por eso disminuyó el afecto. León Davidovitch y Otto Rühle escribieron en colaboración — cada uno su parte — “El Pensamiento Vivo de Karl Marx”, un volumen de la colección internacional publicado en Francia bajo el título: “Páginas inmortales”. Diego Rivera nos había testimoniado calurosa afectación; pareció compartir con entusiasmo las ideas de la IV Internacional; no había escatimado ni medios materiales ni tiempo para la propaganda del grupo mexicano. León Davidovitch, seducido a veces, complacido otras, por su efervescente imaginación, admiraba en él al artista penetrado, al menos en sus mejores frescos, de un apasionado sentimiento, algo elemental es cierto, de la lucha social. No le reconocía en cambio esa firmeza, esa claridad mental necesarias en la actividad política. Diego Rivera concluyó por enredarse con el partido mexicano del general Almazán, que desencadenó una vasta agitación demagógica y terminó muy pronto sin pena ni gloria. Las relaciones con el artista quedaron rotas en 1938 y ya nunca se reanudarían. De todos nuestros amigos y camaradas ha sido el único que bruscamente se convirtió al stalinismo.

“... De vez en cuando viajábamos. En Veracruz, León Davidovitch pudo participar en una gran excursión de pesca sobre la enneguecedora luz del golfo. Los paisajes poderosos y calcinados de la montaña mexicana lo apasionaban. Visitamos los más dulces parajes de Patzcuaro. Por lo general, la excursión a Pedregal, extraño campo de lavas, duraba un día. En la sierra de Taxco hicimos cierto día una recolección de orquídeas. También estuvimos en la ruta de Laredo y en el Desierto de los Leones. León Davidovitch se esforzaba por olvidar durante estas jornadas todas sus preocupaciones; se

interesaba por las plantas y los paisajes; recobraba entre los amigos su risa tranquila y su clara mirada azul.

“Tras estas excursiones, tornaba a su despacho para desvelar hasta la médula, con renovado ardor en el trabajo, los más oscuros problemas del mundo contemporáneo. Llegábanos precisas advertencias. Ignacio Reiss, meses antes de su asesinato, cuando aún no había roto con el servicio secreto de la G. P. U., informó a nuestros amigos en Europa que los más conocidos de entre ellos vivían bajo la constante amenaza de asesinato. Walter Krivitsky, uno de los jefes del Servicio Secreto Soviético en Occidente, tras una aguda crisis de conciencia experimentada luego del asesinato de su amigo Reiss — ante el que había adoptado una actitud pasiva — nos confirmaba el anuncio del peligro. Por aquel entonces desapareció Walter Held, joven refugiado alemán condenado a muerte por los nazis, nuestro fiel amigo de Noruega. Naturalizado noruego, las autoridades le negaron autorización para embarcarse con nosotros para México. Cuando las tropas alemanas invadieron el país, obtuvo el visado norteamericano y cometió el error mortal de dejarse convencer de que podría, lo mismo que los noruegos y demás refugiados que se hallaban en igual situación, llegar a Norteamérica atravesando la U.R.S.S. El consulado soviético le otorgó certificado de tránsito. Partió junto con su esposa, su hijo y numerosos compañeros de viaje. En un punto de la línea transiberiana lo obligaron a descender discretamente del tren; los otros pasajeros advirtieron la maniobra demasiado tarde, cuando ya no se podía oponer la menor objeción. Así concluyó la vida de Walter Held, de su mujer y de su hijo. Los mejores hombres desaparecen como una piedra tragada por el mar. Durante mucho tiempo no nos atrevimos a mencionar su nombre, porque conservábamos una fugaz esperanza. En setiembre de 1940 recibí su carta de pésame en la que decía haberme enviado un escrito sobre la muerte de León Davidovitch. Pero su artículo nunca llegó a mis manos.

“A veces escuchaba a León Davidovitch, solitario en su gabinete, suspirar profundamente y hablar en voz alta: “¡Qué fatiga, qué fatiga!”, murmuraba. “Ya no puedo más...”. A nadie se lo hubiera dicho. La humillación insensata, la quiebra moral de los viejos revolucionarios a quienes tanto quería, que habían muerto colmándolo — y colmándose — de infamias, lo hundían en un pesar inextinguible. Allí estaba Racovsky, terminando su noble vida en prisión, renegando de su propia conciencia, por la que tanto Trotzky lo estimaba, sin dejar por ello de reprocharle cierta ligereza de carácter;

cierta irreflexibilidad en su valentía; Ivan Nikitich Smirnov, el inquebrantable Sosnovsky; Muralov, que había escrito que le era más fácil a la corriente del Irtych remontar el mar hacia sus fuentes, que a él abjurar de sus ideas; Kamenev, bolchevique de temperamento de universitario liberal, tan devoto a la causa sin embargo. Todos habían sufrido una muerte atroz, todos se habían traicionado a sí mismos, habían traicionado la conciencia de la revolución!. A solas, León Davidovitch solía pronunciar esos nombres. Los ilimitados espacios de México no conseguían aliviarlo.

III

"León Davidovitch, afectado de insomnio, tomó un narcótico en la noche del 24 de mayo de 1940, y se durmió profundamente. De pronto, me sentí despertada por una violenta descarga de armas de fuego, que sonaba próxima a mí. También León Davidovitch despertó... Le dije al oído: "Están tirando, están tirando... en la pieza". Nos deslizamos hacia el piso. Luces fulgurantes atravesaban el dormitorio, el jardín, la casa entera: un tableteo de ametralladoras llenaba la noche. La puerta de la habitación contigua, donde dormía nuestro nieto Sieva, refulgía como un brasero; entreví en el umbral, rodeado de llamas y de sombras, la figura de un hombre uniformado... su casco, su rostro descompuesto, los rojos destellos de los botones de metal de su capote. Uno contra otro, permanecemos acurrucados, en el ángulo de la pieza. Esbocé un movimiento para levantarme y proteger a León Davidovitch, porque me parecía que las balas lo buscaban. Oímos un grito angustiado de Sieva: "¡Abuelo!". El tono del niño era a la vez de súplica y advertencia. "Lo han raptado", murmuró el abuelo. Largo rato se prolongó el desencadenamiento de luces, sombras y ametralladoras, para extinguirse luego, sumergido en un silencio de muerte, total, intolerable, que nos dejó helados. Nos aterrorizó el pensamiento de que todos nuestros amigos, Alfred y Marguerite Rosmer, los jóvenes camaradas americanos, acababan de ser asesinados. Ahora, pensaba yo, vendrán a matarlo, ¿qué hacer, qué hacer, dónde esconderlo? Me había ganado un vértigo de desesperación. La voz sonora de Sieva se escuchó una vez más. "¡Alfredo, Margarita!". Había en esa voz una alegría vibrante. ¡Vivía! ¡Todos vivían!

"¿Pero, por qué no venía nadie? Intentamos abrir la puerta del gabinete de trabajo, pero los asesinos la habían cerrado con llave. Sus balas habían perforado la puerta; por esos agujeros entreveía, sobre la mesa, la luz tranquila de la lámpara,

los papeles y los libros intactos. Comenzó un incendio en la pieza lateral, la de Sieva, cuya puerta estaba abierta. Ardía el piso, y la madera de un armario se estaba chamuscando ya. Me apresuré a arrojar alfombras y frazadas sobre las llamas. Golpeamos la puerta del despacho. Otto Schüssler corrió del otro lado para abrirnos; entramos en la maravillosa habitación intacta.

"Nuestros amigos se nos unieron: los Rosmer, Charlie Cornell, Jack, Walter, Harold... y Sieva. Pero Bob Sheldon Harte no estaba. Separados de nosotros por el fuego de una ametralladora emplazada en los eucaliptus del patio, entre la casa y las dependencias, habían vacilado un instante, antes de correr, sobrecogidos por el mismo espanto, ante la idea de encontrar nuestros cadáveres. La alegría inesperada de sobrevivir nos exaltó.

"La gran puerta de hierro del jardín estaba abierta, bajo la noche apacible. ¿Qué ocurría con los agentes de policía en la garita próxima? Estaban maniatados. Los dos automóviles guardados cerca de la entrada habían partido. Algunas prendas de vestir de Robert Sheldon Harte y su revólver, yacían sobre el cemento. Bob había desaparecido. Estaba de guardia ante la puerta. Veintitrés años, un joven rubio de finos trazos, idealista, enamorado de México. Lo apasionaba contemplar las aves de vivos colores de la pajarera. La agresión no había durado más de cinco minutos.

"Concluimos de extinguir el comienzo de incendio. Encontramos algunas bombas incendiarias, bastante primitivas, que no habían estallado, pero cuya envoltura incandesca. Sieva sangraba de un pie ligeramente herido. Los hombres uniformados habían hundido la puerta de su habitación y penetrado en ella; uno se dió vuelta y disparó su ametralladora sobre el lecho de Sieva, alcanzándolo en el pie; Sieva no había sentido la herida, y escapó hacia el jardín por la secretaría y el comedor; vió que otros individuos avanzaban haciendo fuego hacia todas las piezas; luego observó cómo se alejaban bajo los árboles, tragados por la noche. El dormitorio estaba acribillado de balas en todos los rincones; habíamos escapado milagrosamente. El instinto de conservación, o la suerte, nos habían ayudado a buscar refugio en el único ángulo seguro. Numerosas balas, probablemente disparadas por el asaltante que yo había entrevistado, perforaron el colchón y la almohada de nuestro lecho, en el lugar donde deberían haber estado nuestras cabezas. Un rastro de sangre marcaba el itinerario de Sieva.

"Nos habían disparado sesenta balas, en fuego cruzado

dirigido a los cuatro puntos del dormitorio. La pieza tenía dos puertas, una enfrente de la otra; la primera, comunicaba con la de Sieva, la segunda daba al escritorio. Por ambas puertas habían disparado los asesinos en dirección a la cama, que se encontraba entre una ventana balcón abierta a la galería del jardín y una puerta de vidrio que nos separaba del cuarto de baño; frente a la ventana del balcón y a la puerta del cuarto de baño habían apostado ametralladoras Thompson que abrieron fuego oblicuo hacia abajo. Fué este exceso de metralla el que precisamente nos salvó. Los asesinos no dudaban de alcanzarnos con tantos disparos combinados, y temían herirse entre ellos. Conocían exactamente el plano de la casa. Pronto advertimos la desaparición de Bob Sheldon Harte, joven camarada de guardia en la puerta. Una voz conocida, pensamos de inmediato, lo habría invitado a abrir, dando así paso a los intrusos, quienes, consumado el ataque, se lo llevaron secuestrado.

"Antes del amanecer, las autoridades mexicanas, la policía y los magistrados de Coyoacán, los periodistas y nuestro amigo Antonio Hidalgo comenzaron la investigación. La casa se llenó de rostros desconocidos. Hidalgo nos llamó aparte para decirnos: "Desconfíen, reconozco a algunos stalinistas...". Tratábase de funcionarios subalternos, llegados junto con sus jefes, e identificables por sus rostros malhumorados. ¿Cómo habían podido entrar los asaltantes? Nada probaba que Bob Sheldon Harte les hubiera abierto. Encontróse del lado exterior, contra el alto muro de casi cuatro metros, una escala ordinaria y dos escalas marinas de cuerda. Los magistrados estimaron que no habían servido. Los cinco o seis policías de guardia en el puesto, relataron que un mayor y un teniente se les habían presentado a la cabeza de un grupo de agentes; que, sorprendidos, no habían tenido tiempo de intentar la menor resistencia cuando se encontraron desarmados y maniatados.

"León Davidovitch, nervioso pero calmado, al ser interrogado sobre los probables autores del atentado, designó como instrumento del servicio secreto de la G. P. U., al pintor mexicano David Alfaro Siqueiros. Estaba informado de las actividades de este aventurero en las Brigadas Internacionales, durante la guerra civil española. Esta declaración, y nuestra tranquilidad ante el peligro — ¡tanto tiempo aguardado! — nos perjudicaron al principio.

"Encontráronse varias cachiporras, numerosos cargadores, setenta y cinco cartuchos, una sierra eléctrica, doce trozos de dinamita, hilos eléctricos de conexión para los explosivos, y las dos bombas incendiarias. La investigación, dirigida por

el Jefe de la Policía Presidencial, coronel Sánchez Salazar, y por el Jefe de la Policía del Distrito Federal, general Manuel Núñez, se prolongó penosamente durante semanas, sin arrojar resultados. Una declaración del Partido Comunista mexicano, al tiempo que exigía la investigación profunda de los hechos, denunciaba a la reacción, a las compañías petrolíferas expropiadas, al imperialismo norteamericano. El diario de la Confederación de Trabajadores Mexicanos (C. T. M.), "El Popular", dirigido por Alejandro Carillo y netamente procomunista, empleaba un lenguaje análogo: el atentado constituye una provocación contra México; la expulsión de Trotzky se impone. Como se continuaba sin descubrir pista alguna, stalinistas y pro-stalinistas emitieron la hipótesis del "auto-asalto". Tanto insistieron, que el 3 de mayo, tres jóvenes que vivían con nosotros, Charlie Cornell, Otto Schüssler y Jean Bazan, fueron arrestados e interrogados durante muchas horas sobre el "falso atentado" urdido por el mismo Trotzky... León Davidovitch tomó personalmente la defensa de ellos, en una carta dirigida al general Lázaro Cárdenas, presidente de la República; fueron inmediatamente puestos en libertad. León Davidovitch comprendía que la orden de asalto venía desde Moscú, que una agresión cometida con tal despliegue de medios, por un grupo tan numeroso, no podía ser obra de algunos irresponsables, que sin duda alguna los planes de su asesinato estaban ya fijados, que había todo un mecanismo en marcha contra él; la actitud de la prensa orquestada por el Partido Comunista se lo confirmaba. El 19 de junio, en presencia de los periodistas, acusó a Stalin y la G. P. U., añadiendo categóricamente "que un nuevo atentado era inevitable". "El Popular" escribía: "Trotzky hace a México una guerra de nervios", "el atentado es un chantaje internacional"; el Partido Comunista continuaba exigiendo la expulsión de Trotzky; el secretario general de la Confederación de Trabajadores Mexicanos, Vicente Lombardo Toledano, envió al Ministerio del Interior un memorandum a nombre de esa organización sindical, refiriéndose al "atentado simulado", al espionaje internacional, a la "propaganda antimexicana" de León Trotzky (6 de junio de 1940). La revista neoyorkina "The Nation" publicó una correspondencia de M. Harry Bolck sobre "La conspiración fantasma de México" (Mexico's Phantom Conspiracy).

"Pasaron algunos días, y la policía anunció el arresto de comunistas conocidos... "El Popular" protesta contra las medidas arbitrarias de la policía contra "honestos trabajadores mexicanos". La investigación ha revelado que dos mujeres,

una Anita Martínez y una Julia Barradas de Serrano, que vivían desde hacía poco en la vecindad, habían trabado relaciones amorosas con los policías encargados de nuestra custodia. Desaparecidas, la policía, tras larga búsqueda, dió con ellas, y confesaron su misión de vigilar a Trotzky y de seducir a los policías. Antonio Pujol, secretario del pintor comunista David Alfaro Siqueiros¹, les había confiado y pagado ese trabajo. Una de ellas era esposa — o mejor, una de las esposas — de un ex-combatiente de una brigada internacional en España: Serrano. Horas antes del atentado les habían ordenado desaparecer. Un tal Néstor Sánchez Hernández, comunista y “capitán” de una Brigada Internacional fué también detenido e hizo una detallada narración del crimen, en cuya preparación y ejecución habían participado. Designó a sus dos organizadores: David Alfaro Siqueiros, su amigo en España, que se decía coronel de una Brigada Internacional — la de Lister, de siniestra memoria — y un extranjero que hablaba muy bien el francés, tal vez judío, que hizo una fugaz aparición en automóvil durante el atentado.

“Veintisiete personas fueron las arrestadas. Sus declaraciones arrojan plena luz. Siqueiros se procuró uniformes de policía, las armas y los autos, y fué él quien dirigió personalmente la operación, vestido con uniforme de mayor y acompañado de su secretario Antonio Pujol, uniformado de teniente. Consultaba a menudo el reloj. El “judío francés”, el enviado de la G. P. U. sólo había estado un instante, para informarse del éxito, que creía completo. Uno de los asesinos, Néstor Sánchez Hernández, afirma haber visto a Robert Sheldon Harte hablando “nerviosa y amigablemente” con el “judío francés”, a quien se estaba buscando en vano. Siqueiros y Pujol están prófugos; pero desde su escondite, el primero envía una carta a los diarios. No niega nada. “El Partido Comunista, expone, no ha buscado, al cometer el atentado, más

¹ Alfaro Siqueiros (Chihuahua, México, 1938), editor de “El Machete”, primer órgano comunista aparecido en México antes de 1925, uno de los fundadores del Partido Comunista Mexicano, teniente coronel del ejército republicano español según las referencias aparecidas en “Twenty Centuries of Mexican Art” (edición del Museo de Arte Moderno de Nueva York, en colaboración con el gobierno mexicano; mayo de 1940). El órgano del Partido Comunista “La voz de México” del 21 de diciembre de 1939, al transcribir la versión de la reunión celebrada conmemorando el 60° aniversario de Stalin, “jefe genial, orgullo del proletariado mundial”, mencionaba la presencia de Siqueiros en el “Presidium”, al lado del candidato comunista a la vicepresidencia de los Estados Unidos, James Ford.

que provocar la expulsión de Trotzky de México. Los enemigos del Partido Comunista pueden esperar un tratamiento similar...”. Al día siguiente, “El Popular” del 20 de junio de 1940 publicó una declaración oficial del Partido Comunista mexicano: ninguno de los inculcados es miembro del Partido; Sheldon Harte es el principal culpable; se trata de una banda de incontrolables y provocadores; la presencia de Trotzky en México es una provocación contra el Partido Comunista y contra México...”.

“Los comparsas secundarios son puestos en libertad el día 25 de junio; pero nueve inculcados quedan detenidos. El conjunto de la prensa se inclina a admitir la culpabilidad de Sheldon Harte, de quien ninguna huella se descubre hasta el día 25 de junio, cuando Néstor Sánchez Hernández conduce a la policía a una casita solitaria en medio de las montañas, en Tlalminalco, desierto de los Leones, alquilada por los cuñados de Siqueiros, Leopoldo y Luis Arenal. Una india vieja formuló algunas indicaciones. Algunos artistas ocuparían la casa para pintar paisajes. En una de las habitaciones se encuentra una cama desecha. En la cocina, el piso de tierra ha sido removido recientemente. Al cavar se descubre, cubierto de cal, el cadáver del pobre Bob Sheldon Harte...; lo mataron mientras dormía, la mano calmosamente replegada sobre el cuerpo. El asesinato parece librarlo de toda sospecha.

IV

“León Davidovitch trabaja. Entre nuestros camaradas norteamericanos prosigue la animada discusión sobre el papel de la U. R. S. S. en la guerra mundial. En una nota que se encontrará más tarde entre sus papeles, escribe el 18 de junio de 1940: “La capitulación de Francia... es una catástrofe europea... Hitler da la expresión más acabada, más rigurosa y bárbara de un imperialismo que llevará la civilización al desastre. Pero junto a las causas generales de la catástrofe, que se encuentran en el imperialismo, no hay que olvidar la función criminal... del Kremlin y de su Komintern. Nadie ha ayudado a Hitler tanto como Stalin. Nadie ha provocado tantos peligros para la U. R. S. S., como Stalin... Pese a sus conquistas territoriales, la situación de la U. R. S. S. se ha agravado de manera terrible. El estado-tapón polaco ha desaparecido. Mañana ocurrirá lo mismo con el estado-tapón rumano. El poderío alemán, dominante en Europa, tiene fronteras comunes con la U. R. S. S. Las victorias alemanas en Occidente son el prólogo de una formidable iniciativa hacia el Este. Al atacar Finlandia, el Ejército Rojo, decapitado y des-

moralizado por Stalin, ha revelado su debilidad. En su próxima campaña contra la U. R. S. S., Hitler podrá contar con el concurso del Japón... Puede que Stalin, burlador burlado, se vea obligado a un nuevo viraje de su política exterior. ¡Desgraciados los pueblos si vuelven a confiar en los agentes sin fe del amo del Kremlin!". La nota, sin duda esbozo de un artículo, termina así: "El patriotismo soviético, y la lucha irreconciliable contra el stalinismo, son inseparables".

"En otras notas intenta definir la situación de Francia: "No hay fascismo, en el estricto significado de la palabra. El régimen del mariscal Petain representa un bonapartismo senil propio de la decadencia imperialista" (en terminología marxista, el bonapartismo es una dictadura más o menos popular, establecida en un periodo de inestabilidad política, con el fin de dominar, en favor de la burguesía, la lucha de clases). "La guerra actual, escribe, es la continuación de la anterior... aunque no su repetición... Plantea el problema del cambio de régimen social en términos infinitamente más imperiosos y urgentes que la primera... Jamás como hoy, en la historia de la humanidad, la reacción ha sido más poderosa. Pero sería error imperdonable subrayar sólo ese aspecto. El proceso histórico es contradictorio. Bajo el velo de la reacción oficial, las masas se transforman profundamente, acumulan experiencia, se hacen receptivas a nuevos horizontes políticos. La vieja tradición conservadora del Estado democrático, tan poderosa en años de la primera guerra imperialista, es hoy una inestable supervivencia". Se pregunta: "¿Conseguiremos formar, para el momento de la crisis, un partido (revolucionario) suficientemente poderoso?". "No se encontrarán los stalinistas a la cabeza de la ola revolucionaria, conduciéndola a su pérdida, como lo han hecho en España y en China? No podemos excluir esa hipótesis, especialmente en cuanto concierne a Francia...". (Artículo inconcluso del 20 de agosto de 1940).

"Entrega a la prensa un largo trabajo sobre "El Komin-tern y la G. P. U." lleno de citas extraídas de los periódicos stalinistas y stalinizantes. Nada más fatigoso que esta tarea, esta marcha a través de nieblas asfixiantes, este análisis de incoherentes mentiras, este hundirse en los abismos de la más desvergonzada mentalidad totalitaria. Sucesivamente, las mismas plumas presentan a Siqueiros como a un héroe perseguido por la burguesía y como "semiloco", "aventurero irresponsable", y — ¡si es como para frotarse los ojos! — "vendido a Trotzky". Sí, ¡Trotzky mismo le habría pagado para organizar el atentado fingido! Reconócese el delirio peculiar de los procesos de Moscú; es cosa de psiquiatría más que de refutación

ordinaria. Retengamos de este ingrato trabajo el testimonio de Walter Krivitsky, quien bajo el título "Yo fui agente de Stalin", publica sus memorias en los Estados Unidos: "La Dirección principal de la Policía Secreta del Comisariado del Pueblo en el Interior, organiza actos terroristas en el extranjero. Para evitar complicaciones diplomáticas, da las órdenes... el Comisario del Pueblo, con la sanción de Stalin. Las operaciones son organizadas por funcionarios calificados, de servicio en el extranjero. Los asesinos son siempre agentes de la Dirección... y comunistas probados. Algunos de ellos... no pertenecen al Partido". Durante unos veinte años, Krivitsky había sido uno de los jefes del Servicio Secreto de la G. P. U. en el extranjero¹.

V

"Una joven militante americana de origen ruso, Ruth Agelov, había trabajado algún tiempo en Coyoacán como secretaria de León Davidovitch. Su hermana Sylvia, miembro de los grupos americanos de la IV Internacional, viajó en junio de 1938 a París, con una amiga, Ruby Weil, que colaboraba en una publicación considerada pro-stalinista. Esta amiga puso a Sylvia en relación con un joven belga, hijo de un diplomático — así decía él — rico, viajero, que esperaba hacer buena carrera periodística: Jacson Mornard. El belga cortejó a Sylvia Agelov, se hizo su amante, y consiguió provocar en ella una profunda adhesión. En enero de 1940, Sylvia y su compañero, a quien consideraba su esposo, llegaron a México, donde se encontraron con nuestros viejos amigos y huéspedes, los Rosmer. Jacson Mornard se mostró amable, servicial, prestó servicios menudos, no intentó informarse sobre Trotzky. Se ocupaba de asuntos comerciales que le permitían ganar holgadamente la vida. En una ocasión dió a su mujer la dirección de su oficina: Edificio Ermita N° 820. Como allí no lo encontraron, manifestó simplemente haberse equivocado: su oficina era la 620. (Más tarde nos enteramos que el 820 estaba a disposición de Siqueiros...). Varias veces, Mornard condujo a Rosmer a Coyoacán en su Buick. León Davidovitch observó que era descortés dejar al "marido de Sylvia" en la puerta, y que convenía invitarlo a entrar un momento, aunque se lo atendiera en el jardín.

¹ El 11 de febrero de 1941, lo encontraron muerto en una pieza de hotel en Washington. La cabeza estaba agujereada por una bala. El suicidio parecía plausible, el asesinato más probable. Varias veces, y a duras penas, había escapado de los asesinos que lo acosaban.

"Tres días después del atentado del 24-25 de mayo de 1940, los Rosmer, que debían embarcarse en Veracruz, aceptaron el ofrecimiento de Jacson Mornard de conducirlos al puerto en su automóvil; llegado el 28 de mayo en búsqueda de nuestros amigos, fué invitado por primera vez a merendar con nosotros. A partir de entonces, los camaradas de guardia en la puerta le abrían como a persona de confianza. En junio, viajó a Nueva York, pasó por Nueva Orleans, dejó a su mujer sin noticias durante tres semanas. Volvió a México en agosto, extremadamente nervioso, a tal punto enfermo, que debió pasar varios días en cama. Sylvia lo cuidaba. Un día que vino a Coyoacán, encontró a Joe Hansen, secretario de León Davidovitch, vigilando las obras que reforzaban el muro de cintura. "¿Para qué hacen todo esto?", preguntó Jacson Mornard. "Por precaución", respondió el norteamericano. Jacson Mornard sacudió la cabeza. "Nada se puede contra la G. P. U.", dijo.

"En otra oportunidad, unos amigos norteamericanos, los C... de Minneapolis acompañaron a Mornard a una excursión automovilística, a la sierra de Toluca. En el camino de vuelta, Jacson Mornard hizo un brusco ademán de despeñar el Buick en un precipicio. "¡Y todo estaría terminado!", exclamó ante Anna Konikova, que no atribuyó importancia a esa brusca salida. Al regresar de los Estados Unidos, el hombre estaba cambiado. Aquel vividor intrascendente, satisfecho de su vida fácil, se sentía ganado de mortal angustia. Sólo siete u ocho veces lo recibimos, siempre por contados minutos; con dos excepciones, las entrevistas se realizaron en el jardín. Al marido de Sylvia no lo preocupaban las ideas, ni era de naturaleza simpática. León Davidovitch lo trataba por cortesía, durante los instantes de reposo, cuando alimentaba sus conejos. Aunque reservado en sus negocios particulares, incluso frente a su mujer, trató insistentemente de interesar a León Davidovitch por "su patrón", un hombre "que tenía el genio de los negocios" y alcanzaba... "fantásticos resultados en las especulaciones financieras". Sin duda, conocía nuestras dificultades materiales, y le habían recomendado sugerirnos que podríamos prestarles considerables servicios pecuniarios. León Davidovitch, indiferente a todo ello, respondía con vagas observaciones sobre el don de hacer negocios o algo por el estilo. Estas breves conversaciones me desagradaban; también León Davidovitch se sentía molesto. "¿Quién es ese patrón riquísimo?", me preguntó. "Habría que informarse. Después de todo puede tratarse de algún mercenario de tipo fascista, lo que aconsejaría no recibir al marido

de Sylvia...". Jacson Mornard empleaba fútiles pretextos para venir a vernos. Me traía una caja de bombones de parte de Sylvia; partía para Nueva York y nos venía a dejar el auto; su patrón liquidaba los negocios importantes que tenía y se disponía a abandonar México.

"Cuando retornó de los Estados Unidos, a mediados de agosto, presentaba un aspecto enfermizo. Su tez se había puesto de color gris pálido. "¿Se siente enfermo?", le pregunté. "¿Qué le pasa?". "Sí, me he enfermado en Monterrey". Mencioné un paseo que habíamos efectuado con León Davidovitch. Su reacción me sorprendió. ¿Cómo? ¿Un paseo? Se ofreció a conducirnos... Sólo más tarde comprendí por qué había deseado acompañar a León Davidovitch a la montaña.

"Durante sus descansos, León Davidovitch evitaba toda conversación sobre asuntos serios. Para hablar de ideas había que concertar una cita con él; recibía en su escritorio, escuchaba atentamente, con la cabeza un poco inclinada, las manos frecuentemente juntas sobre la mesa, y pesaba sus respuestas. Una semana antes del día fatídico, Sylvia y su marido tomaron por primera vez el té con nosotros; Sylvia se puso a defender con entusiasmo el punto de vista de la minoría del Partido; Jacson Mornard no intervino casi; no parecía estar a la altura de la discusión, por informal que ella fuera. Pero pocos días más tarde, pidió el dictamen de León Davidovitch sobre un proyecto de artículo.

"León Davidovitch lo recibió durante diez minutos en su despacho. Después de la entrevista, me pareció que estaba preocupado. "Me ha mostrado un papel carente de interés. Confuso, lleno de frases banales" Dice que tiene estadísticas francesas interesantes...". León Davidovitch sentía malestar. "No me gusta ese muchacho. ¿Quién es? Habría que informarse...". Jacson Mornard, en vez de tomar una silla, se había sentado sobre el ángulo de la mesa, con el sombrero puesto y el impermeable en el brazo. Procedía a un ensayo de su crimen. Estábamos tan lejos de sospechar del hombre que desde hacía dos años era el compañero de una camarada espontánea y simpática, que cuando nuestros amigos norteamericanos sugirieron que se lo vigilara, León Davidovitch exclamó: "¡Vamos, vamos! ¿Qué están diciendo!". Pero ya no tenía ningún interés en recibirlo. Con su larga y pesada experiencia de los hombres, León Davidovitch no era en modo alguno desconfiado.

Al contrario, por haber pasado la mejor parte de su vida entre las masas revolucionarias, guardó hacia el hombre medio, el desconocido, una confianza a la vez afectiva y razo-

nada. ¡Hay tantos recursos, tantas posibilidades, tanto idealismo en la gente que se reúne en una asamblea o en un pequeño círculo de trabajadores! Muchas veces había pasado largos ratos discutiendo con obreros norteamericanos o refugiados españoles.

VI

“Había puesto postigos de acero sobre la ventana de nuestro dormitorio. “A los Siqueiros se les hará cuesta arriba llegar hasta nosotros”, decía León Davidovitch. La idea de un próximo atentado estaba siempre presente. A la mañana, al levantarnos, León Davidovitch bromeaba: “Caramba: hemos dormido toda una noche sin que nos hayan matado... ¡Y no estás contenta!”. Una vez agregó con tono meditativo: “Sí, Natacha, nos han dado una prórroga”.

“Se levantó de excelente humor aquella mañana del 20 de agosto. Una doble dosis de somnífero le había asegurado un descanso reparador. Hacia días que no se sentía tan fresco. “¡Qué bien voy a trabajar!”, dijo. Desde la siete y cuarto a las nueve, en medio de la fresca mañana del jardín, se ocupó de sus conejos, de sus pollos y de sus plantas. Esperaba dictar después de mediodía un artículo sobre la movilización americana. Tenía entre manos otro sobre la guerra, y algunas páginas del “Stalin”. Vino a vernos un abogado. Había que redactar una respuesta inmediata a los ataques de la prensa stalinizante. León Davidovitch se sintió contrariado. Al terminar el desayuno entreabrió la puerta de su escritorio y lo vi inclinado sobre sus papeles y periódicos, con la lapicera en la mano, en su actitud acostumbrada. Estaba contenta porque se sentía bien; desde hacía tiempo se venía quejando de una penosa debilidad. Pensé que vivía como un prisionero voluntario, como un monje en un convento, pero que su causa era una gran causa.

Tomamos el té a eso de las cinco. Veinte minutos más tarde vi a León Davidovitch en el fondo del jardín, cerca de las celdas de los conejos. Había un visitante a su lado: lo reconocí cuando se aproximó: era Jacson Mornard. De nuevo él, pensé, ¿por qué tan a menudo? (Había venido hacía dos días). “Tengo mucha sed”, me dijo, ¿podría darme un vaso de agua?”. “¿No prefiere una taza de té?”. “No; he almorzado tarde y siento una opresión aquí...” (se señaló la garganta). Su rostro me pareció verdoso; su nerviosidad saltaba a la vista. “Por qué ha traído impermeable y sombrero? Hace un tiempo tan hermoso...”. Respondió absurdamente que podía llover. “¿Cómo está Sylvia?” pregunté. Vi que no me comprendía; lo había turbado con la pregunta del impermeable. Se recobró. “¿Syl-

via? ¿Sylvia? Siempre bien...”. Bebió el vaso de agua; me dijo que traía su artículo, esta vez pasado máquina, para mostrárselo a León Davidovitch. “Mejor así, le respondí, a León Davidovitch no le agradan los manuscritos difíciles de leer...”.

“Instantes después, León Davidovitch y Jacson Mornard se me acercaron en dirección al escritorio. León Davidovitch me dijo: “Sylvia va a venir. Mañana parten para Nueva York...”. Le expliqué a León Davidovitch que le había ofrecido té al visitante, pero que éste — visiblemente alterado y oprimido — sólo había aceptado un vaso de agua. León Davidovitch lo observó atentamente: “Tiene usted mal aspecto, eso no está bien”, dijo con tono de reproche. “Bueno, ¿me muestra su artículo?”. León Davidovitch hubiera preferido permanecer con sus conejos. Quitóse los guantes que se había puesto en el jardín, porque era muy cuidadoso de sus manos. El menor rasguño le impedía escribir. Los acompañé hasta la puerta del escritorio.

“Pasaron tres o cuatro minutos. Me encontraba en la pieza vecina. Se oyó un grito terrible... León Davidovitch apareció apoyándose sobre el marco de la puerta, con el rostro ensangrentado, sin los anteojos, muy azul la mirada, las manos caídas... “¿Qué ocurre, qué ocurre?”, lo estreché en mis brazos sin comprender. Me respondió calmoso: “Jacson... todo ha terminado”. Lo ayudé a acostarse sobre la estera del comedor. “Natacha, dijo, te amo”. Hablaba con dificultad, indistintamente, como sin darse cuenta; yo enjugaba la sangre que le caía sobre el rostro, mientras aplicaba hielo a su cabeza herida. “Alejen a Sieva... Sabes... allá (indicó el escritorio), sentí... comprendí lo que quería hacer... ha querido... otra vez todavía... no le dejé hacer...”. Jacson Mornard había intentado golpearlo por segunda vez, pero León Davidovitch se había arrojado sobre él. En el “no le dejé hacer”, murmurado en voz baja, percibí una cierta satisfacción... “No hay que matarlo... debe... hablar”, dijo lentamente, palabra a palabra.

“Charlie Cornell, Joe Hansen y Harold Robins habían maltratado rudamente al asesino, que gritaba: “¡Me han obligado a golpear!... ¡Tienen a mi madre!... Han tomado prisionera a mi madre...”.

“El asesino, sentado sobre el borde de la mesa, mientras Trotzky se inclinaba sobre un manuscrito, le había asestado de arriba hacia abajo un golpe con un zapapico de montaña que disimulaba bajo el impermeable... La craneotomía reveló una fractura de cráneo en la región parietal derecha: desgarramiento de meninges, penetración de varios centímetros en la materia cerebral...”.

"Un médico declaró que la herida no era grave. León Davidovitch lo escuchó sin emoción, como si se tratara de una afirmación obligada. Pero a Joe Hansen le dijo en inglés, moviendo la mano hacia el corazón: "Siento... aquí... que es el fin... Esta vez... lo han... logrado...".

"La ambulancia de la Cruz Verde nos condujo hacia la ciudad, donde ya brillaba la iluminación nocturna. La sirena ululaba continuamente. León Davidovitch tenía el brazo izquierdo inmóvil, paralizado; su brazo derecho describía un constante movimiento circular... "¿Cómo te sientes?" "Mejor, mejor", me respondía. En la Cruz Verde hubo que atravesar con la camilla una multitud de curiosos. Yo temblaba. También en ese lugar podían golpear todavía. Una enfermera comenzó a cortarle sus cabellos grises. León Davidovitch me sonrió murmurando: "Aquí está el peluquero..." porque habíamos hablado ese día de llamar a uno. Hizo acercar a Joe Hansen y le dictó algunas palabras que Joe anotó sobre su cuaderno de notas: "¿Qué le ha dictado?", le pregunté a nuestro camarada. "Algo sobre las estadísticas francesas". Era extraño.

"Las enfermeras cortaban sus vestimentas. Dijo de pronto, claramente, con tono grave y mucha tristeza: "No quiero que me desvistan otros... Quiero que tú lo hagas...". Tales debían ser, para mí, sus últimas palabras. Lo desvestí. Puse mis labios sobre los suyos. Me devolvió el beso una vez y otra todavía. Luego perdió el conocimiento. Permanecí toda la noche en su cabecera, aguardando que volviera en sí, que tornara a la vida. Sus ojos estaban cerrados, su respiración era a veces penosa, otras tranquila. Así transcurrió la noche y el día siguiente. Hacia la tarde, después de la trepanación, los médicos constataron una mejoría. Luego comenzó a respirar anhelosamente y a sacudones. Lo incorporaron; su cabeza cayó hacia atrás; sus rasgos conservaban la acostumbrada bizarría. Yo esperaba contra toda desesperanza. Tantos veces, a lo largo de su vida, lo había visto superar las crisis, salir indemne del peligro, mantenerse cuando ello parecía imposible, que también ahora creía en lo imposible. Recobraría su vigor bruscamente, reabrirla los ojos, una vez más decidiría de su vida...

"Agotada, me había acurrucado sobre el sillón. La presencia de alguien, tal vez un movimiento, me despertó. Vi que dos médicos con blusas blancas estaban delante de mí. Comprendí... León Davidovitch había muerto en calma, hacía un instante, el 21 de agosto de 1940, a las siete y veinticinco de la tarde. Tenía sesenta años".

Toda su larga y laboriosa existencia de luchas, de pensa-

miento, de oposición inflexible a lo inhumano, León Davidovitch la había consagrado a la causa de los trabajadores. Cuantos se le han aproximado conocen la medida de su desinterés, saben que no concebía su propia vida sino en función de una gran tarea histórica, no vinculada a su particular destino, sino al movimiento de las masas socialistas conscientes de los peligros y de las posibilidades de nuestra época. "Vivimos tiempos amargos, escribía, pero no nos queda otra patria que elegir". Era íntegro de carácter, en el más amplio sentido del término; no concebía discontinuidades entre la conducta y las convicciones, entre la idea y el acto; jamás admitió que a lo transitorio, a lo personal, al pequeño egoísmo sin trascendencia, pudieran sacrificarse los intereses superiores que dan sentido a la vida. Su rectitud moral se vinculaba con una inteligencia objetiva pero apasionada, siempre tensa hacia lo profundo y amplio, hacia el esfuerzo creador y el combate justo... Y era a la vez sencillo. Le ocurrió escribir sobre el margen de un libro cuyo autor aludía a sus "ansias de poder": "(Otros) habrán querido el poder por el poder. Yo he ignorado siempre ese sentimiento... He buscado el poder sobre las inteligencias y las voluntades...". Más que un autoritario, aunque apreciaba la utilidad práctica de la autoridad, se sentía un animador, un educador de hombres, no porque halagase sus bajos instintos, sino porque apelaba al idealismo, a la claridad mental, a la grandeza de ser hombres cabales, de nuevo tipo, llamados a transformar la sociedad.

Quienes lo han hostigado y muerto, como han muerto a la revolución rusa y martirizado al pueblo soviético, conocerán el castigo. Ya han atraído sobre la URSS., debilitada por las masacres denominadas "depuraciones stalinianas", la invasión más desastrosa. Continuarán marchando hacia el abismo... Pocos días después de su muerte, yo escribí — y nada cambiaré de esas líneas — lo siguiente: "A lo largo de su heroica vida, León Davidovitch creyó en el porvenir, en la liberación de los hombres. Lejos de debilitarla, los años últimos y sombríos, maduraron su fe, que el infortunio afianzó. La humanidad futura, libre de toda opresión, eliminará de su vida la violencia. Como a tantos otros, él me ha enseñado a creer en ello".

Coyoacán, junio de 1947.

INDICE

Primera Parte: JUVENTUD

	<i>Pág.</i>
I. La infancia y la familia	15
II. Primeros encarcelamientos. Exilio en Siberia. Primera unión. Evasión	16
III. Encuentro en París	18
IV. La "intelligentsia" revolucionaria rusa. París, Londres	19
V. Nacimiento del bolchevismo. Trotsky discute las ideas de Lenin	21
VI. La Revolución rusa de 1905. Trotsky, presidente del Soviet de San Petersburgo a los 26 años	22
VII. Prisión, proceso, evasión, emigración	25
VIII. Formación del ideólogo	27
IX. El caso Azev	30
X. Viena. Trabajos intelectuales	32
XI. París durante la primera guerra mundial. <i>Naché Slovo</i> Trotsky expulsado de Francia	34
XII. España, Nueva York, desterrado al Canadá	37

Segunda Parte: LA REVOLUCION

I. Regreso a Rusia, 1917. Los Soviets y el Gobierno provisorio.	39
II. Las Jornadas de julio de 1917	45
III. El tiempo de la calumnia. Trotsky en la prisión de Kresty.	47
IV. El golpe de fuerza del general Kornilov	51
V. Entre dos dictaduras. Trotsky, presidente del Soviet de Petrogrado.	55
VI. Retrato de Trotsky	58
VII. Trotsky, presidente del Comité Militar Revolucionario	61
VIII. Organiza y dirige la insurrección del 7 de noviembre de 1917.	64
IX. Las grandes jornadas. La toma del poder	66
X. La toma del Palacio de Invierno	69
XI. El primer Consejo de los Comisarios del Pueblo. Trotsky Comisario de los Asuntos Extranjeros.	711

Tercera Parte: EL PODER

I. Problemas, peligros, fatigas. Trotsky y Muraviev obtuvieron la victoria de Pulkovo.	79
II. Disolución de la Asamblea constituyente	84
III. Las conversaciones de Brest-Litovsk. Trotsky a la cabeza de la delegación soviética.	87
IV. "Ni paz ni guerra". Firma del tratado de Brest-Litovsk	90
V. La vida en el Kremlin. Visita del padre, David Leontievitch Bronstein	93
VI. Trotsky organiza el Ejército Rojo	94
VII. Los peligros interiores. Sublevación de los socialistas-revolucionarios de izquierda. Los bolcheviques conservan solos el poder (1918)	97
VIII. La guerra civil. Trotsky obtiene la primer victoria decisiva en Svajsk.	98
IX. El Terror	101
X. El tren de guerra de Trotsky. La "Oposición militar". Conflictos con Stalin	104
XI. La guerra civil. Trotsky dirige la defensa de Petrogrado (1919).	107
XII. La agresión polaca de 1920. Disentimientos de Trotsky con Lenin sobre la ofensiva contra Varsovia. Papel de Stalin. La revolución alemana. Actividad de Trotsky en la IIIª Internacional.	109
XIII. El comunismo de guerra. La cuestión sindical. Los ejércitos de trabajo. Polémica con Carlos Kautsky. La invasión de Georgia. Sublevación de Cronstadt. La Nueva Política Económica.	113

Cuarta Parte: LA OPOSICION

I. Lenin contra el régimen burocrático. Conflictos con Stalin. Última fase de la colaboración de Trotsky con Lenin.	121
II. La sucesión de Lenin. Trotsky preconiza la renovación y democratización de la vida interior del partido. ..	126
III. La vida en el Kremlin. El círculo de las amistades. Crisis de salud. Viajes al Cáucaso. Un accidente en Kislovodsk, 1924. Muerte de Lenin.	129
IV. Trotsky reivindica el "Nuevo Curso". La Oposición de 1923, vencida por el triunvirato Zinoviev-Kamenev-Stalin. Trotsky separado del poder.	136
V. Escritos de Trotsky. La lucha en el seno del Buró político. Conquista del poder por el Secretario general del partido, Stalin.	140
VI. Estabilización del régimen burocrático. Zinoviev y Kamenev se unen a Trotsky en la Oposición.	145

VII. Relaciones personales con los adversarios de la víspera. La Nueva Oposición contra el régimen burocrático	149
VIII. Problemas económicos.	152
IX. La lucha política en los barrios obreros. Divergencias sobre la revolución china, (1926-1927).	155
X. Principio de la represión. Última intervención de Trotsky en el Comité Central. Es excluido del partido. Las manifestaciones del 7 de noviembre de 1927. Suicidio de Kioffé.	159

Quinta Parte: LA PERSECUCION

I. El XV Congreso del Partido. Comienzos del totalitarismo. Capitulación de Zinoviev y de Kamenev; intransigencia de Trotsky.	165
II. La represión. Trotsky arrestado, condenado sin juicio y deportado a Alma-Ata.	167
III. Destierro de Trotsky en 1929. Es transportado a Estambul.	172
IV. La vida en la isla de Prinkipo. Trabajos. Ejecución de Blumkin en Moscú.	175
V. Trotsky preconiza la reforma soviética.	179
VI. Las costumbres y el régimen totalitario en la U.R.S.S. <i>La Revolución desfigurada</i> . El pensamiento dirigido. La represión del trotskysmo.	181
VII. La catástrofe económica en la U.R.S.S. Colectivización forzosa de la agricultura, industrialización, terror. La Oposición de derecha (Bujarin, Rykov, Tomsky). Escritos de Trotsky, su influencia.	184
VIII. Trotsky contra la "industrialización staliniana".	191
IX. Advenimiento del nazismo en Alemania. Trotsky contra el "Comintern staliniano"	194
X. Viaje a Copenhague. Suicidio de la hija mayor de Trotsky, Zenaida.	197
XI. Vida inquieta en Francia. Trotsky expulsado de Francia en 1934.	202

Sexta Parte: LA PESADILLA

I. Asilo en Noruega. Weksal, los Knudsen, el aislamiento.	207
II. Trotsky escribe <i>La Revolución Traicionada</i>	209
III. El proceso Zinoviev-Kamenev-Ivan Smirnov. Trece fusilados. Trotsky acusado. La impostura judicial.	213
IV. Trotsky en Sundby, Noruega. Sus archivos son robados en París	218
V. Asilo en México. La vida en Coyoacán	221

VI.	Segundo proceso de los viejos bolcheviques en Moscú, Trotsky nuevamente acusado. La mentira de Piatakov. El sabotage. Ejecuciones en masa.	224
VII.	Asesinato del hijo menor de Trotsky, Sergio Sedov, en Krasnoyarsk.	230
VIII.	La Comisión de encuesta sobre los procesos de Moscú, presidido por John Dewey, interroga a Trotsky en México.	231
IX.	Crímenes en serie. Ejecución del mariscal Tukhatchevsky y de siete generales del Ejército rojo. Asesinato de Ignacio Reiss en Lausanne. Asesinato de Erwin Wolf en Barcelona.	235
X.	Muerte sospechosa del hijo mayor de Trotsky, León Sedov, en París. La Comisión americana proclama la inocencia demostrada de Trotsky.	239
XI.	Tercer proceso de los viejos bolcheviques en Moscú (Bujarin, Krestinsky, Rykov, Iagoda). Nueva serie de falsificaciones acusando a Trotsky: la Carta a Bessonov, los millones.	241
XII.	La exterminación de la generación revolucionaria en Rusia. Asesinato de Rudolf Klement en París.	251

Séptima Parte: LOS ASESINOS

I.	Los últimos trabajos de Trotsky. Bolchevismo y stalinismo. El Fin y los Medios. El problema del Arte. La próxima guerra. Trotsky contra la colaboración Hitler-Stalin.	255
II.	Su lucha contra la pesadilla. La espera de los asesinos. Desaparición de Walter Held en Moscú. La vida en México.	261
III.	El atentado del 24-25 de mayo de 1940 en Coyoacán, dirigido por el pintor David Alfaro Siqueiros. Asesinato de Robert Sheldon Harte.	266
IV.	Trotsky trabaja.	271
V.	El agente de la G.U.P. "Jacson Mornard" se introduce en Coyoacán.	273
VI.	La última jornada.	276

Impreso en Talleres Gráficos GRAN SRL
Paraguay 846 - Noviembre de 1974
Buenos Aires - ARGENTINA